

*Selecta*

ESPERANZA RISCART



*Mares  
verdes*

Mares veres

*Esperanza Riscart Franco*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*A Santi, Fernando y Elena por demostrarme un apoyo incondicional  
sin el que habría sido incapaz de seguir escribiendo.*

## Prefacio

Tan hermoso, tan pacífico  
que solo ha podido ser creado  
por una generosa, inmensa  
e infinita Divinidad.

## Capítulo 1

Alejandra no quería que ofrecieran una misa en su funeral y les hizo prometer a su hija Carola y a su amiga y socia, Mary, que no la tendrían. La mujer había luchado incansable durante nueve meses contra un cáncer de pulmón que se ocultó tras los intensos dolores de rodillas que sufría desde un año antes.

Pero Alejandra demostró ser a lo largo de su vida una mujer fuerte e independiente, que no faltó ni un solo día al invernadero del que era propietaria junto a Mary, su amiga gibraltareña y madre soltera como ella, hasta verse obligada a permanecer postrada en la cama. Se conocieron en las puertas del colegio de Guadiaro, el pequeño pueblo donde vivían ambas, cuando sus hijos tenían cuatro años; entonces las dos sobrevivían del trabajo que realizaban en bares de la zona durante la época veraniega. Pero el amor y el conocimiento que Mary tenía sobre las plantas, costumbre de sus orígenes familiares ingleses, las animó a embarcarse en una empresa que dio sus buenos frutos a lo largo de los años gracias al esfuerzo inagotable que habían empleado las dos mujeres, lo que había permitido que sus hijos crecieran con todo cuánto un niño pudiera necesitar, salvo la presencia de un padre, y luego estudiaron en la universidad, la meta de ambas madres y de lo que se sentían orgullosas.

A pesar de la confianza que tenían entre ellas, ninguna de las dos había hablado jamás sobre los padres de sus hijos, por mutuo acuerdo, ni sus hijos conocían la procedencia de los hombres que los engendraron. Y como las dos eran huérfanas, nadie pudo satisfacer la curiosidad que, tanto Carola como

Manuel, sentían por conocer quiénes fueron sus padres.

Cuando se descubrió el origen de los dolores que Alejandra llevaba sufriendo durante largos meses y a los que al principio achacó a permanecer demasiadas horas de pie, el cáncer se había extendido por todo su cuerpo.

Los chicos no supieron nada sobre la enfermedad de Alejandra hasta que se vio obligada a ingresar en el hospital dos semanas antes de morir. Mary había cargado con todo el trabajo que ocasionaba el invernadero y había procurado que su amiga estuviera bien atendida hasta que su hija Carola acabó el máster en cirugía caballar que realizaba para terminar sus estudios de veterinaria.

La joven Carola solo dejó el hospital durante los últimos días de vida de su madre para ir a casa a ducharse y cambiarse de ropa, momentos en que Mary la relevaba. En esos días le preguntó por lo que tanta ansiedad le provocaba cuando pensaba sobre ello. ¿Quién era su padre?

—Cariño —contestó la madre con una sonrisa llena de ternura—, no lo has conocido en tus veinticinco años y, aunque no creo que lo vayas a necesitar ahora que eres adulta, pienso que es mi deber decírtelo.

—No es que lo necesite, mamá —respondió sin querer alterarla—, lo que necesito saber es el motivo por el que te dejó sola, por qué no se responsabilizó de mí y ni siquiera le importó conocerme. Necesito esas respuestas que me han mortificado durante toda mi vida, en mi infancia y en mi adolescencia —acabó con un tono de voz angustiada.

—¿Y por qué no me has hablado sobre ello? Siempre he creído que no te importaba demasiado cuando me preguntabas por él. —Alejandra parecía sorprendida ante el dolor que ese desconocimiento le provocaba a su hija—. Si hubiera sabido que eso te hacía sufrir, te lo habría contado antes.

Carola no quiso que su madre sufriera por nada en la que sabía sus últimas horas con vida y fingió un buen humor que no sentía en absoluto.

—Bueno —sonrió—, ahora tienes la oportunidad de satisfacer mi curiosidad.

Alejandra se tomó unos minutos antes de hablar, mientras reflexionaba sobre los detalles que debía conocer su hija sobre su padre.

—Gustav nunca supo que me dejó embarazada.

—¿Mi padre se llama Gustav? ¿De dónde es?

—De Alemania, entonces vivía en Dormound. Estaba casado, Carola, y tenía dos hijos. Pero no fue ningún aprovechado. Desde el primer momento me dijo que no dejaría a sus hijos, aunque no estuviera enamorado de su mujer desde hacía tiempo. Era guapísimo, Caro —sonriendo, la observó un instante y recorrió con una mirada ávida todos los detalles de su rostro—, te pareces muchísimo a él. Sus ojos azules, el pelo rubio y ondulado, el hoyuelo de su barbilla; eres su imagen, pero perfectamente afeminada. Tan alta y fuerte como él. Ya has visto que no te pareces a mí en nada, ni siquiera en el carácter. Y llevas el nombre de su madre, por quién Gustav sentía no solo cariño, sino una gran admiración. —Alejandra sonrió con ternura—. Yo quería que tuvieras algo que él valorara, aunque solo fuera un nombre y tú no supieras el motivo.

—Siempre pensé que se trataba de una excentricidad tuya —confesó divertida—. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Seis meses, aunque él viajaba de vez en cuando a ver a sus hijos, vino a Sotogrande a construir un hotel, donde yo trabajaba en una oficina inmobiliaria durante el verano. Es arquitecto. Yo había perdido a mis padres en un accidente de coche hacía unos meses y me encontré sola de repente, aunque tuviera treinta y dos años, siempre había vivido con tus abuelos, había tenido un par de novios que nunca lograron enamorarme como consiguió Gustav. A sus cuarenta años era un hombre magnífico y yo estaba necesitada del generoso e incondicional amor que él me ofreció.

—Si era un hombre tan magnífico, ¿por qué te dejó? Al final, igual que



todos, mamá. Solo serías su pasatiempo donde tenía su lugar de trabajo en ese momento —dijo Carola furiosa y con dureza ante la actitud pasiva de su madre y su relación con quien, en ese instante, le parecía un hombre oportunista—. Y seguro que era un cobarde incapaz de decirle a su mujer que no la quería mientras le ponía los cuernos contigo.

—No fue así, Caro —le reprochó derrochando más energía de la que tenía—. Él fue sincero conmigo desde el principio, antes de acostarse por primera vez conmigo, me habló de su situación familiar. Gustav se había criado como hijo de padres divorciados y sufrió por ello; no quería lo mismo para los suyos. Él y su mujer llevaban vidas independientes, no fui la primera amante que tuvo, por llamarlo de algún modo. Y me pidió que me marchara a Alemania, donde me buscaría un trabajo y pasaríamos juntos nuestro tiempo libre.

—¿Por qué no te marchaste? —preguntó incrédula.

—Porque me quedé embarazada a conciencia, lo engañé. A mi edad deseaba ser madre de un hombre que mereciera la pena recordar y Gustav la merecía. Se marchó muy enfadado conmigo porque me negué a acompañarlo y regresó al mes a buscarme.

—¿Le ocultaste tu embarazo? —Carola no daba crédito a la actuación de su madre, no sabía si pensar que fue valiente o cobarde.

—Por supuesto. ¿En qué posición lo pondría, Carola? Lo obligaría a tomar una decisión, a elegir entre sus hijos y yo, a llevar una vida que él rechazaba al separarlo de sus hijos. —Alejandra tomó un respiro y tosió. Bebió un trago de agua antes de continuar su historia—. No, cariño, Gustav no merecía ese castigo por mi parte. Le dije que fue bonito mientras duró, pero que no quería ser una amante, quizás la culpable de la ruptura de su matrimonio de cara a sus hijos si llegaban a enterarse y lo obligué a tomar la decisión que yo ya sabía no tomaría. Si me iba a Alemania con él solo lo haría como su esposa. Y me horrorizó ver que lo pensaba, que se desesperaba ante mi proposición

inesperada. Cuando me respondió que sí, que se divorciaría de su mujer para casarse conmigo, comprendí que me amaba tanto como yo a él y no estaba dispuesta a hacerlo sufrir y convertirlo en un hombre infeliz y culpable por abandonar a unos hijos que adoraba.

—¿Cuántos años tenían... mis hermanos? —se atrevió a preguntar Alejandra.

—Si mal no recuerdo, siete y diez años. Dos chicos. —Alejandra acarició el rostro de su hija que estaba sentada en el borde de la cama escuchando por primera vez hablar de su padre—. Estoy segura de que le habría encantado conocerte y se sentiría muy orgulloso de ti; tanto como lo estoy yo, Carola.

Su madre la llamaba pocas veces por su nombre completo y en ese momento, la joven la amó más que nunca. Siempre se había sentido orgullosa de ella, pero en ese instante que conoció ese aspecto de su vida, las lágrimas brotaron incontroladas por la satisfacción que le provocaba tener a esa gran mujer y persona como madre.

—No llores, cariño —le pidió la madre abrazándola con sus pocas fuerzas—. Y dime que has sido una hija feliz.

—Por supuesto que sí, mamá. Siempre he sido muy feliz a tu lado; tú lo has hecho real y posible. Nunca necesité la presencia de un padre en mi vida; además tenemos a Chema. Y me siento más orgullosa de ti de lo que imaginas. Eres la mejor madre que se pueda tener y una gran persona. Un ejemplo para mí.

—Nunca pensé que te pediría esto, pero esta conversación me ha hecho sentir culpable por mi actuación pasada hacia Gustav. —Alejandra dudó si debía pedirle lo que acababa de decidir—. Desde que enfermé estoy dándole vueltas en mi cabeza —dijo más para sí misma que a su hija—. ¿Serías capaz de ir a conocerlo? Él se merece saber de tu existencia y no quiero que te quedes tan sola como me sucedió a mí al perder a mis padres. ¿Harías eso por

mí? —Carola la miraba con los ojos espantados—. Cuando te sientas preparada, cariño. Hazlo y descarga con ello mi culpabilidad. Gustav habría sido un buen padre, te lo aseguro.

—¿Cómo se llama? Su apellido —susurró Carola sin prometer nada aún.

—Gustav Andersen. —Carola asintió y comenzó a bajar el cabecero de la cama de su madre cuyo rostro reflejaban un cansancio y una fatiga exagerados.

—Le pediré a Manuel que me busque información sobre mi padre y te prometo que lo encontraré y me presentaré ante él. Cuando me sienta capaz.

—Hazlo por mí, cariño. Siempre te lo agradeceré.

Mientras esperaba que le trajeran el recipiente que contenía las cenizas de su madre, se prometió que, en cuanto se repusiera de su pérdida, encontraría a Gustav Andersen y le diría quién era ella. Su madre se merecía que hiciera ese sacrificio. Para eso contaría con la ayuda de su amigo de toda la vida, Manuel, que ya había terminado su carrera de periodismo y sabría dónde obtener la información necesaria para localizar a su padre.

—Cuenta con ello, Caro —contestó el chico sin pensarlo cuando se lo comentó—. Y a ver si esta experiencia le sirve a mi madre para que también me hable sobre el mío.

Regresó a su casa, sola. Ya no le quedaba nadie en el mundo, salvo la amistad de Mary, Manuel y Chema.

No esperaría mucho más para incorporarse al trabajo que había conseguido gracias a Chema Hurtado, el novio de su madre durante quince años, quien dirigía las instalaciones del club de polo de Sotogrande y quien la había contratado en anteriores veranos como ayudante veterinaria. Necesitaba ocupar su tiempo, mantener el dolor enterrado en lo más profundo de su interior y continuar con su vida como su madre le había pedido que hiciera. No quería tener tiempo libre para dejarse embargar por recuerdos tan dolorosos.

## Capítulo 2

—Tienes que hacerlo por tu familia y por ti mismo. ¿Acaso te ves viviendo y trabajando en otro lugar? —Su hermano mayor, Julián, sabía tocarle su fibra más sensible—. Llevas meses saliendo con Andrea y tengo la impresión de que os entendéis.

—Sí. Siempre que se conforme con lo que estoy dispuesto a ofrecerle —respondió Marcelo con su frialdad característica, a la que sumó un incontrolable mal humor—. Y en eso no entra vivir juntos, imagina en formalizar nuestra relación con una boda.

—Te limitas a darle un buen repaso de vez en cuando —Benjamín habló con su tono irónico como solía hacer—. ¿Y no te gustaría tener la oportunidad de dárselo cada noche? —Marcelo lo miró irritado.

—No necesito a una mujer por la que no siento absolutamente nada robándome tiempo y exigiéndome atención. Ya lo sabéis. Mi trabajo me absorbe por completo. Además, ya conocéis mejor que yo el historial de Andrea.

—Pero en octubre se cumple el año de la muerte de papá. Y, si no estamos los cuatro casados, la hacienda será para el tío Gerardo —se lamentó Roberta, la única hermana entre los Mendoza—. Y esta hacienda ha pertenecido a la familia de mamá, los Abadía —concretó con un respeto exagerado—, desde hace más de ciento cincuenta años.

—¿Lo ves, Marcelo? —La pregunta de Julián sonaba exigente—. Papá no habría actuado de esa forma si mamá no hubiera muerto; ella no se lo habría

permitido. Nuestra hacienda en manos del tío Gerardo —dijo con desprecio—. ¿No se te retuercen las tripas con tan solo oírlo? Primero la sorpresa del abuelo y ahora esto —se lamentó Julián a la vez que negaba con la cabeza—. Yo estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario por mantener nuestra propiedad como hasta ahora y tú ni siquiera respetas el sacrificio que hemos hecho los demás. Pero recuerda lo que te digo: serás el más perjudicado —sentenció solemne—. Puedo desempeñar mi trabajo de administrador como presidente de cualquier sociedad bancaria; de hecho, ya he rechazado varias ofertas.—Marcelo sabía que su hermano mayor se estaba marcando un farol—. Roberta no necesita trabajar si no lo desea; Álvaro heredará una gran fortuna de su abuelo como único nieto, además del laboratorio farmacéutico. Y Benjamín tiene dinero suficiente para comprarse una finca donde jugar al polo y criar sus caballos. Sin embargo, ¿qué harás tú? ¿Trabajarás en una clínica vacunando perros y gatos? ¿Te desharás de la manada que llevas años criando? Tendrías que venderla si pretendes salir adelante solo.

Marcelo lo miró desafiante durante unos segundos pensando que quizás era el que menos necesitaba quedarse en su casa familiar porque poseía dinero suficiente y la propiedad de gran parte de la ganadería vacuna y caballar. Pero no deseaba perder su hacienda familiar por lo que significaba emocionalmente para él; adoraba el lugar que fundó su bisabuelo de la nada y en el que trabajó su abuelo hasta el día de su muerte, poco después de que falleciera su única hija, Julia Abadía, donde él había sido un niño feliz antes de la muerte de su madre. Sin embargo, la condición de casarse impuesta por su padre era absurda y no entendía cómo sus hermanos ya habían cumplido con esa alocada obligación. Él fue testigo del dolor sufrido por su padre durante los meses que duró la enfermedad de su madre y luego, después de perderla. Siempre supo que Alice Berstein solo fue un entretenimiento para él y nunca la amó como a Julia. De hecho, ni siquiera a Benjamín lo había tratado como a sus tres primeros hijos y quizás eso unió más al chiquillo al hermano próximo en edad y a quien seguía a todas partes en cuanto comenzó a caminar. Marcelo lo

pasaba bien en su compañía y le gustaba tener a quien enseñar cuanto aprendía sobre caballos, de su abuelo y luego de Carmelo, su fiel capataz, quien aún trabajaba en la hacienda.

El tiempo apremiaba y no perdería lo único que ambicionaba conservar en el mundo, donde guardaba innumerables recuerdos, agradables y amargos, pero suyos; en esa hacienda estaban también su presente y el único futuro en el que podía pensar. Su vida siempre estuvo enfocada hacia el mundo de los caballos; y, sobre todo, se sacrificaría por sus dos hermanos mayores.

—Está bien. Le pediré a Andrea que se case conmigo a finales de septiembre.

—Eso es arriesgarnos demasiado —le exigió Julián siempre insatisfecho si las cosas no se resolvían a su manera—. El plazo se cumple el veinticinco de octubre.

—No lo haré hasta que regrese de España. Voy a llevar cien caballos la semana que viene y tendré que ocuparme de ellos durante el viaje en barco y todo el verano español lo pasaré lejos de aquí. He recibido una oferta que no pensaba aceptar, pero, dadas las circunstancias, no la rechazaré. Necesito estar lejos de todo este asunto.

—Si no hay más remedio —aceptó Julián entre dientes—. Habla con Andrea antes de marcharte y fija la fecha de la boda. Roberta y yo nos encargaremos de los preparativos oportunos.

—Está bien, pero deseo una ceremonia lo más discreta posible.

Julián se vio obligado a aceptar los planes de Marcelo; sabía que no habría modo de hacerlo cambiar de opinión, pero estaba seguro de que cumpliría su palabra. Además, su hermano Marcelo era quien más deseaba conservar la hacienda porque formaba parte de su vida y de su profesión.

Sin embargo, Andrea no resultaría una presa tan fácil como suponían los hermanos Mendoza y tenía una respuesta bien estudiada para la repentina

proposición de matrimonio de Marcelo.

—Creí que entre nosotros no existiría más que una relación sexual. ¿No es lo que siempre has dicho? —expuso con una sonrisa sibilina que ocultaba algo—. ¿Acaso crees que soy tonta, Marcelo?

—Nunca lo he pensado. Creo que eres demasiado espabilada y que presumes de bastantes correrías a tus treinta y cuatro años —reconoció con sorna—. Nunca nos hemos ocultado nada.

—Marcelo, sé lo de la cláusula de vuestra herencia. Si pretendéis quedaros con la hacienda, los cuatro debéis estar casados antes de que se cumpla un año de la muerte de tu padre.

Marcelo, manifestando su frialdad característica, fingió que no se alteraba, pero la noticia de Andrea lo había sorprendido. Si tenía pocas ganas de casarse con ella, en ese mismo instante desaparecieron por completo.

—Y, la verdad, nunca creí que tuviéramos un futuro en común, tesoro —confesó con coquetería—. Aunque reconozco que me halagas al haberme elegido a mí por lo menos durante ¿cinco años? ¿Ese es el plazo que os impuso vuestro padre?

—Sí. El matrimonio debe durar un mínimo de cinco años —reconoció furioso—. Es otra de las cláusulas. Estás bien informada. —Julián tendría que investigar cómo se había filtrado esa información—.

—¿Y qué obtendré yo cuando pasen esos años? Porque estoy convencida de que te divorciarás de mí. Sé cuánto valoras tu independencia.

—Podemos preparar un contrato prematrimonial; imagino que te refieres a dinero —aclaró sin ocultar el desprecio que le provocaba la situación.

—A mi bienestar, tesoro. A mi seguridad material. —Se calló un instante y bebió un corto trago del whisky con hielo que solía tomar—. Quiero un millón de dólares cuando acabe nuestro matrimonio —exigió con la misma frialdad

con que la trataba Marcelo—. Doscientos mil por año que viva contigo. Y mientras convivamos juntos, cinco mil dólares mensuales para mis gastos personales.

Marcelo la observaba sin manifestar ninguna emoción; era un experto controlando sus sentimientos desde que murió su madre, como lo obligó su padre a hacer. Hubiese dejado a Andrea en ese momento, pero había dado su palabra y el futuro de sus hermanos y de su hacienda dependía de él.

—Te llamaré mañana, Andrea, y te confirmaré tus pretensiones. —Se levantó y dejó con desprecio un billete sobre la mesa.

—¿Te marchas? —preguntó dolida y sorprendida.

—Tengo mejores cosas que hacer. —Y salió del bar dejándole un mensaje de futuro con su actitud.

—Vaya, vaya, con Andreita —reconocía sorprendido Benjamín cuando Marcelo comunicó las exigencias de su futura esposa—. Sabe cubrirse bien la espalda. —Encogió los hombros en señal de despreocupación—. Primero el padre de Blanca y ahora ella. En la notaria debe haber alguien con la lengua muy suelta.

—Ni Álvaro ni Vanesa pusieron ningún impedimento cuando supieron sobre la estúpida cláusula de papá y firmaron el acuerdo prenupcial que les ofreció Julián —replicó Marcelo furioso—. No sé cómo se habrá enterado Andrea.

—Tiene muchos contactos, Marcelo, y si tenía interés en enterarse de tu situación económica, habrá sabido que pollas chupar, seguro —dijo Roberta ofendida—. Y quién lo haya hecho debería pagarle el millón de dólares.

—Si me caso con ella será en beneficio de todos; no le pagaré de mi capital. Esa cantidad saldrá de la herencia de papá. Yo me encargaré de la pensión mensual y ya me parece bastante. Pero quiero que añadas una cláusula al contrato prematrimonial.



—¿Cuál? —preguntó Julián expectante.

—Si me arrepiento antes de la boda, se quedará sin nada. —Los tres hermanos pusieron mala cara ante esa repentina ocurrencia de Marcelo—. La actitud de Andrea ha hecho que cambie de opinión respecto a mi matrimonio y a ella y estoy valorando la situación. Y hay algo más. —Los hermanos esperaban inquietos la nueva sugerencia del orgulloso Marcelo—. Si nos casamos, necesitaremos dormitorios separados y que estén bastante alejados entre sí —añadió en su tono más exigente.

—Añade las condiciones que quieras al contrato prematrimonial —dijo Julián desesperado—. Pero procura que Andrea lo acepte y lo firme antes de marcharte a España.

—De eso también te encargarás tú. Si la viera una vez más... —Se calló un instante y sus hermanos apreciaron la furia que reflejaban sus ojos verdes—. Te aseguro que no podría casarme.

Vanesa, la esposa de Julián, lo esperaba en la puerta de su dormitorio la misma noche que Andrea firmó el acuerdo.

—¿Andrea Valenti? ¿Te vas a casar con esa prostituta?

—Métete en tus asuntos, Vanesa —le respondió Marcelo de malos modos—. Tampoco es peor que tú.

—Tú eres un buen hombre —insistió Vanesa ignorando la pulla de Marcelo—. Un hombre especial que está haciendo historia en el mundo de la genética. —Marcelo se rio incrédulo ante las adulaciones de su perversa cuñada, convencido de que pretendería conseguir algo a cambio—. ¿Por qué no aspiras a otra mujer mejor que esa?

—Porque tenemos prisa. Y porque, en realidad, será lo más cómodo para mí. Una profesional que no me exija nada y a la que tirarme cuando me apetezca. Para eso se supone que voy a pagarle —contestó con palabras

cargadas del desprecio que sentía hacia sí mismo por haber accedido a ese matrimonio.

—No hables así de ti mismo. ¿Cómo puedes infravalorarte de este modo? —le preguntó sin comprender aún el motivo de su elección desacertada—. Te arrepentirás de haberla elegido a ella, Marcelo. Durante cinco años, cada día al levantarte y cada noche al acostarte, solo o con ella, pensarás en la forma que has desperdiciado esos cinco años de tu vida.

—¿Cómo te sucede a ti? —El ataque de Marcelo no la sorprendió—. ¿Por eso sabes de lo que hablas? —El hombre la miró con desprecio—. Al menos yo no voy a vivir una farsa.

Le dio la espalda y se encerró en su dormitorio deseoso de escapar durante unos meses del futuro que le aguardaba.

Había llegado a España hacía unos días decidido a olvidarse de Andrea y de su matrimonio y disfrutar de lo que más le gustaba, de su trabajo con los caballos y de presenciar sus comportamientos durante los partidos de polo. Se sentía orgulloso del trabajo que desempeñaba en la hacienda como criador y veterinario; trabajo que culminaba Benjamín domándolos para el juego que practicaba desde muy pequeño iniciado por Julián. Sus caballos habían alcanzado el mejor caché y, el herraje de La Abadía, como se llamaba la hacienda en honor al apellido de su familia materna, era reconocido por su calidad extraordinaria dentro del mundo equino y ahora patrocinaba al equipo en el que jugaba Benjamín y popularizaba el nombre de su hacienda por todo el mundo.

La venta del centenar de caballos, además había cubierto de sobras los gastos de desplazamiento de los animales. Y tenía dos importantes transacciones más firmadas, a Qatar y a Pakistán. Lo que supondría suficientes ingresos para continuar con su proyecto de cría y reportaría grandes beneficios a la empresa de la que eran socios los cuatro hermanos. Incluso pagarían la pensión de Andrea, recordó Marcelo furioso.

Profesionalmente, como veterinario, era tan bien reconocido como sus animales y ofrecía conferencias en universidades de todo el mundo sobre genética equina. Otros profesionales lo consultaban en numerosas ocasiones cuando les surgían problemas poco habituales y complicados con la reproducción de sus animales y los mejores clubs de polo se deshacían en elogios tras las ocasiones que había prestado su ayuda desinteresada.

Debido a la procedencia norteamericana de su madrastra, Alice, los cuatro hermanos aprendieron inglés, lo que había resultado de gran ayuda en sus relaciones comerciales y universitarias. Adoraba su trabajo y lo absorbía por completo y a él le gustaba su vida libre de otras cargas. Esperaba que, a pesar de su futuro matrimonio, transcurriera del mismo modo después de la boda.

—Me prometiste tres veterinarios, Chema, no dos —le exigía Marcelo enojado al director del club de Sotogrande donde trabajaría ese verano.

—Mañana se incorpora la veterinaria que falta. Su madre murió hace dos días, pero la chica está deseando incorporarse; ayer hablé con ella. Necesita distraerse con este trabajo en el que, no solo tiene un don especial para tratar a los caballos como comprobarás, además le apasiona. No tiene hora de entrada ni de salida.

—Te advertí que no quiero mujeres. Mis caballos son fuertes y necesitan mano dura.

—La chica ha trabajado aquí durante tres veranos; es alta, fuerte, incansable, nada remilgada y una excelente cirujana. Acaba de terminar su máster de especialización.

—De acuerdo. Pero si mañana no se presenta, búscame a otro, y prefiero que sea un hombre.

—Échale un vistazo a su historial académico y luego me dices si quieres que llame a otro veterinario —lo retó Chema consciente de lo celoso y exigente que Marcelo era respecto a su trabajo.

—Está bien, cuando tenga un minuto libre, te aseguro que lo haré.

—Y, además —continuó Chema sonriendo burlón—, te aseguro que es más agradable trabajar viendo el rostro de Carola que el tuyo feo, Marcelo.

—No quiero distracciones ni entre el personal médico ni entre los mozos de cuadra.

—Relájate, Marcelo. Todos conocen a Carola en el club y saben que es intocable o tendrán que rendirme cuentas. Su madre fue una gran amiga mía — y por el tono apesadumbrado con que dijo esa frase, Marcelo intuyó que entre ellos hubo algo más que una buena amistad.

## Capítulo 3

Carola se levantó a las seis y media; ya no le apetecía estar más tiempo en la cama y esa mañana iría a trabajar. Debía recoger la ropa de su madre y revisar sus documentos, pero aún no podía enfrentarse a ello. Su jornada laboral no comenzaba hasta las ocho, sin embargo, como había faltado las tres primeras jornadas, decidió llegar antes y a tiempo de ponerse al día con su nuevo jefe.

Tenía ganas de trabajar junto al eminente doctor Marcelo Abadía, de fama mundialmente reconocida entre criadores de caballos, considerado como el mejor veterinario especializado en genética. Sería un buen dato que anotar en su currículum y esperaba que resultara una excelente experiencia.

Un verano más desde que cumplió los dieciocho años, condujo la ranchera de su madre hasta los establos del club de polo. Aparcó justo en la puerta, ya que todavía había pocos vehículos, y entró. Se dejó abrazar por el olor a heno fresco que habían comenzado a cambiar los mozos al limpiar los pesebres. Le encantaba los sonidos que oía, la respiración de los animales, algunos resoplidos y cascos golpeando el suelo, tenues voces que intentaban calmarlos; los caballos tendrían ganas de salir a hacer ejercicio y se mostraban ansiosos.

Se dirigió hacia la única luz que había encendida, la del despacho que solía ocupar el veterinario jefe, pero la detuvo la presencia de un hombre joven, de pelo negro y corte informal y tan alto que sobresalía bastante por encima de la mampara separadora, parecía examinar a uno de los animales a la vez que le hablaba con un susurro de voz con el que intentaba calmarlo. Esa

voz era sensual como si se la dedicara a una amante y ella permaneció en silencio, escuchándolo embobada hasta que el hombre percibió su presencia.

—Buenos días —susurró Carola sin perder de vista al veterinario argentino que había clavado unos ojos verdes inquisidores en ella.

—Buenos días —respondió el hombre que pareció no prestarle demasiada atención y ni siquiera dejó de atender a la yegua.

—¿Es usted el doctor Abadía? —preguntó sin apartar la vista del hombre—. Soy Carola Domínguez.

—Mi más sincero pésame. —Se acercó al reconocer su nombre como la tercera veterinaria de su equipo y le ofreció una mano con tanta firmeza que Carola no dudó ni un instante de la confianza que ese hombre tenía en sí mismo. La chica miró un segundo la mano y, en cuanto la apretó, se asombró de la intensa calidez que le transmitía—. Chema me habló sobre el motivo de tu tardanza a la incorporación en tu puesto de trabajo.

—Gracias, doctor Abadía —agradeció mostrando el respeto que le tenía como el inminente veterinario que era—. Y gracias por esperar.

—Estás más que justificada—le contestó clavando sus ojos verdes en los de la chica durante unos segundos en los que permanecieron en silencio—. Te felicito; tienes un currículum excelente, Carola.

—Gracias —repitió—. Y espero aprender mucho trabajando junto a usted.

—Llámame Marcelo, ¿de acuerdo?

—Marcelo —repitió la chica sonriendo e iluminando el establo con la que a Marcelo le pareció la expresión más sincera que había visto en su vida; tuvo que esforzarse por apartar la vista y recobrar la normalidad.

—Creo... —dijo Marcelo con torpeza—. Creo que ya conoces a todo el personal.

—Sí. He trabajado aquí desde los dieciocho años, aunque no sé si hay alguien nuevo.

—No que yo sepa, aparte de mí —bromeó sorprendiéndose a sí mismo y obteniendo otra increíble sonrisa de Carola quien se acercó con sutileza al caballo que atendía Marcelo.

—¿Qué le sucede? —En el instante en que le habló a la vez que tocaba el cuello vigoroso del animal, este se calmó—. ¿Qué te ocurre, guapa? —El caballo pareció derretirse bajo el contacto de la mano de Carola—. Eres preciosa. ¿Cómo se llama?

—Fango —contestó Marcelo asombrado porque llevaba media hora intentando que el animal se relajara; lo que aún no había conseguido desde su llegada—. Lo pasó mal durante la travesía. No puede estar mucho tiempo sin hacer ejercicio; es inquieta como un vendaval.

—Nerviosa y guapísima. —Carola examinó con detenimiento sus patas—. Un magnífico ejemplar, Marcelo, como todos los de tu herraje. Nunca he visto un caballo de tu cuadra que no cause admiración —reconoció con tanta sinceridad que asombró a Marcelo una vez más.

—Me esmero en mejorar cada vez más la raza Polo Argentino de mis animales. Si te gusta Fango, deberías ver a su madre, Aquitania. Una yegua más impresionante que su hija. Me ha dado tres hijos a cual mejor.

—¿Está aquí?

—No. La dedico a criar. No está en venta. —Y se sumergió de nuevo en el mar azul profundo de los ojos de Carola durante unos segundos tan ensimismado que no oyó la pregunta que le hizo la chica quien, más que una veterinaria, parecía una hermosa modelo.

—¿Por dónde quieres que empiece? —Marcelo tuvo que sacudir levemente la cabeza para volver a la realidad y Carola preguntó de nuevo—. ¿A qué caballo quieres que examine? —El hombre tardó en responder, lo que

Carola intuyó como desconfianza en sus capacidades.

—Sobre la mesa —dijo señalando el lugar— hay una carpeta con los caballos que te corresponden. Tienes veinticinco a tu cargo y toda la información detallada de cada uno de ellos.

La chica no esperó más y cuando se dirigía a recoger su lista, Marcelo le hizo el primer comentario hiriente y lo que ella intuyó, de evidente carácter machista.

—Si te resulta un trabajo demasiado pesado le cederemos algunos a tus compañeros. —Ella se giró y se enfrentó a Marcelo con una sonrisa deslumbrante y, aunque estuviera a cinco metros de distancia, consiguió su objetivo: aprovechar su abrumadora feminidad, derrochar todo su encanto físico y, una vez que su víctima estaba atrapada bajo su embrujo, pisotearlo.

—Es evidente que no me conoces. —Entonces dejó de lado a la mujer, se transformó en la profesional y le ofreció a Marcelo una mirada tan cargada de decepción que lo obligó a bajar la mirada—. No te preocupes, estoy acostumbrada a ese tipo de comentarios que intentan rebajarme como profesional.

Marcelo vio como cogía su carpeta con furia y comenzaba a leer los expedientes. Durante la larga jornada laboral, la vio transformarse de vez en cuando en la chica bella y encantadora que era mientras saludaba a los que habían sido sus compañeros de trabajo durante los veranos anteriores; también observó su sinceridad cuando se emocionaba al recibir el pésame por la muerte de su madre; pero enseguida se recuperaba y volvía a ser una profesional eficiente e infatigable, que conocía su tarea a la perfección y consultaba o mandaba a los mozos sin dudar un segundo sobre lo que debían hacer con cada animal, a los que dominaba con tanta facilidad como lo había dominado a él con una simple sonrisa.

Marcelo la observó durante unos segundos agachada ante las patas



delanteras de uno de sus caballos mientras lo examinaba con suma delicadeza y pensó en el poder que tendría una sola caricia de Carola sobre él. Un intenso escalofrío recorrió su espalda sudada y decidió concentrarse en el trabajo. Después de una semana, los caballos habían superado el estrés y la fatiga tras el largo viaje y estaban listos para el juego. Entonces comenzaría otra clase de trabajo médico en el que, además, tendrían que bregar con los exigentes jinetes.

El verano anterior, Carola mantuvo un breve escaqueo con uno de los jugadores de polo profesionales argentinos, hasta que descubrió su verdadero carácter y entonces lo rechazó. Su instinto al comenzar a salir con él no le falló, pero la chica se dejó seducir por sus modales caballerescos y su portentoso y atractivo físico, antes de saber que estaba casado y que era padre de una niña de dos años. Se enteró gracias a su amigo Manuel, quien, nada más conocerlo, comenzó a investigar sobre el posible novio de su mejor amiga, a quien protegía como si se tratara de su hermana pequeña, aunque fueran de la misma edad.

Alonso Cortázar no tardó en acercarse a los establos en busca de su amor del verano pasado; la chica que, tras empujarlo al divorcio, lo dejó con el corazón destrozado. Había intentado olvidarla a lo largo del invierno ayudado por relaciones con otras mujeres, pero todas habían resultado infructuosas cuando el recuerdo de Carola se colaba entre ellos, con la caricia de un rizo rubio que no era tan suave como uno de ella, unos ojos azules nada misteriosos o una sonrisa imperfecta.

Allí estaba Carola de nuevo, ataviada con una trenza despeinada, unas manos desarregladas y la ropa polvorienta. Y la seguía considerando la mujer más hermosa que había conocido. Alonso supo a los dos segundos de verla que nunca dejaría de desearla por más que se lo propusiera.

La veterinaria consultaba el informe de una preciosa yegua moteada, uno de sus animales favoritos, cuando alguien la tocó en el hombro. Se giró y no le

agradó encontrarse ante Alonso.

—Hola, reina de los establos —bromeó Alonso saludándola con una reverencia—. Deberían organizar el concurso Miss Veterinaria y lo ganarías de sobras.

Pero Carola no se dejó seducir ni por sus halagos bien estudiados ni por sus exquisitos modales. Odiaba a ese mentiroso por el modo en que trataba a las mujeres. Así que se mantuvo a distancia y con un gesto serio que hablaba por ella.

—Veo que no te alegras de verme —dijo Alonso sin dejar de mirarla después de esperar unos segundos a que ella le dirigiera la palabra.

—No. No me gustan los hombres como tú.

—De acuerdo —reconoció con una sonrisa—. Aunque al principio sí que te gusté.

—Deberías dedicarte a actuar, creo que fingir ser quien no eres se te da mejor que jugar al polo.

—¿Qué querías, Carola? ¿Qué me presentara diciéndote que era un hombre infelizmente casado?

—Al menos habría sido la verdad —respondió ella con frialdad.

—Ahora soy un hombre felizmente divorciado —le confesó esperanzado—. Y te aseguro que es cierto.

—Demasiado tarde. Ya no me interesa nada relacionado contigo. Espero que te haya servido de lección y hayas aprendido a ser sincero con las personas en general, aunque lo tuyo tiene más que ver con el género femenino.

—Solo te pido una oportunidad y te demostraré que no te mentí respecto a mis sentimientos hacia ti —le propuso dando un paso e invadiendo su espacio personal.

—Estoy trabajando —lo cortó ella—. Y te vuelvo a repetir que no me interesa nada relacionado contigo. Formas parte de los recuerdos desagradables, Alonso.

Carola entró en una de las cuadras y cuando Alonso comenzó a seguirla, Marcelo intervino. Había estado escuchando la conversación desde uno de los cubiles cercanos y tenía la impresión de que Cortázar acosaba a la chica.

—Hola, Cortázar. ¿Me buscabas? —El polista se detuvo un momento y se giró al oír una voz que le resultaba familiar—. ¿Estás interesado en probar alguno de los caballos?

—Marcelo —contestó tendiendo su mano—. No sabía que estuvieras en Sotogrande.

—Este verano he decidido pasar el verano europeo con Benjamín. ¿No te lo ha comentado mi hermano?

—No. No lo he visto aún. Creo que llega mañana.

—Sí. He hablado con él hace un rato. Compartiremos un apartamento.

—¿Viene su mujer? —preguntó alzando mucho las cejas—. Jamás me lo imaginé casado. Espero que le dure más que a mí.

—Por lo que acabo de oír sobre ti, es mejor que algunos hombres no intenten establecer una relación monógama. —Y no ocultó la mala intención de sus palabras.

—Tienes razón. Y ahora el divorcio me está desangrando gota a gota. Como continúe exigiendo tanto, mi ex mujer me va a dejar en calzoncillos.

—No cambiaría mucho tu aspecto anterior —le reprochó Carola al salir del establo, pero sin prestar atención al intruso y Marcelo contuvo una carcajada ante su ocurrencia—. Seguirías haciendo el ridículo porque, según la fama que te precede, debe resultar difícil pillarte con los pantalones puestos.

—Veo que ya os conocéis —comentó Marcelo retando con la mirada a Alonso.

—Carola y yo mantuvimos una relación el verano pasado —le aclaró Alonso ejerciendo un derecho de posesión que irritó aún más a la chica—. Y fue la responsable de que decidiera finalizar mi matrimonio.

—Si estás intentando hacerme sentir culpable —le replicó Carola bastante alterada y claramente a la defensiva— demuestra lo poco que me conoces. Y, lo que tú llamas nuestra relación —añadió con desdén— no duró ni una semana, el tiempo necesario para que yo te conociera bien.

—No creo que a Marcelo le interesen nuestras discusiones —le reprochó Alonso bastante avergonzado.

—Estoy de acuerdo contigo; no me interesan ni a mí. Así que, si no te importa, no me distraigas más de mi trabajo. No tengo interés en que mi jefe me llame la atención por no resultar profesional durante mi jornada laboral —le dio la espalda y se dirigió al último de los cubiles. Alonso se giró con intención de seguirla una vez más.

—Déjala en paz, Alonso. Carola está trabajando y si no tienes ninguna consulta que hacernos acerca de los caballos te pido que salgas del establo.

—Ya veo que Carola ha despertado tu interés —dijo con una petulante sonrisa—. ¿Qué crees que pensará tu reciente prometida sobre ello? En el fondo, todos somos iguales, Marcelo. No podemos resistirnos ante una mujer como Carola.

Y, dándole la espalda, Alonso se alejó de él y salió de los establos.

Marcelo percibió que se había mostrado demasiado protector respecto a Carola y no era su estilo llamar la atención en otro aspecto de su vida pública que no fuera como veterinario o criador de caballos. Sin embargo, la actitud arrogante y posesiva de Alonso hacia Carola lo había encendido de un modo desconocido y alarmante. Durante un segundo los había imaginado desnudos,

tumbados sobre una cama de sábanas de seda roja; lo que le provocó unos celos insoportables y se vio empujado a proteger a Carola de esa desagradable situación y del hombre que la causaba. Pero ¿qué sucedería cuando llegaran el resto de los miembros de los equipos y Carola recibiera insinuaciones de tantos hombres como pasaban por los establos? ¿Cómo ocultaría lo mucho que le molestaban cuando entre ellos solo debería existir una relación profesional?

Lo que ya estaba claro para él era que Carola le importaba tanto como veterinaria que como mujer. Cada día de la primera semana que había transcurrido trabajando juntos, se había sorprendido a sí mismo preocupado por si ella se cansaba ante las largas jornadas laborales, por si no habría comido, por si alguno de los hombres llamaba más de la cuenta su atención. La había examinado cada mañana al llegar, esperanzado en que hubiera descansado lo suficiente antes de comenzar con el duro trabajo de ese nuevo día. Le gustaba escucharla reír aunque no fuera junto a él porque, a veces, la encontraba triste y melancólica e imaginaba que sería a causa de la reciente muerte de su madre. Pero con lo que más disfrutaba era cuando le hacía alguna consulta profesional; observar la expectación en su bello rostro y la fe absoluta en sus consejos lo emocionaba más de lo que podía controlar.

Percibir cuánto lo trastornaba la presencia de Carola en ese momento tan complicado de su vida lo ponía de mal humor y lo descargó contra la chica horas más tarde.

Se había reunido con sus tres veterinarios al final de la jornada como había hecho cada día de la primera semana. Y al terminar la puesta en común de sus respectivos registros se dirigió directamente a ella.

—Nos queda un asunto más. Carola, le dije a Chema que no quería tener en mi equipo a una mujer. Y hoy me has demostrado el motivo.

La chica se ruborizó de los pies a la cabeza ya que entendía la causa del comentario de Marcelo y miró de reojo a sus compañeros sin ocultar la

vergüenza que le habían provocado sus palabras.

—Lamento la intromisión de Cortázar —susurró—, pero yo no controlo quien puede o no puede entrar en los establos.

—Tienes razón —reconoció sin compasión—. Espero que lo sucedido hoy no se repita y no tengas que enfrentarte en tus horas de trabajo con más amantes despechados. Hasta mañana.

Marcelo se dio media vuelta y los dejó a los tres como si con un maleficio los hubiera convertido en estatuas. Los dos compañeros de Carola reaccionaron cuando vieron las lágrimas rodar por el rostro enrojecido de la chica.

—¿Qué ha pasado hoy? —le preguntó Gonzalo preocupado—. No me he enterado de nada.

—Yo vi a Alonso Cortázar salir y pensé que habría venido a saludarte —comentó Luis en el mismo estado.

—En resumen, Alonso me estaba incomodando, Marcelo intervino y, prácticamente, lo echó —les contó secándose las lágrimas—. Pero no pensé que le hubiese molestado tanto. O quizás Alonso le haya contado alguna mentira sobre mí.

—Lo siento —se lamentó Luis—. Marcelo se ha pasado de la raya con ese comentario discriminatorio. Tú eres una gran profesional y lo demuestras cada día.

—Luis tiene razón. No te mereces ese trato, Caro. Pasa de él y sigue cumpliendo con tu trabajo. La única manera de ponerlo en su sitio es demostrándole lo mucho que vales. Además, en los dos veranos que hemos trabajado juntos, jamás ha habido una queja sobre ti, ni por parte de Chema, ni de los jugadores, ni de los dos jefes anteriores. Creo que Marcelo te debe una disculpa.

—Eso lo veo difícil. Me conformo con que las cosas se queden como están y no surja ningún otro problema. Gracias por vuestro apoyo, chicos. Nos vemos mañana.

Carola salió abatida de los establos. En otro momento habría discutido con Marcelo y quizás le habría presentado su dimisión por trato discriminatorio, pero necesitaba ese empleo porque mientras estaba allí se disipaba el intenso dolor que le provocaba la reciente pérdida de su madre. Eran las nueve de la noche, hacía calor, y regresar a su solitaria casa se le hacía muy cuesta arriba, así que decidió ir a cenar a casa de Mary y, si no tenía planes, disfrutar un rato de su charla y de su compañía.

Mary la recibió con un abrazo reconfortante y reprochándole el que hubiera pasado cinco días desde la última vez que se vieron.

—Trabajo más de doce horas diarias, Mary. Pero no me quejo. Cuando llego a casa, me doy un baño, ceno algo y caigo en la cama rendida. —Se le escaparon unas lágrimas—. Hoy no puedo ir. No puedo enfrentarme con la soledad, los recuerdos y el vacío que me ha dejado la muerte de mi madre. — La mujer volvió a abrazarla.

—¿Qué ocurre, bonita? ¿Algo va mal?

—Mi jefe de este año es un machista y hoy, por segunda vez en la primera semana, me ha dicho a la cara que no quiere mujeres trabajando en su equipo.

—¿Quieres que hable con Chema para que le dé un tirón de orejas? —se ofreció Mary sonriendo.

—A Marcelo Abadía no hay quien le dé un tirón de orejas. Es uno de los mejores veterinarios del mundo, especializado en caballos, y un experto criador. ¿Imaginas el prestigio que adquirirá el club a nivel mundial por haber conseguido que Abadía trabaje durante una temporada de polo? Además del efecto que tendrá en mi currículum el hecho de formar parte de su equipo durante tres meses. Si es que ese hombre me soporta.

—Venga, Carola, tú puedes con eso y mucho más —la animaba Mary—. Y si te cansas de soportar a tu jefe, siempre tendrás trabajo en tu mitad del vivero.

Carola había heredado la mitad de la sociedad que compartía su madre con Mary y, desde que la enfermedad de Alejandra se agravó, contrataron a una empleada que pagarían con su parte de los beneficios para no sobrecargar de trabajo a la amiga de su madre. Si Marcelo la despedía, al menos tendría asegurado un lugar donde trabajar y no tener demasiado tiempo libre. Era lo que más necesitaba en esos momentos.

—¿Cuándo llega Manuel? —preguntó con interés en un claro intento de despejarse del trabajo durante un rato—. Hace dos días que no miro mi Facebook y no sé si me habrá enviado algún correo.

—Anoche hablé con él. No llegará hasta agosto. Pasará julio en Santander con la familia de Susana. Esa chica me ha robado a mi niño.—Carola se rio ante el lamento de Mary.

—Nadie separará a tu hijo de ti. Viajará mucho porque es un culo de mal asiento, como decía mi madre. Pero su casa está aquí. Ya lo verás. Sobre todo porque no le gusta el frío del norte. —Se rio de nuevo al recordar los comentarios que Manuel le había hecho en alguna ocasión sobre Santander y el verano lluvioso al que no se acostumbraba—. ¿Te comentó que ya sé quién es mi padre? —Mary detuvo el cuchillo con el que cortaba un tomate y la miró pasmada y con la boca abierta—. Mi madre me contó toda la historia y me hizo prometer que lo buscaría y me presentaría ante él —le dijo con una mueca de espanto—. No sé de dónde sacaré el valor, pero cuando Manuel lo localice tendré que cumplir mi promesa.

—¿Irás a Alemania? —le preguntó sorprendida.

—Tú también lo sabías —le regañó bromeando y señalándola con un dedo índice acusatorio.



—Entre tu madre y yo no había secretos. Pero nos prometimos no hacernos preguntas sobre vuestros padres.

—Pues ya es hora de que se lo cuentes a tu hijo. Necesitamos saber, Mary.

—No es el mismo caso, bonita. Tu madre vivió una historia de amor y yo una de sufrimiento que prefiero no recordar.

—Tendrás que afrontarlo algún día y contársela a Manuel —le exigió—. Luego, que él elija si quiere conocer a su padre o no.

—Ojalá esté muerto —deseó Mary con sinceridad—. Fue un hombre malvado, mentiroso y mezquino. Cada día de mi vida le he deseado lo peor que le pueda suceder a una persona.

—Por desgracia, hay muchos hombres así —dijo recordando a Alonso Cortázar y le habló a Mary sobre su encuentro con él y cómo había sido el detonante para que Marcelo le restregara su condición de mujer.

—¡Ay! —se lamentó Mary—. Si Dios existiera, no habría creado al hombre. Solo a su pene.

Las dos mujeres dedicaron un tiempo a las bromas mientras cenaban y dejaron de lado los recuerdos dolorosos. Luego, Carola se duchó, se puso una camiseta y un bóxer de Manuel y se acostó en la cama de su amigo. Mary, que entendía su sufrimiento, la había animado a quedarse a pasar la noche.

A la mañana siguiente pasó por su casa a cambiarse de ropa, regó las plantas de su madre y antes de las ocho ya estaba en los establos; como le había aconsejado su compañero Luis, le demostraría a Marcelo su valía profesional al continuar con su trabajo.

Marcelo había pasado mala noche, a lo que no estaba acostumbrado porque era un hombre de conciencia tranquila, poco dado a irritarse o a inmiscuirse en la vida de los demás. Pero Carola lo tenía desquiciado por dos razones. La primera por la hermosa mujer que era y la segunda porque no se

aprovechaba de ello y conquistaba a los que la rodeaban con su trato, ya fuera a nivel profesional o amistoso. No había necesitado mucho tiempo para conocerla debido a que ella siempre se mostraba tal como era. Sin embargo, él escondía sus sentimientos tras una máscara de profesionalidad, por lo que tampoco merecía ser criticada.

En otro momento de su vida se habría acercado a ella con otras intenciones, quizás habría intentado seducirla. Pero saberse prometido a una mujer que solo le causaba desprecio después de que firmara el contrato prenupcial, lo hacía sentirse ruin e indigno de Carola con solo pensar en mantener una relación con ella fuera del ámbito profesional. Esa idea lo convertía en un hombre peor que al que ella había despreciado el día anterior.

Tampoco merecía que la despidiera porque había demostrado con creces su excelente preparación y su dedicación a pesar del miserable sueldo que cobraba. Ella estaba allí para adquirir experiencia y para adornar su currículum con el nombre de Marcelo Abadía, hecho que lo halagaba en el plano profesional. Pero él, después de los pocos días que habían transcurrido desde que la conoció, ansiaba más de Carola, lo ansiaba todo de ella. Y ese pensamiento lo abrumó de tal manera que se asustó.

Cuando llegó esa mañana al establo, Carola ya estaba allí tan concentrada en el inventario de la farmacia que no lo oyó llegar y se sobresaltó al saludarla.

—Buenos días, Carola. —La chica se llevó una mano al pecho y Marcelo sonrió alzando las manos a modo de disculpa—. Lo siento, no pretendía asustarte.

—No te he oído llegar —justificó su debilidad infantil mientras se fijaba en lo bien que le sentaba a Marcelo el polo blanco que llevaba esa mañana y que resaltaba sus rasgos morenos y sus atractivos ojos verdes—. Buenos días. —Y continuó con su tarea ignorando la intensa presencia del argentino.

—¿Te apetece un café? —le ofreció Marcelo con una amabilidad poco habitual en él.

—No, gracias. Ya he tomado. —Y de nuevo le dio la espalda que Marcelo recorrió con detenimiento.

Carola sintió sus ojos en ella y se alarmó. Marcelo quería decirle algo desagradable y le costaba afrontarlo. Iba a despedirla. Temblorosa ante la idea, continuó con el inventario de las medicinas, a la espera de las terribles palabras de su jefe que no llegaban. Oyó el repiqueteo de la cucharilla en la taza mientras la angustia le apretaba la garganta. Y cuando Marcelo salió del despacho, tomó aire con una gran bocanada porque hacía un minuto que no respiraba. Prefería que no la despidiera antes de que se disculpara por su trato discriminatorio del día anterior. Y esa muestra de debilidad la enfureció.

Unos minutos más tarde, el establo bullía de actividad y de personas entrando y saliendo. La mayoría de equipos ya habían llegado y entrenadores, domadores y jugadores se interesaban en los soberbios caballos de La Abadía que se habían vendido por primera vez en España.

Marcelo estaba desbordado esa mañana en la que él levantaba la misma expectación que sus caballos y todo el mundo ansiaba saludarlo o conocerlo. No podía darle una continuidad a su trabajo y tuvo la oportunidad de comprobar el cariño que todos derrochaban al saludar a Carola, además del trato respetuoso que le ofrecían. Eso le hizo sentirse mal por su comentario despectivo del día anterior cuando se dejó llevar por los celos que le provocaron la aparición de Alonso Cortázar y reconoció que le debía una disculpa a Carola.

Terminada la jornada de ese estresante día, después de acabada su reunión habitual, Marcelo inició su disculpa en público, del mismo modo que la había insultado.

—Antes de que os marchéis, quiero pedirle disculpas a Carola por mi

errado comentario de ayer. No soy ningún retrógrado machista, ni siento desprecio por las mujeres, aunque anoche pareciera lo contrario. Pero la esencia del mundo del polo sigue siendo masculina y pienso que a una mujer tan bella como tú, eso puede causarle muchos problemas, Carola. —Con su marcado acento argentino, las palabras de Marcelo satisficieron a la chica, además de que acababa de reconocer su valía física.

—Estoy acostumbrada a esforzarme para que se me reconozca mi valía profesional; para eso estoy aquí, Marcelo. Tú no me conocías personalmente y me felicistaste por mi excelente currículum académico. Eso es lo único que me interesa. Nací con este físico y envejeceré como todo el mundo, me saldrán arrugas y quizás engorde —sus compañeros no pudieron contener unas risitas—, pero mientras eso llega, no puedo esperar a que la gente vea a la veterinaria y no a la mujer.

—Tienes razón, Carola y debes seguir luchando por ello —reconoció Marcelo con sinceridad—. Te mereces tus oportunidades al igual que Luis y Gonzalo... —Unos golpes en la puerta abierta interrumpieron la conversación.

Un hombre con aire a Marcelo aunque unos centímetros más bajo, llamó la atención del equipo de veterinarios.

—Lamento la interrupción —dijo sonriendo y fingiendo sentirlo—, pero acabo de llegar del aeropuerto y necesito que mi hermano me lleve a casa.

—Ben, me alegro de verte.—Marcelo se acercó a su hermano y lo abrazó con cariño. Luego se separó de él y les presentó a sus ayudantes. Por supuesto Carola atrajo la atención de Benjamín.

—He oído hablar de ti a los miembros de mi equipo —le dijo a Carola sonriendo y ella lo fulminó con la mirada—. No me mires así. —Se rio Ben—. Todos los comentarios han sido satisfactorios y ahora puedo confirmarlos.

—Hasta mañana, Marcelo —se despidió Carola furiosa—. Esto no tiene arreglo —añadió dándole la espalda al grupo de hombres que la observaba

marchar.

—¿Qué he dicho? —se disculpaba Ben de nuevo sin sentirse culpable a la vez que miraba al rostro de los hombres quienes sonreían divertidos por el comentario de Carola—. ¿Por qué se ha molestado?

—Ahora te lo cuento. Te llevo a casa. ¿Cuándo llega Blanca?

—Dentro de tres días; no me libraré de ella este verano. Solo con ver a Carola ya me fastidia pensar en mi mujer.

—No te acerques a ella —se le escapó con más furia de la debida a Marcelo. Benjamín lo observó en silencio y luego sonrió.

—¿La quieres para ti? —Marcelo se sintió atrapado y se justificó como pudo.

—No. Alonso Cortázar anda tras ella y ya he tenido una discusión con él. Carola es una excelente profesional y no quiero verme obligado a despedirla.

—Sería un auténtico desperdicio. Además, aún no te han echado la soga al cuello. Debes disfrutar de tu soltería.

—¿Cómo tú de tu matrimonio? —Ben puso los ojos en blanco.

—¿Por qué papá nos castigó de ese modo? Sabía que los cuatro preferíamos vivir en La Abadía; de hecho, ninguno ha pasado demasiado tiempo alejado de la hacienda, salvo nosotros dos cuando tú elegiste estudiar en Nueva York y nos fuimos a vivir con mi madre después del divorcio.

—No lo sé. Quizás lo hizo por vengarse de Julián —le dijo por no confesarle que a Alice nunca la amó y sufrió hasta el día de su muerte por la pérdida de Julia Abadía.

—A veces creo que lo hizo porque, siendo él un hombre apasionado y romántico, no resultó un buen ejemplo para sus hijos después de que su segundo matrimonio fracasara. Recuerda cómo defendía con ardor la

institución de la familia y del matrimonio y nos recriminaba nuestra soltería hasta el último día de su vida.

—Sí. Tienes razón. Fue tu madre la que lo obligó a divorciarse —aseguró convencido—. Creo que a ella nunca le gustó esa vida de retiro y aislamiento obligado que llevaba en La Abadía y que satisfacía plenamente a papá; eso envenenó su relación. Cuando nosotros crecimos y dejamos de necesitarla, resultó demasiado aburrido para ella y se marchó —suspiró afectado.

—¿Crees que alguno de nuestros matrimonios sobrevivirá cuando se cumpla el plazo de los cinco años?

—No lo sé; tal vez el de Julián a quien le importa más mantener un estatus social conservador; o quizás el de Roberta por el mismo motivo.

—Puede que Julián y Vanesa sobrevivan juntos y continúen con su farsa. Pero en cuanto Roberta se entere de alguna de las numerosas infidelidades del cabronazo de Álvaro... Ni siquiera me convence de que lo soporte los cinco años. ¡Dios! —exclamó Ben furioso—. Cuando se cumpla el maldito plazo tendré treinta y tres y tú, cuarenta. ¿No te jode?

—Me jodería más quedarme sin La Abadía.

—Eres igual que papá. Aunque viajes más que él dando conferencias de una punta a otra del planeta.

—A papá no le gustó mucho la vida de la hacienda hasta que murió mi madre —le confesó con tristeza—. Creo que no la vendió después de morir mi abuelo por conservar sus recuerdos intactos.

—Si lo que no quieres decirme es que nunca se olvidó de tu madre, lo sé. Mi madre me lo ha dicho cientos de veces. Antes del divorcio me comentó que no podía continuar siendo la amante y yo no lo capté hasta que ella me lo explicó años más tarde —contó con su despreocupación habitual—. Marcelo —le advirtió—, tengo veintinueve años y creo que más experiencia mundana que tú.

—Me gusta la vida que llevo en La Abadía y me he visto obligado a huir —confesó controlando su furia.

—Podrías encontrar una bonita distracción de pelo rubio, ojos azules, tal vez ¿uno setenta y cinco? Y un cuerpo diez.

—No sigas por ahí. Carola es intocable, ¿entendido? —le preguntó mostrándose de nuevo demasiado protector.

—Además, tenéis muchas cosas en común —continuó Benjamín ignorando la irritación de su hermano—, ambos veterinarios, vuestro amor a los caballos... Esa sí que sería la mujer adecuada para ti.

—Si estás esperando que diga que tienes el camino libre, no lo conseguirás. Nada de acercarse a Carola.

—Está bien; si tú no la aprovechas y tampoco me la dejas a mí, seguro que cae en las garras de Cortázar. Por lo que he oído, ese hombre está obsesionado con ella desde el verano pasado. Incluso se divorció esperando con ello que lo perdonara; y lo mejor de todo, ni siquiera se la había tirado. —La carcajada de Ben puso más furioso a Marcelo.

—Que lo intente. —Y su voz sonó a una clara amenaza que provocó otra risotada de su hermano pequeño.

—Esa chica te ha calado hondo, confíésalo.

El siempre introvertido Marcelo en lo referente a sentimientos no respondió a las puyas de su hermano y permaneció en silencio hasta que Benjamín le preguntó por las características del apartamento que había alquilado.

—Gran terraza y vistas al mar. ¿Es lo que quería Blanca? Y el interior amueblado con buen gusto. Está prácticamente nuevo.

—Espero que esa bruja que tengo por esposa no tenga quejas. Si las tiene,

te las pasaré a ti como responsable del alquiler.

—Ni se te ocurra. —Y los dos rieron a carcajadas.



## Capítulo 4

Durante los días siguientes, el trabajo en el establo pasó de ser duro a excesivo, pero Marcelo estaba satisfecho con sus tres ayudantes, sobre todo con Carola y ese don suyo que amansaba en segundos a los caballos más díscolos.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó Marcelo al final de una larga jornada en la que el herrero no encontraba la manera de controlar a uno de los caballos más jóvenes y le pidió ayuda a Carola—. Te observo, te escucho y no encuentro nada especial en tus actos ni en tus palabras. —Se habían quedado solos y hablaban en el despacho de Marcelo.

—Creo que es cuestión de confianza. Sí. —Y le regaló una de sus mejores sonrisas—. Confianza y firmeza. Ellos la sienten en mí y entienden de algún modo que no haré nada que no les guste.

—Pero después haces lo que quieres o necesita el animal.

—Sí, cuando ya confía en mí y comprenden que solo quiero ayudarlos. Tengo paciencia y espero hasta que los veo calmados y confiados. Nunca actúo antes. Cada caballo necesita su tiempo.

—Y una vez que te conocen, ya no tienes que esperar porque depositan en ti toda su confianza.

—Y yo en ellos. No olvides esa parte. Debe ser un intercambio de sentimientos, como ocurre entre las personas. Para que una relación funcione debe existir un equilibrio en todos los aspectos, ya sea entre hermanos, entre padres e hijos, entre amigos o pareja. La balanza debe estar equilibrada en

todo momento.—Marcelo la escuchaba atento, se emborrachaba con sus gestos y sus palabras y se los aprendía de memoria—. Si te ofrecen tienes que devolver, aunque sea con esfuerzo. Con los caballos sucede lo mismo, pero ellos son más sensibles y entregados que las personas, sin embargo, no se les puede engañar; de algún modo que aún no comprendo, intuyen la falsedad.

—La principal cualidad del caballo es su nobleza, imagino que por eso interpretan con facilidad su antagonista.

—Es cierto; por eso, cuando me acerco a ellos, me libero de problemas y prejuicios y me entrego tal como soy.

—¿Y con las personas? ¿Actúas del mismo modo? —Se acercó a ella más de lo que Carola creía adecuado, pero permaneció inmóvil esperando el contacto de Marcelo que, de repente, ansiaba.

—Hubo una época en que lo hacía. Pero pocas personas devuelven lo mismo. En muy pocas se puede confiar.

—Yo te confiaría mi vida, Carola —le confesó susurrando a la vez que le colocaba detrás de la oreja un mechón de pelo rebelde que llevaba días queriendo tocar y se deleitó observando las pequitas de su nariz—. ¿Me confiarías la tuya?

—Marcelo —los interrumpió Ben que había entrado sin hacer ruido y sin esperar la escena íntima que encontró—, llevo media hora esperándote para ir a cenar. —La pareja se separó como si los hubieran sorprendido haciendo algo inapropiado. Ben estudió durante unos segundos la situación, comprendió que había llegado en un momento inoportuno y quiso enmendarlo—. Carola, ¿nos acompañas a cenar? —Ella lo miró sorprendida y tardó en responder.

—Gracias, pero como puedes apreciar no estoy presentable para ir a ningún sitio que no sea una bañera. —Los ojos de los hombres se abrieron como platos ante ese comentario inocente y Ben sonrió de oreja a oreja sin ocultar su excitación—. Hasta mañana. —Y salió del despacho lo más rápido

que pudo sin echar a correr, aunque tuvo tiempo de escuchar una carcajada de Ben a su espalda.

—Lamento haberte interrumpido. ¿Dónde habría ocurrido? ¿Sobre el heno? ¿En una... bañera? —bromeaba Ben mientras su hermano lo miraba irritado—. Menuda imagen mental acabo de reproducirme en el cerebro. Esa diosa rodeada de espuma blanca, su bello rostro iluminado por la tenue luz de unas velas... Lo que te estás perdiendo, Marcelo. Eres un gilipollas porque estoy convencido de que la tienes en el bote.

—Déjate de tonterías y no hables así de Carola.

—Esa chica te gusta, lo veo en tus ojos. Y seguro que no echas un polvo desde que llegaste a España. ¿No será por tu reciente compromiso? —Miró a su hermano con lástima—. ¿No creerás que Andrea te será fiel?

—Mi vida no tiene nada que ver con lo que haga Andrea. Ella se convirtió en una transacción comercial en el momento en que pidió dinero.

—¿Y antes? ¿Qué significaba para ti? No me dirás que estabas enamorado de ella.

—No —admitió con desprecio—; nunca lo estuve. Solo nos divertíamos juntos en la cama porque ni siquiera tiene una conversación interesante.

—Pero un cuerpo de escándalo —añadió Ben—. ¿Con esa cualidad, sobra?

—Al exigirme dinero de esa forma interesada y fría se ha convertido en una prostituta.

—Y bastante cara. Llámala y cóbrate lo que le vas a pagar.

—No la quiero cerca de mí, ni ahora ni cuando me case con ella. Y no pienso ponerle una mano encima. Yo no pago por acostarme con una mujer —sentenció asqueado, pero se arrepintió enseguida de su comentario al recordar la situación similar de su hermano—. Se me ha quitado el apetito y aún tengo

cosas que hacer aquí. Vete a cenar, ya tomaré un bocadillo en casa.

—Como quieras, Marcelo. Pero si no te acuestas pronto con Carola, explotarás.

—Fuera —le gritó a su hermano menor que se marchó riendo a carcajadas.

Marcelo se sentó en la silla de su despacho odiando de repente la vida que le esperaba en La Abadía y odiando a su padre por su estúpida condición. ¿En qué estaría pensando ese viejo tozudo cuando añadió la increíble cláusula en su testamento? ¿Y en qué estaría pensando él para relacionarse con una mujer como Andrea? Estaba convencido de que Andrea convertiría su existencia en un infierno como Blanca había hecho con la de su hermano Ben. Sin embargo, en cuanto surgió en su mente la imagen de Carola de esa forma incontrolada como solía aparecer y cada vez más a menudo, se tranquilizó y, sin entender el motivo, se sintió esperanzado. Pero... ¿esperanzado en qué? Algo sucedía en su interior, algo desconocido y que no llegaba a comprender, pero estaba convencido de que estaba relacionado con Carola.

Mientras conducía hacia su solitaria casa, Carola reflexionaba sobre lo sucedido en el despacho de Marcelo y, más que en otra cosa, en lo que había estado a punto de suceder y en si ella lo habría permitido. Se sentía terriblemente atraída por Marcelo, no se había cruzado a lo largo de su vida adulta con un hombre que la satisficiera más en todos los aspectos: por su apariencia física, por su carácter temperamental y lo seguro de sí mismo que se mostraba, por su profesión, a la que se dedicaba en cuerpo y alma, del mismo modo que ella. Lo que no imaginaba era que ella le afectara de algún modo que no fuera profesional.

De repente, entendió el motivo por el que parecía fastidiarle que ella trabajara allí sabiendo que sería su séptimo verano en las mismas instalaciones y que nunca tuvo un problema. A él le molestaba porque se sentía atraído por ella. Todas las veces que lo había sorprendido observándola no serían por vigilar si realizaba bien su trabajo; la miraba a ella como la mujer

que era, aunque se escondiera bajo esa máscara de frialdad y profesionalidad y contuviera sus emociones. Y esa idea le provocó una sonrisa de satisfacción. Que un hombre como Marcelo se fijara en ella le subía la moral, ahora tan maltrecha, hasta límites insospechados.

Sin embargo, también le quedó claro que no tomaría la iniciativa. Si de verdad Marcelo pretendía mantener con ella una relación fuera del ámbito profesional, él debería dar los primeros pasos; nunca se insinuaría ante un hombre tan famoso como el doctor Abadía.

A la mañana siguiente llegó al establo a su hora para evitar quedarse a solas con él más tiempo del necesario. Llevaba su frondosa melena larga y rubia natural suelta y le cubría la espalda hasta por debajo de los omóplatos, algo que había hecho en contadas ocasiones, y en cuanto entró, captó la atención de la mayoría de las miradas de los trabajadores y algunas personas que ya pululaban por allí. Se dirigió al despacho donde ya estaba su jefe con su compañero Gonzalo.

—Buenos días —los saludó la chica sonriendo.

Marcelo la observó una vez más embobado ante su belleza durante unos segundos, incapaz de reaccionar.

—Llegas tarde —le espetó saliendo del paso.

—No —le contestó desafiante pero sonriendo—. Aún no son las ocho. — Marcelo miró su reloj, verificó la hora y no respondió.

El saludo de Luis interrumpió el tenso silencio y las miradas desafiantes que se dedicaban Marcelo y Carola y que habían dejado de lado a un azorado Gonzalo, testigo de que algo sucedía entre ellos.

Mientras Marcelo les relataba el plan del día, Carola, despreocupada, se echó el pelo sobre un hombro y comenzó a recogerlo en su habitual trenza.

—Cuando acabes con tu sesión de peluquería —la atacó Marcelo sin

piedad—, coge tu carpeta y anota la tarea de hoy.

Carola fingió que no le molestaba su punzante comentario y sonrió.

—Dame un minuto, jefe. —Con descaro y sorprendiéndolo, le guiñó un ojo.

—No me provoques, Carola. No me apetece comenzar el día con una discusión.

—No me provoques tú a mí. Gonzalo ha tardado más de cinco minutos en arreglar el cordón de su zapato y no se lo has echado en cara —le contestó sin amilanarse y cansada de sus prejuicios—. ¿Por qué me tienes que humillar por tardar un minuto en trenzarme el pelo?

Marcelo tardó en responderle y además eligió mal sus palabras porque resultaron un insulto para Carola.

—Gonzalo no coquetea con su cordón —la indignación de Carola creció por momentos.

—¿Y supones que yo sí coqueteo mientras me recojo el pelo? —Lo miró furiosa y lo que vino a continuación pilló desprevenido a Marcelo—. Chicos, ¿podéis dejarme a solas con Marcelo? Lo que tengo que decirle es personal.

En cuanto se cerró la puerta, las palabras desafiantes de Carola enmudecieron a Marcelo.

—¿Quieres que me vaya, Marcelo? ¿Me estás provocando para que deje mi trabajo? —El jefe no supo qué responder aunque estuviera seguro de que no quería que se fuera; la simple idea de que ella no estuviera allí cada día le provocó un doloroso nudo en el estómago. Ella comenzó a hablar en un tono calmado pero duro y directo—. Durante los veranos que he trabajado aquí ninguno de los jefes me trató del mismo modo que tú, intentando humillarme por ser mujer cada vez que tienes oportunidad. Y si no me crees, puedes preguntarle a Chema, a Luis o a Gonzalo. Así que creo que el problema lo

tienes tú conmigo.

Marcelo se recostó en su sillón y suspiró profundamente decidido a hablarle con sinceridad.

—Tu aspecto físico me distrae, Carola —reconoció con frialdad—. Y si me distraes a mí, imagino que le sucederá lo mismo a los demás hombres que trabajan aquí. Y hay demasiado trabajo para tener estas distracciones banales.

—Un buen dato para apuntar en mi currículum. El doctor Marcelo Abadía me despidió por resultar una distracción —le dijo enfrentando su mirada—. Llevo tres semanas dejándome la piel como cualquier trabajador de la cuadra, incluso he echado más horas de las que me pagan y no me he quejado ni un solo día. He solucionado problemas de mozos, herreros, entrenadores y jugadores sin protestar. He examinado tendones hasta dolerme los dedos, y por ello no he dejado de hacerlo. ¿Y lo único que me dices es que resulto una distracción por mi aspecto físico? —Marcelo no daba crédito a la valentía de Carola mientras la escuchaba impresionado y reconocía sin más remedio que tenía razón—. Está bien, Marcelo, espero que tengas suerte y encuentres otro veterinario a tu medida, asegúrate de que sea un hombre para que no te suponga una distracción. —Y salió del despacho en dirección a la salida sin esperar ni un solo comentario de su jefe, mientras Luis y Gonzalo miraban sorprendidos cómo Marcelo la seguía a grandes zancadas.

—Detente, Carola —le ordenó Marcelo más enfadado de lo que nunca nadie lo había visto—. Mujer tozuda y cabezota. —Y aligeró el paso hasta darle alcance y girarla para enfrentarse a ella—. ¿Puedes escucharme un momento? —Su pregunta parecía más bien una orden.

—No. —Él alzó las cejas sin dejar de mirar el rostro altivo e indignado de la chica—. Acabo de dimitir. Ya no puedes darme más órdenes.

—No acepto tu dimisión. Y te pido disculpas —susurró entre dientes y la chica entendió que no estaba acostumbrado a pedir perdón—. Tienes razón,

trabajas duro, como cualquier empleado de aquí, incluso más que la mayoría, y, además, tienes buen instinto como veterinaria; llegarás a ser una gran profesional. No quiero que abandones tu puesto.

—Si me quedo —le respondió cruzando los brazos en el pecho, en una actitud desafiante— no toleraré ni una sola puya envenenada sobre mi condición de mujer. Piénsalo bien, Marcelo. Ni una más o te denunciaré por discriminarme.

—No es necesario que me amenaces —le replicó sonriendo—. No habrá ni un comentario más al respecto, te lo aseguro.

Habían llamado la atención de casi todos los presentes en el establo, nadie había oído la conversación que habían mantenido, pero lo que sí les quedó claro fue que el eminente Marcelo Abadía se sentía atraído por Carola.

Los cotilleos y chismes sobre lo sucedido entre la pareja no tardaron en extenderse por las instalaciones del club de polo a espaldas de ambos. Luis y Gonzalo no veían un comportamiento distinto en su compañera por lo que comentaron entre ellos que Carola no estaba al tanto de los sentimientos de Marcelo hacia ella. Tampoco había nada que los inquietara en la actitud del jefe hacia la chica, aparte de pasarse la mitad del tiempo controlándola desde lejos, era Carola la que se acercaba a él de vez en cuando para hacerle alguna consulta siempre en el plano profesional.

Marcelo se dio cuenta de lo que sucedía por dos motivos, el primero porque nadie volvió a hacer comentarios sobre el aspecto físico de Carola en su presencia, lo que le extrañó que sucediera de un día para otro. El segundo fue el más evidente cuando su hermano Benjamín, durante la cena dos días después que ocurriera la discusión entre Marcelo y Carola, le hablara sobre los rumores que corrían por el club.

—Dicen por ahí que corriste tras Carola ayer por la mañana como un corderito y te metió en su redil —le contó burlón.



Marcelo soltó sus cubiertos y se irguió en la silla, con lo que demostró su mayor altura y arrogancia.

—¿Qué insinúas con ese comentario? Mantuvimos una discusión por asuntos laborales. Eso es todo.

—Si no son ciertos los rumores es que lo estás disimulando bastante mal, porque el comentario real no te va a gustar —continuó en su tono despreocupado habitual.

—A la mierda los rumores. Entre Carola y yo no hay nada —replicó gruñón—. Y tú lo sabes.

—Sí, también comentan que ella es la que no te hace caso.

—Benjamín —lo llamó por su nombre completo, detalle por el que el nombrado supo enseguida que estaba enojado—, desde que viste a Carola el primer día que llegaste me estás pidiendo permiso para liarte con ella —dijo asqueado de la conversación—. Haz lo que te dé la gana. Inténtalo y buena suerte.

—Te tomo la palabra; mañana mismo la invitaré a cenar —sonrió henchido como un pavo real—. Por fin. Blanca ha quedado con alguien y se irá en barco a Marbella. Creo que duerme allí, así que si escuchas ruidos nocturnos sospechosos cuando llegues a casa, no llames a mi... —El manotazo que Marcelo soltó sobre la mesa provocó la carcajada de su hermano menor—. ¿Lo ves? Los rumores son ciertos. La chica te ha calado hondo.

—Sí —reconoció alterado después de unos segundos, consciente de que no podría ocultarle por mucho tiempo la verdad—, me gusta mucho. Pero no pienso hacer nada respecto a ello. Mi vida es bastante complicada ahora, el trabajo me absorbe por completo y esa chica es de las que dan dolor de cabeza.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó sorprendido ante su convencimiento.

—Hazme caso. Lo sé.

—Puede que tengas razón. Cortázar se divorció de su mujer dos meses después de conocer a Carola y ya sabes que la pobre esposa le pasaba por alto sus infidelidades.

—Esos matrimonios me repugnan —dijo sin disimular ni una pizca el desprecio que sentía.

—Pues vas a tener lo mismo. Vete haciendo a la idea.

Marcelo miró muy serio a su hermano, reflexionó sobre sus palabras y en pocos segundos se sintió tan asqueado de sí mismo que incluso perdió el apetito una vez más. Ben leyó la desesperación en el rostro de Marcelo y sintió verdadera compasión por él. Sabía que esa boda concertada destruiría a su hermano al que amaba y adoraba más que a ninguna otra persona incluida su madre.

—No lo hagas, Marcelo. Al diablo La Abadía y la venganza de papá. — Marcelo no estaba acostumbrado a ver tan serio a su hermano—. Tenemos suficiente dinero para comprar y dar vida a nuestra propia hacienda y herraje. Eres el mejor en tu trabajo y siempre vas a contar conmigo como domador y promotor de nuestra propia cuadra.

—¿Crees que no he pensado en ello? Pero... ¿Y Julián? Se moriría si perdiera la propiedad, aunque diga que lo hace por mí. ¿Y Roberta? Intentó vivir en Buenos Aires con su marido y fracasó. Ellos son mayores que nosotros y están más arraigados a la tierra y a la casa. Al fin y al cabo, siempre ha sido nuestro hogar.

—Pero son tan ambiciosos que no sufrirán como tú. A ti te humilla y te consume esta situación porque no eres como ellos. Tú eres el mejor de nosotros cuatro; una buena persona; un trabajador incansable, honesto y orgulloso y por eso te afecta tanto tu compromiso con Andrea. —Marcelo lo escuchaba atento porque rara vez Benjamín se tomaba algo tan en serio—. Una

mujer que no te llega ni a la suelas de los zapatos, una fulana que te destrozará como mi matrimonio con Blanca está haciendo conmigo; ya apenas si me respeto a mí mismo. —Se encogió de hombros ante el gesto acusador de Marcelo—. El que no lo cuente o me ría de mi situación no quiere decir que no lo sufra. Pero yo no hago caso a mi conciencia y soy capaz de mantener otras relaciones extramatrimoniales; sin embargo, a ti te consume tu compromiso con Andrea. Te has enamorado de Carola y eres incapaz de ponerle una mano encima. Y sé que lo haces por ella, por no engañarla.

—Y, maldita sea, no sé si lo conseguiré —le confesó a Ben rendido ante su poco frecuente sinceridad—. Te juro que me está volviendo loco.

—Rompe el compromiso con Andrea, Marcelo. Hazme caso o te destrozará.

—Ya he dado mi palabra —sentenció.

—¿A Andrea? —preguntó asombrado.

—No. A Roberta y a Julián. Y confían en mí. No puedo traicionarlos.

—Pero te traicionarás a ti mismo. Y a la larga te pesará más.

—Lo más probable es que tengas razón y me resulta imposible hacer nada al respecto.

—Ven a cenar a mi casa esta noche —le pedía Chema el domingo por la mañana mientras almorzaban en el despacho del hombre—. Mi hermana Sofía y mis sobrinos llegaron ayer y tienen ganas de saludarte.

—Sofía se mostró muy amable y cariñosa. Me llamó desde París después del entierro de mamá. Pero no sé si me dará tiempo, Chema, tenemos demasiado trabajo —se justificó Carola—, y acabo reventada.

—Llega a la hora que quieras. Hay barbacoa y vendrán más invitados aparte de mi familia. Y sé que mañana no trabajaréis hasta las cuatro. Me ha comentado Mary que no sales desde hace semanas. Si vienes te distraerás un

rato. —Chema observó durante unos segundos su hermoso rostro entristecido—. La echaremos de menos, ¿verdad? —Carola supo enseguida que se refería a su madre.

Chema y Alejandra habían mantenido una larga relación amistosa, pero Carola siempre supo que entre ellos había algo más que nunca quisieron formalizar porque ambos se encontraban cómodos viviendo sin dar explicaciones a nadie, sobre todo su madre; temía que una convivencia diaria y rutinaria estropeará su estupenda relación.

—Cada maldito día de mi vida. Aún estoy enfadada con la vida o con Dios, o con cualquier cosa que dicte nuestro destino por haber consentido que mi madre enfermara. Ella no lo merecía.

—Menos que nadie. Tu madre fue una mujer fantástica, llena de vitalidad y optimismo. Y te quería con locura, Carola.

—Y yo a ella —reconoció con los ojos brillantes por las lágrimas que no se permitía dejar escapar.

—¿Cómo te va con Abadía? —le preguntó Chema por dejar de lado ese doloroso tema y por enterarse si eran ciertos los rumores que había oído—. ¿Lo soportas mejor después de estas semanas? —Sonrió apretando mucho los ojos con ese gesto habitual en él.

—Sí —alargó la palabra—. Creo que ya me he ganado su respeto como profesional. Pero te aseguro que estuve a punto de dejar el trabajo; es más, lo amenacé con dejarlo. No sé qué tenía en mi contra; quizás pensara que solo soy una cara bonita.

—Es que eres una cara muy bonita. Pero también trabajadora, eficaz y buena veterinaria. Y con ese don que tienes para amansar a los caballos, llegarás muy lejos.

—Eso espero. Al menos, que me lleve a encontrar trabajo durante el invierno. Quedarme en el vivero sería una tortura para mí. Demasiados

recuerdos que aún no puedo asimilar. —Suspiró y se levantó de su silla—. Vuelvo al curro. No quiero que mi jefe piense que me aprovecho de mi amistad con el director del club. —Se acercó a Chema y lo besó con cariño en la mejilla.

—Nos vemos esta noche, Carola. Y no dudes en acudir a mí si Abadía se pasa otra vez contigo —añadió sonriendo—. Ya me encargaré yo de ponerlo en su lugar.

A Chema le quedó muy claro que no existía nada entre la pareja de veterinarios tal y como había transcurrido su conversación con Carola. Y, cuando le llegaron los rumores sobre ese tema, le extrañó que un hombre como Marcelo se interesara por una chica tan sencilla y natural como era la hija de su difunta amante, aunque no podía obviar la belleza y calidad humana que destilaba Carola y que la convertía en una mujer única, como lo fue Alejandra.

## Capítulo 5

Si Marcelo se veía obligado a lidiar cada jornada de trabajo con la insoportable tensión que sentía ante la presencia de Carola vestida en traje de faena, verla atravesar el jardín de Chema, con su frondosa melena suelta que enmarcaba un hermoso rostro tímidamente maquillado, ataviada con un vestido negro y largo hasta los tobillos que al caminar se amoldaba a las formas de su cuerpo como los de las estatuas griegas clásicas, consiguió que no pudiera apartar la vista de ella mientras saludaba con su simpatía natural a los familiares del anfitrión. No se le notaba nada pero, el hecho de que llevara los tirantes finos de su vestido atados al cuello y dejara libre desde la cintura su espalda poco bronceada, declaraba que no llevaría puesto un sujetador. Y ante esa idea sufrió un incontrolable ataque de lujuria incomparable a nada que hubiera sentido en su vida hasta ese momento. Ninguna mujer había logrado provocarlo jamás de esa manera como lo descontrolaba Carola.

De repente su cuerpo tembló cuando Carola lo vio, sonrió, lo saludó de lejos con la mano y logró que la oscura noche se iluminara. Él se limitó a esbozar una tímida sonrisa y a saludarla levantando la copa de vino blanco que tenía en una mano. Sin embargo, esa noche se desesperaba con el transcurrir del tiempo porque ante él pasaban las copas, la comida, las personas, pero no la preciosa chica que captaba su total atención; tuvo la impresión de que mantenía las distancias con él a conciencia. Quizás ya estuviera harta de soportarlo en el trabajo como para acercarse a él en otro plano, aunque solo fuera en el amistoso.

No había vuelto a mantener una conversación con ella en privado desde

que Ben los interrumpió aquella noche que se había dejado llevar por la intensa atracción que lo empujaba hacia Carola. Aunque, siendo sincero con él mismo, debía reconocer que no se había atrevido a quedarse a solas con ella; sabía que no sería capaz de controlar otra vez ni su cuerpo, ni su cerebro, ni sus sentimientos. Carola tenía ese poder sobre él, algo que lo asustaba más que nada en el mundo. Y, a pesar de eso, sentía como si la conociera a la perfección, incluso podía imaginar cómo besaría, el modo suave y lento en que lo acariciaría, incluso los sonidos que oiría si la tuviera entre sus brazos y le hiciera el amor.

En ese instante supo que estaba condenado.

—¡Dios mío, Marcelo! —exclamó Ben casi al oído de su hermano—. No sé cómo soportas esta tortura. Deberías verte la cara que pones cuando la miras, que es casi todo el tiempo. Contrólate o Chema te cortará las pelotas. Solo tiene palabras de elogio hacia Carola. ¿Sabes que su madre y él fueron amantes durante años?

—Sí. Algo he oído por ahí.

—Maldito mundo —protestó Ben de buen humor—. ¿Es que en esta vida no se puede mantener nada en secreto? Y yo que me esperaba una historia tórrida e intimista. —Y cambió el tono de su voz—. Tranquilo, hermanito, la diosa se acerca.—Marcelo lo fulminó con la mirada y Ben soltó una carcajada—. Mantén la calma o te descubrirá.

—Hola, preciosidad —la saludó Ben con un beso en la mejilla en cuanto llegó hasta ellos—. ¿Tu jefe te permite salir por las noches?

—Eso espero. Aunque creo que si no supiera que mañana trabajaremos por la tarde me mandaría a mi casa enseguida. Vaya a ser que no rinda en el trabajo como es debido.

—Explotador —Ben riñó a su hermano bromeando—. Esta chica tiene derecho a salir y explorar otros horizontes lejos de establos, caballos y

hombres malhablados.

—No suelo meterme en la vida privada de mis ayudantes —dijo Marcelo con una mirada provocadora dirigida a Carola—. Siempre que rindan como es debido —repitió.

La esposa de Benjamín se acercó hasta el trío deseosa por saciar su curiosidad sobre la preciosa chica que acaparaba toda la atención de su marido y su cuñado. Marcelo no tardó en presentarlas.

—Carola, ella es mi cuñada, Blanca. —La argentina le ofreció una mano arreglada y enjoyada con esmero que enseguida comparó Carola con la suya de uñas cortas, sin manicura alguna, aunque al menos esa noche se había acordado de ponerse un anillo con una gran gema negra que había pertenecido a su madre.

—¿Tú eres la famosa veterinaria de la que tanto he oído hablar? —preguntó con una sonrisa forzada.

—Espero que bien —susurró Carola con timidez.

A Marcelo le molestó el comentario de su cuñada y salió en defensa de su ayudante.

—Seguro. Ese don que tienes para tranquilizar a los caballos te hará muy popular.

—¿De dónde viene el nombre de Carola? Es la primera vez que lo escucho —dijo Blanca cortando de raíz los halagos de Marcelo hacia la chica.

—Mi abuela paterna se llamaba como yo. Era alemana —contestó sin ofrecer más detalles sobre esa parte de su vida desconocida incluso para ella.

—Un nombre único para una chica única —añadió Ben chocando su copa contra la de Carola, por lo que obtuvo una magnífica sonrisa de regalo—. Vamos, Blanca, despedámonos de Chema. Mañana tengo que levantarme a las siete y ya pasa de la medianoche —dijo demostrando su auténtica



profesionalidad que asombraba a Carola porque al polista le precedía la mala fama de juerguista y mujeriego.

—Vete tú —le respondió descarada—. Marcelo me llevará a casa.

—No. Marcelo tiene otros planes y tú serás un estorbo si te quedas. —El aludido permanecía al margen de las disputas del matrimonio. Si Blanca se marchaba, mejor para él porque no la soportaba.

Sin embargo, Blanca no tardó en atar cabos y enseguida relacionó a Carola con los planes de Marcelo tras comprobar cómo la miraba. Por supuesto se marcharía, pero se vengaría porque su cuñado no hubiera intercedido por ella.

—Está bien. No quiero ser un fastidio. Hasta mañana, Marcelo. Saluda a Andrea de mi parte cuando hables con ella.

Por fortuna, Chema distrajo a Carola en el momento oportuno y Marcelo sonrió ante el gesto frustrado de su dañina cuñada. Ben tenía razón; la vida de su hermano sería un infierno porque su esposa era un auténtico demonio. Y esa noche estaba dispuesto a disfrutarla en compañía de Carola por mucho que le molestara a Blanca.

Carola estaba impresionada por la actitud tan diferente que mostraba Marcelo lejos del establo. Al igual que por su presencia física también distinta al hombre incansable, duro y exigente que se mostraba en el trabajo. Relajado y en otro ambiente, vestido con una camisa azul claro que destacaba aún más su pelo negro y su piel morena, resultaba un hombre increíble, que llamaba la atención del género femenino que lo rodeara. No entendía que no tuviera pareja, ni que hubiera rumores sobre sus posibles relaciones después de pasar cuatro semanas en Sotogrande.

Al coger una copa de vino que Marcelo le ofrecía, se percató de no saber en qué momento se convirtió en su pareja, pero no se separó de ella durante el resto de la velada y, mientras conversaban con otras personas, él la escuchaba, respetaba sus comentarios, se reía, le prestaba toda su atención como si

llevara haciéndolo toda la vida, como si existiera entre ellos algo más que una relación laboral y profesional. Esa noche, Carola sentía que el único lugar en el mundo en el que podría estar era junto a Marcelo.

Pasadas las dos de la mañana Marcelo se preocupó al ver a Carola disimular un bostezo tras otro.

—Estás agotada —le susurró al oído en un gesto tan íntimo que la sorprendió—. ¿Te llevo a casa?

—No te preocupes —respondió intimidada—. He traído coche.

—Pero no vas a conducir en tu estado. Parece que te vas a quedar dormida de pie. Y, además, a estas horas puedes encontrar conductores pasados de alcohol. No, sería un peligro conducir.

—No puedo dejar el coche aquí, Marcelo. Mañana lo necesitaré.

—Está bien. Entonces te seguiré con el mío hasta que llegues a tu casa. No me quedaré tranquilo si te marchas sola.—Carola jamás habría pensado que Marcelo fuera un hombre tan atento y menos aún que lo sería con ella.

—Gracias, jefe —contestó abrumada ante la preocupación del hombre.

—Esta noche solo soy Marcelo. ¿De acuerdo?

—Pues... Gracias, Marcelo. —Y le dio un beso casto en la mejilla que lo molestó porque Carola lo hizo como si se tratara de un amigo, como hacía con su hermano Ben—. Por preocuparte por mi seguridad.

—De nada —respondió sin ocultar su enojo.

Tras despedirse de Chema y su familia, la pareja se dirigió hacia sus respectivos coches que estaban aparcados cerca el uno del otro. Marcelo la acompañaba sujetándola por el codo con más dureza de la necesaria y Carola entendió que estaba enfadado por algo, aunque no intuyera el motivo.

Cuando llegaron hasta la ranchera de la chica, Marcelo la sujetó por la

cintura y la giró con brusquedad para acercarla con fuerza contra su cuerpo.

—La próxima vez que me beses recuerda que yo no soy un tonto de esos que babea tras de ti como si los hipnotizaras.

—Perdona —se disculpó asombrada por su reacción—. No era mi intención molestarte y, descuida que no lo haré más.—Marcelo la miraba a los ojos con una intensidad abrumadora—. Fue mi manera de agradecerte...

Y la chica no pudo continuar hablando porque su boca estuvo atrapada por la de Marcelo, posesiva y hambrienta, aunque también lo fuera suave, pecaminosa y la invitara a desahogar toda esa excitación que el hombre le había provocado desde el momento en que lo conoció. El beso, al que Carola tardó en responder unos segundos, fue largo. Marcelo parecía no tener prisa en acabar y ella tampoco tomaba la iniciativa; así que, ocultos bajo el manto de la penumbra nocturna, se devoraron el uno al otro con sus bocas y reconocieron sus cuerpos con manos expectantes durante unos apasionados minutos. Los dos parecían ansiar la llegada de ese beso que, mientras duró, acabó con la tensión que sentían ambos cuando estaban cerca el uno del otro.

Un coche que pasó delante de ellos los obligó a terminar con su primer beso. Pero Marcelo no la soltó y dejó su frente y su nariz apoyados sobre los de la chica.

—Maldita sea —habló con la respiración alterada aún—. Besarte no es ni mucho menos como lo esperaba. —Y sintió que el cuerpo de Carola se tensaba entre sus brazos—. Es aún mejor. ¿Por qué has tenido que cruzarte ahora en mi camino? —le preguntó sin soltarla, lo que a Carola le pareció un reproche en el que insistía con desesperación—. ¿Por qué?

—Si tanto te molesto ¿por qué me has besado? —le gritó Carola furiosa y separándose de él con brusquedad—. Yo no te he pedido que me acompañes y menos aún que me beses.

—Pero sí has respondido porque también me deseas.

Avergonzada ante lo que parecía el arrepentimiento de Marcelo, abrió la puerta y se sentó al volante. Al cerrar la puerta leyó en el rostro del hombre una gran desesperación que le preocupó en ese instante, pero luego recordó su pregunta exigente e insultante, miró hacia delante, arrancó y se alejó con la mente despejada aunque invadida por la incertidumbre que Marcelo le había provocado y con los ojos empañados por unas lágrimas que su orgullo impedía que escaparan.

Durante el trayecto hasta su casa que se conocía casi de memoria por las incontables veces que lo había recorrido durante los últimos quince años, repasaba lo sucedido, angustiada, por si, en algún momento de la noche, ella hubiera enviado a Marcelo alguna señal que le indicara que lo deseaba. Ya estaba convencida de que eso no había sucedido, aunque hubiese aceptado ese increíble beso, cuando cayó en la cuenta de que tendría que verlo al día siguiente en el trabajo y no sabía cómo podría mirarlo a la cara después de haberse dejado besar y acariciar por él de un modo tan apasionado.

Ningún hombre con los que había salido hasta entonces la había besado de esa manera tan expresiva, necesitándola, deseándola, amándola, todo a la vez. Y por ello entendía aún menos la frustrante reacción posterior de Marcelo.

El sonido insistente del teléfono la despertó poco antes del mediodía. Había tardado bastante en dormirse por haber estado dando vueltas en su cabeza a su extraña relación con Marcelo. Se durmió después de llegar a la conclusión de que, o bien Marcelo era un hombre desequilibrado emocionalmente, algo que le pareció casi imposible, o luchaba por dominar la atracción que sentía por ella y no lo conseguía. Sea como fuere, él no se preocupaba del daño que a ella le causaba su confusa actitud y se lo comentaría en cuanto surgiera la menor oportunidad.

—Diga —contestó al teléfono con voz somnolienta.

—Carola, soy Marcelo. Necesito que vengas lo antes posible. Uno de los caballos de Ben se ha lesionado y creo que será necesario realizar una

intervención quirúrgica.

—De acuerdo —respondió de la misma forma directa y profesional en que le hablaba él—. Estaré allí dentro de media hora. Aún estaba dormida.

—Lamento despertarte, pero se trata de una urgencia.

—No te disculpes. Es mi trabajo. —Y colgó.

Veinticinco minutos más tarde se presentaba en el despacho de Marcelo y, al encontrarse con un Ben desolado, se le partió el corazón. Era un rostro dominado por el sufrimiento.

—¡Ben! —exclamó y se fundió con él en un poderoso abrazo al que el hombre necesitado en ese instante, respondió emocionado—. ¿Qué ha sucedido? ¿Ha sido Perla? —Sabía que era la yegua favorita de Ben.

—Hola, preciosidad —le contestó con tristeza—. Gracias por venir. Sí, se trata de Perla. No me di cuenta hasta que pasaron más de diez minutos. Tuvimos un encontronazo más fuerte de lo habitual y el taco se coló entre su vientre y el otro caballo y se me resbaló un poco —contaba emocionado—. Comencé a sentirla lenta, aunque intentaba responder a mis exigencias, no lo hacía con su vivacidad de siempre y casi no se tenía en pie cinco minutos después.

—Tiene una hemorragia interna que no sé de dónde proviene —se entrometió Marcelo que observaba cómo Carola se aferraba a la mano de su hermano para animarlo y reconfortarlo—. Debemos intervenirla y averiguar que está sucediendo.

—De acuerdo. Te ayudaré.

—No, Carola. Tú operarás. Yo soy especialista en genética y, aunque sepa todo lo que hay que saber sobre caballos, no tengo el pulso de un cirujano. —Marcelo esperó que ella dudara o dijera que estaba demasiado afectada para actuar, sin embargo, Carola lo sorprendió con su aplomo y su seguridad.

—¿Está preparado el quirófano?

—Perla ya está allí. Aunque está muy nerviosa.

—Voy a verla. —Y se dirigió a la sala con decisión seguida por los dos hombres.

En cuanto la yegua la oyó hablar, su respiración alterada se fue calmando.

—¿Qué le ocurre a la niña más bonita del establo? —preguntó Carola como si de una niña se tratara en realidad y la yegua resopló al reconocer su voz—. Vamos a curarte preciosa —le dijo acariciando el cuello del animal postrado—. Te pondrás bien y pronto saldrás a jugar con Benjamín. —El animal se relajó aún más—. Porque eso es lo que más te gusta, ¿verdad, guapa?

Carola conocía el valor de esos animales y no solo se trataba de un precio económico. Sabía que en el polo, entre jinetes y caballos se estrechaba una relación a tal profundidad que resultaba incomprensible para las personas poco aficionadas al juego. El caballo y el hombre formaban un solo ser durante muchas horas al día y, para algunos jugadores, se convertían en sus seres más queridos. Era evidente que esa relación existía entre Ben y Perla y Carola estaba dispuesta a que continuara por muchos años.

Se preparó conducida por una gran determinación y esa valentía que abanderaba y que tanto admiraba Marcelo, incluso parecía ignorar la presencia de Gonzalo que se ocuparía de la anestesia y la de su jefe dispuesto a colaborar en lo que Carola necesitara.

—Su tensión arterial es muy baja, Carola —le dijo Gonzalo—. No tienes mucho tiempo; se ha perdido demasiado intentando averiguar de dónde provenía la hemorragia.

—Adelante pues. No perdamos ni un segundo más hablando. Dale un buen chute, Gonzalo: no sabemos lo que nos vamos a encontrar ni cuánto durará la intervención. El derrame interno es demasiado voluminoso y no consigo

apreciar nada en la ecografía.

Las sospechas de Carola fueron acertadas, al primer corte, la cantidad de sangre que fluyó impedía ver de dónde provenía.

—Es una arteria; no puede ser otra causa —dijo Carola más para sí misma que para sus dos colegas—. Atento a la tensión, Gonzalo, no dejes de informarme. Marcelo, ayúdame a drenar esto lo antes posible —ordenaba sin dudar mientras los dos veterinarios obedecían raudos—. ¡Dios! —exclamó Carola al encontrar la lesión un minuto más tarde—. Es la femoral, la circunfleja lateral, y está tan dañada que no sé cómo puede estar viva aún. Tendré que suturarla por... ¡Que me dé tiempo, por favor! —exclamó al comprobar la gravedad de la lesión, pero sin temblarle el pulso en ningún momento.

—¿Cuál es la ruptura más abierta? —le aconsejaba Marcelo—. Cósela en primer lugar y ralentizaremos el derrame.

—Sí —contestó tranquila—. Eso pensaba hacer. —Y se puso manos a la obra—. Pero antes pinzaremos la zona afectada. Prefiero detener la circulación durante unos minutos que arriesgarme a perderla por una parada. Eso nos dará más tiempo.

—Sí. Buena decisión, Carola —señaló Gonzalo.

—Manos a la obra —se animó ella misma.

Dos horas después de unir arterias y vasos sanguíneos y cerrar el corte inicial, Marcelo salía del quirófano en cuya puerta esperaba un Ben desesperado y nervioso como si de una novia se tratara.

—Carola está terminando. —Y le sonrió—. Se pondrá bien, Ben. Perla es muy fuerte; otro animal no habría aguantado tanto con una arteria destrozada. Y Carola ha actuado con un aplomo impresionante, como si llevara toda la vida en un quirófano. Te aseguro que nunca he visto un trabajo tan concienzudo y exhaustivo como el que acaba de realizar. Perla no podría estar en mejores

manos —reconoció orgulloso.

—Gracias a Dios. —Suspiró aliviado mientras se secaba los ojos anegados en lágrimas provocadas por la emoción del momento—. Ya sabes lo especial que Perla es para mí. Y sus clones aún no están entrenados.

Marcelo lo reconocía porque fue la primera yegua nacida por inseminación embrionaria en La Abadía, a la que Ben había domado desde potranca y de la que Marcelo se sentía muy orgulloso porque significaba el culmen de su éxito como criador. De hecho, causaba admiración en los partidos que disputaba y había sido galardonada en varias ocasiones.

Unos minutos más tarde, Carola se unía a los dos hermanos. Y Benjamín, sin mostrar reparo alguno y para sorpresa de la chica, la recibió con un beso en los labios, aunque casto y amistoso, y un abrazo de oso que la dejó sin respiración durante unos segundos.

—Gracias, preciosidad. No imaginas cuánto quiero a ese animal.

—Ben, me ahogas —dijo divertida, lo que provocó una risotada histérica del hombre mientras Marcelo los observaba preso de un ataque de envidia por no poder mostrarse ante Carola con la misma naturalidad con que lo hacía su hermano—. Es un animal perfecto y fortísimo. Además de ser la más guapa del establo.

—A partir de hoy, las dos sois mis hembras favoritas en este mundo —añadió Ben eufórico—. Nunca olvidaré lo que has hecho por Perla, Carola.

—Solo he cumplido con mi trabajo —reconoció con humildad—. Lo habría hecho por cualquier animal.

—Lo sé —contestó Ben—, pero hoy la fortuna ha querido que lo hayas hecho por el mío. Y, según Marcelo, no ha sido una tarea fácil. ¿Cuándo despertará mi niña?

—Le queda al menos una hora —respondió Carola con convencimiento—



y luego permanecerá sedada para evitar que realice esfuerzos inútiles. Hay que esperar que cicatricen todos esos vasos. Vete a almorzar y para cuando acabes, ya estará despierta.

—¿Por qué no os vais los dos y yo me quedo de guardia por si sucede cualquier anomalía? —les ordenó Marcelo en un intento de congraciarse con la chica—. Por las prisas con las que llegaste, creo que ni siquiera has desayunado —animó a Carola mientras observaba con minuciosidad su rostro que, bellísimo, no mostraba indicios de fatiga después de la ardua concentración que le había exigido la operación.

—Eso no lo puedo consentir —dijo Ben fingiendo estar enfadado y entendió la orden muda de su hermano que se preocupaba más de lo normal por ella—. Nos vamos ahora mismo, preciosidad. Vamos, quítate esa horrible bata y salgamos un rato de aquí.

Carola se desabrochó la bata y se la dio a Marcelo mientras él la observaba con atención.

—No dudes en llamarme si sucede algo que no te guste.

—Descuida. Ve con mi hermano y come algo. Yo iré más tarde.

—Está bien. Creo que empiezan a flaquearme las fuerzas.

—Entonces no esperemos ni un minuto más —la animó Ben con una sonrisa.

Se dirigieron al Ke, situado en el puerto deportivo, y de camino Carola le hizo una pregunta porque no entendía lo que estaba pasando.

—¿Y tu mujer? —Si Perla era tan importante para Benjamín, lo lógico era que Blanca lo acompañara en esos momentos tan difíciles para él.

—Imagino que estará en el club de playa —respondió con tanta naturalidad que la dejó más perpleja aún—. A ella no le interesa lo que le suceda a mis caballos. Esto forma parte de mi trabajo y solo es asunto mío.

Ben comprendía el silencio que guardaba Carola convencido de que si estuviera en el papel de Blanca, ella estaría al lado de su marido para ofrecerle consuelo e intentar aliviar su dolor del modo en que pudiera. Y pensó que su hermano Marcelo sería un hombre afortunado si era capaz de apreciar la oportunidad que la vida le ofrecía.

—Nuestra relación es bastante peculiar, Carola. Cada uno hacemos lo que nos place, sujetos a unas normas de discreción que nunca demuestren una falta de respeto hacia el otro en público.

—Entiendo—dijo poco convencida.

—Mentirosa —la insultó Ben cariñoso—. Tú eres incapaz de entenderlo porque eres sincera, honesta y buena persona. No todos somos iguales, preciosidad. Ni tenemos la suerte de acertar en nuestras elecciones. Pero bueno, llegado el momento, pondremos fin a esta farsa —se le escapó ese último comentario y subsanó su error antes de que Carola le hiciera alguna pregunta que no pudiera responder—. Dejemos de hablar de mi aburrido matrimonio y cuéntame cosas sobre ti. Nunca tenemos tiempo de mantener una conversación sin que se entrometa el pesado de mi hermano. —Le sonrió bromeando—. Tienes que contarme lo que ocurrió el verano pasado entre tú y Cortázar. ¿Es verdad que lo obligaste a que se divorciara?

—No puedo creer que vaya contando esa trola —exclamó malhumorada—. Jamás le pedí nada. Salimos un par de veces y en cuanto un amigo me contó que estaba casado, lo dejé. Pero Alonso no es de los que se rinden con facilidad y su interés incansable provocó que todo el mundo se enterara de mi rechazo, algo a lo que ese vanidoso no está acostumbrado. Aunque reconozco que un desengaño a cualquier nivel siempre resulta triste y doloroso. Por lo menos a mí.

—¿Estabas enamorada de él?

—No —contestó sin dudar—. Me sentía atraída por lo que luego descubrí

su fantástica representación. Es un mentiroso y un farsante, defectos que odio en las personas.

—Pues de eso parece haber mucho por aquí —dijo Ben refiriéndose a sus hermanos y a él mismo con cierta ironía que Carola por supuesto no captó.

—Sí, demasiado. A la gente le cuesta mostrarse tal como es. Prefieren el engaño y, si no exactamente mentir, omitir que viene a ser lo mismo. Cuando la verdad y la sinceridad es mucho más fácil de ofrecer y sobrellevar.

—Tienes toda la razón, Carola. Y me alegro de haber encontrado una amiga tan extraordinaria como tú. Eres una persona especial y única. Me gustaría que me contaras entre tus amigos.

—Ya eres uno de ellos —confesó sonriendo—. Eres muy buen actor, Ben, pero a mí no puedes engañarme. En el fondo eres demasiado sensible y te ocultas muy bien tras esa máscara sarcástica y desenfadada que quieres que los demás vean en ti. ¿Lo haces porque no quieres sufrir? —Ben no respondió—. Te entiendo, Ben. Las personas con un corazón tan tierno como el tuyo se exponen a demasiado sufrimiento si lo muestran o se dejan llevar. Es mejor protegerse. —Ben la escuchaba admirado y sorprendido; esa chica era mucho mejor de lo que suponía.

—No te fíes de las apariencias, Carola. Te aseguro que no tengo nada de bueno.

—Y yo te aseguro que sí. Nunca he visto a nadie tan afectado por su animal como tú lo estás con Perla.

—Es que es mi yegua favorita —se justificó sonriendo, consciente de que ella había descubierto su verdadero carácter.

—Tienes muchos caballos y, aunque a Perla la quieras más que a los otros, sé que te comportarías con los demás del mismo modo. No es solo eso, tienes un corazón grande y noble, como el de los caballos. —Se rio quitando gravedad a la conversación—. Te has convertido en uno después de pasar

tanto tiempo junto a ellos. Eres un centauro.

Minutos más tarde, almorzaban mientras Ben le hablaba sobre las competiciones en las que participaría esa temporada y a los lugares a los que viajaría.

—Mi vida es una locura. Vivo de enero a abril en Florida. De allí me marché a Reino Unido hasta julio, el año pasado estuve en Qatar durante el mes de agosto y en septiembre regreso a Argentina, a casa, donde paso unos meses hasta primeros de años. Y otra vez a empezar. Aunque este año estaré volando entre España y Reino Unido por acompañar a Marcelo. Creo que me necesita.

—Eso te pasa por ser uno de los diez mejores jugadores del mundo —lo alabó sonriendo—. Pero nunca te relacioné con Marcelo. Tú eres Mendoza de apellido.

—Y Marcelo también. Marcelo M. Abadía —le aclaró sonriendo—. No somos hijos de la misma madre. La suya murió y su padre se casó de nuevo con Alice Berstein, mi madre, neoyorquina de nacimiento. Marcelo tenía seis años cuando yo nací y se convirtió en la persona que más amo en este mundo desde que pueda recordar. —Sabía que podía hablarle a Carola sobre sus sentimientos porque nunca lo traicionaría—. Él nunca olvidó a su madre y desde que se doctoró en la universidad, se llamó el doctor Abadía.

Charlaban tan animados, que el tiempo se les pasó volando hasta que una llamada de Marcelo a su hermano los interrumpió.

—¿Se te ha olvidado ya que acabamos de operar a tu caballo favorito? —le soltó enojado—. Perla está despierta y necesito a Carola.

—Ahora mismo vamos —respondió Ben que ignoró su tono de reproche ya que la euforia lo invadió al conocer la buena noticia—. Vamos, Carola. Marcelo acaba de decirme que Perla está despierta.

## Capítulo 6

El caballo reaccionaba bien al postoperatorio y se recuperaba con rapidez. Seis horas después de tan delicada intervención ya estaba de pie y con apetito, según descubrió Ben divertido y feliz al ver cómo mejoraba su yegua hora a hora.

Refugiada en un establo limpio y solitario, Perla se deshacía por los frecuentes mimos y caricias que le regalaban su dueño y la veterinaria, quien se ofreció a permanecer junto a ella hasta medianoche, cuando la relevaría su compañero Luis. Ben se había marchado a ducharse y a comprar algo de cena que compartirían los dos. Marcelo se marchó frustrado sin que nadie lo invitara a ese picnic hospitalario y después de sentirse ignorado por esa mujer que cada vez afectaba más a su estado de ánimo. Carola permanecía junto a la yegua, vigilaba sus constantes cada hora y le administraba la medicación necesaria.

Estaba cambiando el apósito de la herida y no oyó la entrada de Alonso Cortázar hasta que este se apoyó sobre la barandilla del cubil y le habló.

—Buenas noches, Carola. —Ella lo miró un instante con cara de pocos amigos y no le contestó—. He visto tu coche aparcado fuera y pensé que estarías de guardia. He venido a felicitarte por tu éxito en la intervención de esta mañana. Benjamín Abadía asegura que le has salvado la vida a su yegua favorita. ¿Cómo está el animal? Parece que hayas hecho un milagro.

—Fue una operación complicada. Pero Perla parece que se recupera bien —reconoció halagando al caballo más que a ella misma como cirujana—. Es una fuera de serie y está en muy buena forma.

—¿A qué hora sales? He pensado que podríamos tomar una copa y charlar, como en los viejos tiempos.

—Alonso —contestó girándose y enfrentándolo—, solo salimos un par de veces y nos besamos; no sucedió nada más entre nosotros. Así que ni hay viejos tiempos ni hubo nada entre nosotros. Deja de una vez de molestarme.

—¿Has decidido ya a qué hermano Abadía te vas tirar? —preguntó con más rabia de la necesaria—. Te advierto que Ben está casado. Y por lo que tengo entendido, no está dispuesto a divorciarse, ni por ti ni por nadie que no sean sus caballos o su hacienda.

—Ben solo es mi amigo y, su hermano, mi jefe. Eso es lo único que sucede entre nosotros. Lárgate de una vez —le exigió sin prestarle más atención a él y toda al animal.

De repente, unos brazos fuertes la empujaron contra la barandilla y el cuerpo de Alonso la arrinconaba sin dejarle espacio apenas para moverse.

—Eres una mujer muy orgullosa, Carola; una yegua impetuosa y salvaje a la que me encantaría domar con mano dura.

Carola lo empujó con fuerza y su empeño por mantener la distancia se convirtió en un desafío para Cortázar. El hombre agarró el cuello del polo verde que llevaba y, ante el intento de la chica por zafarse, lo rasgó un palmo permitiendo que se viera su sujetador blanco. Alonso sonrió con maldad, y entonces Carola pudo ver un tinte de locura en sus ojos.

—Vete de aquí —le gritó la chica que ocultaba el terror que sentía, a la vez que Perla se inquietaba y comenzaba a moverse más de lo que debía—. Estás asustando a la yegua y eso no le conviene.

—Me iré cuando me ofrezcas lo que tuviste que darme el verano pasado. Me debes un polvo, Carola, y esta noche pienso cobrármelo.

—No te debo nada, imbécil. ¿Estás borracho? —le preguntó porque había

olido su aliento a alcohol cuando el hombre se aproximó a su cara con intención de besarla—. Sal de aquí ahora mismo o te prometo que llamaré a la policía y te demandaré por acoso e intento de violación —le replicó sacando el móvil del bolsillo trasero de su pantalón.

—Suéltalo ahora mismo —Cortázar fue a quitarle el teléfono, pero la chica se giró para protegerlo y el manotazo fue directo a la cara y con tanta fuerza que la tiró al suelo; alguien entró como un huracán, lanzó a Cortázar fuera del establo por encima de la barandilla y lo hizo caer de espaldas contra el suelo duro.

—¿Qué estás haciendo, maldito hijo de puta? —Era Ben furioso como nunca se había sentido—. ¿La has lastimado? ¿Qué pretendías?

—Lo lamento, no pretendía hacerle daño, solo quería quitarle el móvil para... —Y se calló cuando recibió el primer puñetazo en plena cara. Mientras Alonso permanecía casi inmóvil tumbado en el suelo, Ben se sentó a horcajadas sobre él y comenzó con una cadena de golpes consecutivos hasta que Carola se le echó encima para detenerlo.

—Detente, Ben, por favor—le suplicó Carola para que dejara de pegarle—. Lo vas a matar. Para —le gritó sujetándole el brazo derecho y haciendo acopio de todas sus fuerzas.

—Sí, eso pretendo —gritó mirando con desprecio el rostro magullado de Cortázar—. Te ha pegado, Carola; lo he visto con mis propios ojos.

—Está borracho, Ben —le explicaba angustiada—; se estaba poniendo pesado, he sacado el móvil para asustarlo; entonces ha querido quitármelo y, al protegerme, me ha golpeado en la cara. Creo que no tenía intención de golpearme.

Ben se levantó de un salto y dejó a Cortázar tirado en el suelo, entre quejidos y lamentos. Cogió el rostro de Carola entre sus manos fuertes, observó el parche rojo que tenía en el pómulos izquierdo y bajó la mirada hasta

su polo rasgado.

—Te ha agredido, Carola, por muy borracho que esté, sabe Dios cuando habría parado.

—Sí, tienes razón, pero tú has llegado a tiempo. No le pegues más. Llamaremos a la policía y lo denunciaré.

—Por favor, Carola, no lo hagas —le suplicó Cortázar llorando por el dolor que sentía en su cara, porque había recobrado la cordura y comenzaba a darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer—. No pretendía hacerte daño. Te juro que no volveré a acercarme a ti. Pero, por favor, no me denuncies a la policía.

—Marcelo tiene que saber lo que ha sucedido —susurró para sí mismo Benjamín—; ahora mismo no estoy centrado para saber qué es lo mejor. No te muevas de ahí —le ordenó a Alonso que se sentó encogido en un rincón y, por los temblores de su cuerpo, parecía que estuviera llorando—. Tienes que venir ahora mismo —le ordenó a su hermano por teléfono—. No, la yegua está bien. Se trata de Carola. Y Cortázar.

—¿Por qué has llamado a Marcelo? Él no tiene nada que hacer aquí.—Ben la miró un instante expresando su desacuerdo—. Llama a la policía; mi móvil está inservible.

Se dirigió hacia el pesebre donde Perla se movía inquieta e intentó calmarla.

—Si viene la policía puede que lo acusen por intento de violación y agresión y lo encerrarán en la cárcel. —Carola pensó en las palabras de Benjamín durante un instante—. Aunque quizás Marcelo lo mate de una paliza cuando llegue. —Los sollozos de Cortázar subieron de volumen y Ben sonrió furioso aún—. Tienes razón, no debí llamar a mi hermano porque lo voy a implicar en un asesinato.

Mientras Carola tranquilizaba a la yegua, un hombre convertido en un



tsunami de más de uno noventa entró en la clínica, levantó a Alonso del suelo sin que nadie pudiera detenerlo y, al empotrarlo contra la pared, el herido se golpeó en la cabeza.

—¿Qué has hecho, cabrón de mierda? —le gritaba a cinco centímetros de la cara magullada y bañada en lágrimas—. ¿La has tocado? ¿Has puesto tus sucias manos sobre ella? —Ben se entrometió y consiguió que su hermano dejara caer al suelo a Cortázar. Marcelo lo ignoró, entró en el pesebre y tomó con fuerza por los hombros a una atónita Carola. Su intensa mirada se dirigió hacia la ropa rasgada de la chica que mostraba parte de su ropa interior, sus ojos se inyectaron en sangre en un segundo.

—Te mato, Cortázar. Te lo advertí —gritaba dirigiéndose de nuevo al hombre que se encontró protegido por el cuerpo de Ben—. Apártate, Benjamín. Este cabrón no volverá a acercarse a Carola.

—Ya le he atizado yo lo suficiente, cálmate. Ahora tenemos que decidir si llamamos a la policía.

Carola no daba crédito a lo que sucedía en ese momento. Ellos no tenían nada que decidir; era asunto de ella y no entendía por qué los dos hermanos tomaban la agresión de Alonso como algo tan personal. Sobre todo le había asustado la agresividad que había mostrado Marcelo al ver su ropa maltrecha y eso que no se había fijado en su pómulo que ya empezaba a doler.

—Yo soy quién debe tomar la decisión —alzó la voz por encima de la de ellos que la miraron de repente con sus rostros preocupados y alterados. Y entonces Marcelo vio la magulladura en el rostro de la chica.

—¿Te ha pegado? —gritó de nuevo con los ojos fuera de las órbitas y ni siquiera Ben pudo detener el puñetazo que lanzó contra Cortázar y que lo dejó tumbado y desmadejado en el suelo—. No volverás a tocarla, maldito hijo de puta —le gritó desde toda su altura—, porque voy a acabar contigo.

Y se dirigió a Carola de nuevo con tanta decisión que la chica se quedó

paralizada mientras observaba su rostro.

—¿Te duele? —le preguntaba angustiada sin soltarla—. ¿Dónde más te ha herido?

—Estoy bien, Marcelo —gruñó Carola—. Ahora, por favor, que alguien llame a Chema. Necesito hablar con él.

—Llamaré a la policía —decidió Ben.

—Espera, Ben —le pidió Carola—. No quiero montar un escándalo y con vosotros por medio. Después de la paliza que le habéis dado a este hombre puede ser que os arresten a los dos. —Ben sonrió ante la templanza y la inteligencia de la que, por minutos y después de ver la reacción de Marcelo, consideraba más convencido su futura cuñada—. Ni tampoco deseo perjudicar a la organización del campeonato por este estúpido borracho. Llama a Chema, por favor.

Y Ben obedeció contándole a Chema lo sucedido sin entrar en muchos detalles.

—Voy a ponerte hielo en ese golpe —se ofreció Marcelo en un derroche de ternura y amabilidad que la sorprendió—. Te va a salir un buen moretón.

—Habrás que atender a Cortázar —reconoció ella preocupada—. En caso de que aún siga con vida.

—Sí —respondió Marcelo con desprecio—, respira. Hoy es su día de suerte.

De repente a Carola le vino a la mente todo lo sucedido en los últimos minutos como si lo viviera a cámara lenta y se mareó al darse cuenta de lo que le podía haber sucedido si Ben no hubiese llegado a tiempo. Su preocupación por Perla no le había dejado tiempo para pensar hasta ese momento. Marcelo la sujetó antes de que cayera al suelo.

—Te tengo, cariño. Tranquila, te tengo. —Y se sentó en una silla con ella

en su regazo—. Tráeme el hielo, Ben. Eso la reanimará.

Marcelo no dejaba de besarla en la frente, en las mejillas y en los labios, la acariciaba con los suyos a la vez que le ponía frío en el golpe, se lo pasaba por la frente y la nuca y le susurraba palabras cariñosas que alababan su sangre fría y su valentía.

Ben le ofreció una bolsa congelada a Cortázar quien, sin atreverse a moverse de su rincón, se la iba cambiando de posición mientras miraba temeroso de vez en cuando a Marcelo.

Carola intentó levantarse del regazo de Marcelo en cuanto Chema entró, pero él lo impidió.

—No te muevas con tanta rapidez o te marearás otra vez. Tranquila, cariño —le volvió a repetir esa palabra que ella no entendía—. Yo te sujeto. — Chema miró asombrado hacia la pareja que parecía cómoda en esa íntima postura.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo después de recorrer la escena en silencio—. ¿Estás bien, Carola?

—Mareada —respondió Marcelo por ella—. Se ha desvanecido cuando la adrenalina ha desaparecido de su sistema sanguíneo. ¿Puedes hablar, Carola?

—Por supuesto que puedo hablar. Déjame que me levante de una vez —gruñó y consiguió la sonrisa de Chema ante ese ataque de mal genio que había presenciado en más de una ocasión.

Y relató lo sucedido mientras estaba sola.

—Después entró Ben y le propinó una paliza que pude detener antes de que lo matara. Pero al momento llegó el otro hermano insensato y también le pegó. Y ahora no sé si llamar a la policía porque no estoy segura de a quién acusarán. Si a Cortázar o a estos dos sacos de testosterona con piernas.

—Parece que ya se le ha aclarado la mente —murmuró Ben divertido—.

Preciosidad, Cortázar solo ha tenido su merecido.

—Por supuesto —lo secundó Marcelo—. Nadie va atreverse aquí a ponerte una mano encima. Te lo advertí, Carola. Este es un mundo de hombres y esto es a lo que se arriesga una mujer como tú al verse envuelta en él.

—No empieces con eso, Marcelo. Mira esa yegua —le exigió ella alzando la voz—. ¿La ves?

—No estoy ciego —le contestó irritado.

—Pues está viva gracias al trabajo que he hecho hoy con ella. ¿Lo recuerdas? —le hablaba con tanta furia contenida que volvió a provocar la sonrisa de Chema, quien conocía su carácter y su valentía desde niña—. Porque ni tú ni tu hermano os quejasteis esta tarde de que fuera una mujer quien la operaba. Solo eres un miserable machista —se atrevió a decirle.

Ben y Chema observaban divertidos la discusión entre la pareja.

—Eso es un insulto muy grave por tu parte después de lo que te acaba de suceder.

—Y yo no quería que tu hermano te llamara a ti. No pintas nada aquí. —Marcelo se desesperaba ante su desprecio—. Solo debe estar Chema y tal vez la policía cuando lo creamos conveniente.

—Soy responsable de ti —arguyó asumiendo cualquier papel que justificara su intervención y su presencia—; no pienso moverme de tu lado hasta que decidamos lo que vamos a hacer respecto a Cortázar.

—Aquí solo voy a decidir yo —gritó Carola que intentaba imponerse y estaba decidida a ignorarlo—. Chema, ¿cómo lo ves? —preguntó al hombre en quién confiaba plenamente porque había sido como un padre para ella durante quince años.

Chema se agachó ante Cortázar y examinó sus heridas a la vez que negaba con la cabeza.

—Podríamos justificar la intervención de Ben, pero no la tuya, Marcelo, cuando Cortázar ya estaba controlado y fuera de juego gracias a tu hermano.

—Le advertí que no se acercara a ella y mucho menos voy a quedarme de brazos cruzados después de lo que le ha hecho. ¿Has visto su ropa? —Carola, pudorosa, se cerró el polo con uno de los botones que le quedaba—. Ese —se refirió a Cortázar con desprecio— no tenía buenas intenciones. —Y se pasó una mano por la cara recorriéndola desde la frente hasta la barbilla. Luego cerró los ojos y suspiró en un intento por calmarse, pero no lo consiguió pensando una vez más en lo que le podía haber sucedido a Carola—. ¿Qué pensabas hacer, Cortázar? —le preguntó levantándose con violencia mientras Alonso se encogía aún más en su rincón.

—Marcelo —lo retuvo Chema con su vozarrón grave—, si no puedes controlarte será mejor que te marches.

Marcelo lo miró desafiante y luego dirigió sus ojos hacia Carola.

—Nadie me va echar de aquí —contestó furioso—. Mira la marca que tiene en la cara y piensa en lo que pudo haberle sucedido.

Entonces Chema habló pensando en lo que creía mejor para todos.

—Si a Carola le parece bien, no lo denunciaremos, pero se tendrá que marchar a Argentina mañana mismo. No te quiero ver por aquí nunca más, Cortázar. ¿Estás de acuerdo, Carola? —Ella tardó en responder unos segundos mientras pensaba en que si lo denunciaba quizás perjudicaría a los hermanos Abadía y de todas formas, si Alonso se marchaba, ella no temería por encontrárselo de nuevo.

—Sí. Creo que será lo mejor.

—Me marcharé. ¿Quién se lo comunica a Walter? —preguntó Cortázar en un murmullo.

—Yo hablaré con él mañana a primera hora y ten por sentado que le diré la

verdad sobre el motivo de tu marcha —dijo Marcelo—. Llévatelo, Chema. No creo que esté en condiciones de conducir y cuanto menos gente lo vea así, mejor para todos.

—De acuerdo —respondió Chema—. Mañana nos vemos en mi despacho para hablar con Walter.—Era el director del equipo de Cortázar.

Chema se acercó a Carola y le dio un abrazo que la chica agradeció en ese momento. Luego la miró a la cara durante unos segundos.

—Ahora vengo a recogerte y a llevarte a casa. Aunque quizás sea mejor que pases la noche en la mía.

—No —respondió Marcelo en tono autoritario—. Yo la llevaré y me quedaré con ella hasta que la vea tranquila.

—Prefiero que me acompañe Ben —decidió Carola convencida de su elección—. Tú estás muy alterado y me pones nerviosa.

Ante su nuevo rechazo, Marcelo apretó las mandíbulas con tanta fuerza que un músculo le vibraba incontrolado.

Ben cogió las dos bolsas que contenían la cena y esperó a que ella recogiera su bolso. Marcelo los miraba rabioso e invadido por una gran impotencia de nuevo porque Carola no permitía que se le acercara.

—Creo que he perdido el apetito —le dijo Carola mientras observaba la comida.

—No me iré de tu casa hasta que cenes algo y te metas en la cama. —Miró a su hermano y le guiñó un ojo—. Ya me encargo yo. No te preocupes, Marcelo.

—Procura descansar, Carola —se despidió abatido—. Tómate la mañana libre y vente después del almuerzo. Nos apañaremos sin ti —ella no respondió.

En el trayecto hacia la casa de Carola, Ben se propuso a averiguar el porqué de esa distancia que se obligaba a mantener con Marcelo.

—Mi hermano está muy preocupado. ¿Por qué no le permites que cuide de ti esta noche? Creo que él lo necesita más que tú. —Y se rio.

—Algo sucedió anoche entre nosotros... —Prefirió no contárselo porque al fin y al cabo ella se consideraba una intrusa entre los dos hermanos—. Tu hermano me confunde. No entiendo qué pretende de mí.

—Le gustas, Carola, y se preocupa por tu seguridad. Has podido comprobarlo. Pero tiene que poner en orden varios aspectos de su vida.

—Espero que no se acerque a mí de nuevo hasta que los aclare.

—Marcelo es el mejor hombre que conozco —confesó orgulloso— y se merece a una mujer tan especial como tú.

—Pues tiene un modo extraño de demostrar su interés.

—Cuando esté preparado, te lo demostraré. También a ti te gusta. Reconócelo. —Sonrió divertido ante su silencio que resultaba una afirmación—. No te preocupes que no traicionaré tu secreto.

Ben admiró la confortable casa donde vivía Carola y no contuvo un comentario expresivo.

—Bonito hogar. ¿Siempre has vivido aquí?

—Fue la casa de mis bisabuelos. Mi madre la reformó y la convirtió en un hogar para las dos.

—¿Y tu padre?

—No lo conozco. Es un arquitecto alemán al que debo visitar pronto.

—¿Es obligatorio?

—Se lo prometí a mi madre unos días antes de que muriera.

—Entiendo. —Le sonrió mostrándole toda la ternura que la chica despertaba en él—. Cámbiate y ponte cómoda mientras yo voy calentando la cena.

—Voy a darme una ducha rápida. No tardaré.

Unos minutos más tarde cenaban y charlaban sobre los planes de Ben y la hacienda de los Abadía. Cuando terminaron de recoger la cocina, Carola le pidió un favor.

—No voy a abusar de ti pidiéndote que te quedes a dormir.

—Marcelo lo habría hecho con gusto —aseguró burlón y ella puso los ojos en blanco.

—¿Puedes quedarte conmigo hasta que me duerma? —Su pregunta fue una súplica.

—Por supuesto, preciosidad. Le he dicho a mi hermano que me ocuparía de ti y lo haré. Además, ya sabes que eres una de mis dos chicas favoritas, te mimaré y te daré lo que me pidas. Estoy en deuda contigo.

Carola se metió en la cama y se cubrió con la sábana. Ben se sentó junto a ella, apoyó la espalda en el cabecero mientras veía la tele distraído; ella le tomó la mano con naturalidad y se la agarró con firmeza buscando la seguridad de un amigo. Ben soltó una carcajada y la observó un instante.

—Ben —le susurró somnolienta—, en estos momentos echo de menos a mi madre más de lo que puedo soportar y creo que voy a llorar un poco.

Ben le acarició el pelo con suavidad y ternura, conmovido ante el desamparo que demostraba la que le pareció en ese momento la mejor persona que había conocido después de su hermano Marcelo.

—Llora cuanto te apetezca, preciosidad. Ni me marcharé ni me molestaré.

Carola dio rienda suelta a sus sentimientos, al miedo que le provocaba el



suceso ocurrido con Cortázar, a la ausencia de su madre y a la desconcertante relación que mantenía con Marcelo; acabó recostada sobre el pecho de Ben mientras él la consolaba conmovido ante su desolación.

Aunque al hombre le pareciera una de las mujeres más hermosas que había conocido y además resultara encantadora, saber lo importante que ella era y sería para su hermano Marcelo conseguía que, al mirarla, viera a una chica indefensa y solitaria, a la que debía proteger como parte de su familia.

—Te has llevado un buen susto esta noche —le susurró segundos antes de que ella se durmiera—. Buenas noches, preciosidad. —Y la besó en la mejilla.

Se aseguró de que las puertas estuvieran bien cerradas, apagó las luces y salió de la casa. Luego se sentó al volante de su coche y llamó a su hermano.

—Tu princesa ya está dormida y a salvo en su lecho real —bromeó—. Está bastante asustada, Marcelo. Ha llorado mucho.

—Hijo de puta —contestó Marcelo al recordar a Cortázar como el causante del sufrimiento de Carola—. Solo con pensar en lo que podía haberle hecho...

—Dímelo a mí que lo encontré luchando con ella. —Y suspiró con fuerza—. ¿Qué os pasó anoche? Por lo que fuera que ocurrió, Carola no ha querido que la acompañaras.

—Me dejé llevar y no debí permitirlo. No voy a hacerle daño, Ben.

—Se lo estás haciendo ya. A ella y a ti. Ten cuidado, Marcelo, o te arrepentirás de haberla perdido durante el resto de tu vida.

Marcelo no respondió y Ben, consciente de que había adivinado el temor de su hermano, cambió de tema.

—¿Cómo está Perla? ¿Sigue evolucionando bien?

—Sí. Mejora por momentos. He dejado a Luis con ella hasta las seis que vaya yo. ¿Vienes a casa? ¿Dónde está Blanca?

—¿Acaso crees que me importa?

La respuesta de Ben impresionó a su hermano y le hizo preguntarse si se vería en la misma situación dentro de unos meses. Estaba convencido de no soportarlo y menos después de que Carola se hubiera cruzado en su camino.

Antes de las ocho de la mañana, Carola llegó al pequeño hospital que disponía la instalación, preparada para afrontar su trabajo un día más como si en la noche anterior no hubiese sucedido nada y se encontró con Marcelo revisando los informes de los caballos que debían tratar esa mañana. El hombre levantó la mirada de los papeles que leía y sonrió demostrando en su gesto tanta ternura y amabilidad que le provocó un escalofrío a la chica.

—¿Qué haces aquí? —le dijo fingiendo estar enfadado.

—Tengo trabajo que hacer —respondió ella en el mismo tono y observó cómo Marcelo le reprochaba su presencia negando con su cabeza.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó acercándose a ella y revisando su magulladura con atención—. La magia del maquillaje —reconoció serio y observando como un leve hematoma se extendía hacia el ojo de la chica—. ¿Has conseguido descansar?

—Sí. Tengo que agradecer a Ben la paciencia que demostró conmigo.

—¿Por qué no me dejaste que te acompañara? —le preguntó tan cerca de sus labios que Carola pensó que iba a besarla otra vez, pero en esta ocasión ella no se lo permitiría—. No he conseguido pegar ojo en toda la noche preocupado por ti. —Lo tenía casi encima cuando ella dio un paso atrás—. No te alejes. —La sujetó con fuerza para atraerla hacia su cuerpo.

Volvió a besarla del mismo modo que había hecho hacía dos noches, pero en esta ocasión, además de un gemido que expresaba alivio, también le

demonstró la angustia que lo había mantenido en vela durante toda la madrugada pensando en lo que Cortázar podría haberle hecho a Carola si Ben no lo hubiera interrumpido.

Ella intentó rechazarlo en los primeros segundos hasta que sucumbió a la intensa expresividad que le transmitía los labios y las manos posesivas de Marcelo. La carga sensual de ese beso reflejaba con claridad los sentimientos del hombre por ella, con lo que la desconcertaba por completo una vez más.

Una llamada al móvil de la chica los transportó al lugar donde estaban y Marcelo se separó de ella después de dejar un beso suave y largo en su frente. Carola, algo aturdida, miró la pantalla de su teléfono y vio que se trataba de Chema.

—Buenos días, Chema.

—He visto tu coche aparcado en la puerta de los establos. Marcelo te dijo que te tomaras la mañana libre.

—Tenemos mucho trabajo y Perla necesita mis cuidados; aún está convaleciente.

—¿Te encuentras bien? ¿Has descansado?

—Sí. Ben me acompañó hasta que me quedé dormida y creo que ya se me ha pasado el susto. —Marcelo la miró un instante con el ceño fruncido.

—Creo que debes explicarme lo que sea que está sucediendo entre los hermanos Abadía y tú. ¿Mantienes una relación con Marcelo? —La chica le dio la espalda al aludido.

—También a mí me gustaría saberlo. —Y escuchó una carcajada de Chema —. Es temprano para someterme a uno de tus implacables interrogatorios. Ya hablaremos.

—Está bien, Carola. Estaré a tu lado siempre que me necesites, ya lo sabes.

—Lo sé, Chema. Te quiero. Gracias por llamar. —Y se dirigió a la yegua que llamaba su atención con leves relinchos desde que la había oído llegar.

No podía mirar a Marcelo a la cara sin avergonzarse después de haber permitido que la besara una vez más y ahora, sería probable que la rechazara de nuevo.

—Oye —la llamó Marcelo con ternura y se acercó a ella—, Carola, por favor, no me ignores. Entiendo que te desconcierte mi comportamiento y creo que debo explicarte el motivo...

—Buenos días —el saludo de Ben interrumpió una vez más a la pareja—. Sabía que te encontraría aquí —le dijo a Carola después de besarla en la mejilla con tanta naturalidad y despreocupación que provocó de nuevo la envidia de su hermano—. ¿Cómo están mis chicas favoritas?

—Bien. —Y le devolvió el beso acompañado de una preciosa sonrisa que Marcelo deseó para él—. Gracias por quedarte anoche. Creo que no habría podido relajarme y olvidarme de lo que sucedió si no hubiera contado con tu compañía.

—De nada, preciosidad. Fue un placer. Marcelo, ¿nos vamos? Acabo de encontrarme con Walter y ya iba al encuentro de Chema. —Un temblor recorrió el cuerpo de Carola y palideció de repente.

Marcelo se acercó a ella y le acarició la mejilla con la misma ternura que le había dedicado al saludarla esa mañana.

—No te preocupes, Carola. Se marchará y no volverás a verlo. —Ella asintió nerviosa.

Después de pensar varias veces en su enfrentamiento con Cortázar, se dio cuenta del peligro real que corrió.

—Debí llamar a la policía —susurró mostrando su miedo—. Alonso habría sido capaz de hacerme cualquier cosa o quizás se lo haga a otra mujer

cuando tenga otro día malo. —Y miró a Ben quien acariciaba con adoración el cuello de su yegua—. Gracias de nuevo. Si no hubieras llegado en el momento oportuno...

—Ya pasó —le dijo Ben sonriendo— y no debes preocuparte más por ello. No volverá a hacerte daño. Nosotros se lo impediremos siempre. ¿Verdad, Marcelo?

—Por supuesto. Nadie te hará daño nunca más. Para eso estamos aquí —bromeó mirándola con su mejor sonrisa—. Déjanos solos un momento, Ben —y se lo pidió tan tranquilo que Carola no reconocía a ese hombre que se mostraba relajado y amable como sucedió en casa de Chema—. Tengo que hablar con Carola. Espérame fuera.

—Está bien. Adiós a mis chicas favoritas —se despidió Ben sonriendo.

Los segundos en silencio que permanecieron mirándose el uno al otro tensaron todos los músculos de la chica.

—¿Cenarás esta noche conmigo? Me gustaría tener la oportunidad de pasar una velada agradable contigo y no acabar discutiendo, como siempre nos sucede —ante la duda que demostraba Carola, Marcelo insistió—. Carola, por favor —le suplicó.

—Está bien —respondió temerosa porque intuía que esa cita no acabaría bien; presentía demasiadas preocupaciones en la tensión y en la angustia que mostraba Marcelo cuando estaba cerca de ella—. ¿Dónde?

—En mi casa. Cenaremos en la terraza. Estaremos tranquilos y espero que Ben no se entrometa una vez más. —Acabó sonriendo y se acercó a ella para darle un beso rápido pero intenso que dejó un hormigueo en sus labios.

—Nos vemos dentro de un rato —y le habló al instante siguiente en su tono profesional—. Luis no vendrá hasta las cinco; estuvo al cuidado de Perla durante la noche. En mi mesa he dejado el trabajo pendiente. Comienza con Gonzalo la tarea definida en los informes cuando acabes la revisión de Perla.

—De acuerdo. —Y se dirigió de nuevo al pesebre donde esperaba su paciente favorita.

Walter había llegado al despacho de Chema y aún no sabía el motivo de su cita. Era un hombre que pasaba los cincuenta, aunque su aspecto deportivo le restaba años y le proporcionaba una apariencia atractiva. Al ver entrar a los hermanos Abadía, intuía que algo más grave que un simple ataque de celos de Marcelo había provocado la paliza que había recibido Cortázar y que esa no era una excusa sólida para que incumpliera su contrato y se marchara con tanta urgencia a Argentina.

Después de los saludos educados y de los rostros preocupados que mostraban los tres hombres, Walter dedujo que se trataba de algún asunto grave que su jugador le habría ocultado con el fin de escapar lo antes posible.

—Lo vi a medianoche y me contó que Marcelo lo sorprendió hablando con la veterinaria y, dominado por un ataque de celos, lo agredió.

—Marcelo solo le dio un puñetazo —intervino Ben sonriendo con su despreocupación habitual—, yo le di más porque llegué a tiempo de detener lo que pudo convertirse en una violación. —Walter se recostó en el respaldo de su silla resoplando.

—La verdad es que, según tengo entendido, ha estado obsesionado con esa chica desde el verano pasado —murmuró el hombre impresionado—. Lo lamento, Chema. Sé que ella es parte de tu familia. —Chema asintió.

—No quiero ver a Cortázar en mi club, al menos mientras yo lo dirija. Un hombre no puede excusarse tras una borrachera para cometer un acto tan salvaje e inhumano como ese.

—No —reconoció Walter afectado; como padre de tres hijas casi de la edad de la chica, comprendía la reacción de Chema—. Por supuesto que ese no es motivo. Yo habría llamado a la policía.

—Carola, en ese momento, no vio la mala intención de Cortázar y, después de que Ben y yo le diésemos su merecido, prefirió no implicarnos y dejar que Chema decidiera por ella. Acaba de confesarme que está arrepentida de no haberlo denunciado, por ella y por otras posibles víctimas que se crucen en el camino de ese desalmado.

—Me negaba a creer la mala fama que persigue a Cortázar —dijo Walter—, pero ahora puedo comprobar que es cierta. Este no ha sido su primer altercado y siempre se escuda tras el alcohol. Espero que la chica se reponga pronto. Sé que es una excelente profesional.

—Lo es. Aunque también es demasiado bonita y atractiva para este mundo a veces exclusivo de hombres —añadió Ben robándole el pensamiento a su hermano—. Demasiada testosterona.

—Se supone que vivimos en una sociedad avanzada —dijo Marcelo dejando a Chema y a Ben perplejos por su comentario después de cuanto provocaba a Carola con su actitud contraria—. La profesionalidad no debe confundirse ni mezclarse con las relaciones interpersonales. Y Carola es una excelente veterinaria que merece el respeto de todos.

—Por supuesto —contestó Chema impresionado por la actitud excesivamente protectora que mostraban los hermanos Mendoza hacia Carola.

Tras despedirse de los dos hombres, Ben, que había permanecido en silencio desde el último comentario de su hermano, habló.

—Si ese es tu modo de pensar y me consta que siempre lo ha sido... ¿Por qué le estás haciendo la vida imposible a Carola?

—Eso es un asunto personal. No tiene nada que ver con su valía profesional.

—Pero la estás haciendo sufrir con tus comentarios y tu actitud protectora.

—Lo sé. Y te aseguro que me contengo todo lo que puedo.—Ben lo miró

unos segundos mientras su hermano mantenía la vista al frente, en la carretera.

—Estás condenado, ¿verdad? —Era una expresión que utilizaba su abuelo cuando se refería a las relaciones entre hombres y mujeres.

—Malditamente condenado. —Y se rieron los dos.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Ben poniéndose más serio de lo que Marcelo estaba acostumbrado a verlo—. ¿Duele?

—A veces duele y otras es la sensación más maravillosa que haya sentido. Cuando la veo sonreírte me entran ganas de romperte la cara.

—Ya me he dado cuenta. ¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Esta noche he quedado con Carola. Seré sincero con ella y podrá elegir.

—¿Algo temporal? —preguntó Ben asombrado—. ¿Eso es lo que le vas a ofrecer? ¿Y qué hay de ti? —Ante el silencio de Marcelo, Ben no ocultó su enfado—. Eres un gilipollas, Marcelo. Ojalá Carola te rechace y te haga sufrir. Te lo mereces por no preocuparte más de ti y de tu futuro. —Y no volvió a dirigirle la palabra hasta que se separaron.



## Capítulo 7

Marcelo abrió la puerta a la hermosa mujer que lo tenía desquiciado desde el primer día que se conocieron y en ese momento entendió el motivo por el que le temblaban las rodillas cuando ella le sonreía. Vestida con una falda larga turquesa que tenía una gran abertura como comprobó cuando ella atravesó el umbral y pudo vislumbrar parte de una de sus largas piernas, una vaporosa camisa estampada y floreada a juego que dejaba sus hombros libres, Carola estaba deslumbrante con su melena suelta y salvaje enmarcándole el rostro. Ella representaba la imagen más excitante de la femineidad.

—Estás preciosa —la saludó Marcelo después de besarla en la mejilla—. Pasa, la dorada está a punto de terminar de asarse en el horno.

—Pescado. Me alegro porque te he traído una botella de vino blanco. Espero que te guste; era la marca favorita de mi madre.

Al pasar hasta la cocina, Carola pudo apreciar una elegante mesa dispuesta en la terraza, iluminada con varios portavelas repartidos para que ofrecieran una tenue luz. Nunca pensó que Marcelo se preocupara por algo parecido a una cena romántica.

—Estás muy seria —le dijo unos minutos más tarde el hombre durante los que habían permanecido en silencio mientras él aliñaba una ensalada colorida.

—No. Estoy impresionada. Jamás te habría imaginado en la cocina o encendiendo velas. —Él se rio—. ¿Cuándo aprendiste a cocinar?

—En mis tiempos de estudiante universitario. Viví en Nueva York con mi madrastra y ella salía mucho, apenas paraba en casa, así que si queríamos

comer en condiciones debía prepararlo yo; Ben era un crío. Y lo de las velas es porque me relaja la penumbra, no me gustan las luces intensas cuando no estoy trabajando. Me conformo con una pequeña lámpara encendida mientras descanso, leo o estoy comiendo.

A Carola la encandiló mientras le hablaba sobre él mismo porque le permitía conocerlo como el hombre que era y no como el prestigioso veterinario y criador de caballos en que se había convertido.

—¿Y tú? ¿Cocinas?

—Lo preciso. Mientras estudiaba en Córdoba los dos primeros años viví en una residencia de estudiantes y cuando me fui a un piso, mi madre me llevaba mucha comida que yo congelaba. Así que aprendí bastante bien a usar el microondas.—Marcelo se rio despreocupado y relajado, lo que la impresionó más aún.

—Coge la fuente de la ensalada; yo llevaré el pescado —le pidió con amabilidad antes de dirigirse a la terraza.

—¿No prefieres cenar fuera de casa? —le preguntó Carola una vez que estaban sentados a la mesa.

—No. Habitualmente trabajo catorce o quince horas diarias, incluso más.

—Eso ya lo he comprobado —lo interrumpió ella sonriendo.

—Cuando acabo la larga jornada me gusta disfrutar de una buena cena, un partido de polo o de fútbol, una película, una buena conversación... Ya lo ves, soy un tipo bastante tranquilo al que su trabajo lo satisface por completo.

—Y también eres solitario.

—No. No me considero una persona amante de la soledad; yo diría más bien que soy muy independiente. Vivo a mi ritmo y no estoy acostumbrado a dar explicaciones a nadie.

—Lo que te lleva a pasar más tiempo solo.

—Ahora lo estoy compartiendo contigo y me encanta —le confesó en un tono de voz tan seductor que consiguió su propósito—. Así que no soy solitario; más bien, selectivo.

—¿Es la primera vez que pasas tanto tiempo alejado de tu hacienda?

—Desde que dejé la universidad, sí. Meses que tengo la suerte de pasar aquí. —Y Carola pensó que le enviaba otro mensaje—. Suelo aprovechar el invierno argentino para realizar mis investigaciones y dar mis conferencias en universidades de todo el mundo. Pero pensamos que nuestro negocio necesitaba expandirse y es lo que estoy haciendo.

—¿Pensamos? ¿Tienes socios?

—Mis hermanos. Juntos llevamos nuestra hacienda. A todos nos gusta vivir allí, compartimos una enorme casa familiar, aunque Ben y yo somos los que más viajamos.

—Ben es el más pequeño, me contó el otro día. —A Marcelo le gustaba la conversación porque lo que pretendía con esa cena era que Carola lo conociera alejado del establo y de su profesión—. Y tú el penúltimo. Tienes una hermana mayor que tú y otro hermano.

—Sí. Julián, el mayor, y luego va Roberta.

—Y eres el único soltero de la familia.

—Sí —contestó tan serio que Carola prefirió cambiar de tema.

—Yo soy hija única. Debe resultar divertido vivir con tus hermanos. Lleváis toda la vida juntos.

—Solo nos alejamos de La Abadía en nuestra época universitaria. Y siempre estábamos deseando regresar. ¿Tus padres también se separaron?

—No. Nunca supe quién era mi padre hasta unos días antes de morir mi

madre. Ni siquiera sé si está vivo o no. Ni sabe de mi existencia. —Marcelo la miró compasivo—. Mi madre no quiso decírselo porque era un hombre casado con hijos, un arquitecto alemán que vino a trabajar por esta zona durante seis meses. Pero no engañó a mi madre; ella lo supo desde el primer momento. Luego, lo más parecido a un padre que he conocido, ha sido gracias a Chema. Mi madre y él fueron amantes durante más de quince años.

—¿Por qué no se casaron?

—Mi madre no quería que nadie gobernara nuestras vidas. Levantó su negocio del vivero junto a Mary, otra madre soltera. Trabajaba muchas horas al día y su escaso tiempo libre era para mí. Cuando yo me hice más mayor y la necesitaba menos, empezó a salir de vez en cuando con Chema y yo me quedaba en casa de Mary. Chema nunca durmió en mi casa mientras yo estaba en ella.

—Una relación muy cómoda —comentó Marcelo.

—Depende de la edad y de las circunstancias.

—Sí, tienes razón. Mi padre se divorció cuando yo tenía diecisiete años. Cuando nos hicimos mayores, mi madrastra, la madre de Ben, no soportó la vida de La Abadía porque no le atraía el campo, ni la cría de animales. Ella nació en Nueva York y siempre echó de menos su ciudad. Mi padre fue bastante egoísta y se negaba a viajar de vez en cuando como ella le pedía. Así que, al final, cada uno tomó su camino. —Permaneció unos segundos perdido en su memoria—. Te aseguro que guardo bellos recuerdos de mi niñez relacionados con el amor que se profesaban mis padres antes de que mi madre enfermara. Y mi padre puso fin a su segundo matrimonio sin que se oyeran grandes discusiones; se dejaba llevar por la apatía. Alice simplemente comenzó a viajar sola a Nueva York cada vez con más frecuencia y alargaba más su estancia. Mi padre se conformó, la dejó ir porque le molestaba verla infeliz y se refugió en los brazos de varias amantes a las que jamás llevó a nuestra casa.

—Parece que el amor llega a la gente con fecha de caducidad —dijo Carola con tristeza.

—Todo en la vida necesita esfuerzo y dedicación. Hasta el amor. Si te descuidas, lo pierdes, se esfuma, se desvanece y entonces prefieres pensar que todo por cuánto has luchado no ha merecido la pena. Esa es la postura más cómoda que suelen tomar las personas. La desidia es el defecto que causa mayores estragos en la vida.

—¿Experiencia?

—Observación científica sobre mi familia.

Unos fuegos artificiales llamaron la atención de ambos y se levantaron para observarlos desde la barandilla. Provenían de un gran yate donde se celebraba una fiesta.

—Los encargué para ti —bromeó Marcelo consiguiendo hacer reír a la chica—. En serio, Carola —insistió divertido—. El dueño del yate y yo vamos a medias.

—No sé... Pero no te veo encargando fuegos artificiales para una mujer. —Ella se rio de nuevo—. Ni siquiera flores.

—Reconozco que jamás he regalado flores a una chica. Ni flores ni nada. —Ese Marcelo charlatán y sincero la estaba desarmando por completo—. Invitarlas a cenar, sí; pero regalar, nunca.

—¿Por qué será que no me extraña?

—No lo he hecho porque nunca he conocido a una mujer que merezca la pena. —De repente el tono de la conversación desenfadada cambió por completo—. Hasta que llegué a Sotogrande y te cruzaste en mi camino.

La atrapó en un abrazo y la besó con tanta pasión que Carola se sintió abrumada y desbordada por ella.

Marcelo decidió que era el lugar y el momento apropiados para dejarse llevar por el intenso deseo que sentía por esa mujer. Después pagaría por su pecado, quizás durante el resto de su vida, como temía; pero en ese instante, no podía contenerse.

Carola no supo en qué momento la había llevado hasta el dormitorio. Se había dejado seducir por los besos apasionados de Marcelo, por la intensa necesidad de ella que mostraba y la que ella misma sentía por él.

Marcelo se alejó de sus labios para contemplarla embelesado. Carola estaba entregada a él en cuerpo y alma, esperaba que también él se entregara del mismo modo, pero se sintió incapaz de ocultarle su realidad. Ante ella no podía ser cobarde, ni mezquino, ni egoísta. Quería ser como Carola, lanzarse a sus brazos sin paracaídas, sin temores, pero con su corazón en la mano.

—Antes de seguir adelante debo confesarte algo, Carola —le dijo dibujando el contorno de su mejilla con un dedo. La chica lo miraba expectante—. Cuando regrese a Argentina a primeros de septiembre acabará todo entre nosotros. Solo tendremos lo que suceda durante estas semanas.

Carola lo observó en silencio durante unos segundos con la decepción grabada en su hermoso rostro. Ese hombre desde luego no sería el príncipe de sus sueños porque siempre tenía que destrozar sus momentos felices. Luego se sentó en el borde de la cama y buscó su ropa con la mirada. Marcelo resopló preso de la frustración.

—Te estoy ofreciendo sinceridad. ¿No es lo que más valoras en las personas?

—¿Y se supone que debo aceptar lo que quieras darme? Gracias, Marcelo —agradeció con frialdad a la vez que se vestía sin añadir nada más—. Tu sinceridad me sirve para tener la opción de elegir. Y tú ya te has puesto la fecha de caducidad.

—Carola, por favor. No te marches.

—Tú sabes lo que quieres y yo también.

—¿Y qué quieres tú de mí?

—Aún no lo sé. Pero lo que no deseo es a un hombre que me advierte del final. No sé si podré controlar mis sentimientos con tanta frialdad como tú haces si permito que continúe lo que sea que suceda entre nosotros. Así que prefiero que acabe antes de empezar. Tú ya te has despedido —añadió con una cínica sonrisa.

—No es tan fácil para mí como piensas.

—¿Ah, no? —preguntó con sarcasmo—. Quién lo diría después de recibir tu clara advertencia como si yo no fuera una persona ni tuviera sentimientos.

Marcelo la deseaba con tanta intensidad que no podía dejarla marchar y se atrevió a confesarle la verdad, avergonzado, sin poder mirarla a la cara.

—Estoy comprometido con una mujer. Nos casaremos a mediados de septiembre.

Carola sintió que acababan de echarle un cubo de agua helada por la espalda y su desconcierto no pasó desapercibido al hombre.

—Lo lamento, Carola. —Aunque su disculpa sonara sincera, la chica no pudo contener su indignación.

—¿Lo lamentas? —preguntó sin alzar la voz, conteniendo las lágrimas y la rabia que le había provocado esa revelación de Marcelo—. ¿Estás prometido con otra mujer y te atreves a traerme a tu casa y a llevarme a tu cama? ¿Qué clase de hombre eres?

—No siento nada por ella, Carola. Te lo aseguro.

—Y entonces... ¿Por qué te vas a casar? —preguntó desconcertada.

—Porque he dado mi palabra.

—¿Está embarazada? —preguntó sin entender ni la actitud ni la respuesta

de Marcelo.

—¡No! —gritó rabioso y asqueado con solo pensar en esa posibilidad—. Es un asunto familiar bastante complicado. —Marcelo vio efectuarse el cambio en el rostro de la chica de perplejidad a desprecio y se odió a sí mismo por ello.

—Ahora sí que no deseo continuar contigo, Marcelo —dijo a punto de echarse a llorar—. Me has decepcionado. Solo eres un clon de Alonso Cortázar.

El hombre se enfureció y la sujetó con fuerza por la muñeca impidiendo que saliera del dormitorio.

—Seguro que no te he decepcionado más de lo que yo lo estoy conmigo. Pero la vida no es el cuento de hadas con el que creo que sueñas y siempre te ves obligado a renunciar a algo para obtener lo que más valoras.

—¿Y qué es lo que más valoras tú, Marcelo? —le preguntó con dureza—. Por supuesto ya he visto que no es la felicidad y el final feliz que mencionas, y mucho menos me valoras a mí —acabó en un susurro.

—Hay otras clases de amor y de felicidad; no solo existe la que te pueda ofrecer otra persona. Esa es la menos duradera y la menos fiable —le explicó convencido—. Tengo una familia y una tierra ante las que responder.

—Gracias por aclarármelo —le dijo mientras se calzaba; Marcelo seguía con total atención todos sus movimientos—. Después de esta conversación me puedo hacer una idea de tu forma de ser...

—Si sales por esa puerta es que no tienes ni idea de mi forma de ser —le gritó interrumpiéndola, más enojado con él mismo que con ella.

—Yo no soy la segunda opción de ningún hombre, Marcelo. Y te aseguro que eres el peor que me he encontrado en mi vida por intentar rebajarme de ese modo. ¿Eso es lo que sientes por mí? ¿Así me valoras? —le preguntó sin



ocultar la enorme decepción que sentía en esos momentos y aguantando las lágrimas.

—No deseo a otra mujer más que a ti. En mi vida me he sentido tan atraído por una mujer como me ocurre contigo.

—Ya entiendo —dijo calmada, pero conteniendo una furia desmedida—. Solo se trata de saciar tu lujuria y me persigues para obtener un revolcón cuando se te antoje durante este verano. Pues búscate a otra. La conseguirás con facilidad porque eres guapo y estás muy bueno; no tendrás problemas en conseguir lo que desees.

Carola, armada de una frialdad fingida, le ofreció una sonrisa falsa antes de decirle adiós y se marchó escuchando a su espalda las maldiciones de Marcelo, incluso algún objeto que se estrelló contra la puerta.

En cuanto se sentó en el asiento de su coche dejó escapar las lágrimas de frustración y decepción que había contenido, y pensó que cada verano se encontraría con un hombre comprometido y mentiroso que solo pretendía utilizarla para calmar su lujuria. Al menos a Alonso lo descubrió a tiempo y no significó para ella más que una estúpida desilusión, un escarmiento por ser tan confiada; de Marcelo ya estaba enamorada. Y no sabía cómo se enfrentaría cada día a las largas jornadas de trabajo que compartían.

Viendo el mal humor de su hermano mientras Carola realizaba la revisión matutina de Perla, como ella se empeñaba en ignorar a su jefe y se limitaba a hacer comentarios exclusivamente profesionales, Benjamín entendió que Carola lo había rechazado y se alegró por ello. Eso significaba que habría una reacción de Marcelo.

—Se está recuperando más rápido de lo que esperaba, Ben —le decía Carola sonriendo al observar la pantalla del ecógrafo que manejaba Marcelo—. Fíjate. —Y señaló un punto en concreto—. Los puntos de la arteria están cicatrizados. En un par de días estará trotando. Luego espera una semana más

antes de montarla y habrá que impedir que su ritmo cardiaco aumente demasiado durante un mes; usaremos un pulsómetro con ella y lo controlaremos a cada momento y hay que vigilarle la tensión con regularidad. Así nos aseguraremos de que no sufra otra hemorragia interna y recuperará fuerzas plenas. Debemos tener en cuenta que perdió mucha sangre y se encuentra aún débil.

—¿Cuándo saldrá de aquí? A Perla no le gusta estar sola.

—Mañana le daremos el alta hospitalaria y pasará al establo común.

—¿Estás segura? —fue Marcelo quien le preguntó de modo impulsivo—. No te precipites. La próxima primavera argentina voy a inseminarla y la necesito en perfecto estado. No quiero que se le infecten los últimos puntos.

—Tú decides. Eres el jefe —le respondió ella con frialdad, y dejó a los hombres mirando su espalda porque salió del hospital sin añadir nada más.

Carola no estaba dispuesta a mantener ninguna conversación ni discusión con él en lo que le quedaba de contrato. Y con toda la voluntad que pudo reunir, continuó con su trabajo fingiendo que lo sucedido la noche anterior no le afectaba. Aunque, sin entender el motivo, presentía que Marcelo le provocaría más sufrimiento.

—Te lo mereces —fue lo único que Ben le dijo a su hermano en cuanto Carola se alejó de ellos una distancia prudencial para que no oyera su comentario.

Marcelo lo miró derrotado durante unos segundos y no contestó porque sabía que Ben tenía razón.

No tuvo que esperar mucho tiempo para encontrarse inmersa en el infierno del desamor y la decepción en el que Marcelo la había sumergido. Unos días después de pasar otra mañana soportando a un jefe intratable y de mal humor, sobre todo cuando ella estaba cerca, al final de la jornada solo le faltaron los fuegos artificiales para anunciarlo como el peor momento de su vida después

de la muerte de su madre, cuando Benjamín se presentó una vez más en el despacho de su hermano interrumpiendo la última reunión del día y acompañado por su esposa y otra mujer, ambas guapas y elegantes, mientras ella se pasaba una mano tímida por su despeinado cabello y observaba su vestuario sucio y polvoriento.

Blanca le dirigió una mirada de superioridad que Carola no entendió hasta que presentó a la mujer que la acompañaba.

—Mira que sorpresa te traemos, Marcelo. Tu prometida ha venido a verte. —Luis y Gonzalo no tardaron en comprender la situación y luego todo sucedió tan rápido que Carola no tuvo tiempo de reaccionar; se despidieron de Marcelo y se llevaron a su compañera con ellos, con tanta discreción que las mujeres no percibieron el dolor que reflejaba el rostro de la chica, aunque sí lo vio Marcelo quien se desesperaba una vez más ante esa lamentable situación.

El aire húmedo del Levante reanimó a Carola en pocos segundos y pudo ofrecer una breve explicación a sus compañeros.

—Gracias por sacarme de ahí. Y por ello creo que merecéis una explicación sobre mi relación con Marcelo. —Respiró profundamente y continuó ante la mirada de asombro de los dos chicos—. No hay ni ha habido nada entre nosotros más que un breve escaqueo que no ha llegado a puerto. — Los muchachos escuchaban sin interrumpirla—. Marcelo fue sincero, me confesó que estaba comprometido y no llegamos a nada más.

—Marcelo está colado por ti —se atrevió a decirle Gonzalo—. Todo el mundo se ha dado cuenta. Y la cara que ha puesto cuando ha visto ahí dentro a su prometida no era precisamente de alegría.

—Aunque sea verdad, eso no es asunto nuestro, Gonzalo —le replicó Luis—. No le des falsas esperanzas.

—No es mi intención, solo digo lo que resulta evidente. Y Marcelo está

enamorado de Carola, aunque tenga novia. No será al primero que le pasa. — Y alzó un dedo dándose él mismo por aludido—. Si te lo digo es para advertirte, Carola. Yo lo pasé fatal, me sentí tan culpable después de romper con mi novia que mi nueva relación no funcionó. Ha pasado un año y aún no me he recuperado.

—Gracias, Gonzalo. Pero ese no es mi caso. Te repito que Marcelo ha sido sincero conmigo —dijo con una frialdad que no sentía a la vez que abría la puerta de su coche—. Es lo que hay y no me queda más remedio que aceptarlo.

—¿Te encuentras bien para conducir? —Se interesó Luis bastante preocupado por su compañera—. Te has puesto pálida ahí dentro. ¿Quieres que te lleve a casa? Mañana puedo recogerte; me pilla de camino.

—No es necesario y no os preocupéis por mí; estaba al tanto de su compromiso—les agradeció sonriendo y, fingiendo que se encontraba bien, se sentó, giró la llave del contacto y se dirigió sola a su casa.

Deseaba llegar, meterse en la bañera y echarse a llorar con libertad hasta desahogar todo el dolor que la realidad sobre Marcelo le había provocado. Al menos conservaba su dignidad intacta después de no haber accedido a acostarse con él. Su orgullo la había salvado de sufrir el más absoluto de los bochornos.

La furia de Marcelo era monumental y la presencia de Andrea en España fue el detonante y la provocación que necesitaba para intentar enderezar su vida.

Benjamín nunca lo había visto tan enfadado, ni siquiera cuando leyeron la cláusula del testamento de su abuelo o el de su padre y comprobaron la jugarreta que ambos les tenían reservada. Y se alegró del estado de ánimo de su hermano porque, de algún modo, lo obligaría a reaccionar y a tomarse más en serio su futuro.

Marcelo acompañó a Andrea hasta un hotel y antes de bajarse del coche, la mujer presentó la batalla dialéctica que él esperaba.

—¿No me quedo en vuestro apartamento? —preguntó Andrea extrañada.

—Yo no te he pedido que vinieras y no te quiero aquí.—Andrea lo miró con desprecio y confesó el motivo que la había llevado hasta Sotogrande.

—Ya sé lo de tu nueva amiguita. La veterinaria rubia que estaba en tu despacho. —El hombre la miró sorprendido y ella le sonrió con malicia—. Esa que os tiene locos a Ben y a ti. —Le guiñó un ojo con el gesto típico de una buscona que repugnó al hombre—. Las noticias vuelan, Marcelo.

—No tengo ninguna amiguita, como tú la llamas. Y lo que haga con mi vida privada es asunto mío.

—¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? —le gritó Andrea fuera de sí—. Estamos comprometidos y nos casaremos dentro de dos meses y medio. Firmamos un acuerdo y no consentiré que me humilles y menos en público.

—¿Recuerdas una de las condiciones de ese acuerdo que mencionas? Puedo poner fin al compromiso sin tener que darte nada a cambio, ni siquiera una explicación.

—¿Y es eso lo que tienes pensado hacer? —preguntó orgullosa y ocultando su enorme decepción.

La idea de pertenecer a una familia tan prestigiosa como los Abadía, después de sus correrías sociales y sexuales, había sobrepasado todas sus ambiciones. Aunque pasados cinco años se divorciaran, ella contaría con el prestigio de haber sido la esposa del célebre y reconocido doctor Abadía. De repente, todos sus sueños se desvanecían y antes de que esto sucediera estaba dispuesta a usar sus armas más poderosas y que ningún hombre había sido capaz de rechazar.

—Marcelo, creo que estás demasiado tenso. Después de varias semanas

sin sexo, por lo que me han contado que las has pasado detrás de esa chica que te rechaza, un hombre como tú, debe haberme echado de menos. —Y dirigió una mano atrevida y decidida a la bragueta del veterinario.

—No te atrevas a tocarme —le dijo Marcelo con tanta furia que logró amedrentarla—. En toda mi vida he pagado por acostarme con una mujer. Para mí, cuando firmaste ese acuerdo, te convertiste en la prostituta que has sido siempre. —La mano de Andrea subió a gran velocidad hasta la cara de Marcelo y lo abofeteó.

Marcelo la miró durante unos segundos con toda la furia que emanaba de su interior, se sujetó con tanta fuerza al volante que sus nudillos se pusieron blancos y empeñó toda su voluntad en no devolverle el guantazo.

—No vuelvas a acercarte a mí ni a mi familia en lo que te queda de vida. El compromiso entre nosotros queda revocado. Ahora mismo telefonaré a mi hermano Julián para que lo haga oficial y anule el acuerdo.—El tono que utilizaba Marcelo le decía a Andrea que estaba convencido de su decisión y ni siquiera se atrevió a discutir en ese momento—. Te pagaré el hotel y el billete de vuelta a Buenos Aires. En este momento acaba todo entre nosotros.

## Capítulo 8

No lo pensó dos veces, en cuanto llegó al apartamento que tenían alquilado cerca de la playa, telefoneó a su hermano Julián. Ben estaba allí y no se extrañó al comprobar que Andrea no lo acompañara.

—¿Y Andrea? —le preguntó imaginando la respuesta.

—En un hotel. He roto mi compromiso con ella. Se acabó. Voy a decírselo ahora mismo a Julián.—Ben no disimuló su alegría y sonreía satisfecho.

Blanca, empujada por la curiosidad al ver aparecer a Marcelo solo, escuchaba escondida detrás de las cortinas que adornaban la puerta abierta de la terraza, a la que daban su dormitorio y el salón.

—¿Julián? —Esperó a que su hermano respondiera—. Sí, está aquí y acabo de romper mi compromiso con ella. —Se retiró el móvil de la oreja con el fin de invitar a Ben a escuchar los insultos que su hermano mayor le dirigía; conectó el altavoz y dejó el teléfono sobre la mesa—. Presta atención, Julián. No cambia nada la situación, solo es cuestión de sustituir un nombre.

—¿Estás seguro? Nos arriesgamos mucho con este cambio repentino de jugadores, Marcelo.

—Nos lo jugamos todo. Pero ese es el riesgo que hay que correr cuando se apuesta tan fuerte. Necesito más tiempo, Julián. Todo el que pueda conseguir.

—No podemos arriesgarnos más allá de la primera semana de octubre. Por si surge cualquier contratiempo.

—Espero que resulte suficiente tiempo para convencerla. Y nos

ahorraremos todo el dinero que nos exigía Andrea —añadió consciente de que el hecho de no tener que desprenderse de la cantidad prometida a Andrea ayudaría a convencer a su hermano mayor y lo convencería con facilidad.

—Casi un millón y medio de dólares —calculó Julián en un segundo—. Fantástico. ¿El nombre de la afortunada? —preguntó Julián serio pero algo más sereno.

—Carola Domínguez Castaño. —Se escuchó el silbido de asombro de Ben mientras Blanca grababa toda la conversación—. Procura que no se haga público hasta que yo te avise. Ahora dale todo el revuelo que puedas a mi ruptura con Andrea. Eso sí lo vamos a necesitar. La noticia debe llegar a España lo antes posible.

—De acuerdo. Y por lo que más quieras, Marcelo, confío en ti. Por favor, no te equivoques esta vez. —Y colgó.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Ben—. Vas a planificar una boda cuando ni siquiera te has tirado a la novia. Y apenas tienes tres meses para convencerla. ¿Cómo puedes estar tan seguro de que ella aceptará?

—¿Por qué es lo que ella desea?

—¿Y lo que quieres tú?

—Eso no importa, ya lo sabes. Carola quiere el cuento de princesas completo, yo se lo ofreceré y con mi sacrificio nos quedaremos con la hacienda.

—¿Le contarás la verdad? —preguntó Ben extrañado y Marcelo dudó un instante antes de contestar.

—No —dijo de forma rotunda; no podía arriesgarse a perderlo todo, a Carola, su hacienda.

—Estás de suerte, Marcelo. La chica es una preciosidad en todos los sentidos, incomparable a Andrea —añadió con un gesto de repulsa.



—Lo es —reconoció Marcelo con su frialdad habitual tras la que ocultaba cualquier emoción.

—Guapa, elegante, con un cuerpo de escándalo y un carácter maravilloso. Es la mujer ideal para ti. Y compartís los mismos intereses, vuestra profesión y la pasión por los caballos.

—Y lo más importante para lo que nos incumbe es que está enamorada de mí —afirmó Marcelo convencido.

—¿Y eso no resultará un inconveniente? Puede que le hagas daño si se entera de la verdad.

—Es lo que debo hacer y no puedo evitar los daños colaterales. Es lo más conveniente para nosotros si queremos conseguir nuestra herencia en el plazo tan corto de tiempo de que disponemos. Carola es mi mejor baza.

Ben sabía que las palabras de Marcelo no desvelaban la verdad porque no estaba preparado aún para reconocer sus verdaderos sentimientos por Carola y se alegraba de que, al contrario de él mismo, su hermano eligiera a la mujer adecuada para compartir su vida.

Blanca tuvo el tiempo y la tranquilidad suficiente para grabar esa interesante conversación en su móvil. ¿Quién sabía el valor que tendría más adelante? Sobre todo después de enterarse de la verdadera razón de su matrimonio mientras que su marido la engañaba con cualquier mujer que se le pusiera a tiro. De algún modo, encontraría la forma de vengarse de los ambiciosos hermanos Abadía cuando encontrara el momento oportuno.

Pero los planes de Marcelo no resultaron tan fáciles como él los planteó ante Julián y Ben. En primer lugar, Carola continuaba empeñada en ignorarlo y, sumergidos en un torbellino de trabajo como estaban, tampoco encontraba el momento adecuado para hablar con ella. En segundo lugar, Andrea no se había marchado tan pronto como él hubiese deseado y se presentaba por los establos cuando lo creía conveniente, lo que alejaba aún más a Carola de él cada día.

Para colmo de males y sin que Marcelo supiera ni imaginara quién sería su fuente de información, Andrea se había enterado de que la elegida como su futura esposa era Carola.

—Te he pedido por las buenas que no vengas más a verme. A partir de mañana tendrás prohibida la entrada a los establos.

—¿Por qué? ¿No quieres que tu gatita rubia me vea rondando por aquí y te la pueda espantar? —Marcelo la miró con los ojos entornados porque esperaba algo maligno de esa mujer.

—Mi vida no es asunto tuyo. ¿No te quedó claro el otro día?

—¿Crees que te temo? ¿Crees que te debo algo, gilipollas arrogante y pretencioso? Te has equivocado conmigo, Marcelo. Escucha esto. —Y mostrándole el móvil, le puso la grabación que Blanca había hecho hacía unos días.

Andrea sonreía reflejando toda la maldad que llevaba en su interior y disfrutó al ver la palidez que tomó el rostro bronceado de Marcelo.

—Pero a pesar de todo me voy a portar bien y mantendré la boca cerrada. —Y cortó la grabación antes de que acabara—. A partir de tres días contando desde hoy, quiero seis mil dólares todos los meses si no quieres que salga ahora mismo y le cuente a tu gatita rubia los planes que tienes para ella, además, consentido por tus hermanos.

—No te atrevas a chantajearme, mujerzuela estúpida —le gritó con desprecio.

—¿O qué? ¿Me denunciarás? Corre, ve a la policía y forma un buen escándalo que yo aprovecharé para salir en todos los programas de televisión que me paguen por hablar sobre la verdad de nuestro breve compromiso; la fama de Benjamín y la tuya resultará un excelente trampolín. Quizás gane más si me denuncias. —Lo miró retándolo y sacó un papel doblado de su bolso—. Aquí tienes mi número de cuenta y mi nuevo nombramiento como asesora de

moda de la marca La Abadía. Tienes tres días para hacerme el primer ingreso; a partir de aquí, lo quiero mensual. Y recuerda que, antes de intentar utilizar a una mujer, piénsate dos veces con quién tratas. Hasta la vista, Marcelo. —Y él permaneció inmóvil con la mirada perdida en los números.

Tembloroso aún por la conversación mantenida con Andrea, se dejó caer en su silla y reflexionó sobre lo sucedido. Había actuado mal con ella desde el principio; la había infravalorado creyendo que a una mujer con el pasado de Andrea no le importaría ser usada una vez más, como si se tratara de un objeto, como ella misma se había tratado desde que se convirtió en mujer. Andrea era una persona mucho más experimentada que él en asuntos que ni siquiera sabía que existían; ella se había codeado con narcotraficantes, mafiosos, políticos, deportistas famosos, siempre vendiendo su cuerpo en exclusividad al mejor postor, había perseguido una vida de lujos en la que no tuviera que esforzarse. Por el contrario, Marcelo lo único que había hecho en su vida era estudiar, trabajar quince horas diarias o más y relajarse en compañía de una buena chica de vez en cuando hasta que la conoció a ella, que se le ofreció en bandeja y él la aceptó por comodidad.

Durante unos meses mantuvo unas cómodas relaciones sexuales con Andrea quien, a sus treinta y cuatro años, se conformaba con que la llevara a cenar a sitios caros de vez en cuando y la introdujera en su círculo social a cambio de un rato de sexo. Andrea solo le había exigido que no ocultara que mantenían una relación con la pretensión de lavar su nombre pisoteado por ella misma durante quince años. Marcelo se había aprovechado de esa relación que no lo obligaba a mantener exclusividad o compromiso alguno. Él la llamaba cuando le apetecía y ella siempre respondía dispuesta con un sí.

En ese momento no entendía que vio en Andrea porque, aparte de su belleza física que ahora encontraba vulgar, nada le atraía de ella. O quizás, había estado demasiado volcado en su trabajo para fijarse en otra cosa que no fuera un cuerpo experimentado que llevarse a la cama. Había sido bastante

descuidado en ese aspecto de su vida y ahora pagaría las consecuencias; la peor de todas, que corría el peligro de perder a Carola. Y eso lograba que le temblaran las manos mientras intentaba concentrarse en los documentos que le había entregado Andrea.

Telefonó a Benjamín; debía asegurarse de que su hermano no había comentado su conversación con nadie y entonces solo quedaría otra posibilidad: que la informadora hubiera sido su cuñada Blanca.

Blanca llegaba tarde del club de playa donde acudían varias de sus amistades y había cenado allí. Le encantaba su vida de esas semanas; en Sotogrande era bien reconocida y tratada con gran respeto por pertenecer a la familia Abadía y estar casada con el famoso y atractivo jugador de polo Benjamín Mendoza. Desde que entraba en algún local, las miradas se fijaban en ella y disfrutaba de esa admiración que mostraban tanto los hombres como las mujeres. Su vida en la hacienda de La Pampa Húmeda, donde a su marido le gustaba pasar todo el tiempo que podía en compañía de sus caballos y su hermano Marcelo, era tediosa y aburrida porque ni siquiera debía ocuparse de organizar y dirigir la gran casa que había estado en manos de Roberta desde que Alice se marchó. Y, en pocas ocasiones, Benjamín le pedía que lo acompañara en sus numerosos e interminables viajes, lo que ella siempre había imaginado que sucedería en su matrimonio. Ahora entendía la razón. Solo había sido una marioneta utilizada por la familia Abadía.

Al abrir la puerta del apartamento se encontró con sus maletas en el recibidor y, extrañada, entró al salón donde la esperaban su marido y su cuñado.

—¿Se puede saber qué hacen mis maletas en la puerta? ¿Nos vamos a algún sitio y no me lo has comentado? —le preguntó a Ben exigiendo una explicación.

—Lo decidiste tú cuando le enviaste a Andrea la grabación de nuestra conversación con Julián en la que Marcelo le contaba que había roto su

compromiso —le respondió Ben con desprecio mientras la veía palidecer—. ¿Cómo te has atrevido a traicionarnos de ese modo? —Blanca no esperaba que Andrea hiciera uso de su favor tan pronto y, por un instante, permaneció muda—. Andrea es una mujer despreciable y te has asociado con ella en nuestra contra.

—Me habéis utilizado a mí como pretendíais hacer con Andrea —confesó indignada de que ellos se atrevieran a juzgarla—. Pero Andrea es más lista y os ha tomado la delantera. Me parece que os ha dado la buena lección que merecéis los Abadía.

Marcelo iba a contestarle, pero prefirió que fuera su hermano y marido de Blanca quien llevara las riendas de la discusión.

—Ahora yo exijo lo mismo. Quiero cinco mil dólares al mes y, por supuesto —miró a Ben con odio—, viviré la vida como me dé la gana. Se acabó vivir en La Abadía, alejada de la ciudad, de mi ambiente y censurada continuamente por Roberta. —Ben soltó una risotada tan sarcástica que le puso los pelos de punta—. No te atrevas a burlarte de mí —le gritó furiosa—, tú que te acuestas con quien se te antoja mientras yo me quedo en tu casa controlada por tus hermanos. Eso se acabó.

—Blanca, querida —respondió Ben calmado—, tienes mi permiso para irte a donde te plazca, de hecho, siempre lo has tenido, pero no tendrás más dinero de los tres mil dólares de que dispones cada mes.

—Entonces difundiré el fraude que son vuestros matrimonios y tu veterinaria, a la que piensas engañar —se dirigió a Marcelo—, mañana mismo estará enterada de tus planes.

—De acuerdo, querida —continuó Ben en el mismo tono—. Tú cuéntaselo y nosotros presentaremos ante el ministerio de hacienda el resguardo de los ochocientos mil dólares que pagamos al banco que dirige tu padre para salvarlo de la cárcel por fraude y estafa. ¿No te lo dije, hermosa? —le

preguntó con una mirada diabólica en sus hermosos ojos verdes tan parecidos a los de su hermano—. Ese fue tu precio porque el bueno de tu papá estaba al tanto de nuestro testamento e intentó estafarnos; me obligó a casarme contigo y si me negaba, haría pública esa maldita cláusula y algún asunto más que no nos interesaba. Tú —la señaló con el dedo índice muy estirado y una mirada gélida que nunca había visto en los ojos de Ben—, fuiste el modo que encontré para chantajearnos y así saldar su deuda. Pero... Y esto es un ultimátum, si te atreves a hablar con alguien más sobre el asunto de nuestro testamento serás la culpable de la ruina de tu familia cuando tu querido papaíto acabe en la cárcel. ¿Queda claro, Blanca? —Ella, humillada y presa de un incontrolable ataque de rabia, asintió—. Esta será la última vez que mencionemos este asunto. —La mujer se giró y la voz de Ben la retuvo. De nuevo le habló sin compasión alguna—. Tu avión sale a las dos de la mañana; un vuelo de bajo coste, cariño, no hemos encontrado nada mejor con tantas prisas. —Y le señaló unos papeles que había sobre la mesa—. Y recuerda, querida Blanca, que, dentro de cuatro años, dos meses y veinte días, seremos libres los dos.

Blanca los miró con lágrimas en los ojos y les habló conteniendo la furia que la dominaba.

—¿Creéis que habéis ganado? Estáis muy equivocados. Los arrogantes y orgullosos hermanos Mendoza solo sois un fraude, todos. Actuáis en nombre de un apellido que deshonráis con vuestro comportamiento intrigante y egoísta. Y ante tanta mentira y engaño nadie vence. Solo acabaréis siendo unos perdedores, como yo—admitió en un susurro.

—Ya lo sé, cariño —respondió Ben convencido—. Lo único que debes aprender es que no le moleste a tu conciencia porque yo soy capaz de todo para que perdure mi familia y mi tierra.

—Cuatro años, Benjamín, y esta vida estéril y vacía que compartimos, terminará para mí igual que para ti. —Y Blanca, sin cambiarse de ropa, con su vestido playero y chanclas de cuña, salió del apartamento.

Marcelo se recostó en el sofá y soltó un intenso suspiro con el que intentaba relajar la tensión acumulada.

—Tranquilo, Marcelo —lo animó Ben dándole palmadas en una pierna—. Ahora lo tenemos todo controlado. Blanca jamás traicionaría a su padre. Solo nos queda que conquistes de nuevo a tu enamorada.

—No puedo hacerle esto. No quiero verla como acabo de ver a Blanca. Carola se merece algo mejor que yo.

—Sabes que tu matrimonio no resultaría igual que el de nosotros tres porque tú tienes sentimientos profundos por ella —lo animó Ben—. Confiésalo de una vez.

—¿Los tengo? —Miró a su hermano con unos ojos angustiados que expresaban toda su frustración—. Después de aceptar mi compromiso con Andrea, no me creo capaz de sentir y menos aún de merecer a Carola.

Dos semanas habían pasado desde que Carola se había despedido de Marcelo tras contarle que estaba comprometido con otra mujer. Carola percibió que algo había cambiado en él. Marcelo se mostraba introvertido, entregado a su trabajo, parecía ignorar a todos los que trabajaban para él, y más aún a ella; tenía la impresión de que Marcelo la evitaba a conciencia, incluso sospechaba que se apartaba de su camino cuando le resultaba posible. Algo que, no solo le extrañaba, aunque ella hiciera lo mismo, además le dolía. En las reuniones al inicio y al final de la jornada se mostraba parco en palabras y daba órdenes precisas; ni siquiera miraba a los integrantes de su equipo cuando le hablaban.

Un rumor llegó a oídos de la chica que le aclaró el motivo de ese cambio de su jefe: había roto su compromiso. Y debía ser cierto porque la mujer que habían visto varias veces en el despacho de Marcelo la semana anterior, hacía varios días que no iba por allí. Y, aunque quisiera evitarlo, conocer los motivos de la ruptura la tenía en ascuas; por supuesto, no le preguntaría a Ben,

a quien continuaba viendo de vez en cuando porque ella se encargaba de las revisiones de su yegua.

—Parece que el jefe no está de buen humor esta mañana —le dijo Ben a la chica refiriéndose a su hermano.

—¿Solo esta mañana? Lleva unos días que da miedo acercarse a él.

—Me pregunto por qué será. —Ben sonreía mirándola a ella.

—A mí no me mires —contestó eludiendo cualquier responsabilidad—. Tendrá otros problemas ajenos al trabajo porque, aunque nos sobrepase, no puede tener quejas de los miembros de su equipo. Tu hermano es un jefe explotador, pero guárdame el secreto —le susurró sonriendo con tanta inocencia que Ben se compadeció de ella por un instante. Cada vez que hablaba con Carola más convencido estaba de que era la mujer que merecía su hermano, a quien su noble conciencia no le permitía acercarse después de lo sucedido con Andrea y Blanca—. Tiene la tensión perfecta, Ben. Ya puede salir a trotar; media hora y la controlo de nuevo. No olvides el pulsómetro.

—Pocas debilidades me permito en mi vida y las dos son hembras —le dijo Ben después de darle un cariñoso beso en la mejilla—. Ahora volvemos, preciosidad.

Y Carola se quedó observando y sonriendo a la inusual pareja de enamorados que abandonaba la clínica.

—¿No tienes nada mejor que hacer que mirarle el trasero a mi hermano? —El frío tono de voz le hizo dar un respingo y, enfadada, le contestó lo primero que se le pasó por la cabeza en ese instante.

—Ahora que lo dices, no. Es lo mejor que he visto en todo el día. El culo gracioso y respingón de Ben. —Lo dejó sin saber qué responder y volvió a su trabajo.

Cuando Marcelo asimiló su respuesta insolente y descarada, soltó una



carcajada y Carola sonrió sin mirarlo, pensando que al menos Marcelo no había perdido el sentido del humor, a pesar de haber perdido a su novia.

Hasta ese preciso instante en el que vio a Carola cenando en compañía de un muchacho de la edad de la chica, había estado convencido de que estaba enamorada de él. Ella ya ni siquiera se molestaba en discutir cuando no le parecía bien una orden de Marcelo o el modo de tratar a un caballo y actuaba con total libertad porque él se lo permitía haciendo la vista gorda en sus desobedientes acciones que, por otra parte, resultaban siempre acertadas. Ya no albergaba dudas; era una profesional excelente.

El tiempo corría en su contra, ya estaban a mediados de julio, Blanca se había marchado y había despejado de peligros el camino de Marcelo hacia Carola. Y esa noche que había salido a cenar porque no había tenido tiempo de hacer la compra, se encontró a Carola y, al parecer, dispuesta a arrojarse a los brazos de otro. Se preguntó si no habría estado saliendo todos estos días atrás, en esas dos semanas en las que había intentado distanciarse de ella convencido de que no la merecía.

En ese instante entendió que si no conseguía el amor de Carola, renunciaría a la herencia de su padre y a su tierra. No le importaba empezar junto a Benjamín; podría hacerlo porque ya tenía suficiente experiencia, suficientes ahorros y el suficiente ganado para comenzar con su propio hierro. De ese modo, también dejaría atrás el asunto de Andrea y su chantaje, con lo que estaba sufriendo la mayor vergüenza de su vida y de lo que se arrepentía cada vez que respiraba por haber accedido a la descabellada idea de casarse teniendo que pagar a su propia esposa. Estaba convencido de que si Carola se enteraba de ese asunto lo despreciaría y jamás se acercaría a él.

La chica parecía pasarlo bien en compañía del muchacho al que Marcelo nunca había visto hasta esa noche. Y la imagen de verla con otro hombre que la entretenía y la hacía reír le quitó de repente el apetito. Pidió la cuenta, pagó y se levantó con intención de marcharse a casa, con la vista puesta en la mesa

que ocupaban Carola y su amigo; ella lo vio y lo saludó alzando la mano, pero con tanta frialdad, algo tan poco habitual en ella, que decidió no acercarse a conocer al que presintió como un rival.

Había decepcionado a Carola al confesarle su compromiso con otra mujer mientras intentaba llevársela a la cama y era evidente, como le sucedió a Cortázar, que no se lo perdonaría nunca.

—Parece que hubieras visto a un fantasma —le dijo Manuel al verla palidecer.

—Desde luego se comporta últimamente como un fantasma —contestó Carola repuesta de la desagradable impresión que le había provocado la tristeza que había visto reflejada en el rostro de Marcelo—. Es mi jefe.

—El famoso veterinario Marcelo Abadía —exclamó impresionado—. A ver si me lo presentas. Sacaría algo de pasta por una entrevista suya. Por lo visto ha hecho magia en genética equina y bovina.

—Sí. Es una eminencia. Y es hermano de Benjamín Mendoza.

—Vaya, no lo sabía. ¿Por qué no llevan el mismo apellido? —preguntó extrañado.

—La madre de Marcelo murió y su padre se casó con una neoyorquina; de ese matrimonio nació Benjamín. Marcelo adoptó su segundo apellido en memoria de su madre.

—¿Y qué pasa? ¿Te llevas mal con él? —Prefirió no hablarle sobre lo sucedido entre ellos, avergonzada por la opinión que tendría su mejor amigo si se enteraba de que se había vuelto a enamorar de un hombre comprometido, después de la mala experiencia que sufrió el verano anterior con Cortázar.

—No. Pero es muy exigente y algo déspota como jefe. Y no me apetece encontrármelo en el poco tiempo libre que tengo —le explicó sonriendo y Manuel se levantó con intención de marcharse—. Espera que vaya al baño.

Carola no podía evitar tomarse las relaciones muy en serio, tanto las de pareja, por lo que había tenido muy pocas, como las amistosas. Contaba con pocos amigos, pero eran auténticos y eso lo valoraba más.

Por ello no entendía que Marcelo se comportara con ella de forma tan posesiva y protectora después del altercado sufrido con Cortázar y ahora la ignorara como si no hubiese ocurrido nada entre ellos. Llegó a la conclusión que, después de que lo rechazara, habría perdido su interés por ella. Algunos hombres eran así, ya lo sabía por experiencia; si no obtenían lo que les interesaba de una mujer, rápidamente perseguían a otra porque era sexo lo único que necesitaban y no una relación.

Sin embargo, Marcelo la había decepcionado ya que esperaba mucho más de él. No solo le resultaba un hombre atractivo por su aspecto físico, además era pertinaz e inteligente y, sobre todo, sabía vivir la vida a su aire, sin importarle la opinión de los demás. Jamás hubiera pensado de él que sería capaz de tratarla del modo tan mezquino en que lo hizo, la rebajó hasta convertirla en un simple calentón. Eso había dañado a Carola profundamente y el miedo a que le causara un sufrimiento mayor o a que adquiriera tanto poder sobre ella que le permitiera convertirse en su amante del verano, la había mantenido alerta y desconfiada desde que descubrió su compromiso.

Estaba dispuesta a mantenerse a la mayor distancia posible de Marcelo aunque su trabajo se lo impidiera. Sobre todo ahora que había roto con su novia y no tendría excusa alguna para rechazarlo, si Marcelo le proponía quedar una vez más con ella. No sabía si sería capaz de negarse de nuevo porque le atraía demasiado.

Los celos que sentía Marcelo lo empujaron hacia Carola como la gravedad atrae los cuerpos hacia la Tierra, sin que nada pueda evitarlo y, al verla alejarse de su acompañante, se dio media vuelta, la siguió y esperó a que saliera. Ni siquiera le habló cuando la sujetó por el codo y la condujo con decisión hacia la puerta contraria donde la esperaba su acompañante distraído

en ese momento saludando a otras personas. Carola, perpleja y sorprendida, no reaccionó a tiempo ante esa intrusión de Marcelo. La obligó a seguirlo hasta distanciarse lo suficiente del gentío que rodeaba el restaurante y la soltó cuando estaban completamente solos y casi a oscuras.

—La chica exigente y pudorosa cambia pronto de sentimientos y de gustos —le dijo sin dejar de mirarla a la cara y sin ocultar el escozor que le provocaban los celos—. ¿Desde cuándo estás con él? —Carola no estaba dispuesta a ofrecerle ninguna explicación sobre su vida privada.

—No es asunto tuyo —le susurró saliendo de la impresión—. Nada de lo que yo haga fuera de mi horario de trabajo es asunto tuyo —aclaró con más firmeza—. Y apártate de mí. —Trató de empujarlo poniendo sus manos en el pecho del hombre que invadía su espacio porque tenerlo tan cerca la debilitaba demasiado.

—No me digas que no es asunto mío; todo lo concerniente a ti es lo más importante para mí. Te aseguro que más de lo que me gustaría porque no puedo sacarte de mi cabeza. Mírame —le exigió distanciándose de ella un paso—, tengo treinta y cinco años y te persigo a escondidas como un adolescente porque, desde el día en que te conocí, has puesto mi vida patas arriba. Y me gustaría saber que le has hecho a mi cerebro para que, ni aun después de romper mi compromiso, pueda sentirme digno de ti.

—Eso se llama conciencia, Marcelo. Me rebajaste y me utilizaste y es evidente que lo reconoces.

—Lo único que soy capaz de reconocer cuando te tengo delante es cuánto te deseo. —Tomó el rostro de la chica entre sus manos y la besó con tanta pasión que Carola se vio obligada a abrazarse a él en cuanto comenzaron a temblarle las piernas.

El paso de un grupo de personas logró que finalizaran el largo beso aunque no separaron sus cuerpos. Marcelo aún sujetaba su cara sin dejar de mirar los

ojos soñadores que se le quedaban a la chica después de besarla.

—Me enloquece esa mirada que tienes ahora y que veo cada vez que te beso —le susurró con tanta ternura que sorprendió de nuevo a Carola y la dejó sin palabras mientras le hablaba y le acariciaba el labio inferior con el pulgar sin dejar de observarlo—. Mi hermano tiene razón, eres una preciosidad. Y necesito que seas mi preciosidad con más ansia de la que puedo soportar.

—Me desconciertas, Marcelo —murmuró intentando recobrar el sentido común—. Me ignoras, me evitas y ahora me dices...

—Lo sé —admitió interrumpiéndola— y lo lamento. Lo he intentado, Carola, pero ya no puedo seguir alejado de ti, no puedo luchar contra este intenso deseo que me provocas. —La besó de nuevo rozando sus labios con suavidad—. Dame la oportunidad de demostrarte que soy sincero y te aseguro que no te arrepentirás.

—Pero —continuó desconcertada—... Acabas de romper tu compromiso.

—¿Y qué? —respondió alterado—. Eso se acabó y no tiene que ver con nosotros ni con lo que despiertas en mí. Quiero empezar de nuevo contigo, como el hombre libre que soy ahora. —El teléfono de la chica interrumpió la confesión de Marcelo.

—Es Manuel. Debe estar preocupado por mi tardanza.

—No te vayas con él esta noche. —Y su petición sonó a súplica.

—Manuel es mi mejor amigo, crecimos juntos, nuestras madres eran socias y él tiene novia. —El suspiro de alivio de Marcelo la hizo sonreír—. Mary, su madre, y Manuel, son mi única familia junto a Chema. Y está deseando conocerte para pedirte una entrevista. Es periodista deportivo y conoce tus investigaciones genéticas. Puedo presentártelo ahora, si quieres.

—Está bien —cedió Marcelo deseoso de conocer mejor a un buen amigo de Carola que lo había llevado hasta un estado casi demencial—. No

depcionemos a Manuel.

—¿Dónde estabas? —le regañó Manuel sin prestar atención a que no llegaba sola—. No te encontraba por ningún sitio y has empezado a preocuparme.

—Hablando con mi jefe —mintió en parte Carola—. Marcelo, este es Manuel.

—Encantado de conocerte —dijo Marcelo ofreciendo una mano que el muchacho estrechó impresionado—. Carola me ha contado que eres periodista deportivo y que conoces mi trabajo.

—He escrito varios artículos sobre el polo en España, jugadores y caballos. Pero aún está a años luz del nivel del polo argentino.—Marcelo sonrió agradecido—. Su hermano Benjamín es un hándicap diez, está entre los mejores del mundo. Y usted es su veterinario.

—Sí. Yo me encargo de criar los animales y él de entrenarlos y jugar. Siempre hemos trabajado en equipo.

—A Manuel le gustaría entrevistarte...

—A los dos —interrumpió a Carola ante la sonrisa de Marcelo que veía en el muchacho un periodista joven y ambicioso—. Si fuera posible —se disculpó intentando controlar su entusiasmo ante esa estupenda oportunidad.

—No suelo ofrecer entrevistas —inició Marcelo una disculpa—; de eso siempre se encarga mi hermano Ben. —Y se arrepintió al ver la decepción que mostraba el rostro de Manuel—. Pero creo que podré hacer una excepción por tratarse de un buen amigo de Carola. Mi hermano la aprecia mucho —reconoció observándola sin ocultar su admiración por ella—, como veterinaria y como amiga.

—Se lo agradecería eternamente —contestó Manuel emocionado—. Prepararé la entrevista y hablaré con Carola o con Chema para concertar la

cita.

—Puedes hacerlo a través de Carola; nos vemos todos los días. —Esa vez su mirada estaba rebosante de ternura—. Pero tendremos que esperar a que mi hermano regrese de Reino Unido dentro de unos días.

—De acuerdo. —Y le tendió la mano para cerrar el trato—. Ahora vamos a tomar una copa. ¿Nos acompaña?

Marcelo miró un instante a una Carola sonriente y feliz por su amigo y le dolió ver tanta sinceridad en la expresión de su rostro perfecto.

—Será mejor que me marche a casa. Tengo que levantarme a las seis y ya son... Las doce y cuarto —se dirigió a Carola—. Nos vemos mañana. —La chica pensó que el hombre hostil que había sido durante dos semanas había desaparecido y eso le provocó, no solo alivio, sino esperanza—. No te acuestes tarde —bromeó con su advertencia.

—No, no —se justificó ella sin saber qué decir ante ese incipiente cambio.

—Hasta mañana. —Y Marcelo se alejó en dirección a su casa.

—No me vayas a contar otra trola como la del fantasma —le exigió Manuel en cuanto el veterinario se distanció de ellos lo suficiente para que no lo escuchara—. ¿Qué pasa entre ese tío y tú? Y no me digas que es tu jefe. Te has morreado con él antes de presentármelo. Conozco los síntomas —añadió divertido—. Ojos soñadores, labios hinchados y enrojecidos, mejillas ruborizadas... No puedes engañarme.

—No sé, Manuel. Me gusta mucho, pero es un hombre desconcertante —y le contó un resumen de los momentos compartidos con Marcelo desde el primer día de trabajo.

—¿Y ha roto su compromiso? ¿Por ti?

—No sé si lo ha hecho por mí. Me confesó que no sentía nada por su prometida. Quizás lo haya hecho por él mismo.

—Lo que es evidente es que está enamorado de ti como un tonto. —Y sonrió malicioso—. Y voy a sacar provecho de ello —continuó como si se le hubiera encendido una lucecita en su cerebro—. Prepararé un reportaje que le gustará a Chema, con el club de fondo y a los hermanos Mendoza Abadía como protagonistas. Eso de ofrecerle publicidad gratuita me ayudará a convencerlo.

—Pero no le hables a Chema ni a tu madre sobre Marcelo y yo. Prométemelo, vieja cotilla, que te conozco.

—No hará falta contar nada. Dentro de poco, todo el mundo sabrá lo vuestro. Marcelo no va esperar más. Recuérdalo, pequeña.

—Bueno, ya veremos lo que sucede.



## Capítulo 9

Manuel tenía razón. Marcelo no podía esperar más. La noche anterior, al ver a Carola acompañada de otro hombre, tomó una decisión. No se contendría y que Dios lo perdonara porque, como decía su abuelo, él ya era un hombre condenado.

Comenzó su recital de cortejo ofreciéndole el almuerzo a Carola; había encargado un par de pizzas y, en cuanto llegaron, llamó a la chica a su despacho y la obligó a comer con él mientras charlaban sobre el trabajo que estaban realizando esa jornada porque ella se negaba ante cualquier tipo de privilegio.

—Esta noche te invito a cenar —le dijo Marcelo antes de que abandonara el despacho—. Si no te importa quedar a las diez; tengo una reunión a las ocho y media con otros criadores, pero no creo que tardemos mucho. —Carola no contestó, se lo quedó mirando con intensidad y el hombre leyó las dudas en su rostro—. Carola, pretendo que pasemos juntos un tiempo; no te exigiré nada. Solo quiero que me des la oportunidad de tratarnos y conocernos mejor.

—¿Por qué, Marcelo?

—Ya sabes el motivo. ¿No te quedó claro anoche? —Fue evidente para Carola que Marcelo no era amante de hablar sobre sus sentimientos—. Te aseguro que no sé explicarme mejor.

—Recuerda que no quise profundizar en nuestra relación por dos razones, la segunda está solventada, ya eres un hombre libre.—Carola había pensado en ello durante su insomne madrugada—. Aunque la primera fue suficiente

para rechazarte. ¿Qué sucederá conmigo cuando te marches? Dijiste que todo terminaría entre nosotros. Cuando llegue ese momento, quizás tú hayas satisfecho tu deseo hacia mí y regreses a tu tierra tan contento. Pero ¿y si yo no controlo mis sentimientos como tú? ¿Qué sucederá conmigo?

Tras esas palabras, Marcelo comprobó que Carola, a pesar de estar enamorada de él, se mostraba de forma cautelosa tanto con sus relaciones amistosas como al entregarse a alguien porque se tomaba la vida muy en serio. Y ese descubrimiento logró que aún se sintiera más atraído por ella.

—Te entiendo, Carola —le respondió demostrando toda la seguridad que podía en sus palabras—. No puedo adivinar el futuro, pero si puedo prometerte que arriesgaré lo mismo que tú. He decidido entregarme a ti, sin importarme adónde llegaremos y lo único que espero es que tú hagas lo mismo y que permitamos al tiempo realizar su magia entre nosotros.

La chica se sorprendió al escuchar esa expresión tan tierna, sensible e inesperada en Marcelo.

—La magia del tiempo —repitió Carola impresionada mientras se acercaba a él y lo besaba de forma tan sensual que el hombre se vio obligado a apoyarse en la pared con una mano—. Bonita expresión, Marcelo. —Y le dedicó esa sonrisa que lo desarmaba por completo—. De acuerdo, nos veremos esta noche.

—Te recogeré en tu casa —susurró aún atolondrado—. Si me retraso te lo haré saber.

Y no se vieron más a lo largo de la jornada porque Marcelo se había comprometido a examinar el comportamiento de algunos caballos mientras disputaban un encuentro.

Carola llegó a su casa poco antes de las nueve y se sumergió en una bañera cálida que la relajara después del largo día de trabajo durante el que se había negado a pensar en lo que sucedería entre ellos. Decidió que valorar el

presente compartido junto a un hombre como Marcelo merecería la pena y, si pretendía que esa relación funcionara a más largo plazo, tendría que dar un salto de fe y, como bien había dicho Marcelo, permitir que el tiempo obrara su magia. Y con esa idea, acudió a su cita.

Decidió ponerse otro de sus vestidos frescos y veraniegos ya que hacía una noche tan calurosa como el día que había transcurrido. Le gustaba arreglarse para salir después de una jornada laboral vestida con pantalones, polo y botas que acababan sucios y sudorosos. No se consideraba una mujer vanidosa, pero sí algo presumida y su madre siempre le había dicho que resultaba femenina con cualquier cosa que se pusiera.

Una repentina llamada de teléfono le hizo dar un respingo en la bañera donde se había quedado adormilada.

—He acabado antes —le dijo Marcelo—. Voy a recogerte. ¿Estás lista?

—Me falta poco —respondió a la vez que quitaba el tapón, salía del agua y alargaba el brazo para coger una toalla—. Pero cuando llegues, estaré esperándote en la puerta.

Menos mal que no había necesitado lavarse el pelo, pensó Carola en ese instante mientras se movía por su dormitorio como un torbellino y, en cinco minutos, tenía sus sandalias rosas de cuña calzadas y un floreado vestido puesto. Salir con un hombre tan alto como Marcelo tenía sus ventajas y podía usar un calzado más alto que tanto le gustaba. Regresó al cuarto de baño y se maquilló un poco. A la misma velocidad recogió sus ropas sucias y las introdujo en el cesto y, en la misma puerta, se cepillaba el pelo hasta que oyó un coche detenerse ante su casa.

Marcelo la recibió con una sonrisa de auténtica satisfacción, salió del coche y suspiró al besarla en la mejilla. No se extrañó de su agradable olor a sol y a verano porque, incluso al final de un largo día de trabajo y de estar rodeada de caballos, heno y estiércol, ella siempre olía bien. Y suspiró

sintiendo que llegaba a casa. Definitivamente, esa chica había destrozado su vida ordenada e independiente y, aunque extrañado, se alegró por ello.

—Preciosa, como siempre —reconoció al mirarla de arriba abajo.

—Gracias —contestó regalándole su mejor sonrisa—. ¿Qué tal ha ido la reunión? —le preguntó para distraerse del nerviosismo que la dominaba; no quería que nada saliera mal esa noche.

—Bien. Se trataba de una puesta en común sobre algunos aspectos de la raza Polo Argentina. Tratamos de mantenerla lo más pura posible y se exigen unas características que deben reunir los caballos.

—Conozco algo sobre ese asunto y sé que los criadores argentinos os lo tomáis muy en serio. ¿Dónde vamos? —preguntó cambiando de tema al comprobar que salía a la autovía.

—¿Te gusta la comida japonesa? Me gusta variar de vez en cuando.

—No me he atrevido a probarla—confesó divertida y avergonzada.

—Estupendo, así te ayudaré a elegir. —Y la miró durante un segundo para seguir prestando atención a la carretera—. Mi hermano Ben me ha pedido que te de un beso de su parte.

—¿Cómo van sus partidos?

—Por ahora son líderes del campeonato.

—No os parecéis mucho, ¿verdad? —Marcelo la miró un instante.

—No. Yo me parezco a mi padre. Según Alice, hasta en el carácter.

Carola observó con detenimiento su perfil masculino, esa nariz con una ligera prominencia en el caballete que le confería aspecto de hombre misterioso, sus labios proporcionados y perfectamente delineados y la barbilla recta, consecuencia de su mandíbula angulosa. El conjunto lo convertía en un rostro muy masculino y atractivo.

—Debió ser un hombre muy guapo. —Marcelo sonrió incrédulo, lo que decía que no era un hombre vanidoso.

—Ben se parece a su madre, a Alice —continuó su explicación—. Salvo en los ojos que son Mendoza, como los míos.

—¿Te llevabas bien con ella? Te fuiste a estudiar a Nueva York.

—Los dos nos aprovechamos de esa situación. Alice deseaba que Benjamín se fuera a vivir con ella, así que me pidió que yo lo acompañara. Sabía que Ben iría donde yo estuviera. Desde que aprendió a andar, me ha seguido a todas partes. De esa forma, Alice mantuvo a su hijo con ella durante un tiempo. Pero cuando yo regresaba a La Abadía, Ben me seguía.

—Debe ser bonito tener un hermano y además que te quiera y te valore tanto.—Marcelo asintió sonriendo satisfecho—. ¿Ben fue a la universidad?

—Comenzó sus estudios de veterinaria en Buenos Aires, pero no los terminó y se hizo jugador profesional. Mi padre lo animó a ello porque se le daba bastante bien desde niño y él hubiera hecho cualquier cosa por agradarle y ganarse su respeto. Como puedes ver, nunca he podido deshacerme de mi hermano pequeño —bromeó—, menos mal que viaja mucho.

—Imagino que permanecéis en contacto.

—A diario. Hablamos dos o tres veces al día cuando estamos separados.

—¿Su mujer ha viajado con él? —No entendía el motivo, pero esa pregunta pareció molestar a Marcelo.

—No. Blanca ha tenido que regresar a Buenos Aires; pasará unas semanas junto a su familia y luego regresará con Ben a La Abadía.

—Imagino que convivir junto a un jugador de la categoría de Ben no debe resultar fácil para su esposa o compañera.

—No, no lo es.

—¿Te entristece que su matrimonio no funcione como debería? —Se atrevió a preguntarle ya que intuía la falta de amor que existía en la pareja—. ¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Apenas un año.

—Dicen que el primer año es el más complicado. —Marcelo sonrió desganado consciente del fraude que vivían su hermano y su esposa—. Quizás, con paciencia, superen sus diferencias y su matrimonio comience a funcionar. La verdad es que hacen una bonita pareja. ¿Ella es modelo?

—Sí. Pero ahora apenas trabaja, aunque creo que va a reiniciar su carrera.

—Eso me parece fundamental. Las personas deben ser independientes antes de formar una pareja. Si después la relación no funciona, no se trata de empezar de cero; al menos tienen una profesión y una vida ajena a la otra persona.

—Puede ser —admitió Marcelo incrédulo—. Quizás a Blanca le funcione.

—A mi madre le funcionó con Chema durante más de quince años. Aunque el hecho de no dormir juntos cada día puede que ayudara.

—En eso no te puedo dar la razón. Si tú y yo comenzamos algo, el primer paso será dormir juntos —le confesó convencido y sonriendo—. De eso no te librarás ni un solo día. Ya me está costando un gran esfuerzo mantenerme lejos de ti.—Carola se ruborizó ante la sinceridad y la naturalidad con que Marcelo afrontaba el futuro de ambos.

Carola disfrutó de la exótica cena y de la cada vez más agradable compañía de ese hombre que fuera del trabajo y relajado, resultaba ser sensible, charlatán y divertido, con infinitas anécdotas que contar y que conseguían provocarle una carcajada. Y la chica entendió que Ben estuviera tan cautivado como ella por Marcelo.

—Te aseguro que lo hizo —le contaba Marcelo riendo más cuanto más

reía Carola—. Cuando Ben fue consciente por primera vez de lo que era el pene de un caballo, se bajó sus pantalones y los comparó; lloraba con amargura mientras gritaba que quería uno tan largo como el de Bobby, su primer poni.

—¿Cuántos años tenía?

—Cuatro o cinco. Tardó en superar el hecho de que nunca le llegaría hasta las rodillas.

—Pobre Ben —reconoció Carola entre carcajadas—. Desde luego tuvo que ser divertido tener un hermano pequeño de quien burlarse.

—Nunca nos burlábamos de él; se las apañaba solito para convertirse en el hazmerreír de toda la familia. Aún lo hace.

Al subir en el coche de regreso a casa, el ambiente entre ellos cambió de forma repentina. Aunque las expectativas de ambos fueran las mismas porque no tenían ganas de separarse, Marcelo, convertido de nuevo en el profesional frío y distante que era, desconcertó por completo a Carola. Ella estaba convencida de que no lo habría pasado bien durante la cena, que habría acusado la diferencia de edad que existía entre ellos porque se había reído demasiado con sus anécdotas y porque en ningún momento hablaron de nada serio. A pesar de todo, se obligó a agradecerle el buen rato que le había hecho pasar y cortó con el tenso silencio cuando se fijó en que quedaban poco más de cinco minutos para llegar a su casa.

—Gracias, Marcelo. Ha sido una cena exquisita y muy divertida. Hacía tiempo que no me reía tanto. Lo necesitaba.

Marcelo entendió que lo estaba despidiendo y ocultó su decepción tras un silencio sepulcral que inquietó más a Carola. Estaba ansioso, enfermo, por pasar la noche con ella, pero no estaba acostumbrado a pedirle permiso a una mujer, quienes, después de una cita, coqueteaban y se insinuaban con descaro y se les ofrecían en bandeja. Y en ese momento él no tendría que preguntar,

simplemente conduciría hasta su casa o a un hotel y ellas daban por sentado lo que iba a suceder en cuanto entraran. Carola no actuaba del mismo modo, se mostraba tan cautelosa antes de arriesgar otra vez sus sentimientos que él no encontraba las palabras adecuadas que expresaran su necesidad de ella. Y asumió el riesgo por los dos.

—No quiero despedirme de ti, Carola —dijo al detener el coche junto a la puerta de la casa de la chica—. ¿Por qué no podemos ir día a día, como te dije?

—Y permitir que el tiempo realice o no su magia entre nosotros. ¿Continuaba así?

—Exacto —contestó sonriendo aunque esperaba la negativa de ella.

—En este momento de mi vida me siento frágil. Es muy arriesgado para mí, Marcelo.

—También lo es para mí. En la vida se corren riesgos cada día. —Y se acercó a ella para hacer lo que llevaba deseando toda la noche, besarla—. Vamos, cariño —la animó en un tono seductor que la desarmó por completo—; vas a conseguir que explote.

Carola se separó de él, cerró los ojos y suspiró profundamente.

—De acuerdo. Solo espero que la magia del tiempo no duela demasiado.

Marcelo se conmovió ante sus palabras, consciente de que en ese preciso momento la suerte y el futuro de esa maravillosa mujer estaban en sus manos. Le abrumó saberlo porque si había algo que no deseaba era hacerla sufrir, que moriría antes de ser la causa de su sufrimiento y su decepción una vez más. Y jamás se había sentido tan vulnerable y protector ante una mujer.

Carola había tomado una decisión y ahora se entregaría como ella solía hacer, en cuerpo y alma, lo que desarmó aún más a Marcelo, quien, poco dispuesto a permitir sus dudas y que encontrara una opción de arrepentirse, no



dejó de besarla desde que cerró la puerta y lo condujo a su dormitorio, sin saber que ella se mostraría tan consecuente del paso que habían dado ni que estaba dispuesta a disfrutar sin límites de ese momento de su vida que, a pesar de sus reticencias, deseaba tanto como él.

Sus manos temblaban incontroladas mientras la desvestía, sometido por el intenso deseo que había dominado hasta ese momento; maldijo mientras ella se reía ante la torpeza que demostraba.

—Tranquilízate, Marcelo; te prometo no me marcharé esta vez —le dijo en un tono tan sensual que consiguió ponerlo más nervioso—. Estamos en mi casa.

—Eres una bruja perversa. —Recorría con sus labios el cuello y los hombros de la chica que se dejaba hacer—. Tu hechizo me ha controlado desde la primera vez que te vi, como haces con los caballos, y me has convertido en un hombre débil e infeliz.

—No quiero hacerte infeliz —le dijo a la vez que comenzaba a desabrocharle la camisa y rozaba su pecho con sus dedos suaves y cálidos—. Pretendo todo lo contrario. —Lo había desvestido por completo con una lentitud tortuosa y lo empujó con suavidad hasta sentarlo en el borde de su cama mientras él la observaba embelesado despojarse de su ropa interior.

—Eres lo más hermoso que he visto en mi vida, incluida mi yegua favorita, Aquitania. —El comentario provocó una carcajada de Carola que tranquilizó a Marcelo.

—Tú eres perfecto, Marcelo. Creo que estamos empatados en belleza física —le dijo devorándolo con una mirada lujuriosa.

—Nunca estaré a tu altura, preciosidad. Ven aquí, cariño —le pidió tendiéndole una mano que ella no tomó en ese instante.

—Espera un momento. Creo que esto te va a gustar más, es más íntimo. — Su osadía y su frescura deslumbraban más aún al embelesado Marcelo,

mientras encendía unas lucecitas que rodeaban el cabecero de forja y apagaba la intensa luz que emitía la lámpara colgada del techo—. ¿Mejor?

—Infinitamente mejor —respondió él tomándola por fin de la mano para sentarla en su regazo—. Y ahora... Se acabó la conversación sobre la iluminación. Solo quiero tu cuerpo y ver en este precioso rostro los reflejos del placer que te voy a provocar. Soy muy dominante en la cama, cariño —le confesó seguro de sí mismo, entre beso y beso.

—¿Por qué no me extraña? —La sonrisa que le ofreció Carola lo derritió una vez más—. Pero quizás deberías probar a ceder un poco; estoy convencida de que disfrutarías más.

—Bruja. Me dejaría dar latigazos por un solo beso tuyo. —La risa de Carola lo llenaba de tanta satisfacción que se sentía más orgulloso de sí mismo de lo que nunca había estado.

Las manos fuertes y reseacas de Marcelo no se saciaban de la suavidad de la piel de Carola; sus labios anhelaban los de ella en cuanto se separaban unos centímetros y temía entrar en su interior por miedo a perderse para siempre en su calidez y su ternura tan femeninas que lo tenían embriagado por completo. ¿Dominante? Se preguntó mientras la miraba a los ojos. Soy yo el dominado.

—¡Marcelo! —gimió Carola al suplicar el desahogo del clímax.

—Lo sé, cariño, sé lo que necesitas, pero tengo miedo. —Ella lo miró desconcertada—. Prométeme que me darás más momentos como este porque estoy convencido de que nunca me saciaré de estar dentro de ti y voy a necesitarte mucho. Prométemelo —le exigió.

—Te lo prometo. Yo también querré más de ti.

Marcelo entró en ella de forma suave, sin dejar de mirarla a los ojos y ambos dejaron escapar gemidos de placer cuando se introdujo por completo. La llenó por completo y, sin moverse en su interior, la besó de manera tan posesiva que Carola entendió lo que pretendía: unirse a ella de todas las

formas que podía en ese momento y, al hacerlo, le transmitía la increíble necesidad que lo dominaba. Fue ella quien comenzó a moverse con dificultad por tenerlo encima, buscando el mínimo roce que la hiciera estallar; Marcelo no encontró la voluntad de controlarse y le ofreció todo cuánto era en cada embestida, contenidas y lentas al principio, buscaba ese punto en el interior de Carola que la llevara a lo más alto. Cuando lo encontró, ya no tuvo piedad y arremetió contra ella hasta enloquecerla de placer y enloqueciendo él mismo.

Carola alcanzó un intenso clímax que jamás había sentido porque nunca se había entregado de manera tan consciente a ningún hombre, con su corazón y su cuerpo en la mano, para que Marcelo disfrutara de ellos tanto como le estaba sucediendo a ella. Él la siguió embrujado por los gemidos de placer sinceros que emitía Carola, los sonidos más hermosos que había oído en su vida y que lo habían descontrolado hasta sentirse libre, sin ataduras ni cadenas de ningún tipo. Y después de sucumbir a un sorprendente e increíble orgasmo, volvió a sentirse condenado de por vida.

Luchando contra él mismo, se dejó caer de espaldas a la cama, abrumado, rebasado por cuánto había sentido, necesitado de permanecer un instante distanciado de esa hermosa diosa que se recuperaba impresionada y preocupada tanto como lo estaba él. Y entonces su conciencia lo empujó a levantarse y a alejarse de ella para siempre. Podría vivir cada día alimentándose de ese maravilloso e inigualable recuerdo en vez de mancillarlo con una boda premeditada y ambiciosa que nada tenía que ver con sus sentimientos hacia Carola. Pero ella susurró su nombre y lo ató de nuevo con pesadas cadenas a su cuerpo con solo oírlo. Supo en ese instante que no encontraría la voluntad suficiente para renunciar a Carola. Se giró hacia la chica y se apoderó una vez más de sus labios para saborearlos de forma lenta pero incansable y acariciaba sus formas femeninas hasta aprendérselas de memoria. Unos minutos más tarde y quizás cien besos más, ella lo conducía a su interior y lo montaba demostrando una vez más tanto o más deseo que él.

Carola sintió que moriría esa noche extasiada, agotada por el intenso placer que estaba encontrando junto a Marcelo; un placer inimaginable hasta ese momento de su vida.

Saciada y adormilada sobre el pecho de Marcelo, ya a oscuras, recordó que no habían hablado de medios anticonceptivos, aunque después de los dos asaltos mantenidos pareciera demasiado tarde.

—¿Marcelo? —Él permanecía bastante despierto cuando contestó.

—Duérmete, cariño.

—Olvidé decirte que tomo la píldora. —Marcelo se rio por lo bajo—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Que me lo digas ahora. Pero no te preocupes, confié en ti porque eres demasiado cautelosa y sensata para cometer un error de ese calibre.

—Espero que no me contagies nada raro.

—Me ofendes, Carola. ¿Tengo pinta de ser un promiscuo? No me como una rosca desde que te conocí, esperando este momento.

—Ya —dijo algo incrédula—. Pero esa novia tuya no me pareció de las que aguanten mucho tiempo sin bajarse las bragas.

—Tienes una boca muy sucia —le regañó Marcelo y la besó con un nuevo derroche de pasión, asombrado por la intuición certera de Carola y su descarada sinceridad—. Algún día te la lavaré con jabón. Pero para tu tranquilidad y la mía, te diré que en el pasado siempre he usado condón.

—Vale. No necesito más información, pero no creo que me equivoque con ella. Ni tu tampoco te equivocaste al dejarla. No era buena para ti.

—¿Y tú sí lo eres? —le preguntó divertido.

—No encontrarás nada mejor—respondió ella en el mismo tono—. Estoy hecha a tu medida.

—Lo sé, cariño. Lo sé. —La besó en la frente con tanta ternura como pudo reunir y apretó su cuerpo contra el de él, intentando amarrarla no solo a su cuerpo, también la ataba más fuerte a su alma—. Duerme ahora, Carola.

Al comenzar la jornada a la mañana siguiente Carola sintió los primeros indicios del cambio que había dado su vida cuando Marcelo la recibió en medio de la cuadra con un beso en los labios, corto pero intenso, que no pasó desapercibido a la mayoría del personal que trabajaba desde el amanecer. La chica se ruborizó de los pies a la cabeza.

—Buenos días, cariño —le dijo Marcelo sonriendo orgulloso—. Vete acostumbrando. ¿Has descansado?

—Creo que más que tú —murmuró aún ruborizada.

—Sí. He tenido que ir a mi casa a cambiarme de ropa. Pero no me importa. Solo son los pequeños inconvenientes a pagar por pasar la noche entre las piernas de una diosa —le susurró solo para ella.

—Maldito arrogante. —Y Marcelo soltó una carcajada que atrajo más miradas que el beso.

—Ponte a trabajar si no quieres que te despida —le ordenó bromeando y ella le respondió con un sensual guiño de ojos que lo dejó con ganas de besarla de nuevo. Y quizás de hacer algo más.

Conforme avanzaba el mes de julio, aumentaban las lesiones de los caballos tras los numerosos encuentros disputados. Normalmente, un equipo disponía de su propio veterinario, pero ese verano, el hecho de que el eminente doctor Marcelo Abadía estuviera a cargo del equipo de veterinarios que ofrecía el club, había logrado que el número de consultas se dispararan porque Marcelo no solo era sanitario, además entendía el deporte, las carencias o virtudes que tenían los animales y las formas de corregir las primeras y mejorar las segundas; esos conocimientos habían hecho de Benjamín uno de los diez mejores jugadores del mundo antes de los

veinticinco años y, por ello, todo el mundo del polo lo reconocía y solicitaba sus consejos.

Así que Marcelo repartía su tiempo entre las canchas, sin importarle el hándicap del encuentro para el que hubiera sido solicitada su opinión, como en la clínica o en los establos, donde había depositado su total confianza en los tres ayudantes de que disponía porque le habían demostrado de sobras su profesionalidad. Luego redactaba informes que no solo les servían a los jugadores, también él los utilizaría cuando estuviera más tranquilo en su hacienda donde realizaría variados estudios relacionados con el polo y los caballos.

Gracias a su insaciable sed por ampliar sus conocimientos en los detalles más simples, se había convertido en la eminencia que era como veterinario especialista en genética y especialista en la cría del caballo de Polo Argentino.

Su mente no estaba acostumbrada a relajarse hasta que pasó la primera noche con Carola. Ella había conseguido que se olvidara por completo de todo y por la mañana, cuando despertó, a pesar de las pocas horas de sueño que había aprovechado, se sentía renovado e ilusionado como nunca, derrochó vitalidad y energía en su trabajo durante más de catorce horas seguidas.

Regresó a la clínica poco antes de las ocho, comprobó que sus tres ayudantes aún examinaban a algunos caballos y se dirigió a su despacho donde realizarían la última reunión y lo pondrían al día del trabajo realizado.

—De acuerdo, chicos. Hasta mañana. —Sorprendido, vio cómo Carola se daba la vuelta y se marchaba tras un simple adiós.

—¡Carola! —la llamó sin esperar ni un segundo mientras la observaba con el ceño fruncido—. ¿Se puede saber adónde vas? —Gonzalo y Luis se detuvieron un instante, pero en cuanto vieron la mirada posesiva de Marcelo entendieron lo que sucedía y se marcharon sonriendo y burlándose de la chica.

—A casa. Necesito un baño y doce horas ininterrumpidas de sueño.—  
Marcelo le ofreció una sonrisa socarrona con la que le decía que eso no iba a suceder—. Estoy agotada.

—Te propongo un plan para esta noche —le dijo intentando seducirla con su mejor sonrisa—. Tengo que quedarme aún unos minutos. Por qué no vas a comprar algunas cosas que he apuntado en esta lista y te quedas a cenar en mi casa. —Ella negó con la cabeza sin dejarse convencer.

—Porque necesito un baño.

—Tengo bañera —respondió paciente.

—Y cambiarme de ropa.

—Tengo ropa limpia que prestarte, aunque sea de hombre no te quedará mal. —Se levantó y se dirigió a ella con lentitud—. Te prepararé una buena cena y nos iremos a la cama pronto. —Ella le envió una sonrisa provocativa—. También tendrás de eso que estás pensando si no te duermes antes. —Carola retrocedió un paso y recobró la sensatez.

—Creo que es mejor mantenernos alejados después de lo de anoche. —El gesto de Marcelo se tornó furioso.

—¿Por qué? —le exigió.

—Porque fue demasiado intenso, Marcelo. Y si te digo la verdad, eso me asusta.

—Me hiciste una promesa, ¿lo recuerdas? —Ella lo miró sorprendida durante unos segundos intentando recordar qué le habría prometido en algún momento en que su atención estaría puesta solo en calmar su deseo; pero él no tardó en recordárselo—. Te confesé que me daba miedo hacerte el amor porque después querría más y tú prometiste ofrecerme cuanto necesitara. Y no ha pasado ni un solo día cuando ya estás faltando a tu promesa —la regañó cariñoso—. Carola, contigo voy a ser insaciable. Así que sé buena chica, haz

la compra y espérame en mi casa sumergida en el baño, si es lo que te apetece.

—Está bien. Pero como te comportes como anoche, mañana no podré venir a trabajar —lo amenazó sonriendo y ocultando su inseguridad—, y a ver qué excusa le doy a Chema. Ese beso tuyo de esta mañana me dará dolores de cabeza.

—¿Y este? —Y la besó hasta que Carola sintió ganas de desnudarlo y desnudarse sin importarle dónde estuvieran—. ¿Te ha dado dolor de cabeza?

—Maldito arrogante —le dijo a cinco centímetros de sus labios antes de besarlo otra vez.

—¿Llevas dinero? —Ella asintió reponiéndose del apasionado beso que acababa de recibir—. Espérame en casa. —Y le ofreció un llavero con dos llaves enganchadas—; no tardaré. —Y Marcelo se asombró por lo bien que sonaban esas últimas palabras de despedida—. Condenado —dijo en voz alta, sonriendo y a solas—. Malditamente condenado por esa diosa.

Carola entró en el apartamento y se dirigió a la cocina. Guardó lo que necesitaba frío en el frigorífico y sin perder ni un minuto fue directa al baño que había en el dormitorio de Marcelo. Se detuvo un instante delante de la cama, recordó lo sucedido hacía poco más de dos semanas y la enorme decepción que sufrió cuando Marcelo le confesó que estaba comprometido. En un par de días la relación entre ellos había dado un giro radical y su estómago se retorció con tanta fuerza que se llevó una mano protectora hacia él. Ella conocía de sobras sus sentimientos hacia Marcelo y eran profundos porque en caso contrario no estaría en ese momento a punto de desnudarse y meterse en la bañera del hombre, dispuesta a que le preparara la cena y a acostarse una vez más con Marcelo hasta que despertara.

De repente estalló la eterna pregunta que habitaba en su cerebro desde que la besó la primera vez. ¿Qué ocurrirá cuando llegue el 31 de agosto? Si Marcelo se marchaba sufriría mucho. Pero no podía ser tan estúpida porque no



había condición. Él se iría a su hacienda, a Argentina, donde tenía su trabajo y a su familia, a la que tanto respetaba como ya había dejado entrever. ¿Podría soportar tanto dolor si en ese instante solo con imaginarlo casi se echa a llorar? ¿Qué quería decir Marcelo con esas palabras sobre la magia del tiempo? ¿Le pediría que se marchara con él? Y lo peor de todo, ¿lo seguiría ella al otro lado del mundo?

La respuesta era evidente. No se iría porque él nunca se lo pediría. Se había convertido en el entretenimiento de verano de un hombre que solo la deseaba. Y se avergonzó por haberse dejado llevar por sus sueños de princesas en los que el guapo y valiente príncipe siempre acaba feliz junto a la hermosa protagonista.

Dejó las llaves encima de la mesa del comedor y se marchó a su casa sin pensarlo dos veces.

El optimismo y la sonrisa que Marcelo exhibió durante todo el día tatuada en su rostro se esfumó en cuanto abrió la puerta de su apartamento y fue recibido por un silencio sepulcral. Se dirigió al baño consciente de que Carola no estaba allí. Y, sin poder contener por más tiempo su rabia y su decepción, la llamó, pero había desconectado el teléfono, lo que le provocó una siniestra carcajada. Se dejó llevar por su estado de ánimo a pesar de las luces de alarma que se encendían en su cabeza y que le pedían que se calmara antes de ir a buscarla. No lo hizo y salió de su casa como un huracán.

Tan furioso estaba que ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa de la chica cuando se bajaba del coche y aporreaba su puerta.

Carola dio un respingo al oír unos golpes y prestó atención. Provenían de la puerta y estaba segura de que el causante sería Marcelo. Salió del agua, se envolvió el pelo en una toalla y el cuerpo en otra más grande.

—¿Quién es? —preguntó esperanzada en que no fuera él.

—Lo sabes de sobra —respondió Marcelo en un tono de voz que la hizo

dar un brinco.

—Vete. No pienso abrir la puerta.

—Maldita cría inmadura. —Ella se mordió la lengua por no responder a su insulto—. ¿Quieres provocar un escándalo? Ya hay algunos vecinos mirando. ¡Mi novia está en la bañera y no se entera de que estoy llamando! —gritó tan fuerte que lo habrían oído en toda la calle—. ¡Carola, abre! —gritó de nuevo y, consciente de que era mejor enfrentarse a él en su propia casa que en el trabajo al día siguiente, abrió.

Marcelo pasó al interior sin mirarla, hasta llegar al confortable salón decorado en tonos madera, burdeos y celeste. La chica lo siguió ocultando su temor, aún envuelta en la toalla y descalza.

—¿Por qué no me has esperado? —le preguntó escrutándola con su mirada y sin ocultar su furia—. Tienes veintiséis años y, aunque seas unos años menor que yo, no eres una niña para jugar conmigo de ese modo. Contesta —le exigió alzando la voz.

Carola se armó de valor antes de comentarle su decisión.

—Continuar adelante no tiene ningún sentido.

—Tú y tus malditas dudas —le contestó de malos modos—. Aquí estoy, corriendo de nuevo detrás de ti, una vez más. ¿Se puede saber qué diablos quieres? ¿Por qué razón no puedes fiarte de mí? Tal y como han sucedido las cosas entre nosotros, tendría que ser yo el que no confiara.

—Tú te irás, Marcelo —contestó apretando los dientes y conteniendo la rabia que le provocaba el hecho de que él no lo entendiera; él alzó los brazos en cruz y miró al techo en un gesto teatral que reflejaba su cansancio sobre ese tema—. Eres muy egoísta si no quieres darte cuenta de lo que está sucediendo. O quizás solo finjas no enterarte.

—Por supuesto que me iré. Es más, echaba de menos mi casa, mi trabajo y

mis animales más de lo que imaginaba. Y no habría salido huyendo de allí si no hubiera sido necesario. —Carola lo miró sorprendida, pero él no explicó nada más sobre la mención de esa huida—. Pero te he conocido a ti y has logrado que mi nostalgia pase desapercibida, por supuesto, después de poner mi vida patas arriba. Eso no significa que no me deba marchar cuando acabe mi compromiso con el club. Mi vida está allí.

—Y la mía aquí.

—No quiero ser cruel contigo, Carola, pero ¿de qué vida me hablas? ¿Qué vida tendrás cuando se acabe tu contrato con el club y yo me marche? —le planteó con demasiada dureza.

—Vete ahora mismo —le respondió ella con lágrimas en los ojos al darse cuenta de su propia realidad—. No quiero volver a verte, maldito arrogante.

—No soy arrogante —le explicó con más suavidad—, solo soy realista. ¿Qué te quedará aquí, Carola? ¿Chema, Manuel, Mary, esta casa, los recuerdos de tu madre...? ¿Qué? ¿Crees que no me he fijado en que apenas sales? ¿En que el trabajo es lo único que te consuela ahora mismo? Y te comprendo porque, aunque tuviera siete años cuando perdí a mi madre, no creo que el sufrimiento sea menor que el tuyo. Aún la echo en falta —reconoció con tanta nostalgia en el tono de voz que conmovió a Carola durante unos segundos, hasta que pudo recobrar el sentido de la conversación de nuevo.

—Eso no quiere decir que deba dejar atrás lo poco que me quede de ella y quiera empezar con mi vida profesional.

—Quizás dentro de unas semanas aprecies con más claridad la posibilidad de continuar conmigo. Quizás, si seguimos como hasta ahora, ni siquiera nos miremos a la cara el día en que me marche.

—Si tan fácil te resulta, ¿por qué no mencionas la posibilidad de que yo sea tan importante en tu vida como para que pienses en quedarte en España? Tampoco te faltará el trabajo.—Marcelo la miró con la impotencia grabada en

el rostro que ella ya tanto amaba—. Será mejor que te marches —susurró decepcionada ante su silencio.

Marcelo no podía rendirse y marcharse por dos razones, aunque entre ellas obviara la tercera o quizás la principal, no hacerle daño a Carola. Luego seguía que debía casarse y no quería hacerlo con otra mujer que no fuera ella porque, y venía la segunda razón, no solo la deseaba, la amaba hasta unos límites que lo asustaban y lo había comprobado al llegar a su apartamento y comprobar que se había marchado. Pero no podía decírselo, no mientras existiera la tercera razón que lo convertía en un hombre egoísta, como Carola con ese sexto sentido que poseía para intuir a las personas, había adivinado; cobarde y mezquino eran los siguientes adjetivos que servían para describirlo y no se merecía a una mujer buena y brillante como ella, además de ser preciosa.

Y se vio obligado a confesar sus sentimientos ante ella dentro de unos límites impuestos por su propia conciencia y la poca honestidad que le quedaba.

—Carola, ¿qué necesitas oír? ¿Una declaración de amor? ¿Una confesión de sentimientos? —Y esperó una respuesta que no llegó mientras la contemplaba cubierta solo con una toalla y la encontraba más hermosa que nunca—. Aunque jamás le he dicho a una mujer nada parecido, puedo confesarte que mis sentimientos hacia ti son sinceros y profundos, que te necesito, que lo que siento por ti es algo más que deseo.

La chica lo observó un instante y leyó en sus ojos la sinceridad de sus palabras. Y ya le había demostrado que no era un mero pasatiempo para él porque ningún hombre soportaría tantas dudas como ella le planteaba.

—Carola, cariño —le habló con ternura—, mi vida ya está en Argentina, en mi hacienda, con mis caballos y mi trabajo de investigación. Tú estás empezando ahora que has terminado tus estudios y quizás, si todo va bien entre nosotros, podrías empezarla a mi lado —ese comentario la desconcertó por

completo—, pero necesitamos un tiempo para conocernos mejor y ver si nuestra relación funciona, como sucede con las demás parejas.

—Tienes razón, Marcelo. Pero las demás parejas no viven en puntos tan alejados del mundo y eso, a pesar de tus intentos por convencerme, me asusta.

—¿Y crees que yo no estoy asustado? Por las mismas razones que tú, Carola. También temo tu rechazo o la separación; los temo ahora y estoy convencido de que los temeré dentro de un mes.

Debía acabar con la incertidumbre de Carola de una vez para siempre.

—Ahora vas a tomar una decisión definitiva porque no estoy dispuesto a permitirte que juegues más conmigo. Y no te lo tomes como una amenaza; es que crees que no me haces sufrir cuando demuestras tantas dudas. Y sufro, Carola, mucho. ¿Te vendrás esta noche a mi casa? Piensa bien tu respuesta porque te aseguro que ya no volveré a correr detrás de ti.

Marcelo sabía que se lo jugaba todo al exigirle de ese modo, pero era lo que debía hacer en ese momento.

## Capítulo 10

Unos días más tarde, Carola despertó sola en la habitación de Marcelo. Escuchó ruidos en la cocina, se levantó y se vistió con uno de los polos del hombre que la cubría hasta por debajo de las nalgas.

—Buenos días, preciosidad —la saludó Ben, y antes de acercarse para besarla en la mejilla, la recorrió de arriba abajo y comprendió en ese instante que Marcelo se hubiera enamorado de ella. Con el pelo alborotado, los labios hinchados y enrojecidos, quizás por el abuso que su hermano hubiera hecho de ellos, y esas piernas largas y bien proporcionadas, Carola era una diosa—. Marcelo ha recibido una llamada urgente hace unos minutos. Y me ha encargado que te prepare el desayuno —le dijo con esa cara de pillo que hacía sonreír siempre a la chica—. Vístete mientras yo me encargo de la cocina.

Carola se dirigió al dormitorio de Ben con tanta naturalidad que provocó una carcajada del hombre.

—Te has equivocado de dormitorio —le gritó a su espalda.

—No. Te estoy robando los polos poco a poco. Me quedan mejor que los de Marcelo.

—Viéndote ahora mismo vestida solo con ese suyo, eso me parece imposible. —Y oyó las risas de la chica—. ¿Cuántos me has robado ya?

—Tres o cuatro.

—¿Esas son las noches que has pasado aquí? —preguntó provocándola.

—Seguro que ya lo sabes. Tu hermano y tú habláis como cotorras dos o

tres veces al día.

—Pero jamás sobre ti. Tú eres un tema tabú. ¿Aún no conoces a Marcelo?

—Lo suficiente para saber que como llegue tarde al trabajo me echará una bronca. Un zumo de naranja pequeño y fresquito por favor. —Y lo besó en la mejilla antes de dirigirse a la ducha—. Café con más leche y dos tostadas —le gritó desde el dormitorio de Marcelo—. Pero no te molestes, ya me las unto yo.

—Serás caradura —contestó divertido ante el descaro de esa chica que le había robado el corazón casi tanto como a su hermano—. No sé cómo te soporta mi hermano.

—Te lo diré cuando seas mayor —le gritó desde el baño donde oía las carcajadas del desenfadado Ben.

—No hace falta. Me hago una idea—y gruñó de buen humor—. Acabo de llegar y ya te estás aprovechando de mí.

Mientras desayunaban, Carola se interesaba por la carrera deportiva de Ben, extrañada de que no se hubiera instalado en Reino Unido, como solían hacer los grandes jugadores de polo durante el verano porque allí se jugaban los campeonatos de hándicap más elevados.

—¿No te cansas de tanto viaje? Prácticamente divides tu tiempo entre Reino Unido y España.

—Eso es una excepción que hago este verano por pasar unos días junto a mi hermano. Él no está dispuesto a visitarme ni siquiera un par de días. No sé por qué. —Y la miró sonriendo—. Así que, como no puedo vivir sin él, vengo yo a verlo. Pero mis caballos y mi equipo permanecen allí.

—Ya me ha contado que estás ganando todos los encuentros de hándicap 10. Marcelo está muy orgulloso de ti y de los buenos resultados que obtienes con vuestros propios caballos.

—He hecho un gran esfuerzo por alcanzar el nivel al que he llegado, pero, en parte, se lo debo a mi hermano, a los caballos que cría para mí y al apoyo que me ofrece cuando mis fuerzas flaquean. Marcelo es incansable. —Y le guiñó un ojo con ese gesto gamberro que hacía sonreír a Carola—. Pero eso ya lo estás comprobando por ti misma.

Carola no se extrañó al ver que Ben y Marcelo se encerraban en su despacho. Tendrían que mantener una de sus muchas conversaciones sobre sus caballos o sobre la actuación del equipo de Ben. Pero no era ese el motivo de la reunión.

—Has llegado en el momento oportuno. Iba a llamar a Roberta. Tengo que pedirle algo importante.

—Debe serlo si necesitas un testigo.

—Lo es para mí —admitió con una solemnidad impropia en él.

—Hola, Roberta, ¿cómo estás? —Y tras el intercambio de saludos educados, Marcelo pasó a realizar una petición a su hermana que llevaba varios días dando vueltas en su cabeza.

—Necesito que me envíes algunas joyas de mamá.

—¿Joyas de mamá? —preguntó tan extrañada como Ben—. ¿Y se puede saber para qué las necesitas?

—Voy a pedirle a Carola que se case conmigo y deseo regalarle el anillo de compromiso de mamá.

—Marcelo —le regañó—, es un diamante de cinco quilates que perteneció a nuestra madre. No lo llevará una extraña.

—Carola será mi esposa, no una extraña.

—No seas estúpido, Marcelo. Acabas de conocerla y sabes que se trata de un matrimonio de conveniencia que no durará.



—Lo que dure mi matrimonio no es asunto tuyo —le dijo sin perder la calma porque conocía el carácter agrio de su hermana—. Quiero ese anillo y el juego completo de gargantilla y pendientes que le regalaré el día de nuestra boda.

—Tienes dinero para comprarle lo que se te antoje. ¿Por qué tiene que ser el de nuestra madre?

—Porque lo quiero yo —dijo de forma tan exigente que su hermana se vio obligada a guardar silencio—. Roberta, te has apropiado de todas las joyas de nuestros padres y, la verdad, me importa un carajo lo que hagas con ellas. Pero es mi deseo ofrecerle a la que será mi mujer una joya emblemática para mí y no por su valor económico. Amé y lloré a nuestra madre tanto como tú y quiero que su recuerdo perviva en mi familia. Ni Julián, ni tú habéis demostrado interés por esas joyas hasta ahora, así que te pido que me las envíes lo antes posible.

—Me niego a hacerlo, Marcelo. Esas son las joyas más valiosas de mamá; cuatro diamantes engarzados en platino. ¿Sabes cuánto pagó papá por ellos hace cuarenta años? ¿Imaginas su valor en el mercado actual? Deben sobrepasar los cien mil dólares; más de lo que cuesta una buena casa. Y tú se lo quieres regalar a esa chica que acabas de conocer.

—Ya te he dicho que no me interesa su precio ni tu opinión; lo único que me importa es su valor emocional, que pertenecieron a mi madre y en el futuro próximo las llevará mi mujer —en la manera de decirlo, Ben entendió lo importante que Carola era ya para su hermano.

—¿Qué pasará cuando pongas fin a tu matrimonio? ¿Se quedará una persona ajena a nuestra familia con esos recuerdos de mamá tan valiosos para nosotros?

—Como desees, Roberta —respondió en tono cansino y sin darle explicación alguna sobre sus sentimientos hacia Carola—. Hablaré con Julián

ahora mismo y le exigiré que haga un reparto de todas las joyas que han pertenecido a nuestra familia y que te has quedado tú sin ofrecerle explicaciones a nadie. Saldrás perdiendo ya que lo único que te importa es el valor económico.

Roberta lanzó una larga lista de improperios a su hermano a los que él no respondió.

—Di lo que quieras, Roberta. No me interesa tu opinión. Necesito las joyas aquí antes de una semana. Ya sabes que el tiempo corre en nuestra contra.

Ben admiraba a su hermano con una gran sonrisa dibujada en su rostro.

—Menuda arpía está hecha —reconoció Ben en su tono habitual de despreocupación—. Desde que se ha casado se ha vuelto aún peor.

—Es una mujer que vive amargada por su marido infiel al que consiente toda clase de excentricidades y perversiones —comentó Marcelo alterado aún tras la desagradable conversación—. No ha encontrado otro aliciente mejor en su vida que cuidar de la casa.

—Sí. Parecía feliz mientras estuvo dando clases de inglés en el instituto. Pero eso era demasiado vulgar para ella, la princesa de los Abadía. —Y rio sin demostrar piedad alguna por su hermanastra—. ¿Se lo vas a pedir ya?

—En cuanto tenga el anillo, esperaré el momento oportuno.

—El anillo de compromiso de una madre no se regala a cualquiera —lo provocó Ben—. ¿Cuándo será el momento oportuno?

—Cuando me confiese sus sentimientos.

—¿Aún no te ha dicho que está enamorada de ti? —Marcelo negó con la cabeza y bajó la mirada al suelo—. No te preocupes, Marcelo. Lo está.

—Sé que lo está, pero no estoy seguro de que sea capaz de aceptar mi

propuesta.

—Carola está loca por ti; ella es auténtica y honesta y si no lo estuviera no se estaría acostando contigo cada noche, y mucho menos permitiría que la besaras delante de todo el mundo. Su carrera es importante para ella y sabe que si vuestra relación no fuera sería le perjudicaría.

—Eso espero —reconoció angustiado—. Lo que le voy a pedir es un acto de fe enorme en una persona a la que conoce desde hace poco más de dos meses. Carola no es una joven alocada. Es cautelosa y sensata.

—Lo dará, Marcelo, lo dará porque te ama de verdad. Y no deberías comenzar tu matrimonio basándolo en esta trama de mentiras y engaños que hemos montado entre los cuatro. A la larga, podría perjudicarte.

—Le contaré la verdad en el momento adecuado.

Una llamada urgente de Gonzalo que reclamaba la presencia del jefe acabó con esa conversación que siempre resultaba desagradable para Marcelo.

Por supuesto Roberta envió las joyas que llegaron cinco días más tarde y Ben le hizo el favor de llevarlas a una joyería de Marbella donde las pulieron, las limpiaron y las guardaron en un estuche nuevo.

Marcelo pasaba los días con el anillo en el bolsillo, esperando angustiado a que Carola dijera las palabras adecuadas que justificaran su petición de matrimonio. Pero mientras eso sucedía disfrutaban uno del otro en algunos momentos libres, sobre todo a la hora del almuerzo que comenzaron a pasarlo en la playa por orden expresa de Marcelo y, tan solo con ese ratito de sol que tomaba Carola, estaba exultante de belleza.

Su relación no pasó desapercibida en el club y cuando Chema lo citó en su despacho, Marcelo imaginó el tema de la reunión.

—Carola tiene veintiséis años y hace mucho que no me meto en sus asuntos personales; ni siquiera su madre lo hacía. Pero prometí a Alejandra

que cuidaría de ella en lo que me fuera posible. —Y lo miró escrutando el rostro impasible del argentino—. ¿Qué pretendes, Marcelo? Vuestra relación actual no le hará bien en el futuro a la hora de conseguir otro trabajo; y cuando te vayas, ¿qué pasará con la chica? Le destrozarás el corazón. Creo que ya la conoces lo suficiente para suponerlo.

—No estoy pasando el tiempo con ella. Voy a pedirle que se case conmigo y se vendrá a Argentina si acepta mi proposición.—Chema no daba crédito a lo que acababa de confesarle.

—¿Es una broma? Porque no tiene ninguna gracia.

—Mi propósito es casarme con Carola. Aún no se lo he pedido, pero creo que aceptará mi proposición. —Chema no salía de su asombro.

—Carola no se irá a Argentina.

—Si desea estar conmigo no le quedará más remedio.

—Mira, Marcelo. —Su tono de voz sonaba a advertencia—. Te conozco como profesional y estás considerado uno de los mejores del mundo. Pero no sé qué clase de hombre eres.

—Eso lo tiene que decidir Carola.

—Apenas os conocéis. ¿Por qué tantas prisas?

—Debo irme a primeros de septiembre, aunque imagino que tendré que alargar mi estancia aquí un poco más si Carola elige casarse aquí. Mis obligaciones me esperan en mi hacienda. Tengo un par de conferencias que impartir por América. No podríamos mantener una relación a tan larga distancia con el ritmo de vida que llevo y ella puede trabajar para mí. No cuento en mi equipo con ningún cirujano y Carola ya ha demostrado su valía profesional.

—No lo entiendo, Marcelo. Me parece bastante precipitado. Carola, a pesar de haber pasado unos años estudiando en Córdoba, apenas conoce el

mundo. Ha adquirido su experiencia en el mismo hospital universitario y aquí, en este club. Es todo lo que conoce a nivel personal y profesional porque su madre la protegía demasiado y procuraba mantenerla a su lado cuánto le resultara posible. Y pensar en que se case y se marche a Argentina contigo... —Chema no acababa de convencerse y Marcelo sabía que su opinión sería importante para Carola—. ¿No acabas de romper un compromiso? Esos son los únicos rumores que conozco sobre tu vida privada.

—Sí. Lo he hecho por Carola. Le dio la vuelta a mi vida desde el primer día que la conocí y procuraré no marcharme sin ella, te lo aseguro.—a Chema no le extrañó ese comentario porque fue testigo de la reacción protectora y violenta de Marcelo cuando Alonso Cortázar agredió a Carola, pero no imaginaba que hubieran profundizado hasta el punto de pretender casarse con la chica.

—Está bien, Marcelo. No quiero molestarte, solo intento proteger a la Carola.

—Entiendo tu actitud protectora, pero al final ella será quien tenga la última palabra. Ni tú ni yo podremos doblegar su voluntad.—Chema asintió y comenzaron a charlar sobre la apretada agenda del mes de agosto.

Dos días después, el momento ansiado por Marcelo llegó de forma que resultó natural y espontánea, mejor que si lo hubiera planeado.

La noche era calurosa y después de un largo baño compartido, la pareja descansaba desnuda sobre la cama. Marcelo tenía en las manos un voluminoso álbum de fotos dedicado a la chica, desde que nació hasta que se marchó a estudiar a la universidad.

—Todas las páginas están fechadas y tituladas —comentó extrañado.

—Afición de mi madre. Disfrutaba con esta tarea y luego se recreaba mirándolas una y otra vez.

—¿Y esa obsesión tuya por vestirme de princesa? —preguntó divertido.

—Mi niñez transcurrió entre princesas, príncipes y dragones. Si vieras mi colección de cuentos —aclaró divertida—. Manuel se aburría jugando conmigo. “Otra vez no”. “No quiero luchar con otro dragón invisible”, protestaba cada día.

—Pero al final accedía, seguro. —Ella asintió sonriendo—. Quién podría negarle algo a una belleza como tú, aunque fuera una belleza pequeña.

Y continuó mirando fotos a la vez que Carola se embecía de las expresivas y sinceras reacciones de ese rostro masculino del que estaba prendada.

—Tu madre debió quererte mucho —dijo embelesado ante las graciosas imágenes de la niña que fue Carola—. Se la ve muy feliz en las fotos que posáis juntas. —Suspiró—. Eras ya preciosa, desde que eras un bebé.

Marcelo cerró el álbum y lo soltó en el suelo con cuidado. Luego, se giró hacia ella, puso su mano en la mejilla para observarla con atención y le retiró una lágrima que solía aparecer cuando mencionaban demasiado a su madre. Lo que le dijo a Carola a continuación jamás lo había pensado, ni siquiera imaginado, y él mismo se sorprendió de sus palabras que salieron con total fluidez y directas desde su corazón.

—Espero que no transcurra mucho tiempo para que yo tenga un bebé tan precioso entre mis brazos, nuestro, tan parecido a ti en todo, en tu belleza, en tu carácter... —Carola lo escuchaba perpleja y asombrada—. Eres perfecta, Carola. Perfecta para mí.

La chica, conmovida por la sinceridad de sus inesperadas palabras, le echó los brazos al cuello y lo besó en los labios con suavidad. Y entonces dijo lo que Marcelo necesitaba oír desde hacía semanas.

—Te quiero, Marcelo —hablaba mientras lo miraba a los ojos verdes y le acariciaba la mejilla áspera por la barba crecida de dos días—. Te quiero mucho —repitió antes de besarlo de nuevo.

—Carola —comenzó a hablarle, la sentó sobre su regazo y la cobijó entre sus brazos—, préstame atención porque lo que voy a pedirte es muy importante para mí. Aunque en realidad espero que lo sea para los dos. —Ella lo besó en la barbilla y lo miró de nuevo a los ojos; le gustaba leer la sinceridad que expresaba siempre en ellos—. Me gustaría compartir un futuro contigo y sé que dentro de cuatro semanas tendríamos que decirnos adiós. —Le dio un beso fugaz—. No quiero que eso suceda, Carola. Cásate conmigo, en septiembre, antes de que me marche, y nos iremos juntos a Argentina. —La chica dejó su mano paralizada en la cara de Marcelo sin dar crédito a lo que acababa de oír.

Marcelo sonrió y con su dedo índice apoyado en la barbilla femenina le cerró la boca.

—¿Hablas en serio? —preguntó en un murmullo y él la miró enojado.

—Por supuesto que hablo en serio. Nunca se me ocurriría bromear con un asunto tan importante como mi casamiento y mi futuro.

Ella no respondió y se limitó a mirarlo en silencio.

—Llevamos cuatro semanas juntos y cada día resulta mejor que el anterior, al menos para mí. Aún nos quedan otras tantas que imagino excelentes. Así hasta el fin de mis días. Eso es lo que deseo para mi futuro, compartirlo con mi dulce y hermosa Carola.

Carola se alejó de él, se tumbó suspirando en la cama y se tapó los ojos con el antebrazo derecho.

—Estás loco, Marcelo. No quiero que te enfades, pero... —Suspiró de nuevo—. Esto es una locura.

Marcelo le retiró el brazo con cuidado y le giró la cara para exigirle atención.

—Mi proposición solo refleja la realidad que existe entre nosotros. Tú

misma te negabas a comenzar algo conmigo por tener fecha de caducidad. Ahora que no la tiene... ¿Qué esperabas? ¿Qué continuaríamos online? —Carola se rio algo histérica e incrédula ante el tema de la conversación—. Tengo treinta y cinco años, Carola, no soy ningún jovencuelo alocado a quien le gusta pasar el rato de vez en cuando con una chica bonita. Mi vida hasta ahora ha estado centrada en mi trabajo.

—Entonces, ¿para qué me necesitas? —le preguntó mirándolo con atención.

—Para lo mismo que hacemos ahora. Puedo verte en el trabajo, si nos casamos sucederá lo mismo porque espero que formes parte de mi equipo de veterinarios; me acompañarás en mis viajes y, por supuesto —le dijo golpeándole la nariz con suavidad—, dormiremos juntos cada día, o no, depende de cómo se dé la noche —bromeó sin éxito ante una Carola desconcertada.

—De verdad, Marcelo, que aún no me creo que estemos hablando en serio.

—Bueno. Ve pensando en ello. Aunque el tiempo nos apremia. No sé cuánto se tarda en España en organizar una boda; ¿no será como en Las Vegas?

—No. Como en Las Vegas no creo —contestó a su chiste sin ocultar su agobio—. Tampoco sé cuánto se tarda. —Y lo miró de nuevo mostrando su incredulidad—. ¿De verdad que hablas en serio?

—¡Carolaaa! —Su nombre sonó casi como un rugido.

—Si pensabas casarte a mediados de septiembre con otra, ¿no te parece precipitado este cambio tan brusco? Esto de casarse creo que debe ser una decisión trascendental y tú no pareces tomártelo en serio. —Marcelo acabó soltando una carcajada.

—Bastante en serio. Sobre todo si, como yo, decides que es para el resto de tu vida. —Carola volvió a cubrirse los ojos con el brazo—. Piénsalo, cariño. —La besó en los labios con ternura—. Ahora te voy a explicar cómo



comenzarán nuestras noches con un ejemplo práctico. —Y por fin la hizo reír—. Sí —afirmó convencido al besarle un pecho—, esto sí que lo entiendes.

—Se te da mejor que las proposiciones de matrimonio, Marcelo —bromeó entre besos—. Infinitamente mejor.

—Contigo es muy fácil, Carola. Tú lo haces fácil.

Desde la primera noche que compartieron cama, se convirtieron en pareja y llegar juntos al trabajo diario fue algo que no extrañó a ninguno de los trabajadores de los establos. Incluso se habían hecho apuestas, primero sobre cuánto tardaría Marcelo en sucumbir ante Carola y, una vez que eso fue evidente, se hicieron sobre cuánto tardaría Marcelo en recibir la patada al menor descuido de la que todos consideraban una mujer tan exigente como ella. Gracias a ese rasgo del carácter de la chica, durante los veranos que había trabajado allí, se había ganado el respeto de los hombres con los que compartía largas jornadas laborales, donde trabajaba como un mozo o un veterinario más, y reservaba su vida privada solo para ella.

Para alivio de Carola, Marcelo no mencionó de nuevo la petición de matrimonio. Pero durante toda la jornada, cada vez que hablaban, sentía la tensión que contenía el hombre. Ella sabía que, al igual que se mostraba tan responsable y exigente en su trabajo, lo sería con el resto de su vida, en la que no cabía el azar ni la casualidad, todo formaba parte del esfuerzo y del estudio, como sucedería con ella.

Sin embargo, dar ese paso definitivo le causaba verdadero miedo. Ofrecerle a Marcelo un sí, significaba despedirse de la vida que había llevado hasta ahora, aunque con la triste y dolorosa ausencia de su madre, de sus pocos pero íntimos amigos, de su casa, de su tierra y lanzarse a un mundo y un ambiente desconocidos. En esos momentos en los que la pérdida de su amadísima madre aún punzaba y causaba una aguda tristeza a su corazón, la idea de ese cambio radical de vida le resultaba bastante terrorífica. Le parecía una decisión tan arriesgada que se veía incapaz de tomarla, pero si perdía

también a Marcelo sufriría dos intensas penas que la estrujarían y la consumirían por dentro. Aunque ese riesgo lo asumió desde el primer momento en que le permitió compartir su cama; tarde o temprano llegaría el día de decirse adiós. Luego estaba esa parte de su vida de la que Marcelo no hablaba, de su anterior prometida, con la que había roto poco después de conocerla a ella. ¿Y si Marcelo se tomaba de ese modo las relaciones de pareja? ¿La dejaría a ella del mismo modo? Tomar una decisión en tan poco tiempo le parecía una locura.

Durante ese largo día, no habían tenido ocasión de estar a solas ni un segundo hasta que Marcelo llegó a su apartamento cerca de las diez de la noche y la encontró sumergida en uno de esos baños de los que ella tanto disfrutaba tras las largas jornadas laborales. Se agachó junto a la bañera y la besó en los labios.

—Por fin —dijo Marcelo aliviado—. Menudo día. —Y la besó de nuevo—. No vuelvo a trabajar con un club en temporada alta en lo que me queda de vida. ¿Cansada?

Ella se tomó unos segundos antes de responder mientras Marcelo se desnudaba dispuesto a compartir su baño como solía ser habitual. En realidad, la tensión que había sufrido Carola no le había permitido cansarse, pero no contestó. Se había movido durante el día con sus músculos tirantes, presos del mismo nerviosismo que poseía su mente y en la bañera, gracias a la música que escuchaba, consiguió relajarlos. La presencia de Marcelo había vuelto a tensarlos de nuevo.

—Aparta, cariño. Déjame abrazarte —le pidió metiéndose en la bañera, la apoyó sobre su pecho y suspiró aliviado mientras la besaba en la sien, en el cuello y en la nuca una y otra vez—. Necesito estar contigo; eres mi mejor descanso. —Y la sinceridad que como siempre expresaba Marcelo la llevó a pensar de nuevo en la respuesta, en el riesgo y en el sufrimiento—. Esta es la mejor forma de acabar cada día de mi vida.—Carola supo que iba a sacar el

tema del matrimonio y se estremeció—. ¿Te ha comido la lengua el gato? — preguntó sorprendido de que Carola aún no hubiese dicho ni una sola palabra, aunque enseguida comprendió lo que le sucedía—. ¡Ah! Ya entiendo; mi cautelosa Carola ha pasado el día pensando en la respuesta a mi proposición de matrimonio. ¿Y la tienes ya?

—No —susurró intimidada—. No he tomado una decisión, Marcelo. Pero quiero que sepas que me siento muy halagada por la confianza que has puesto en mí.

Marcelo supo lo que significaban esas palabras: a continuación vendría la negativa que no estaba dispuesto a aceptar.

—¿No podríamos esperar un tiempo? —le pidió haciendo crecer la rabia del hombre poco dispuesto a recibir un rechazo—. Yo iré a verte y conoceré el lugar donde vives, tu trabajo, tu familia. Tendremos tiempo de comprobar que nuestros sentimientos son lo bastante profundos antes de tomar la decisión de casarnos...

—Comprendo la primera parte, Carola; no conoces mi mundo. Pero la segunda —la interrumpió enfadado—... No has sido un pasatiempo para mí, si ese es el motivo de tus dudas.

—Marcelo —le dijo ella demostrando más seguridad en sí misma que nunca—, hace poco más de un mes estabas prometido a una mujer sobre la que no me cuentas nada, ni siquiera el motivo de vuestra ruptura. En realidad conozco tan poco de ti que me asusta tomar una decisión que repercutirá de manera positiva o negativa en el resto de mi vida.

—Esto funciona en dos direcciones, Carola —replicó enfadado—. Tampoco sé nada sobre tu pasado, ni sobre los hombres con los que hayas estado antes que yo. Corro el mismo riesgo que tú.

La chica se salió de la bañera casi de un salto sin que a Marcelo le diera tiempo sujetarla.

—No creo que sea el mismo —contestó envolviéndose en una toalla—. Soy yo la que dejaría su vida para comenzar otra muy distinta, en un país desconocido para mí, al igual que la gente que me rodearía, sus costumbres, las tuyas. Todo lo que siempre ha sido mío se quedaría aquí y no estoy preparada para asumirlo con esa facilidad que le quieres dar.

Carola salió del cuarto de baño, se dirigió hacia el dormitorio y comenzó a vestirse mientras Marcelo permaneció en la bañera porque se sentía culpable y miserable de la trampa que le estaba preparando, por el sufrimiento que le causaría si llegaba a enterarse del motivo de esa precipitación y porque ante esas mentiras, era incapaz de decirle cuánto la amaba. Y se estremeció cuando oyó cerrarse la puerta del apartamento convencido de que perdería a Carola si no jugaba bien sus cartas en la partida quizás más importante que disputaría en su vida.

Apenas cenó después de que ella se marchara y decidió trabajar sentado en la terraza mientras lo refrescaba el aire húmedo de la noche, concentrado en preparar su siguiente conferencia que tendría lugar en Nueva York a mediados del otoño septentrional. Pero lo único que veía en la pantalla de su ordenador era a Carola, oía en su cabeza una y otra vez las últimas palabras que le había dicho esa noche, hasta que comprendió que ella tenía razón y no debía presionarla si pretendía que lo aceptara. Lo más importante no era que ella viera lo que dejaba atrás si aceptaba su precipitada proposición de matrimonio, sino el futuro que le ofrecería y la felicidad que alcanzaría si decidía compartir su vida con él.

Carola comenzó el nuevo día dominada por la tristeza y por la gran apatía que su discusión con Marcelo le provocó la noche anterior y fue a trabajar desganada y dominada por esos sentimientos; no deseaba enfrentarse de nuevo al exigente Marcelo. Sin embargo, encontró lo contrario a lo que esperaba. Después de mantener la reunión inicial de la jornada y de repartir las distintas tareas, Marcelo le pidió que se quedara un instante y cerró la puerta cuando

salieron Gonzalo y Luis. En primer lugar, Marcelo se disculpó con un beso de buenos días que había contenido desde que se encontraron y que la dejó anhelando más, seguido por unas sentidas e inesperadas disculpas.

—No volveré a presionarte, Carola. No imaginas cuánto lamento mi actuación de anoche, pero yo también estoy nervioso y —sonrió— reconozco que bastante desquiciado esperando tu respuesta. No puedo pensar en marcharme y separarme de ti.

—¿Tú me quieres, Marcelo? —se atrevió a preguntarle Carola tras la cálida bienvenida con que la había recibido después de que la noche anterior hubiera salido huyendo de su apartamento—. Aún no me lo has dicho.

—Carola —contestó serio y poco dispuesto a confesar la verdad que lo hiciera sentir más mezquino y ruin, pero sería sincero con ella—, imagino que cuando era pequeño se lo diría a mi madre alguna vez, no lo recuerdo. Ni recuerdo haberle dicho a otra persona palabras de amor con las que tú te expresas con tanta facilidad. Jamás he dedicado esas palabras a nadie. No sé hacerlo.

—Venga ya, Marcelo —protestó incrédula—. ¿Has estado prometido y no le dijiste a tu novia que la amabas?

—Nunca —y lo dijo de un modo tan rotundo que Carola no dudó de su sinceridad.

—¿La amabas? —preguntó susurrando.

—No, ya te lo conté. Se trataba de un compromiso relacionado con la familia y no con los sentimientos. Un compromiso con el que no podía continuar después de conocerte. Pero de lo que estoy seguro es que, si no deseo alejarme de ti durante una noche, imagínate pensar que existe todo un océano entre nosotros. Eso me destroza, Carola. Te lo dije anoche, pretendo empezar y terminar cada día de mi vida a tu lado, siempre a tu lado.

Ante el silencio de Carola que le transmitía la gran decepción que ella

sentía, Marcelo decidió arriesgarlo todo. Quizás perdiera su hacienda, pero no estaba dispuesto a perder a la mujer que le había robado el corazón como jamás pensó que podría sucederle y dejaría su destino en manos de ella.

—No voy a presionarte, Carola. Si no deseas casarte al menos prométeme que no acabaremos cuando me tenga que marchar, te vendrás a vivir conmigo lo antes posible y, cuando te sientas segura, nos casaremos. En España o en Argentina, donde prefieras. ¿No fue eso lo que me pediste? —se respondió él mismo—. Tiempo para conocernos mejor. Tendrás cuánto necesites, te lo prometo.

—No puedo darte una respuesta, Marcelo. Lo lamento, pero me siento muy agobiada por nuestras circunstancias y no me parece que pueda tomar una decisión en estos momentos. —El rostro decepcionado de Marcelo respondió por él—. Comprendo tu decepción. —Él no pudo añadir nada más y, conectados por sus miradas, permanecieron unos violentos segundos en silencio hasta que ella se despidió susurrando—. Ahora debo ponerme a trabajar, pero entenderé que no quieras verme más después de esta conversación.

Marcelo tuvo que asistir a numerosas consultas a lo largo de esa jornada de mitad de agosto y por la tarde mantuvo una reunión en Marbella con un príncipe de Qatar que se alargó hasta más allá de la cena. Como no avisó a Carola sobre sus intenciones, ella concluyó en que habría decidido cortar su relación después de lo sucedido esa mañana. Y lo comprendió porque ella misma se negó al principio a empezar algo que sabía que acabaría con el verano.

Se duchó, se vistió y fue a casa de Mary a cenar; Manuel había llegado esa misma tarde y ella necesitaba el calor y el apoyo de sus mejores amigos en esos inciertos momentos.

—¿Vienes sola? —le preguntó Manuel extrañado ya que conocía la relación existente entre ella y Marcelo—. Pensé que hoy le presentarías a mi

madre tu príncipe azul.

—No puede ser. Marcelo está en Marbella reunido con un verdadero príncipe de Qatar a quien piensa venderle una buena manada de caballos —y aunque lo dijo intentando parecer despreocupada, no convenció ni a la madre ni al hijo que la conocían bien desde pequeña.

—¿Y qué tiene eso de malo? —Fue Mary la que habló intrigada por la tristeza que reflejaba Carola—. ¿O es que hay algo más que una reunión de negocios?

—Espero que no —insistió ella en ocultar sus sentimientos.

—¿Marcelo suele salir solo? ¿Se trata de eso? —Ante la preocupación de Manuel, la chica entendió que no descansarían hasta enterarse del motivo de su triste estado de ánimo que no había sabido ocultar.

—No. Hasta ahora no lo ha hecho nunca.

—Entonces... ¡Suéltalo ya, Carola! —le exigió Manuel riendo—. Nos tienes intrigados. ¿A qué viene esa cara de pena? —Y escaparon las lágrimas que llevaba conteniendo desde que Marcelo le planteó su proposición.

—Que me ha pedido que me case con él en septiembre, antes de que regrese a su país —confesó entre hipidos bajo las asombradas miradas de sus mejores amigos—. Y, por supuesto, me tendría que ir a vivir a Argentina. Hoy le he dicho que no puedo hacerlo y entonces me ha ofrecido vivir juntos hasta que lo decida.—Suspiró intentando recobrar la compostura—. Y ya me conocéis. Odio las aventuras tanto como me aterra comenzar un proyecto nuevo.

—Y eso fue culpa de tu madre —reconoció Manuel enojado—. No debió ser tan protectora contigo. Mírate, ahora eres una cobarde.

—Alejandra no le habría negado nada si Carola le hubiera insistido —intervino Mary saliendo en defensa de su amiga y socia—, pero ella no lo

hizo. Y no hay nada malo en no querer alejarse de su hogar y de sus seres queridos, Manuel, que te pasas la vida con el culo en volandas de aquí para allá.

—Hay que ver mundo, mami —contestó sin hacer caso a la regañina de su madre, a lo que estaba más que acostumbrado—. Es el mejor modo de coger experiencia y madurar.

—No todos somos iguales. Hay a quien le gusta una vida tranquila, sin sobresaltos, donde conoces a todo el mundo o chismorreas porque ha llegado alguien nuevo al pueblo. Alejandra y yo pensábamos de la misma forma sobre eso, y es normal que Carola lo vea de la misma manera si se ha educado de ese modo. Lo extraño es que tú hayas salido tan viajero —le reprochó a su hijo sin enfadarse—. ¿Y qué piensas hacer, Carola? ¿Te irás con él?

—Creo que no; no lo sé. No sé qué hacer.

—¿Lo has investigado? —preguntó Mary a Manuel dándole por hecho porque su hijo se preocupaba por la chica tanto como lo haría el mejor de los padres, además de ser un lince navegando por internet en busca de las informaciones más dispares.

—Por supuesto que lo he hecho —respondió ofendido—. No vamos a dejar a nuestra niña en manos de cualquiera y menos de un extranjero. —Las dos lo miraron expectantes—. Y está limpio, Carola. Con las únicas mujeres que lo he visto fotografiado ha sido con las de su familia.

—¿Ninguna junto a su ex? —preguntó la chica extrañada—. ¿No te parece raro? —Manuel se encogió de hombros—. ¿Ni en campeonatos de polo o después de una de sus conferencias?

—Nada. Sí he visto alguna foto de ella, pero sola o con otras personas. Es una mujer muy guapa y elegante de treinta y cuatro años. Al parecer era modelo y mantuvo relaciones pasadas con gente famosa. ¿Quieres ver alguna imagen de ella?



—No. Ahora no me apetece recordarla. Quizás lo haga cuando se marche Marcelo y esté segura de que no volveré a verlo —dijo con lágrimas en los ojos—. ¿Qué habría opinado mi madre, Mary?

—No lo sé, Carola. Aunque imagino que ver a su princesita marcharse al otro lado del mundo no le habría hecho ninguna gracia. Pero también te diría que si el hombre merece la pena y te hace feliz, ¡adelante! ¡Arriésgate! —Carola la miró tan sorprendida como Manuel—. Tu madre era muy romántica. ¿De dónde crees que te viene tu afición infantil por los cuentos de princesas? La heredaste de ella, aunque con el tiempo se volviera una mujer práctica. Por suerte, Chema la conocía bien y procuraba sorprenderla para agradecerle y mantenerla enamorada.

—No lo sabía. Mamá y Chema se mostraban siempre como amigos, nunca vi nada que me hiciera pensar en otra cosa. ¿Y qué harías tú, Mary? ¿Te irías a Argentina con un hombre que conoces desde hace tres meses?

—Desconozco la decisión que tomaría si me ocurriera a mí, pero estoy convencida de que estás enamorada de ese hombre y Chema me ha contado que es formal, sensato y parece tomarse lo vuestro en serio. Incluso, después de mi mala experiencia, creo que te diré... ¡Arriésgate, Carola!

—Piensa en tus sentimientos, Carola. Si son sinceros y estás segura de ellos, lo pasarás mal cuando os separéis—insistió Manuel apoyando los argumentos de su madre—. Yo no conozco a Marcelo a fondo, pero sí comprobé que está enamorado de ti; era evidente por su forma de mirarte.

—No creo que eso se pueda saber solo por la forma de mirar de una persona a otra.

—Sí, si lo hace como si contemplara un milagro y otras veces como si se tratara de un delicioso pastel. Y así te mira Marcelo. —Los tres se quedaron unos segundos en silencio hasta que una llamada al móvil de Carola lo quebró.

—Es Marcelo —explicó levantándose y alejándose unos metros de la

pareja para conseguir más intimidad—. Hola —lo saludó en un susurro—.

—¿Dónde estás? —preguntó entre extrañado y enfadado—. He llegado hace unos minutos y no estabas en mi apartamento; he venido a tu casa y aquí estoy, esperando en la puerta.

—No conocía tus planes, así que me vine a cenar con Mary y Manuel —respondió sin entender las exigencias de Marcelo.

—¿Y piensas venir pronto o prefieres pasar otra noche sola? —Carola no estaba dispuesta a ofrecerle una excusa para que rompiera con ella.

—¿Qué prefieres tú?

—Si te estoy buscando es evidente que deseo estar contigo, ¿no te parece? —La chica se sintió intimidada ante la claridad de su respuesta.

—Está bien, Marcelo —reconoció vencida—; llegaré en cinco minutos.

Se despidió de sus amigos entre ánimos a arriesgarse en búsqueda de la felicidad aunque fuera pasajera y se dirigió a su casa.

Era la primera vez desde que lo conoció que su rostro reflejaba gestos de agotamiento y Carola se sintió responsable de ello.

—Hola. ¿Cómo ha ido tu reunión con el príncipe? —lo saludó evitando cualquier comentario que aumentara la tensión entre ellos y que ya no soportaba más—. ¿Es cierto que se trata de un príncipe de verdad?

—Un príncipe de carne y hueso —respondió él después de besarla en los labios con una contundencia que hablaba por sí sola—. No me puedo creer que piensas en no verme esta noche, Carola —susurró desanimado mientras la observaba con intensidad—. Eso significa que te has creído tus palabras de esta mañana, esas en que me decías que entenderías que no quisiera verte más. —La decepción que mostraba Marcelo la intimidó y no pudo contestar—. ¿De verdad lo entenderías, Carola? —Ella no respondió—. Y lo que más me preocupa es si te conformarías.

Carola continuó en silencio y de ese modo entraron en su casa.

—Vamos a la cama —propuso él recuperando una fingida naturalidad mientras miraba el reloj—. Estoy agotado.

—Sí —reconoció la chica sin cambiar el tono de la conversación—. Parece que te hubieras caído del caballo y te hubiera pateado el trasero.

—Así me siento. —Entró en el baño y cerró la puerta tras él.

Carola, mientras se cambiaba de ropa y se ponía un ligero camisón, oyó la cisterna y el leve ruido del cepillo de dientes que Marcelo había llevado allí aparte de otros artículos de aseo personal. Lo vio salir del baño vestido solo con unos bóxers celestes que le sentaban de maravilla a su cuerpo fuerte y bronceado, apagó el aire acondicionado con el mando a distancia como solía hacer Carola cuando el dormitorio alcanzaba la temperatura ideal y se desplomó sobre la cama.

—¿Se puede saber que has hecho para estar tan cansado?

—Algún problemilla que tengo y que me impide dormir —dijo con cierto retintín del que Carola hizo caso omiso—. No tardes en venir a la cama, cariño. Necesito descansar y hasta que no estés tumbada a mi lado, sé que no lo lograré.

Efectivamente, no mentía. Carola pasó unos minutos en el baño y cuando salió lo encontró tumbado bocarriba y mirando pensativo al techo con los ojos bien abiertos.

—¿No ha ido la venta como esperabas? —le preguntó preocupada a la vez que se sentaba junto a Marcelo para observar su rostro concentrado en sus pensamientos.

—Ha salido según lo planeado. Aunque iré a Qatar para recibir a mis caballos y hacerles la revisión tras el viaje en barco. Pasaré allí la segunda semana de septiembre y después regresaré... —A Carola le cambió la

expresión del rostro cuando Marcelo comenzó hablar del futuro; dentro de tres semanas él se marcharía para siempre—. ¿Qué sucede, Carola?

—Nada, nada —se apresuró a decir mientras se tumbaba e intentaba recuperarse del mal trago—. Yo también estoy cansada. —Marcelo se incorporó y la observó durante un instante.

—Lo lamento, cariño. Lamento haber mencionado el futuro inmediato. Ahora comprendo que estás sufriendo tanto como yo; lo he visto en la expresión de tu cara —le ofreció un beso fugaz pero cargado de ternura—. ¿Y cómo lo vamos a solucionar, Carola? ¿Vamos a pasarnos estas tres semanas amargados y nos despediremos antes de tiempo o celebraremos que tendremos un futuro juntos?

—No quiero separarme de ti, Marcelo —reconoció Carola por primera vez en voz alta.

—Pues no lo hagas —le suplicó en parte aliviado—. No lo hagas.

Pero no le exigió una respuesta y se limitó a hacerle el amor con toda esa ternura que Carola obtenía de él; la misma que ella ofrecía. Las únicas palabras que le dijo antes de dormirse abrazado a ella fueron un prólogo de lo que Marcelo deseaba en su futuro.

—Así cada día de mi vida, Carola. Es lo único que de verdad ambiciono. Besarte antes de dormirme y al despertarme porque estarás a mi lado.

—Te quiero, Marcelo. —Y él la apretó contra su cuerpo.

Unos segundos más tarde Carola oía la profunda y tranquila respiración de Marcelo que la arrulló hasta dormirse tan relajada y satisfecha como parecía estarlo él.

Los sonidos que hacía Marcelo mientras se afeitaba en el baño la despertaron y le impresionó comprobar el modo en que ese tsunami de hombre se había asentado en su vida, a tal profundidad que le dolería más de lo que

podría haber imaginado si tuviera que separarse de él. Lo amaba con tanta intensidad que esa mañana supo que lo seguiría hasta el fin del mundo si se lo pidiera y él ya le había ofrecido el cuento de hadas con el que llevaba soñando desde que era una niña.

Cuando comenzó su relación con Marcelo comprendió el motivo que le había llevado a mantener esos sueños en su cabeza; la ausencia de un padre. Ella deseaba para sí formar, o al menos intentarlo, una familia perfecta con papá, mamá y niños felices correteando por un jardín; había soñado con eso desde que podía recordar, con lo único que faltaba en su vida para ser completamente dichosa.

Marcelo era el hombre que había esperado sin saberlo, el único que se había adueñado de su corazón, el único que había expresado, aunque no lo hiciera con palabras, cuánto la necesitaba y ni siquiera se había rendido ante las numerosas dudas que ella le planteaba desde que le propuso matrimonio, lo que decía mucho de la sinceridad de sus sentimientos por ella. Marcelo era parco en palabras de amor, pero no en gestos y acciones, ante las que Carola se sentía alguien imprescindible en su vida, tanto como lo era él en la suya.

También tenía razón cuando se refería a la vida de Carola, respecto a lo personal y a lo profesional; ella estaba comenzando en esos dos aspectos de su vida adulta, sobre todo después de morir su madre, y sabía que siempre podría contar con Mary, Manuel y Chema, su única familia. Con ellos sería volver a la vida de su niñez y su juventud, las personas quienes, junto a su madre, habían asentado en ella los valores que marcarían su futuro. Junto a Marcelo comenzaría una nueva etapa, la de la mujer en la que se había transformado. Tomó una decisión justo en el momento en que Marcelo abrió la puerta del baño.

—Arriba, perezosa —la animó después de besarla en la frente—. Vamos a llegar tarde.

Pero Carola lo tumbó sobre ella a la vez que lo abrazaba con fuerza y lo

besaba con una pasión arrolladora.

—Si continúas comportándote de este modo, no saldremos de la cama en todo el día —la amenazó Marcelo sonriendo—. No sabes cuánto lo necesito.

—No te contengas —lo incitó descarada—. Estoy a tu disposición, pero antes debo decirte algo.

—Luego. —Y la acalló con un beso tan lujurioso que borró cualquier pensamiento de Carola que no estuviera relacionada con el cuerpo de Marcelo.

—Te aseguro que te gustará saberlo —insistió Carola en un instante en que separaron los labios unos pocos centímetros.

—Tienes tres segundos.—Carola los perdió en una carcajada que hizo sonreír al hombre.

Las palabras que pronunció Carola a continuación, provocaron tal batalla en el interior de Marcelo que lo desconcertó por completo. Nunca se había sentido así, ni siquiera afrontando la muerte de su madre cuando era un niño; ni la apatía de su padre le provocó tal cúmulo de emociones enfrentadas entre sí.

—Me casaré contigo.

Marcelo se levantó de la cama en un segundo y la observó de dos maneras tan dispares que preocupó a Carola. En un primer momento, su rostro siempre tan expresivo, demostró tal felicidad que la hizo llorar de emoción, pero, en cuestión de segundos, algún pensamiento negativo invadió su mente y le provocó tal tortura que el rostro de Marcelo palideció.

Marcelo se avergonzaba de sí mismo, por engañarla, por convertir su amor verdadero en algo material y contable que serviría para saciar su ambición y la de sus hermanos, como si ella no fuera la persona más importante de su vida, como si conservarla a su lado no fuera lo único que en realidad

necesitaba.

Carola se sintió rechazada ante ese cambio tan brusco y se sentó en la cama abrazando sus piernas contra el pecho con tanta fuerza que Marcelo podía leer en su gesto corporal la vulnerabilidad que sentía en ese momento y estuvo tentado de confesarle la verdad, pero su conciencia le advirtió sobre la posibilidad de perder a Carola para siempre.

Marcelo se sentó en el borde de la cama dándole la espalda mientras su mente y su corazón luchaban a muerte, hasta que las palabras de Carola lo obligaron a tomar una decisión.

—Creo que mi respuesta no ha llegado en el momento oportuno —susurró Carola a la vez que se levantaba de la cama con la intención de dirigirse al baño—. No pasa nada, Marcelo. Olvídate de lo que te he dicho.

—Nunca podré olvidarlo, Carola, porque ha sido el momento más feliz de mi vida hasta ahora. Tanto que me hace pensar en que no te merezco. —Se levantó, cogió sus manos y las llevó a su boca para besarlas demostrando una sincera adoración—. Nunca seré digno de tu amor.

—¿Por qué te sientes así? —le preguntó ella angustiada al ver el hondo pesar que Marcelo demostraba en ese instante.

—Porque eres demasiado buena para mí. Un sueño que nunca pensé hacer realidad; ni siquiera lo soñé. Encontrarte en este momento de mi vida ha sido un verdadero milagro, mi salvación, un regalo que no sé si merezco y que me aterra perder más que morir.

—No es para tanto, Marcelo —le recriminó sonriendo Carola con lo que intentaba quitarle importancia a sus palabras—, además, tú me haces sentir del mismo modo. Vas a convertir en realidad mis sueños de princesas.

—Eso es lo que tendrás, te lo prometo. —Y selló su promesa con un beso reflejo de sus sentimientos hacia la mujer a la que adoraba—. No te muevas de aquí. Tardaré solo unos segundos.

Marcelo la soltó y se dirigió al salón donde había dejado el maletín que llevó a la reunión de la noche anterior, lo abrió, sacó una cajita y se dirigió al dormitorio.

—Ábrelo —le pidió a Carola tras ofrecerle el pequeño estuche de terciopelo.

La chica obedeció con dedos titubeantes y su boca se redondeó en un ¡oh! de muda admiración.

—Hace tres semanas que le pedí a mi hermana que me lo enviara. —Carola lo miró impresionada—. Fue el anillo de compromiso de mi madre; ahora es el tuyo. —Marcelo sonrió al ver la sonrisa perfecta de su novia contrastando con la humedad de sus mejillas recorridas por las lágrimas que reflejaban la emoción que sentía en ese momento—. Cariño, nunca dejes de ser tan sincera —le dijo abrazándola con fuerza—. Aunque me desarmes por completo y me convierta en un hombre débil y estúpido, me encanta saber cómo te sientes.

—¡Por favor! —suplicó Carola girando el estuche para que Marcelo le pusiera el anillo con lo que lo hizo reír a carcajadas—. ¡Qué me quede bien! —Y encajó perfectamente en su dedo anular bajo la emotiva mirada de ambos.



## Capítulo 11

Mientras vivía su propia ensoñación, la pareja, gracias a algunas influencias de Chema, fijó la fecha de la ceremonia civil que se celebraría en el ayuntamiento de San Roque el 16 de septiembre, tras la vuelta de Marcelo de Qatar, adonde viajó solo por más que le insistió a Carola; ella se negó a acompañarlo al tener demasiados asuntos que resolver antes de marcharse a vivir al otro lado del mundo. Y sonreía ilusionada cada vez que lo decía en voz alta.

Chema preparó en su casa una cena en homenaje a la pareja la noche antes de la boda, a la que asistieron Mary, Manuel y su novia, Ben y Blanca y Julián y Vanesa que habían viajado desde Argentina para presenciar la boda de su hermano; las mismas personas que asistirían al día siguiente a la ceremonia que la pareja decidió celebrar solo junto a sus familiares más cercanos debido a la precipitación de la ceremonia. Justificaron la ausencia de Roberta como ella pidió a Julián que dijera, ya que algún miembro de la familia debía permanecer al cuidado de la hacienda.

Las dos cuñadas de Marcelo se mostraban distantes y poco amistosas con la novia, pero a nadie le extrañó ese comportamiento debido a la premura de la celebración y a que eran unas desconocidas; con Blanca solo había coincidido en un par de ocasiones y antes de que se hiciera realidad la relación de Marcelo con Carola. Sin embargo, a los tres hermanos Abadía les molestaron la actuación de las dos mujeres que sabían intencionada y lo comentaban entre ellos durante unos minutos en que parecieron mantener una reunión familiar.

—Carola no disimula sus sentimientos hacia ti, Marcelo, y creo que eso confunde a Blanca y a Vanesa —les explicaba Julián que buscaba una justificación inexistente.

—Y no entiendo por qué debería ocultarlos —le replicó enojado a su hermano—. Es feliz y me siento orgulloso de ser el causante de su felicidad.

—Ellas esperaban que celebraras una boda como fueron las de ellas, un mero trámite. Y Roberta se encargó de comentarles que Carola aún no ha firmado ningún acuerdo prenupcial. La verdad es que están bastante enfadadas por ese trato desigual.

—Y recuerda esto, Julián. Ni lo ha firmado ni lo firmará. Y no quiero que se mencione ni una palabra sobre ese asunto en presencia de Carola. Ella será mi esposa con todos los derechos y consecuencias del compromiso.

—¿Y qué harás cuando dentro de cinco años quieras divorciarte? ¿Darle la mitad de tu fortuna y tu herencia?

—Marcelo era de los que no se casaban, pero eso fue antes de conocer a Carola. Ahora es de los que no se divorcian, Julián. ¿Aún no te has dado cuenta de que se casa enamorado? —comentó Ben divertido al ver el gesto impresionado de su hermanastro mayor—. Eso es lo que de verdad les molesta a Blanca y a Vanesa, que el matrimonio de Marcelo será de verdad y no una mera transacción económica. —Y se rio a carcajadas—. Hay que estar ciego para no verlo.

—Si Carola me soporta —confesó él mientras la veía reír en compañía de su amigo Manuel—, tengo planeado permanecer junto a ella el resto de mi vida. Así que no necesitaré ningún acuerdo prenupcial.

Habían estado una semana separados y se prometió que no habría una próxima vez. Nunca pensó que podría extrañar tanto a una persona, y mucho menos que ese distanciamiento le doliera aún más.

Carola se acercó hasta ellos con la intención de rellenarles sus copas de

vino y Marcelo no desaprovechó la oportunidad de mantenerla unos minutos junto a él; la sujetó por la cintura de un modo tan posesivo que no dejaba de sorprender a Julián. El mayor de los Abadía se tomó unos momentos para observar con interés desmedido a su futura cuñada y al comportamiento de Marcelo hacia ella. Nunca habría imaginado al trabajador infatigable que era su hermano, pero a quien apenas importaban las relaciones interpersonales, enamorado de una mujer, casi una chiquilla como era Carola, por la que se desvivía, a quien ofrecía una ternura impensable en él y por la que derrochaba constantes muestras físicas de cariño; si no la tomaba de la mano o de la cintura, le ofrecía un beso fugaz, pero cargado de esa pasión que Marcelo solo mostraba ante su trabajo. Julián pretendía conocer a la mujer que había robado el corazón de su hermano y se sintió atrapado en la conversación que ella comenzó.

—Nunca he conocido unos hermanos que se parezcan menos que vosotros —dijo Carola sonriendo y dirigiendo miradas comparativas a unos y a otros—. Quizás Ben y Marcelo tengan los ojos similares, pero nada más.

—Nos hemos repartido —contestó Ben con su buen humor de siempre—. Julián a su madre, yo a la mía y Marcelo a nuestro padre.

—¿Y vuestra hermana? —preguntó con curiosidad que aumentó cuando los tres se miraron entre sí sin saber que responder.

—Mi padre siempre comentaba que se parecía por el carácter a su madre, nuestra abuela paterna —respondió Julián con excesiva solemnidad que a esas alturas de la noche había dejado de asombrar a Carola—. Aunque en cuanto al físico, se parece mucho a Marcelo. Lo comprobarás cuando veas las fotos familiares que conservamos en el estudio.

—El mausoleo —añadió Ben riendo y contagiando a su hermano Marcelo bajo la estricta mirada recriminadora de Julián.

—Cuando era pequeño le daba miedo entrar solo en esa habitación; decía

que lo observaban demasiados fantasmas —contó Marcelo divertido—. Creo que no lo superó hasta los quince o dieciséis años.

—Lo peor es que es cierto —reconoció Ben en el mismo tono de su hermano—. Me aterrorizaban esas fotos, la mayoría en tonos sepias o blanco y negro, con sus rostros serios y sombríos.

—¿Desde cuándo pertenece esa finca a vuestra familia? Yo soy la cuarta generación que vive en mi casa —comentó orgullosa—, aunque no sea nada del otro mundo, para mí es importante que la construyeran los abuelos de mi madre.

—Entonces, igual que la nuestra. Los primeros propietarios también fueron los abuelos de nuestra madre y cada uno fue ampliando la finca un poco más. Ahora se tarda una jornada completa en recorrerla a caballo —contaba Julián satisfecho de sí mismo—. Hemos conseguido que la propiedad sea la más moderna y rentable de toda la Pampa Húmeda.

—Tendré que ponerme al día en la geografía de Argentina; apenas si recuerdo algunos datos, aparte de la capital del país.

—Ya te los mostraré en directo —se ofreció Marcelo deseoso por complacerla en algo—. Haremos algunos viajes por el país para que lo conozcas como es debido.

Acabada la cena ya pasada la medianoche, Carola decidió despedirse y marcharse a su casa, dispuesta a pasar su última noche de soltera en el hogar que la había visto crecer, donde se inventaron sus sueños y sus ilusiones y fue feliz en compañía de su madre.

—No —le respondió convencida a Marcelo cuando insistió enojado en pasar la noche juntos después de una semana sin verse—. Esta noche será para mí y los recuerdos que guardo en esa casa. A partir de mañana, no sé cuándo regresaré —exigió emocionada, lo que despertó una vez más el remordimiento de Marcelo.

—Está bien, Carola. Entonces, antes de despedirnos... —Marcelo sacó un regalo de la guantera de su coche—. No sé los planes que tienes, pero me gustaría que mañana llevaras esto puesto; significaría mucho para mí que lo hicieras. —Y se lo ofreció a Carola quien, sorprendida, lo abrió con lentitud.

—Gracias, Marcelo. Me siento mal. Yo no tengo ningún regalo para ti.

—Tú eres el mejor regalo que puedo recibir —le contestó acariciando su mejilla—. No necesito nada más que la confianza que has depositado en mí al aceptar mi proposición de matrimonio. Eres muy valiente, cariño.

Y Carola no supo qué decir cuando destapó el estuche y se encontró con las preciosas joyas que guardaban.

—Forman un juego con el anillo y también pertenecieron a mi madre. Sería para mí un honor que tú quisieras llevarlas mañana y durante el resto de tu vida, o hasta que un día se las regales a alguno de nuestros hijos para que se las ofrezca a su futura esposa.

Carola no podía hablar y no por el valor económico de las joyas que suponía elevado, sino por lo que representaban para Marcelo; amor, compartir, familia, vida. Marcelo hacía sus sueños realidad.

Cuando Marcelo llegó al apartamento, sus hermanos y cuñadas se sorprendieron al verlo entrar.

—¿Tu novia se quiere reservar para la noche de bodas?

Vanesa habló envenenando el ambiente como conseguía hacer cada vez que abría su boca siempre llena de ofuscación y envidia; eso fue lo que pensaron a la vez los tres hermanos Abadía al escucharla.

—Es más mojigata aún de lo que parece. —Con su desprecio intentaba provocar a Marcelo.

—Pobre chica —añadió Blanca con la misma mala intención que Vanesa—. ¿Aún cree que estás enamorado de ella? La jugada te ha salido perfecta,

Marcelo.

—También podíais haber venido solos —contestó Marcelo mirando a sus hermanos e ignorando por completo a las dos arpías que los acompañaban y a las que no pensaba dar explicaciones sobre sus sentimientos hacia su futura esposa—. No había necesidad de mostrar a las bestias del circo Abadía.

—Estas bestias —intervino Vanesa—, os han sacado de un gran apuro; no lo olvides, Marcelo. O puede que tu futura esposa se entere antes de lo previsto del plan que le has preparado y de cómo es en realidad la familia Mendoza.

—Ya te guardarías tú de ser la transmisora de tales noticias —le replicó Julián en un tono tan grave que sorprendió a sus hermanos—. Te quedarías sin un céntimo. No lo olvides, cariño —acabó con retintín.

—Creo que Vanesa se refiere a lo buenas personas que han demostrado ser ellas. —El tono irónico de Ben irritó aún más a las dos mujeres—. No te preocupes por advertir a Blanca, Julián, ella lo tiene bastante claro. ¿Verdad, amorcito? —Blanca lo fulminó con una mirada cargada de odio.

—Buenas noches —se limitó a decir Marcelo que cuando estaba en compañía de Carola, olvidaba la clase de familia que se habían visto obligados a formar debido a las circunstancias y en la que se vería pronto inmersa y, a excepción de sus dos hermanos, no confiaba en nadie más.

De nuevo, una inmensa oleada de remordimiento lo invadió. Él no era mejor que las mujeres a las que acababa de insultar. No lo era porque, aunque no engañaba a Carola respecto a sus sentimientos hacia ella y tampoco habría acabado su relación si se hubiese negado a casarse con él, le debería haber contado la razón por la que pensaba casarse con Andrea y tal vez ella lo entendería y justificaría que rompiera ese compromiso materialista por otro en el que existía lo más importante para que funcionara una relación. Amor. Pero el miedo a perderla porque ella se sintiera utilizada, lo acobardaba hasta el

punto de elegir, si no la mentira, el silencio.

Marcelo se quedó inmóvil al salir del baño y encontrarse a Vanesa tumbada en la cama en ropa interior.

—He venido a disculparme, Marcelo. Y para que veas que soy sincera contigo, si te apetece, podríamos celebrar tu despedida de soltero.

Marcelo se dirigió a la puerta del dormitorio y la abrió de par en par sin decir ni una palabra. Vanesa entendió la indirecta y se detuvo al pasar a su lado.

—Recuerda esto, Marcelo —se despedía con esa sonrisa diabólica que erizaba la piel del hombre—. Ella descubrirá el engaño y tú acabarás donde has debido estar siempre, entre mis piernas.

Marcelo no respondió; se limitó a cerrar la puerta con pestillo y se sintió más asqueado aún, a pesar de que hacía tan solo unos minutos le resultara imposible conseguirlo.

La mujer que se presentó en el ayuntamiento a la una y media de la tarde dispuesta a casarse con él, conseguía que un hombre se sintiera orgulloso de sí mismo tan solo por ser el que ella había escogido para compartir su vida. Y así se sintió Marcelo nada más verla entrar del brazo de Chema, el hombre más satisfecho del mundo.

Carola mostraba su sonrisa perfecta, toda su ternura en sus preciosos ojos azules e irradiaba ilusión y amor por cada poro de su piel. Ataviada con un mini vestido de novia moderno y elegante, como luego lo bautizó Ben, de falda corta, mangas largas y espalda descubierta, adornada con las joyas de su difunta suegra, conseguía una vez más que a Marcelo le temblaran las rodillas y se pusiera nervioso como un niño el día de Navidad ante su más preciado regalo. Eso significaba Carola para él, el más valioso regalo que recibiría en toda su vida.

La ceremonia fue simple y rápida, pero con una emocionante lectura de

votos que compartieron entre los dos; los escribieron online durante la estancia de Marcelo en Qatar y dejaron asombrados a los presentes a la boda por la forma sincera e intensa en que los expresaron y en la que ninguno ocultó los sentimientos que despertaba el otro.

—Pasaremos juntos cada día de nuestras vidas —comenzó Carola.

—Compartiendo nuestras alegrías y nuestros pesares; nuestra fortuna y nuestro infortunio; la salud y la enfermedad —continuó Marcelo sonriendo y sin dejar de mirarla a los ojos.

—Te ayudaré a hacer realidad tus sueños y tus ilusiones y tú me ayudarás con los míos.

—Serás mi compañera, mi amiga y mi amante y yo seré tu compañero, tu amigo y tu amante. Te lo demostraré en cada dificultad que se presente en nuestras vidas y, juntos, las superaremos.

—Te haré saber cada día cuánto te amo.

Y Marcelo añadió el final inesperado hasta para la misma Carola.

—Gracias, Carola, por la confianza que has depositado en mí, por la valentía que demuestras al seguirme a mi mundo al dejar atrás tus raíces y a las personas que te quieren. No habrá un día de mi vida que no me esfuerce por hacerte feliz porque tú eres el regalo más valioso que he recibido jamás.

Sellaron sus votos con un emotivo beso que aplaudieron los pocos presentes a la ceremonia, aunque sorprendidos ante la sinceridad que reflejaron las palabras y las intensas miradas que se dedicaron los novios.

Chema se había encargado de organizar la boda, de elegir y reservar el lugar de celebración e incluso de pagarlo como haría un padre. Manuel hizo las fotos de la ceremonia y la grabó como Carola le había pedido que hiciera.

A Marcelo le extrañó despertar y no encontrar a su flamante esposa en la cama cuando lo habitual era que ella se levantara más tarde que él. El sonido



de su propia voz lo condujo hacia la sala de estar donde Carola veía el vídeo de la ceremonia y algunas escenas del almuerzo que celebraron luego. Sin interrumpir la atención que Carola ponía en la pantalla a la vez que sonreía, se sentó a su lado. Ella lo miró un instante, sonrió y le ofreció un beso fugaz.

—Ayer estabas muy guapo —comentó volviendo su mirada a la televisión—. Y el final de los votos... Conseguiste en ese momento que me sintiera lo más importante de tu vida.

—En ese momento y en todos. Eres lo más importante de mi vida. —Y la besó en la mejilla—. Y espero, que si, por desgracia, vinieran momentos difíciles, lo recuerdes siempre.

Marcelo le transmitía lo que sentía con unos gestos cargados de ternura; al acariciarla, al besarla, al abrazarla o al hacer el amor. Carola sabía que sus palabras eran tan sinceras y tan ciertas como sus gestos. Al hombre lo desarmaba por completo cuando ella le demostraba su total confianza, como ocurría en ese momento.

—Espero llevarme bien con ellas —comentó Carola cuando apareció una imagen de Blanca y Vanesa cuchicheando entre ellas—. Si vamos a vivir todos juntos, me preocupa no caerles bien.

—Son ellas quienes deberían preocuparse. Tú no tienes problemas de ese tipo. —Ella se limitó a encogerse de hombros y Marcelo prefirió ser lo más sincero posible—. Carola, ni Blanca ni Vanesa son mujeres humildes, sencillas o naturales, más bien yo diría que son todo lo contrario. Les gusta ser el centro de atención, saben alternar entre los demás aunque deban mostrarse de un modo falso. Tú no estás acostumbrada a relacionarte con ese tipo de personas. —Ella lo observó un instante.

—Tengo la impresión de que tus cuñadas no te agradan demasiado.

—No me agradan, tienes razón. A pesar de todo, procuro comportarme con ellas de un modo neutro con el que no refleje mis sentimientos.

—Podrías ofender a tus hermanos.—Marcelo sonrió de un modo preocupante.

—Mis hermanos las conocen lo suficiente.

—¿Y tu hermana? ¿Cómo es tu hermana, Marcelo? —El marido se recostó en el sofá y suspiró antes de responder, preocupado una vez más por el cambio tan brusco que experimentaría la sencilla vida de Carola.

—Una mujer complicada y poco agradable, como lo fue mi padre y, por lo que he oído, mi abuela. Nosotros la conocemos y no le prestamos atención, pero tú... —dudó ante lo siguiente que iba a decirle—. No permitas que te intimide, cariño. Disfruta manejando a todo el mundo; creo que esa es su razón de vivir.

—¿Y maneja a tus cuñadas? —preguntó preocupada.

—Por supuesto—respondió sonriendo e intentando evitar cualquier atisbo de angustia en Carola—. Y querrá hacer lo mismo contigo. Tú límitate a ordenar tus cosas y a nuestra habitación; ella se encarga de dirigir la casa y al personal que trabaja en ella. Creo que eso te resultará bastante cómodo cuando comiences a trabajar en la hacienda. —La besó como acostumbraba, con una pasión abrumadora—. Tenemos que ponernos en marcha, Carola. Nuestro avión sale a las dos y Chema vendrá a recogernos a las once para llevarnos al aeropuerto.

—Marcelo. —Solo la forma de pronunciar su nombre reflejó las dudas que sentía—. ¿Qué pasará si no me gusta vivir entre tanta gente extraña? ¿Tendré que... —Marcelo no la dejó terminar su pregunta.

—Solo tendrás que decírmelo y buscaremos una solución. También yo lo he pensado y tampoco sé si me gustará a mí —le explicó sonriendo y quitándole importancia a sus dudas—. Sinceridad, Carola. Es lo que más me gusta de ti, no lo olvides. —Ella le sonrió.

—Y a mí me gusta lo bien que me comprendes. Te quiero, Marcelo. —Y lo

besó de una forma tan entregada y generosa que el marido se olvidó hasta de su propio nombre.

Cuando se acercaba el momento de la despedida de la única vida que había conocido, aparte de sus años de estudiante, Carola se concentraba en sus sentimientos hacia Marcelo, en lo mucho que le dolería separarse de él y de esta forma consolaba el dolor que le provocaba alejarse de la casa que había compartido con su madre y en la que había sido una niña y una joven muy feliz. La mujer en que se había convertido amaba a Marcelo y estaba dispuesta a compartir su vida con él, aunque para ello tuviera que marcharse al otro lado del mundo.

Ya había enviado, a través de un servicio de paquetería, a su nuevo hogar en Argentina gran parte de su ropa, sus libros y apuntes de veterinaria y algunos recuerdos de los que no podía desprenderse. Su casa familiar permanecería intacta y cerrada no sabía hasta cuándo. Había hablado con Marcelo y habían barajado la posibilidad de pasar unos días de descanso el verano siguiente, en pleno invierno argentino.

Pero por más que se lo propuso, cuando llevaban cinco minutos alejándose en el coche, Chema y Marcelo comprobaron que lloraba en silencio. Al primero le apenó y le preocupó porque no se sintiera segura del trascendental paso que había dado en su vida. Al segundo le remordía la conciencia porque pensaba en lo mucho que ella sacrificaba y afrontaba por él, por un hombre que, en parte, la había utilizado y engañado, a pesar de que la amara más que a su vida.

—Eres muy valiente, Carola —la animó Marcelo—. Y no sabes cuánto te agradezco el enorme sacrificio que haces por los dos.

—Marcelo tiene razón —añadió Chema—. Eres una mujer muy valiente; aunque tú misma no lo creas. Por ello siempre te irá bien en la vida, Carola. Recuerda a tu madre y a ese coraje que derrochaba.

—Sí. Siempre la tengo en cuenta. Sobre todo por cuanto debió luchar durante mis primeros años de vida. Ella estuvo sola entonces.

—Vas a vivir en una hacienda casi tan grande como todo San Roque —le contó Chema intentando distraerla—. Y podrás pasear a caballo a tus anchas.

—Tenlo por seguro, cariño. Buscaremos un rato siempre que te apetezca. Quiero que en La Abadía te sientas como en tu propia casa. Además, allí no te faltará el trabajo. Se ha comprometido a especializarse también en el ganado vacuno —le comentó a Chema—. Nos vendrá de perlas una cirujana de su valía.

—Vas a estar entretenida, Carola. Al final tendrás caballos y vacas; nada de perritos y gatitos como creías que te ocurriría cuando terminaras la temporada de polo.

—Por eso me he casado con Marcelo —bromeó la chica más repuesta—. Para asegurarme el trabajo que me gusta. —Y los dos hombres rieron aliviados al comprobar que ella se animaba y afrontaba el futuro con optimismo e ilusión.

Un taxi los conducía al hotel de Nueva York mientras Marcelo le hablaba sobre los lugares por los que pasaban y ella observaba entusiasmada e impresionada a la vez; el marido disfrutaba tanto como ella al verla feliz. Esa misma noche cenarían en compañía de Alice Bernstein y Benjamín, quien viajó hacia Nueva York el día anterior en compañía de Blanca.

La elegante belleza de Alice impresionó a Carola. La mujer, aunque no tuviera aún sesenta años, no aparentaba más de cuarenta y cinco y era visible que todo en ella era natural. Como también era visible la antipatía que sentía por su nuera a la que apenas prestaba atención. Carola sintió que sería difícil para una madre comprobar que su único hijo no era feliz junto a la mujer con la que se había casado.

Alice no ocultaba el cariño y el respeto que sentía por Marcelo y que nada

más conocerla, extendió hacia ella.

—Menos mal que te gustan los animales, Carola —le comentaba Alice con su fuerte acento neoyorquino—. En cuanto Ben creció, yo me aburría allí demasiado.

—Como me sucede a mí —intervino Blanca—. Pero ya he conseguido varias ofertas de trabajo en Buenos Aires que estoy estudiando; dos de ellas como copresentadora de programas de televisión.

Carola la miró impresionada y sonrió complacida ante el entusiasmo y la ilusión que demostraba Blanca.

—Por supuesto tendré que marcharme a vivir a Buenos Aires —continuó Blanca explicando—. Aunque, la verdad, es que yo, como te sucede a ti —le dijo a su suegra en un esfuerzo por ganarse su simpatía—, soy más de ciudad. La Abadía y Roberta son una combinación desesperante.

—Espero que en Buenos Aires encuentres lo que necesitas. —Y Alice se dirigió a su hijo—. ¿Tú la acompañarás, Ben?

—Jamás. Solo pienso pasar allí el tiempo que duren mis partidos. Prefiero conducir durante dos horas que permanecer en la capital. —Blanca no ocultó un gesto de decepción que no pasó desapercibido a los demás aunque solo durara unos segundos.

Marcelo observaba el rostro desencantado de su mujer ante la suerte de la pareja y, conmovido por su sinceridad, la atrajo hacia su cuerpo en un acaparador abrazo que fue observado con atención por el resto de su familia. Alice sonrió encantada ante el gesto de su hijastro, ya que Marcelo parecía feliz con su joven y reciente esposa y luego miró a su nuera con el desprecio estampado en su cara.

Después de una cena animada por las disputas y comentarios de los dos hermanos, regresaban a casa de Alice dando un paseo por la Quinta Avenida. Carola se esforzaba por mantener una conversación amistosa con Blanca a la

vez que contemplaban lujosos escaparates de moda, sobre todo femenina.

—Con la ridícula pensión que me pasa Ben no tendría ni para comprarme uno de esas preciosas botas. —Carola la miró impresionada por el comentario y aún se asombró más cuando se atrevió a preguntarle por el tema que intrigaba tanto a Blanca como a Vanesa—. ¿Has llegado a un acuerdo con Marcelo?

—¿Un acuerdo? —susurró extrañada.

—Económico —al decirlo con total convencimiento preocupó a Carola—. Vanesa y yo recibimos tres mil dólares mensuales de nuestros maridos —le explicaba con tanta naturalidad que la chica pensó que sería algo normal en la familia de su esposo—. Ambas creemos que es una miseria, aunque te permita vivir bien, no podemos mantener un nivel de vida similar al de Roberta o al de Alice —dijo mirándola un instante por encima del hombro—. Fíjate en la ropa y en los complementos que lleva; hoy va vestida con más de cinco mil dólares. Por no mencionar lo que debe gastar en productos y gabinetes de belleza para mantener un cutis tan perfecto como el suyo y un cuerpo tan en forma. Está a punto de cumplir sesenta años —reconoció admirada—. Y no ha trabajado en toda su vida. —Sonrió con desprecio—. Las ventajas de casarse con un marido riquísimo que no limite tus gastos; sobre todo después de la excelente pensión que consiguió tras el divorcio.

—Yo no aceptaré ninguna pensión de Marcelo —contestó Carola con naturalidad—. Aunque imagino que me pagará un sueldo como a cualquier colaborador de los suyos. No hemos hablado todavía sobre este asunto.

—Eres muy ingenua, Carola —le dijo casi con desprecio—; su ex le iba a costar un buen pico. Y ahora tú, no solo no quieres una pensión sino que trabajarás para él. —Y sonrió maliciosa—. Marcelo ha hecho un gran negocio al casarse contigo.

Marcelo no sabía sobre qué estaban hablando Blanca y su mujer, pero sí la

vio palidecer de repente y eso lo alarmó de tal modo que Ben y Alice se dieron cuenta del cambio de su semblante.

—Por más que Carola lo intente no conseguirá nada bueno de ella —reconoció Ben asqueado—. Solo piensa en sí misma y en cómo convertirse en el centro de atención de su mundo.

—A esto te ha conducido tu lealtad hacia tus hermanos y La Abadía maldita —replicó Alice sin importarle la presencia de Marcelo—. A la infelicidad. Yo odio ese lugar. No tenías que haberte casado con esa mujer estúpida y superficial. Tienes dinero de sobras para tener tu propia hacienda.

—Mis hermanos son mi familia, mamá. Y La Abadía nuestro hogar. Un sacrificio de cinco años de mi vida no es nada comparado con conservarlo.

—Marcelo no hará tal sacrificio —le reprochó Alice mirando a su hijastro—. Él se ha casado enamorado. —El aludido iba a contestar, pero Ben lo retuvo al colocar una mano sobre su hombro.

—Esto es asunto mío, Marcelo. —Y se dirigió a su madre—. Mi hermano estaba dispuesto a hacer lo mismo que yo, pero ha tenido un golpe de suerte que ha sabido aprovechar. Carola se ha cruzado en su camino en el momento más oportuno; ha sido un encuentro casi milagroso. De lo cual yo me alegro más que si me hubiese pasado a mí. Eso es amor fraternal, mamá. Y si no fuera por el apoyo incondicional que me ha ofrecido Marcelo cada día de mi vida, yo no sería quién soy, ni habría llegado a estar entre los diez mejores jugadores del mundo. Así que no intentes enfrentarme a él o a nuestra hacienda porque no lo conseguirás. Mi hermano me ha ofrecido más cariño y amistad que mi padre o que tú durante toda mi vida. Debes reconocerlo de una vez —le exigió.

—Marcelo —dijo Alice intentando disculparse—, sabes que mi disgusto no es contra ti, que te aprecio y que nunca podré pagarte cuanto has hecho por Ben —Marcelo se limitó a asentir—, y que me alegro de que seas feliz junto a

tu esposa. Pero esa odiosa tierra os ha cegado y envenenado. Ten cuidado allí con Carola, no permitas que se impregne de ese desamor y esa tristeza que reina en La Abadía.

—Por supuesto que lo haré. Ella es lo más importante de mi vida. —Miró a su hermano y sonrió con ternura—. Lo lamento, Ben. Carola se ha interpuesto entre nosotros y ha roto con nuestro eterno noviazgo. —Los dos hermanos acabaron la conversación a carcajadas y Alice dejó de luchar contra ellos consciente de que, no solo era imposible separarlos, aún más difícil resultaba enfrentarlos.

Su mujer permanecía callada de regreso al hotel donde se hospedaban y Marcelo sospechaba que estuviera afectada por algún comentario hiriente que le hubiera hecho su cuñada.

—¿Por qué estás tan callada, Carola? —preguntó obligándola a sincerarse—. ¿Sucede algo? —Ella negó con la cabeza—. Háblame, cariño. ¿Qué te preocupa?

—La situación entre Blanca y Ben, incluso Alice y tú... ¿Por qué sois tan crueles con ella? No le dais oportunidad para que demuestre lo que siente por vosotros.

—Ya lo ha demostrado en varias ocasiones. Ella no ama a Ben, solo desea el nivel de vida que él puede proporcionarle y pertenecer al ambiente elitista que, por desgracia, rodea al mundo del polo. Ben, Alice y yo lo sabemos y no confiamos en ella. Si tiene una oportunidad, intentará perjudicarnos. —Carola lo miró sorprendida.

—No lo entiendo. ¿Cómo podría perjudicarnos? Hablas como si vuestra hacienda fuera un negocio ilegal o algo parecido. —Marcelo se rio sin que la alegría llegara a sus ojos.

—Sería mejor para ella que se mantuviera alejada de La Abadía y de su marido —le confesó maldiciéndose por su desliz—. Creo que mi hermano



sería más feliz.

—Ella también lo cree, me lo ha confesado. Pero dice que no tiene suficiente dinero para mantener el nivel de vida que le gusta.

—Siempre se queja de lo mismo. Su vida se centra en el dinero. No hay nada más para ella que mantener una vida de lujos y caprichos inútiles sin dar nada a cambio. Y Ben le ha puesto un límite que no es de su agrado.

—Marcelo. —Dudó incómoda—. Nosotros no hemos hablado sobre nuestra situación económica. Y, por lo que me ha contado Blanca, tengo la impresión de que en tu familia es algo a lo que dais mucha importancia. Yo, aparte de mi casa, la mitad del negocio del vivero y algunos ahorros que me dejó mi madre, no tengo nada más —explicó con tanta humildad que conmovió a su marido— y me parece lógico que protejáis vuestra fortuna y vuestra hacienda de personas ajenas a vuestra familia. Blanca me ha comentado que recibe una pensión de tres mil dólares y que tu ex te habría costado un buen pico. ¿Cuánto tenías pensado pagarle? —El rostro de Marcelo palideció en ese instante, pero Carola estaba dispuesta a enterarse de lo que sucedió y en esta ocasión no le importaría que su marido no quisiera hablar sobre ello—. ¿Marcelo?

—¿Podemos dejar el pasado atrás? Eso ya no es asunto mío —contestó enfadado—, y menos aún, tuyo.

—¿Por qué no quieres responderme? No lo entiendo.

—Andrea Valenti fue una parte vergonzosa de mi vida que no deseo recordar, ¿de acuerdo?

—Sinceridad, Marcelo —fueron las únicas palabras pronunciadas con solemnidad que le dijo Carola y que avergonzaron aún más a su marido.

—Será la última vez que hablemos sobre este asunto. —Y tomó aire antes de hacerlo—. Durante una temporada de mi vida en la que estuve demasiado ocupado con mis investigaciones y mi trabajo me acostaba con ella y, por

razones familiares de las que aún no puedo hablar y de las que me avergüenzo, me vi obligado a pedirle que se casara conmigo.

—¿Y ella aceptó? —susurró dolida e inexplicablemente celosa porque entonces no conocía a Marcelo.

—Por supuesto que aceptó. Es una oportunista; una mujer acostumbrada a venderse al mejor postor desde que tenía veinte años.

—Y si sabías eso sobre ella, ¿por qué la elegiste? —insistió Carola.

—Ya está, Carola. No voy a hablar más sobre este asunto.

—Yo necesito entenderlo, Marcelo. ¿Por qué aceptaste a una mujer que te pedía cinco mil dólares mensuales? Una mujer que se vende, como hacen Vanesa y Blanca. Eso me asusta porque ahora no sé qué clase de hombre eres o a qué familia me he unido y me pregunto si no me precipité en mi decisión...

—¡Ah! No, Carola —la interrumpió muy enfadado—. Un error de mi pasado no se interpondrá entre nosotros. Hace unos meses nada me importaba excepto mi trabajo, mis hermanos y mi hacienda. Hasta que te conocí y pusiste mi vida patas arriba. Una vida que ahora, si miro atrás, encuentro solitaria y miserable. Pero tuve la suerte de que te cruzaras en mi camino y te enamoraras de mí. Y ni la mala intención de Blanca ni una decisión insensata que tomé en el pasado conseguirán alejarte de mí. Antes tendrían que matarme —añadió tan convencido de sus palabras que Carola le creyó.

—Está bien, Marcelo. No volveremos a hablar sobre eso. Pero recuerda esto tú también: no aceptaré una pensión. —El hombre la observó admirado, sobre todo cuando ella insistió—. Prométeme que no me ofrecerás dinero por haberme convertido en tu mujer. Solo aspiro a ganarme mi sueldo, como cualquiera de los veterinarios que trabajan para ti o vuestra empresa. Tampoco quiero privilegios por ser la mujer del jefe; mantendré un horario laboral como todos los demás.

—De acuerdo, cariño —respondió con un beso breve pero intenso—. Pero

cuenta con que tendrás algunos privilegios porque no pienso viajar solo y, te pongas como te pongas, no cederé a esa condición. —Ella se rio—. Y hay algo más. —Esas palabras sonaron como una advertencia en los oídos de Carola que prestó toda su atención a su marido—. Por supuesto que no te ofreceré una pensión; te has casado conmigo para lo bueno y para lo malo. Ya no existe un mí, ni un mío en mi vida, Carola; todo lo que tenía antes de casarme, ahora es nuestro. —Se rio ante el respingo que dio su mujer—. Mi dinero, mi parte de la hacienda, mis vacas, mis caballos, mis patentes... Todo es nuestro. Y tampoco pienso discutir sobre ello.

Carola prefirió no continuar con esa conversación en ese instante, aunque, después de conocer la situación de Blanca y de Vanesa, estaba convencida de que la actitud de Marcelo provocaría consecuencias graves en el seno familiar. Decidió dejarlo para más adelante y disfrutar de su estancia en Nueva York en compañía de su guapísimo marido.

Una semana más tarde, Julián los recogía en el aeropuerto de Buenos Aires y se dirigían hacia Saladillo, donde se encontraba La Abadía. Su nuevo hogar.

## Capítulo 12

Sentada en el asiento trasero del coche, observaba desde la ventanilla cómo iba cambiando el paisaje. La mole urbanística de la ciudad autónoma que habían dejado atrás, se iba transformando en mares ondulados de altas hierbas verdes cada vez más inmensos y continuos. Julián ponía al día a su hermano sobre algunos pormenores de la última semana que ellos habían pasado en Nueva York. Carola no atendía a la conversación y sus ojos se movían nerviosos sobre todo cuanto pasaba ante ella del país distinto que la acogía en su novedosa vida.

—Ya estamos en nuestras tierras —le informó Julián al entrar en una estrecha carretera secundaria—. Pero aún tardaremos unos minutos en llegar a La Abadía —añadió orgulloso.

Manadas dispersas de vacas o de caballos pastaban tranquilos a ambos lados de la carretera.

—No hay alambradas —observó Carola en voz alta—. ¿No es peligroso?

—Hay un cartel que lo indica a la entrada de la finca. ¿No lo has visto? —le preguntó Julián.

—No me he dado cuenta. Este mar verde es hipnotizador —reconoció admirada.

—Solo está alambrado el perímetro —le explicó Marcelo deseoso de enseñarle cuanto ella quisiera—. Esta es una carretera privada que llega hasta La Abadía. Todos nuestros trabajadores lo saben y conducen con cuidado, sobre todo de noche, aunque, al ser un terreno tan llano, es difícil que algún

animal te sorprenda.

Julián detuvo el vehículo en la entrada de la casa grande como la llamaban todos. A unos doscientos metros a la derecha, separados por un huerto de árboles frutales diversos, se situaba la pequeña aldea que formaban las viviendas de los trabajadores de la finca. Casi a la misma distancia, pero a la izquierda, todas las instalaciones necesarias en la hacienda. Y, aunque había visto algunas imágenes de La Abadía en el ordenador, nunca habría imaginado que el lugar fuera tan hermoso ni que estuviera construido tan en consonancia con la naturaleza del terreno.

Llegaron a la casa grande, como la llamaban, que disponía de dos plantas y estaba diseñada en forma de u, al estilo de los cortijos andaluces, pero inmensa; junto a la enorme puerta los esperaban Ben, Vanesa, Blanca y otra pareja que Carola, nerviosa y presa de una gran timidez, supuso sería Roberta Mendoza y su marido. Marcelo le dio la mano, le sonrió y la besó como acostumbraba, fugaz pero intensamente.

—Bienvenida a tu nuevo hogar, Carola. —Ella se limitó a sonreírle con timidez—. Vamos a presentarte a mi hermana Roberta.

—Bienvenida, preciosidad —la recibió Ben quien le salió al paso y la acogió en un cálido abrazo que llamó la atención de todos—. Espero que te sientas como en tu casa.

Vanesa y Blanca no se acercaron a saludarla, ni siquiera sonreían; una vez más, se limitaron a hablar entre ellas. Marcelo la condujo de la mano hasta su hermana.

—Roberta —dijo sonriendo orgulloso—, te presento a mi esposa, Carola.

Carola refrenó su entusiasmo que la empujaba a ofrecerle dos besos a su cuñada cuando esta le ofreció una mano fría y distante que la chica observó sorprendida durante un par de segundos. Le pareció una mujer arrogante y altiva, de gran parecido físico a Marcelo aunque de mediana estatura y vestida

para salir a cenar a un restaurante de lujo. Junto a ella, quien supuso sería su marido, un hombre completamente calvo, la observaba con unos ojos azules algo saltones y Carola se sintió en ese momento como un helado de chocolate a la salida de un colegio.

—Es evidente que has salido ganando con el cambio, Marcelo —dijo el hombre sin apartar su mirada descarada y lasciva de Carola a la vez que recorría su cuerpo de un vistazo lento—. Tu mujer es de una belleza incomparable a Andrea. Y mucho más joven.

—Él es Álvaro, el marido de mi hermana —lo presentó Marcelo irritado ante el desacertado y grosero comentario de su cuñado.

—Entremos —los interrumpió Roberta sin pronunciar una palabra de bienvenida que acogiera a su joven cuñada—. Cenamos dentro de media hora, Marcelo. Acompaña a tu mujer a vuestro dormitorio. Hace un par de días que llegaron tus paquetes y ordené que los subieran —dijo dirigiéndose a Carola y dejando claro quién mandaba en la casa—. Os esperaremos en el comedor.

—No te dejes intimidar por esa bruja —le comentó Ben al oído, como siempre de buen humor, en cuanto entraron en el amplio zaguán—. Solo trata de asustarte.

—Pues lo ha conseguido —susurró Carola y consiguió la carcajada de Ben y que todas las cabezas los mirasen extrañados una vez más.

—Mi hermana es demasiado teatral, cariño. No se lo tengas en cuenta.

—¿No es demasiado temprano para cenar? —le preguntó extrañada a la vez que lo seguía por un ancho corredor.

—Siempre se cena a las ocho. Costumbre norteamericana de Alice. Después de la cena te enseñaré la casa y mañana el resto de la finca.

Marcelo se detuvo ante una de las espectaculares puertas talladas, todas distintas. Soltó las maletas que cargaba y abrió la puerta. Sorprendiendo a

Carola, la cogió en brazos y cruzó el umbral.

—Dicen que da buena suerte. —Y la besó a la vez que entraban—. Nuestro dormitorio.

Desde los brazos de su marido, Carola lo recorrió con una rápida mirada, antes de detenerse en el dosel del que colgaba una vaporosa cortina color beige en contraste con el resto de los muebles de madera oscura y el cortinaje en tonos marrones.

—Parece muy antiguo. Y muy masculino.

—De mi bisabuelo, todo menos el colchón —aclaró sonriendo—. Hasta ahora era solo para mí, pero tienes mi permiso para cambiar lo que no te guste o necesites. —Ella sonrió tan contenta que emocionó a Marcelo.

—De momento, me conformaré con colocar mis lucecitas en ese hermoso cabecero.

—Sí, buena idea. Sabes, me excita la penumbra y la intimidad que nos proporciona. —Se dirigió a la cama donde se sentó con su mujer en el regazo y comenzó a besarla—. Puedo verte, pero guardas un cierto aire de misterio. —Contuvo el beso que iba a ofrecerle y sonrió—. Acabo de darme cuenta de que nunca he dormido en esta cama con una mujer.

—Una cama virgen. —Él se rio—. Tendremos que ser cuidadosos con ella más tarde. Eso me ha recordado que mi cama también lo era. Tú fuiste el primero que la compartió conmigo.

—Cariño —le dijo sin perder la sonrisa pero en tono de advertencia—, ten por sentado que seré el único.

Carola lo observó admirada un instante y Marcelo se extrañó.

—¿He dicho algo raro?

—Eres muy complicado, Marcelo —contestó sonriendo despreocupada—.

Me ofreces todas tus pertenencias materiales, que son muchas, me dices cosas como esa de que serás el único hombre de mi vida...

—Dalo por hecho —la interrumpió para afirmar con rotundidad.

—Sin embargo, eres incapaz de decirme que me quieres.

El gesto despreocupado y cariñoso de Marcelo cambió bruscamente al recordar la estúpida condición del testamento de su padre y el engaño al que sometía a su mujer y se tornó angustiado, incluso enfadado. Tomó el rostro de Carola entre sus manos y se asomó en el azul de los ojos que lo cautivaban cada vez con más facilidad.

—Pero tú sabes lo importante que eres para mí —contestó desesperado al recordar la que consideraba una estúpida promesa que se hizo a sí mismo—. El mejor regalo de mi vida; tan bueno, que no creo que te merezca.

—No te preocupes, Marcelo —le dijo Carola ofreciéndole su consuelo—. Yo lo diré por los dos. Te quiero, te quiero. —Y lo besó entregándose confiada a él para desarmarlo por completo una vez más.

Durante la cena, Carola tuvo la oportunidad de comprobar cómo funcionaba la familia Mendoza, a pesar de que ocupaba una silla entre Marcelo y Ben, los hermanos no prestaban atención a sus cónyuges, y hablaban entre ellos como si no hubiera nadie más en la mesa, mientras Álvaro, Vanesa y Blanca mantenían una conversación aparte y reían y bromeaban ignorando a los demás.

De vez en cuando, veía a Roberta asombrarse ante la atención que Marcelo le dedicaba.

—Prueba esta empanada, cariño —Marcelo le ofrecía un trozo con su propio tenedor mientras Roberta no perdía detalle de la complicidad que existía entre el matrimonio—. Luego conocerás a María, nuestra cocinera; lleva más de veinticinco años trabajando en la casa. Y espero que hoy haya preparado el flan de dulce de leche. Te encantará.



Roberta observaba a su reciente cuñada comer en abundancia, al ritmo de los hombres, y no contuvo un comentario con el que intentó centralizar la atención de los presentes.

—¿Siempre comes con tanto apetito? —Disfrutó viendo cómo Carola se ruborizaba—. No vas a conservar tu figura si no te cuidas

—Con el trabajo tan duro que realiza y las largas horas que le ocupa —contestó Marcelo con una mirada furiosa ante la grosería que había dicho Roberta—, es normal que tenga buen apetito. Mi mujer no pasa el tiempo mirando revistas —añadió intentando que a su hermana le sirviera de escarmiento y no volviera a inmiscuirse en lo que no debía.

—Solo trato de darle un consejo —replicó Roberta con su arrogancia habitual, pero sin perder la calma y una hipócrita sonrisa dibujada en su rostro elegante.

—Gracias por tu interés, Roberta —contestó Carola y sorprendió a su cuñada—. Pero Marcelo tiene razón. Siempre he comido bien y de todo y, hasta ahora, no me ha dado por engordar; así que me preocuparé cuando tenga el problema.

—Yo diría que aún te faltan unos kilos —comentó Álvaro con una mirada lujuriosa que no pasó desapercibida y que provocó de nuevo el rubor de Carola—. Puedes permitirte comer lo que quieras. Incluso podrías desfilas como modelo de pasarela. ¿Verdad, Blanca?

—Ella prefiere cuidar de los animales, ir por la vida sucia, polvorienta y vestida de cualquier manera —respondió la aludida dispuesta a ridiculizar a la chica que se había convertido en el centro de atención de la mesa, sobre todo de los hombres.

—Me gusta mi trabajo —murmuró Carola sin dejarse humillar—. Y los caballos son mi pasión desde que era una niña. Las personas podrían aprender mucho de su comportamiento.

—No creo que la gente pueda igualar la nobleza del caballo —intervino Ben en apoyo de su cuñada con quien compartía gusto y opinión—. No hay maldad en ellos.

—El que esté libre de pecado que tire la primera piedra —dijo Blanca mirando a su marido con un brillo malicioso en sus ojos—. Lo dice la Biblia —añadió encogiéndose de hombros, con lo que dejó a los hermanos Mendoza callados durante unos largos minutos.

Carola observó con disimulo las miradas expresivas que cruzaron Ben y Marcelo, pero no entendió si las causaba las palabras de Blanca ni la intención de esta al pronunciarlas. A los postres ya se sentía decepcionada e incómoda. Esas personas parecían estar en guerra porque formaban dos bandos y le horrorizó pensar si ella acabaría tomando parte de alguno. Imaginó que la convivencia entre personas de gustos y opiniones tan dispares resultaría bastante complicada y decidió que ella se ocuparía de su trabajo y de su marido e intentaría mantenerse al margen de los demás, aunque Ben quedara excluido del extraño grupo.

Terminada la cena, mientras cada uno se dedicó a sus distracciones y quehaceres, Marcelo la acompañó en un tour por la enorme casa que comenzó por la cocina más grande que Carola había visto en su vida. Todo en esa casa era de unas dimensiones exageradas.

—¡Enhorabuena, Marcelo! —lo felicitó una mujer morena de piel y cabello, bonita y menuda que se alejó del fregadero, le ofreció un cariñoso abrazo a Marcelo seguido por un par de besos.

María tenía un rostro dulce, le llegaba a Marcelo por el pecho y rondaría los cincuenta años, vestida de azul claro salvo el delantal blanco que relucía y la cofia con la que recogía su pelo.

—Ya tenía ganas de conocer a tu esposa. —Y se acercó a Carola quien no dudó un instante en ofrecerle un par de besos a la buena señora—. Ben me dijo

que te había cazado una chica española demasiado bonita para que no te la trajeras de regreso a casa y tiene razón. Bienvenida, Carola, yo soy María. Llevo cocinando para esta familia desde los veinte años.

—Y espero que sigas muchos más —añadió Marcelo con simpatía—. Echaba de menos tu comida, María. Las empanadas de esta noche estaban deliciosas.

—Sí, María. Exquisitas —la felicitó Carola con su sinceridad habitual y enseguida conquistó a la mujer—. Y el flan... No he probado nada igual en mi vida.

—Tienes que hacerle a Carola tus milanesas. Yo lo he intentado, pero no consigo que me queden igual que a ti.

—¿Te gustan las milanesas, Carola? —La chica asintió emocionada—. Mañana cenaremos milanesas en tu honor. —Y Carola pensó que ese había sido el mejor recibimiento que había tenido desde que había llegado a La Abadía—. Ben me ha dicho también que eres veterinaria, como mi hija Mariquilla; acaba de terminar sus estudios y está trabajando para Marcelo hasta que se marche a España, a Córdoba.

—Yo estudié en Córdoba. ¿Quiere hacer allí un máster?

—Sí, en fisioterapia equina; aunque tendrá que pasar casi dos años allí —explicó con tristeza.

—Yo me especialicé en cirugía.

—Es una excelente cirujana —añadió Marcelo; la tomó por la cintura y la atrajo contra su cuerpo—. Ahora trabajará en La Abadía.

—Aquí seguro que no te falta el trabajo, Carola. Con tanto ganado...

—Hasta mañana, María. Voy a enseñarle su nuevo hogar a mi mujer.

—Buenas noches a los dos. Estoy muy contenta de que alegres el corazón

de Marcelo, chiquita, le hacía falta una buena mujer. —Marcelo puso los ojos en blanco y Carola se rio a carcajadas al verlo.

Comenzaron a recorrer la planta baja y dejaron atrás el ala izquierda que ocupaban la cocina, la despensa, el lavadero y los dormitorios del servicio. Continuaron por el ala central donde se situaba el comedor, una sala de estar y un grande y lujoso salón a la manera clásica de mediados del siglo XX; esa enorme habitación parecía haberse quedado anclada en los años que la amuebló la madre de Marcelo y, según este le explicó, Roberta no había querido cambiar ni las cortinas, aunque tampoco resultaran tan antiguas. En el ala derecha, dedicada más a la parte laboral de La Abadía estaba la gran biblioteca que servía también de sala de reuniones; luego pasaron por el solemne despacho de Julián, donde se realizaba la administración y la contabilidad de la hacienda y ocasionaba tanto trabajo que incluso disponía de dos ayudantes. La planta superior, aunque Marcelo solo le mostró los dormitorios de invitados, disponía de siete amplias habitaciones, una para cada hermano y tres de invitados, cada una con sus baños correspondientes.

—¿Este también es de invitados? —preguntó Carola curiosa al pasar ante la puerta abierta del que había dos camas individuales.

—No. Este es el de Julián. —Carola lo miró extrañada y Marcelo comprendió enseguida el motivo—. Prefieren camas separadas.

En ese momento Vanesa apareció ante el umbral de la habitación y se sorprendió al verlos.

—Estoy enseñándole a Carola la casa y estaba la puerta abierta —se justificó Marcelo ante la sonrisa maliciosa de su cuñada—. Ella creía que era una de las habitaciones de invitados.

—¿Por las camas separadas? —declaró Vanesa con naturalidad—. No queremos tener hijos, así que cuanto más alejados estemos el uno del otro, más alejada estará la tentación.

—Buenas noches, Vanesa —se despidió Marcelo sin añadir nada al comentario de ella y se llevó a su mujer de la mano.

—¿Pertenece a alguna secta religiosa? —preguntó Carola extrañada—. De esas que no pueden usar anticonceptivos. —Marcelo se rio por su ocurrencia.

—No, Carola. La excusa de Vanesa ha sido deplorable. Simplemente, no se soportan.

—Parece que nadie de esta casa se lleve bien con su pareja —comentó Carola extrañada—. Espero que no nos suceda a nosotros lo mismo.

—Por supuesto que no. Ya me encargaré yo de que eso no ocurra.

—¡Eh! —exclamó ella golpeando el brazo de su marido—. Que yo también participo en esto.

—Ya lo sé, tú eres la protagonista. Y ahora, aunque es temprano, vamos a desvirgar esa cama. Mi jornada de trabajo empieza al amanecer y tendré mucho que enseñarte.

—Primero un baño —exigió Carola sonriendo—. He estado en tensión toda la tarde y necesito relajarme en agua caliente.

—¿Sabes que tengo la bañera más grande de esta casa? —le comentó en un tono tan seductor que consiguió su propósito—. Alice la eligió para mí y a mi medida, por ser el más alto de la familia. En ella hay espacio de sobras para dos y en distintas posturas. —Carola soltó una sonora carcajada excitada que secundó su marido—. Vamos a comprobarlo.

—Por lo visto tenemos muchísimo que hacer antes de dormir. Por eso debo alimentarme bien. Quizás Roberta necesite un marido tan provocador como tú para que le estimule el apetito. —Y en ese momento fueron las risas de Marcelo las que retumbaron en el solitario pasillo.

El personal que trabajaba para Marcelo parecía tan nervioso esa mañana

como lo estaba Carola. Marcelo le presentó a Chaves, su más antiguo colaborador, bioingeniero molecular, de la edad de Marcelo aunque parecía mayor, de estatura similar a Carola y con grandes entradas que anunciaban una inminente calvicie.

—Me alegro de conocerte —la saludó Chaves con una sonrisa sincera dibujada en su rostro redondo y rubicundo—. Conocer algún día a la esposa de Marcelo siempre me había parecido una historia de ciencia ficción. —Su comentario provocó las risas contenidas del resto del personal incluido el matrimonio.

Luego estaba Teresa, una veterinaria especializada en genética como Marcelo, Carola estimó que estaría en la cuarentena, usaba gafas de montura metálica y recogía su abundante melena de rizos oscuros en una coleta; tenía un cutis fino y bonito sin maquillar y parecía muy tímida cuando Carola se acercó y le estampó dos besos en ambas mejillas ruborizadas.

Del trabajo de campo se encargaban Román y Mariquilla, la preciosa hija de María, con los que colaboraría Carola. Román era el veterinario más antiguo de La Abadía, incluido Marcelo, tendría alrededor de cincuenta años, apreció la joven, y parecía encontrarse a gusto en la finca, con su trabajo y con sus compañeros; a pesar de su incipiente barriga, se veía como un hombre enérgico y activo.

Mariquilla, una preciosa joven menuda, morena de pelo y piel, la miraba emocionada y sonriente con sus grandes y expresivos ojos oscuros como la noche; Carola los encontró tan sinceros que la chica no necesitaba darle la bienvenida que le ofreció sonriendo y mostrando una perfecta, cuidada y blanca dentadura con la que consiguió iluminar la sala donde se encontraban en esos momentos debido a la alegría que transmitía.

—Me ha contado mi madre que usted estudió en Córdoba.

—Tú, por favor, Mariquilla. Tutéame. —La chica asintió nerviosa—. Solo

soy tres años mayor que tú.

—Pero es la esposa del jefe y yo no sabía si... —Carola la interrumpió—.

—Seremos compañeras y espero que amigas. —Carola enseguida le transmitió su sinceridad innata y la chica delgada, aunque bastante más alta que su madre, se relajó en pocos segundos—. ¿Cuándo te irás a Córdoba?

—A primeros de años, nada más terminar mis prácticas.

—Vas a hacer un máster estupendo, con mucha salida laboral, sobre todo en el mundo del polo y las carreras. No conozco a ningún antiguo compañero que lo hiciera y que no esté trabajando. —Mariquilla sonrió satisfecha, pero se ruborizó en cuanto Ben hizo acto de presencia en la clínica y se acercó a su cuñada con esa familiaridad que los unía.

—Veo que ya conocéis a mi preciosa cuñada —dijo dirigiéndose a todo el personal después de besarla en la mejilla y pasarle un brazo por los hombros—. Estás de suerte, Román. Trabaja duro y tiene un don especial e inexplicable con los caballos.

—Eso nos vendrá bien. Mariquilla parece entenderse perfectamente con ellos también, pero se marchará pronto.

—¿Dónde vas, Flaca? —Se interesó Ben que miraba sorprendido a la aludida ruborizada de los pies a la cabeza; la llamaba así desde niña.

—A estudiar a Córdoba —respondió en un susurro—. Quiero especializarme en fisioterapia equina.

—No nos vendrá mal ni a mis caballos ni a mí una experta con buenas manos como tú. ¿Cuánto tardarás en realizar el máster?

—Dieciocho meses si me permiten realizar las prácticas aquí, en La Abadía, bajo la supervisión de Marcelo —respondió en el mismo tono tímido.

—¿Y tu madre te permite marcharte tan lejos? —Ben la miraba a esos ojos

grandes que expresaban su timidez y que lo hacían sonreír—. Con lo que se preocupa por ti, María lo va a pasar fatal durante ese tiempo.

—Espero que lo lleve bien —reconoció la chica—. Un año y medio pasa enseguida y como ahora vive tanta gente en la casa grande, tendrá más trabajo y se distraerá.

—Intentaremos ocuparnos de eso —añadió Ben despreocupado con la intención de animarla—. Ahora me llevo a mi cuñada para enseñarle las cuadras. Luego nos veremos. —Le guiñó un ojo a Mariquilla en un gesto de simpatía, comprobó cómo la chica enrojecía más aún y se llevó a Carola de la mano.

—Estaré aquí si me necesitas, cariño. —Marcelo los acompañó a la puerta, le dio un beso intenso y posesivo sin importarle la presencia de los empleados que consiguió ruborizar a su mujer—. Intentaré estar contigo dentro de un par de horas.

Ben le mostraba orgulloso cada establo de la hacienda además de explicarle la función que cada uno tenía. La Maternidad, La Cigüeña, El Reposo... Unos simpáticos y bien elegidos nombres relacionados con la especialización del lugar. Visitaba cada uno y Ben la presentaba a todos los trabajadores que iban encontrando. Luego la acompañó hasta un gran establo donde se resguardaban los caballos que utilizaba Ben en los partidos y los que entrenaba para un futuro próximo. Allí, un hombre que aparentaba sesenta años y que adornaba su rostro con un gran bigote canoso, impartía órdenes a una decena de peones.

—Carmelo —lo interrumpió Ben—, ella es la mujer de Marcelo, Carola.

El hombre le dedicó una sonrisa amplia y sincera.

—Me alegra conocerla, señora. Estábamos esperándola. —Y soltó una carcajada despreocupada—. ¿Quién lo diría, Ben? Marcelo por fin ha sentado la cabeza. No me lo he creído hasta verla en persona.



Uno de los peones se acercó a ella con cautela llevando un paquete en las manos.

—Señora, soy Juan Álvarez. Le doy la bienvenida de parte de todos los peones que trabajamos en La Abadía —y dirigió la mirada al grupo—, aunque faltan algunos hombres que ya están en los campos.

—Gracias —contestó la chica—. Espero conocerlos a todos durante los próximos días.

—Tendrá tiempo de sobras, señora.

—Llámenme Carola, por favor —dijo dirigiéndose al grupo que la observaba sin perder un detalle de la recién llegada.

—Esto es para usted —le ofreció un gran paquete aunque blando y poco pesado—. Un regalo de bodas de parte de todos los peones.

—Gracias —respondió Carola sorprendida y emocionada.

—Ábralo —la animó Juan y Carola obedeció entusiasmada.

La chica observó la prenda típicamente argentina que tenía entre sus manos, un poncho de lana suave y roja, con un dibujo negro en la obertura; sonrió satisfecha y conmovida.

—Es precioso. Muchísimas gracias a todos.

—Pruébeselo, Carola —le pidió el hombre y Ben la ayudó a hacerlo.

—Siendo usted rubia, le favorece mucho el rojo —afirmó Carmelo—. Está usted muy guapa, Carola.

—Es un poncho salteño de lana de alpaca —le explicó Juan sin perder una sonrisa cariñosa mientras miraba a la chica con admiración—. Agradecerá su calor cuando llegue el otoño. Y, como dice Carmelo, le sienta muy bien.

Marcelo entró en el establo cuando su mujer estaba siendo el centro de atención de todos los hombres y al comprobar la admiración que causaba entre

ellos, se sintió satisfecho de su suerte una vez más.

—Espero que te estén tratando bien todos estos malhablados, Carola — dijo de buen humor.

—Mira lo que me han regalado. —Le mostraba orgullosa y sin perder la sonrisa a la vez que giraba sobre sí misma—. Es muy bonito y creo que resultará más cómodo que una chaqueta, sobre todo cuando monte a caballo.

—Te sienta muy bien, cariño. —La besó de su manera habitual y, salvo a Ben ya acostumbrado a ver a su hermano enamorado, dejó a todos los presentes impresionados porque jamás habían visto emocionado a Marcelo si no era ante el nacimiento de uno de sus potros o ante los triunfos deportivos de su hermano pequeño.

—¿Has ensillado los caballos, Carmelo? Voy a dar una vuelta con mi mujer por la hacienda. Quiero que la conozca antes de que empiece a trabajar.

—Sí, Marcelo. Aquitania para ella, como me pediste.

—Gracias, Carmelo. Esta tarde hablamos y me pones al día. —La seguridad que mostraba en sí mismo Marcelo no extrañaba a su mujer porque estaba acostumbrada a trabajar con él, sin embargo, pudo apreciar algo distinto en el trato que recibía por parte de sus empleados y, aunque en la clínica no supo descifrar de qué se trataba, en las cuadras lo averiguó en cuanto entró y oyeron su voz; era respeto, no había duda. Con Julián a cargo de la parte administrativa, Ben la mayor parte del tiempo viajando, Marcelo era quien se ocupaba del funcionamiento de la hacienda y no le extrañó en ese momento que se viera obligado a trabajar más de doce horas diarias. Manejar a un equipo clínico y un equipo de cuadras debía suponer un trabajo extraordinario.

—Aquí está la reina de La Abadía —anunció Ben con fingida solemnidad al presentarle a Aquitania, una preciosa yegua zahína, de porte elegante y perfectas medidas—. La madre de Perla y de Fango.

—Tan preciosa como sus hijas —reconoció Carola quien se acercó con decisión a la yegua para dejarse olisquear y acariciarle el cuello—. Tú y yo vamos a ser buenas amigas, ¿verdad, Aquitania bonita?

— Seguro que sí —le contestó Ben al ver lo tranquila que se mostraba la yegua, siempre recelosa de los desconocidos e inquieta si no la montaba Marcelo—. Ya te la has ganado, Carola.

En cuanto la chica montó, todos los presentes murmuraron admirados ante el comportamiento confiado de la yegua y reconocieron que Ben tenía razón sobre cuanto había contado de la relación especial que Carola mantenía con los caballos.

Esta ha sido su prueba de fuego con ella —reconoció Carmelo.

En cuanto montaron y se dirigieron a los campos del norte, Marcelo comenzó a explicarle cómo se organizaba la hacienda mientras cabalgaban a un ritmo lento que les permitía hablar y permanecer cerca el uno del otro.

—Cuando llegaste ayer dijimos que no había alambradas internas, aunque no mencionamos la que mantiene aislados a los toros de las novillas. Los machos están en el campo norte y solo se mezclan con las hembras a partir de junio, algunos hasta mediados de julio. Este año hemos obtenido el noventa y cinco por ciento de efectividad en las montas, con ayuda de la inseminación artificial. Nacerán, aproximadamente, diecinueve mil terneros.

Carola lo miró sorprendida al darse cuenta que la finca debería ser inmensa para albergar a esa cantidad de ganado bovino que pastaba en libertad y a los más de trescientos caballos Polo Argentino que también tenían.

—¿Cómo habéis conseguido la denominación de carne ecológica? Estáis muy valorados en Europa.

—Se ha logrado gracias a un largo y costoso proceso. Primero de enriquecimiento de los campos para obtener un pasto limpio y abundante, lo que nos llevó cinco años; luego te exigen que los animales se alimenten de ese

pasto durante otros tantos para que el ganado se considere ecológico. Por fin estamos obteniendo beneficios del ganado bovino. Hasta el año pasado nos ha costado parte de las ganancias que conseguíamos con la venta de los caballos; ahora exportamos a países de todo el mundo, sobre todo al norte de Europa donde se nos valora y se nos paga el precio que exigimos.

—¿Rotáis las tierras para obtener pasto seco?

—Sí —respondió Marcelo sonriendo satisfecho al comprender que su mujer estaba más preparada de lo que él pensaba—. Dividimos los campos en cuatro partes; el río nos sirve de límite natural, aunque alguna vez se nos mezcla algún caballo con las novillas. Este año, en el campo norte están los toros; en el sur los caballos; en el este, las hembras, y el campo oeste está destinado este año a la siembra.

De este modo comenzó mi bisabuelo a trabajar estas tierras, pero la hacienda era demasiado grande y necesitaba una inversión económica que no tuvo. Mi abuelo se limitó a seguir sus pasos y mi padre... —Marcelo se detuvo unos segundos—. Él no amaba La Abadía; solo quería a mi madre. Suerte que mi abuelo contrató a Carmelo cuando era muy joven, un hombre honesto y muy trabajador; realizó el trabajo de mi padre en la hacienda y sobrevivió durante esos años a duras penas.

—Entonces, ¿cómo es que Alice es tan rica?

—¿Te lo contó Blanca? —le preguntó Marcelo enfadado; Carola asintió—. Es un tema algo complejo. Mi abuelo aún vivía cuando mi padre volvió a casarse y lo obligó a realizar un contrato prematrimonial por el que la hacienda solo podrían heredarla los descendientes de la familia Mendoza Abadía. Al divorciarse, a Alice le quedó la mitad de los bienes de mi padre ajenos a esta hacienda. La familia Mendoza es muy rica, los principales armadores de Argentina y Uruguay y mi padre fue su principal accionista. Nosotros vendimos parte de las acciones que heredamos e invertimos el dinero en modernizar y rentabilizar estas tierras. Y lo conseguimos.

—¿Ben no era heredero de La Abadía?

—No por testamento. Yo convencí a Roberta y a Julián para incluirlo; al fin y al cabo, desde pequeño, ama esto tanto como nosotros y no me parecía justo que por una cuestión de apellido materno del que él no es responsable, no participara de lo que más ambicionaba. Se lo pedimos a mi abuelo antes de morir y cedió ante nuestra insistencia.

—¿Cuántos años tenías cuando eso sucedió?

—Veintitrés; acababa de terminar mi carrera y comenzaba el doctorado. Ben nunca ha olvidado lo que hicimos por él, ahora comparte sus ganancias deportivas con nosotros, y es nuestro mejor publicista. Ben pasea el nombre de nuestro hierro por todo el mundo y ha hecho famoso nuestros caballos. Sus asuntos económicos los organiza Julián como un asunto más de La Abadía, todo, sueldos deportivos, *merchandising*, la empresa de moda internacional, incluso sus ingresos como modelo publicitario, trabajo que le genera grandes beneficios, sobre todo en Reino Unido.

—¿Ben es modelo? —Esa noticia la sorprendió gratamente.

—A veces de nuestra propia marca y otras de marcas de alta cosmética y perfumería, algunos diseñadores, automóviles... Suele variar —comentó orgulloso.

—¿Tú haces lo mismo? Tus patentes, tus conferencias, tus publicaciones...

—Todo es para el beneficio en común de los hermanos Mendoza. Al terminar el año ganadero, tras la venta de los terneros, se realiza una división de ganancias en cinco partes, una queda para cubrir las inversiones en la misma empresa, mano de obra, reformas, máquinas... Todo lo necesario para mantenerse al día.

—¿Roberta obtiene los mismos beneficios que Ben o qué tú? —Su pregunta no extrañó a Marcelo—. ¿Qué aporta ella a La Abadía?

—Ya sé que puede resultar extraño, aunque Ben y yo no nos llevemos muy bien con ella, la apatía que nos mostró siempre mi padre y, sobre todo, cuando Alice se marchó Ben tenía once años, Roberta nos mantuvo unidos, mantuvo un hogar para nosotros cuatro como lo hubiese hecho una madre, se encargó de la casa y de la familia. Es verdad que a veces preferimos que se hubiera buscado la vida en otro lugar porque es una mujer tan complicada como lo fue mi padre, pero quizás gracias a ese carácter frío, se mantuvo esta finca en pie hasta que Julián y yo estuvimos preparados para encargarnos de organizarla y modernizarla mientras ella conservaba nuestro hogar. Además, recuerda que Ben tenía dieciséis años cuando lo incluimos como heredero y no aportó nada entonces; nadie sabía el excelente futuro que le aguardaba. Pero es nuestro hermano; siempre lo hemos considerado nuestro hermano.

—Es una pena, Marcelo. —Él la miró extraño a la espera de que continuara con su explicación—. Que os tratéis de un modo tan desinteresado entre vosotros cuatro en el aspecto económico, que respetéis el carácter de cada uno y el trabajo. Sin embargo, anoche aprecié que mantenéis una barrera con la parte política de la familia; parece que los cuñados son enemigos de los Mendoza. —Marcelo se asustó al comprobar la capacidad observadora de su mujer y porque descubriera ella misma el motivo que lo había llevado a celebrar una boda tan precipitada—. Anoche me pregunté si yo acabaría junto a ellos.

—A ti no te pasará lo mismo porque tú eres distinta a Álvaro, a Vanesa o a Blanca. Sé que amarás esta tierra y a los animales tanto como nosotros. Los tres odian vivir aquí, apartados del ambiente urbano de Buenos Aires.

—Tienes razón —contestó mirando a la distancia el precioso e inmenso mar verde que se extendía ante ellos—. Me parece un lugar maravilloso. —Y sonrió dirigiendo una mirada divertida a su marido—. O quizás sea porque estoy contigo.

—Me alegro de tener tanta influencia sobre ti, cariño.

—¿Qué es aquello, Marcelo? —preguntó Carola sorprendida mientras miraba embobada hacia el Sur—. ¿Un campo de golf?

Marcelo no ocultó la rabia que el club le provocaba y le contó esa parte de la historia familiar que aún le dañaba.

—Mi abuelo tuvo un hijo... ¿Cómo llamarlo? —Carola prestaba atención porque intuía una explicación interesante—. No se puede considerar bastardo porque él ya era viudo. Mantuvo una relación temporal con una mujer cuarenta años más joven que él de la que nació Juan Antonio Abadía. Aunque le dio su apellido y cuidó de él en el aspecto económico, nunca convivieron como una familia ni lo reconoció ante sus amigos.

—Menudo culebrón, mejor que mi historia —exclamó Carola sonriendo—. ¿Conoció a tu madre? Sería su hermana.

—Creo que sí. Julián y Roberta recuerdan haber oído hablar sobre él. Pero al morir mi madre, no volvimos a saber de Juan Antonio.

—Y yo que me sentía rara por no haber conocido a mi padre. —Marcelo sonrió al observar una vez más la sinceridad genuina de Carola—. Parece que estas cosas solo suceden en las películas. Intuyo que “tu tío Juan Antonio” es el responsable de ese campo de golf.

—Efectivamente. Mi abuelo le dejó esa parte del terreno y él se negó a vendérsola. Edificó un hotel de lujo, el club de campo y construyó un terreno de dieciocho hoyos en el que hay una larga lista de espera por jugar. Está considerado el mejor campo de golf de toda Sudamérica.

—Y me da la impresión de que vuestra relación con Juan Antonio no es cordial.

—No te equivocas. Nos dolió perder esa parte de la hacienda a manos de un perfecto desconocido.

—Él no es culpable ni responsable de su destino —le replicó seria y

pensando en sí misma—. ¿Has pensado alguna vez en lo que debe sentirse al ser rechazado por tu propia familia?

—Tampoco nosotros fuimos responsables de su situación. Y ni siquiera quiso escucharnos.

—¿Sabes algo sobre su vida? —Cambió de rumbo la conversación por no ver ofuscado a su marido.

—Sí, claro. Al parecer es un magnífico empresario, está felizmente casado con una ex modelo española y tiene dos hijos. La verdad es que no tiene mala reputación y parece un hombre de familia —reconoció con dificultad—; pero no puedo olvidar el desprecio con el que nos trató después de la muerte de mi abuelo.

—Quizás solo devolvió lo que le ofrecieron durante su vida.

Marcelo permaneció reflexionando unos segundos en las palabras de su mujer y reconoció que tenía razón. Por lo que él sabía, su abuelo lo despreció y nunca lo trató como a un Mendoza.

Y juntos continuaron cabalgando hasta la hora del almuerzo, Carola conocía su nuevo hogar y Marcelo lo veía a través de las sinceras expresiones de su reciente esposa. Pero ambos estaban convencidos de que ni podrían ni querían estar en otro lugar que no compartieran juntos y en esa hacienda.



## Capítulo 13

Su incorporación al trabajo no se hizo esperar; Carola estaba ansiosa por aprender a desenvolverse como veterinaria de campo, realizar cuidados a los que no estaba acostumbrada y, sobre todo, acostumbrarse a tratar con el ganado bovino, algo novedoso en su carrera profesional.

No tardó en ponerse al día acompañando a Román y a Mariquilla durante las dos primeras semanas y, aunque en la casa grande su relación con los demás se había estancado porque solo los veía en el momento de la cena y siempre arropada por su marido, se adaptó sin problemas a su nueva vida. Marcelo aprovechaba cada día la hora del almuerzo para compartir juntos la comida y un rato mientras charlaban sobre el trabajo de ambos y planeaban el siguiente fin de semana que Marcelo aprovechaba para enseñarle lugares y costumbres de su país. El siguiente lo pasarían en Buenos Aires y verían uno de los partidos de polo en el que jugaba Ben.

Mediada la semana, Marcelo le envió un mensaje al móvil y le comunicó que almorzarían en la casa grande porque tenía una reunión familiar allí.

—¿Has visto a Marcelo? —le preguntó a Blanca después de buscarlo en la cocina y en el dormitorio—. Hemos quedado aquí para almorzar.

—Vaya. Hoy los tortolitos no han podido disfrutar de su romántico picnic —intervino Vanesa con un derroche de sarcasmo—. Quién lo habría supuesto del frío y práctico doctor Abadía —se acercó a Carola sin apartar la mirada y con un andar sinuoso que a Carola le recordó a una serpiente intentando acorralar a su presa—, todo el día buscando un momento para pasarlo junto a su mujercita. Aunque yo de ti no me confiaría demasiado —le susurró—.

Acepta mi consejo y no saldrás tan malherida de aquí como acabará ocurriéndote si le entregas a uno de estos hermanos tu corazón. —Sus palabras sonaron como una macabra advertencia y después de recorrerla con una mirada cargada de desprecio le respondió—. Tu maridito está en la biblioteca.

Carola no añadió ni una palabra y, temblorosa aún por la agresiva actitud de Vanesa, se dirigió hacia el lugar indicado. Llamó a la puerta, pero no oyó que nadie contestara, así que la abrió para encontrarse a los cuatro hermanos sentados alrededor de la gran mesa con lo que parecía un dossier ante ellos.

—Marcelo —dijo Roberta sin dejar de mirar a su cuñada casi con desprecio—, ¿no le has explicado las normas a tu mujer? Ya es hora de que lo hagas. —Carola se quedó sorprendida en el primer momento, pero reaccionó enseguida y contestó.

—Perdonadme. No conocía la existencia de unas normas.

—La primera —le aclaró Roberta mientras ignoraba su presencia—, no molestarnos mientras mantenemos una de nuestras reuniones familiares.

—No hagas caso, Carola —respondió Marcelo quien dirigió a su hermana una mirada de irritación—. Relájate, Roberta. —Se dirigió a su mujer y la besó demostrando que estaba encantado de verla—. Estás en tu casa, Carola, no existe ninguna estúpida norma, y puedes interrumpirnos siempre que lo necesites.

—Solo había venido a almorzar contigo, como me dijiste —susurró avergonzada—. Te espero en la cocina.

—¿Supongo que te lavarás las manos antes de almorzar? —le preguntó Roberta a la vez que recorría de arriba abajo el cuerpo de su cuñada con una mirada de absoluto desprecio.

—Supones bien, Roberta —contestó indignada Carola quien no dudó en enfrentarse a la revisión crítica que recibía—. Al parecer, me enseñaron buenos modales y mejor educación que a ti. —La cuñada se irguió en su silla

en actitud arrogante mientras que a Ben se le escapaba una risita—. No soy tu enemiga, Roberta. Soy la esposa de tu hermano Marcelo.

—Déjala en paz, Roberta —le exigió el aludido.

—No es necesario que me defiendas, Marcelo. Puedo lidiar sola con personas caprichosas y desagradables como ella. —Y salió de la biblioteca dándole la espalda a todos.

Marcelo intentaba fulminar a su hermana con su mirada, mientras que Ben sonreía satisfecho.

—¿Prefieres que nos vayamos de esta casa? —casi le gritó Marcelo—. Porque si le vuelves a hablar de ese modo a Carola, lo haremos. ¿Me has entendido, Roberta?

—Perfectamente, Marcelo —respondió sin alterarse—. ¿Quieres ofrecerle un trato preferencial?

—¿De qué coño estás hablando?

—Álvaro, Blanca y Vanesa no interfieren en nuestros asuntos...

—Carola no interfiere en nada —la interrumpió Marcelo—, solo cumple con su trabajo y lo hace a la perfección. Si lo que te molesta es que no haya firmado una separación de bienes, tendrás que soportarlo porque nunca se lo propondré. Ella es mi esposa y espero que lo sea para siempre.

—Se trata de proteger tus bienes, Marcelo —insistió Julián.

—Si son suyos —intervino Ben—, puede hacer con ellos lo que mejor le parezca.

—Ten por seguro que lo haré. Y espero que no se vuelva a mencionar este asunto que solo me concierne a mí. —Marcelo se levantó y salió de la biblioteca para ir al encuentro de su mujer.

La encontró hablando amigablemente con María y su hija mientras

almorzaban en la cocina junto a Clara, la asistente interna.

—Hola —saludó Marcelo en un gesto que Carola intuyó molesto y avergonzado.

—¿Has acabado? —Él asintió—. He preparado la mesa en el porche trasero. Hace un día de primavera magnífico; vamos a disfrutarlo.

Lo tomó de la mano y se despidió de las simpáticas y agradables mujeres. Una vez que se habían sentado uno frente al otro, Marcelo suspiró y se recostó sobre su silla antes de comenzar una disculpa.

—Lamento mucho lo sucedido en la biblioteca. Mi hermana es incorregible.

—Sí, lo es —admitió Carola sonriendo—. Pero no permitiré que me insulte; tenlo por seguro.

—Eso solo empeorará la situación; no está acostumbrada a que nadie ajeno a la familia le lleve la contraria en esta casa ni se enfrente a ella.

—¿Prefieres que le permita humillarme? Estoy poniendo de mi parte, Marcelo.

—Lo sé, cariño, lo sé. Y no se lo permitas; ni a ella ni a nadie. El problema lo tiene Roberta y no tú. —Tomó su mano izquierda que permanecía tensa sobre la mesa y se la llevó a los labios—. Prométeme que en el momento en que te sientas incómoda viviendo en esta casa me lo dirás.

—Dalo por hecho. —Y fue ella la que besó los dedos de su marido—. Y ahora... Me muero de hambre y María nos ha preparado una pizza de esas dobles que hace tan rica. Al ataque —dijo relamiéndose y consiguió relajar a su marido.

—Cariño, si sigues haciendo esos ruiditos de placer, no vamos a terminar el almuerzo —y Carola no solo los repitió, además los exageraba para provocarlo hasta que Marcelo perdió la paciencia y la llevó al dormitorio casi

a la carrera mientras escuchaba las carcajadas de su mujer.

Sus carreras y sus risas atrajeron la atención de algunos de los miembros de la familia y, mientras Roberta los observaba tan escandalizada como sorprendida porque comprendía la situación, a Vanesa le faltó rugir de envidia al verlos felices y disfrutando de su relación. Las dos mujeres cruzaron unas miradas de perplejidad, pero no comentaron nada entre ellas.

Roberta no comprendía aún el cambio que la compañía de Carola había provocado en su hermano Marcelo, a quien, por primera vez en su vida, veía satisfecho y seguro de sí mismo. Marcelo había estado rodeado por un halo de tristeza desde que murió su madre. Poco más tarde, el nacimiento de Ben, le aportó algo de alegría a su vida, pero siempre parecía anhelar algo. Roberta recordaba las veces que lo había visto con la mirada perdida como si buscara a alguien en la distancia. No podía creer que lo hubiera encontrado en los cuatro meses que había pasado en España; Marcelo no era tan ingenuo para pensar que estaba enamorado, simplemente porque el amor no existía; y sobre eso Roberta estaba bien informada.

Ella vio cómo su padre, a quien siempre creyó enamorado de su madre, se casaba con Alice antes de que transcurrieran tres años de su muerte. Olvidó muy pronto a su esposa tras una relación de quince años. Una relación que a ella le parecía maravillosa; ahora sabía que solo fue una niña estúpida y romántica que admiraba y amaba a sus padres por encima de todo.

No. Si su padre hubiera amado a su madre como ella pensaba que ocurría, no se habría casado con otra mujer tan pronto, ni mucho menos habría tenido un hijo con esta.

¿Y su abuelo? Lo que sucedió con su abuelo fue vergonzoso. Relacionarse con una mujer cuarenta años más joven que él para dejarla embarazada y luego abandonarla.

Era evidente para Roberta que los hombres no creían en el amor, solo

buscaban sexo en ellas hasta hartarse y luego encontrar otra que los satisficiera. Como hacía su propio marido, infiel hasta la médula y que solo se había casado con ella por su apellido.

Y eso es lo que habría encontrado su hermano Marcelo en Carola, una joven muy bonita, debía de reconocerlo, inteligente y agradable al trato, casi nueve años más joven que él, que le calentaría la cama y tal vez le diera algún heredero. Eso sí que sería importante, que La Abadía comenzara ya a prepararse para el futuro. Ella no tendría hijos; ya no, pasaba la cuarentena y con ese marido vicioso que tenía no se atrevería. El hecho de pensarlo ya le asqueaba y ni siquiera se planteaba qué tipo de padre sería Álvaro porque ya lo sabía: un desastre como sucedía con el resto de su vida. Tendrían que ser Marcelo o Ben los que perpetuaran la existencia de La Abadía porque no había nada ni nadie más importante que una buena tierra.

El matrimonio se dirigió feliz aunque nervioso hacia Buenos Aires, donde verían la final del torneo de Palermo en la que participaba el equipo de Ben, La Abadía. Llegaron con tiempo de sobra para tener la oportunidad de saludarlo y ofrecerle su ánimo y su apoyo, como solía hacer Marcelo en los torneos más importantes. Luego, se sentaron en las gradas, en unos asientos que les reservaban Julián acompañado por Vanesa y Blanca.

El partido fue disputado e igualado hasta el final y cada vez que Ben marcaba un gol, Marcelo lo celebraba orgulloso y besaba intensamente a su mujer, lo que ocurrió en cinco ocasiones.

Julián no se acostumbraba a ese expresivo y enamorado Marcelo y, a veces, permanecía unos segundos embelesado mientras contemplaba asombrado el gesto cariñoso que se ofrecía la feliz pareja, aunque cada día que pasaba desde que Carola llegó a La Abadía se alegraba más al ver a su admirado y querido hermano tan feliz.

Mientras, sentada al otro lado del campo, Andrea Valenti no perdía detalles del comportamiento de la pareja. Incredula ante el espectáculo que

Marcelo ofrecía, el de un hombre enamorado de su mujer, tal como Blanca le había contado hacía unos días. La oportunidad de comprobarlo en directo la invadió de una furia incontrolable. Marcelo la había utilizado durante unos meses y ella se dejó manejar ilusionada, primero, esperando que su relación con el mundialmente admirado veterinario limpiara de alguna manera su mancillada reputación. Segundo, porque, después de prometerse en matrimonio, vio su sueño hecho realidad; se convertiría en una mujer casada y respetada y pertenecería a una de las mejores familias del país.

Pero Marcelo cercenó sus sueños y sus ilusiones después de unas pocas semanas, la humilló, y la trató como basura. Y, a pesar del dinero que obtenía por guardar silencio para que la esposa de Marcelo no conociera los motivos que lo empujaron a celebrar esa boda tan precipitada, su orgullo herido aún no estaba satisfecho. De ningún modo. No estaba dispuesta a conformarse tan solo con esa gratificación económica; necesitaba venganza, necesitaba humillar a Marcelo del mismo modo que él la trató y no descansaría hasta lograrlo.

Conseguiría que Marcelo se arrepintiera, no solo de haber roto su compromiso, además dañaría su matrimonio, incluso su prestigio como profesional; cuando acabara con él, solo sería un desperdicio humano.

Acabado el emocionante encuentro con victoria favorable para el equipo que patrocinaba La Abadía, Marcelo y Julián bajaron a felicitar a Ben junto al que luego cenarían antes de regresar a la hacienda. Ninguno de los hermanos estaba dispuesto a pasar la noche en la capital. De camino al túnel que conducía hasta la salida a la pista, una mujer vestida de forma elegante les salió al paso.

—Hola, Marcelo —lo saludó Andrea en lo que ella creería sería un tono seductor que asqueó al veterinario—. Julián —lo nombró ladeando un poco la cabeza—. Qué casualidad. Me acercaba a saludaros en este preciso instante.

—No te acerques a mi mujer ni a mí —la amenazó Marcelo sin responder

a su saludo—. Si te aproximas a ella a menos de cien metros, ten por seguro que te cerraré el grifo.

Andrea se le acercó tanto que Marcelo se vio obligado a dar un paso atrás. Entonces ella apoyó una mano en el hombro poderoso y masculino que echaba de menos, como tantas otras cosas de su atractivo ex amante.

—Querido, ¿cuándo aprenderás que saldrás perdiendo siempre que me amenaces o me desprecies?

—Te lo advierto, Andrea. —Le apartó la mano sin ocultar el asco que le provocaba; dispuesto a impedir que lo enredara en otra de sus tretas—. Si te acercas a mi mujer se acabó nuestro trato y tendrás que venderte a otro.

—Se os ve tan enamorados que resultaría una pena romper ese matrimonio feliz.

—No te atrevas a amenazarme. No tientes otra vez a tu suerte.

—¿O qué, Marcelo? —lo retó con las manos en las caderas— ¿Le contarás que te casaste con ella para conseguir tu herencia?

—Eso no es cierto, Andrea —contestó Julián en defensa de su hermano quien parecía perder la paciencia—. Marcelo no tenía ningún interés económico para casarse con su mujer. El trato monetario fue contigo.

—Sí. Todos hemos visto a la pareja enamorada besuqueándose en las gradas. Finges muy bien, Marcelo. Pero no creo que tu gatita rubia te dé lo que necesita un hombre insaciable y dominante como tú.

—Tú no me conoces, Andrea.

Poco dispuesto a continuar con la conversación ni a ofrecerle más explicaciones a esa odiosa mujer, Marcelo le advirtió una vez más.

—Procura mantenerte lo más lejos que puedas de ella si no quieres perder el dinero que nos estás robando. —Y le dio la espalda y se apartó con rapidez



de ella porque necesitaba serenarse antes de encontrarse con su mujer—. No puedo permitir que esto continúe mucho tiempo —confesó a Julián cuando se alejaron unos metros de Andrea—. En cuanto encuentre el momento oportuno, le contaré la verdad a Carola. Me avergüenza esta situación.

—Lo imagino, Marcelo —lo animó Julián a la vez que le palmeaba el hombro con suavidad—. Tanto como a mí la mía. Si quieres mi consejo, arréglalo antes de que resulte demasiado tarde.

—Acepto tu consejo porque es lo que pienso hacer.

Minutos más tarde, Marcelo presentaba a su mujer ante los miembros del equipo representado por La Abadía y a algunos conocidos de la organización y no podía mostrarse más orgulloso y feliz. A lo lejos vio marcharse a Andrea del brazo de un hombre y se prometió que no continuaría con ese chantaje vergonzoso y sin sentido durante mucho más tiempo.

Días más tarde en los que la primavera se había afianzado, Carola regresaba a la casa grande después de vacunar a unos cuantos animales en el campo del Sur. Chaves conducía el todo terreno que utilizaban para moverse por la inmensa hacienda, cuando atisbó a una chiquilla luchando con la alambraba que separaba las tierras de los Mendoza del campo de golf.

—Para el coche, Chaves —ordenó Carola aunque con amabilidad—. A esa niña le ocurre algo.

Carola se bajó del vehículo y se dirigió con determinación hacia el lugar donde se encontraba la cría y, lo que vio cuando se acercaba, un enorme cachorro de mastín que se había enredado en la alambrada, la preocupó bastante. Desde los veinte metros de donde se encontraba, pudo distinguir las lágrimas y la desesperación de la niña y la sangre del animal que luchaba incansable por escapar de su tortura.

—Hola, pequeña —la saludó antes de agacharse junto a ella—. Me parece que necesitas ayuda.

—Bob ha atravesado la alambrada detrás de una garza y al regresar se ha enredado con ella. Se ha herido. Tiene mucha sangre. —Miró a Carola con las lágrimas que recorrían unas mejillas sucias debido a los restregones que se estaría dando—. No quiero que se muera; es mi perrito.

—No te preocupes, cariño. ¿Cómo te llamas?

—Susana —sollozó—.

—Susana, Bob solo se ha cortado; no se morirá por estos cortes —la animó Carola quien quitaba gravedad a las heridas del pobre animal, aunque a algunas debería darle puntos—. Chaves —gritó Carola para avisar a su compañero—. Trae mi maletín y unas tenazas. —El hombre tardó unos segundos en llegar a su lado a interesarse por la gravedad de las heridas del cachorro.

Lo más fácil fue cortar los alambres espinosos que tanto odiaba Carola porque provocaban la mayoría de heridas en las vacas y sus crías y liberaron al animal que se quejaba lastimosamente a la vez que su dueña. Una voz grave interrumpió la cura de urgencias que Carola aplicaba al cachorro.

—Susi. —Todos volvieron la vista hacia el hombre de apariencia elegante y tan atractivo como Marcelo que llamaba a la niña—. ¿Qué sucede?

La chiquilla corrió hacia el hombre y se abrazó a sus piernas a la vez que explicaba lo sucedido entre sollozos.

—Hola —lo saludó Carola con su naturalidad habitual y una sonrisa comprensiva y amable que no pasó desapercibida al recién llegado—. Hemos liberado a Bob de los alambres, pero sería conveniente darle unos puntos de sutura en algunas de sus heridas.

—¿Usted es? —preguntó el hombre con un tono algo arrogante que Carola no tardó en asociar con los Mendoza, quien intuía a quién acababa de conocer por el parecido con su marido; era evidente que Marcelo también se parecería a su madre.

—Soy Carola Domínguez, veterinaria de La Abadía. —Ocultó con intención que estaba casada con Marcelo porque en ese instante solo pretendía socorrer al animal y consolar a su joven dueña; el hombre la miró con suspicacia, pero apretó la mano aún enguantada que le ofrecía la joven—. Sería conveniente atender al animal en un lugar más limpio para evitar que sus heridas se infecten. No me importaría hacerlo —se ofreció con tanta amabilidad que el hombre no tuvo más remedio que pedirle que los acompañara, sobre todo al ver la mirada de expectación y dolor que reflejaba el rostro de su hija.

—De acuerdo —admitió receloso—. Acompáñenos hasta mi casa.

—Chaves, regresa y avisa del corte que nos hemos obligado a hacer en la alambrada antes de que provoque otro accidente.

—Carola —le pidió Chaves con timidez—, acompáñame un momento hasta el coche. —Ella se alejó de la pareja unos metros—. ¿Sabes quién es ese hombre?

—No. ¿Algún delincuente? —preguntó bromeando.

—Es Juan Antonio Abadía. No creo que a Marcelo le agrade que le ofrezcas tu ayuda.

—Yo solo veo a un cachorrito herido y a su dueña apenada —contestó sonriendo—. Mi obligación es socorrerlos sin preguntar el apellido del dueño.

—Está bien, Carola —admitió sabiendo que ella no cambiaría de opinión—. Como quieras.

—Dile a Marcelo que le avisaré para que me recoja cuando termine aquí. —Y se dirigió hacia el trío que la esperaban inquietos por distintos motivos.

Subieron a un carro de golf y se dirigieron hacia las distintas edificaciones. Durante el recorrido, Susana le preguntaba a Carola sobre lo que tendría que hacerle a su perrito.

—No te preocupes, Susi —le explicaba con cariño y paciencia—; no sufrirá porque le pondré anestesia. Pero cuando acabe tendrás que vigilarlo de cerca para que no se muerda ni se arañe las heridas.

—Hablas como mi mamá. ¿También eres española? —Atinó la pequeña que parecía bastante espabilada.

—Sí. Hace un mes que vivo aquí.

—¿Vive usted en La Abadía? —Se interesó de repente el hombre que aún no se había presentado.

—Sí —respondió ella con naturalidad e ignorando la tensión que mostraba su rostro.

—Usted es la reciente esposa de Marcelo —afirmó Juan Antonio sin ocultar su desprecio ante el nombre que acababa de pronunciar—. Lo imaginaba; he oído hablar de usted.

—Espero que bien —comentó ella de buen humor— porque apenas conozco a alguien que no esté relacionado con La Abadía.

—No creo que a Marcelo le agrade la idea de que usted nos ayude.

—No entiendo el motivo. Soy veterinaria y me siento obligada a ayudar a este pobre animal y aliviar la preocupación de su dueña. —Su franca sonrisa y su sinceridad impidieron más comentarios del hombre.

La conversación y el interés de la pequeña por los conocimientos como veterinaria de Carola evitaron más conversaciones entre los adultos. Llegaron hasta una bonita casa de campo, donde una mujer guapa y elegante a pesar de su sencilla vestimenta de vaqueros y camiseta los esperaba nerviosa.

—¿Dónde estabas, Susi? ¿Qué ha sucedido? —preguntó inquieta y después miró a su hija, luego a su marido y por último, detuvo su mirada unos segundos en Carola.

—Hola —la saludó la joven quien ofrecía su mano—, soy Carola Domínguez, veterinaria de La Abadía.

—La esposa de Marcelo Mendoza —añadió el marido en un tono seco de voz que consiguió retraer por un instante a su esposa.

—Sí —admitió Carola—, al parecer ese parece mi segundo apellido para... ¿Es su marido? —le preguntó la chica con una sonrisa que expresaba su total despreocupación por ese asunto familiar—. Me he ofrecido para atender a su perro.

—Gracias, entonces. Yo soy Manuela, española como tú. Y este hombre tan poco agradecido es Juan Antonio Abadía, mi marido. Bienvenida a mi casa. —La acogió con cariño porque entendió las intenciones de paz que proponía Carola con su actitud.

Un chico de doce o trece años, guapo como sus padres y su hermana, apareció en el porche y se dirigió hasta el cachorro.

—¿Por qué has permitido que se acerque a la alambrada? —le reprochó a la pequeña que parecía estar más tranquila hasta ese momento.

—No ha sido culpa suya —la defendió Carola—. A los perros jóvenes les gusta perseguir a los pájaros, incluso a las mariposas o a otros insectos más grandes. Son muy juguetones.

El chiquillo se ruborizó al observar a esa bellísima desconocida de la que no pudo apartar la mirada desde el instante en que le habló.

—Bueno, necesito vuestra ayuda para tranquilizar a Bob mientras le doy algunos puntos. ¿Dónde podemos hacerlo?

A Carola le gustó la unidad que formaban las cuatro personas en ese doloroso instante para los críos y el modo en que sus padres se preocupaban por restarle preocupación a sus hijos, incluso el serio Juan Antonio se mostraba bromista y dicharachero, y dejaba las revanchas familiares para otra

ocasión.

Una familia unida, una bonita casa, un perro, un hermoso lugar donde vivir. Carola los envidiaba en ese momento mientras recogía su instrumental y desechara el que había utilizado. Aparte de su trabajo, ella no ambicionaba nada más en su vida que lo que tenían esa gente desconocida. Manuela la sorprendió observándolos y Carola le sonrió con ternura.

—Formáis una familia preciosa —reconoció ante la mujer con su apabullante sinceridad y la desconcertó por unos instantes—. Enhorabuena.

—Gracias. ¿Necesitas que te lleve a casa? —Carola consultó su teléfono.

—No es necesario. Marcelo viene de camino. —Juan Antonio alzó una de sus cejas y Carola vio de regreso esa mirada de recelo que casi le provoca una carcajada.

—Mientras tómate un refresco. Te lo has ganado —insistió Manuela que intentaba devolverle el enorme favor que Carola acababa de hacerles—. Juan Antonio, sírvenos en el porche, si no te importa. Me gustaría charlar con mi compatriota durante unos minutos.

El hombre obedeció sin protestar aunque miraba algo inquieto a su mujer.

—Me parece que ya conoces la historia familiar de mi marido.

—Sí —admitió Carola sonriendo—. Parece que se lo toma en serio.

—Ambas partes —añadió Manuela elevando su mirada al cielo, lo que provocó la carcajada de Carola—. Estos argentinos son tan melodramáticos. —Y a pesar de la presencia de Juan Antonio ninguna dejó de reír.

—¿Dónde conociste a Marcelo? —le preguntó Juan Antonio bastante interesado.

—Trabajando para él en España, en Sotogrande. Yo vivía muy cerca de allí antes de casarme.

—¿No te importó que estuviera comprometido con Andrea Valenti? Según tengo entendido fuiste la causante de la ruptura del compromiso.

—Juan Antonio —le reprochó su mujer quien alzó la voz.

—Te aseguro que todo se acabó entre ellos antes de comenzar su relación conmigo. Nunca me lo ocultó.

—Desde luego, ha ganado con el cambio, Carola. —Manuela sonreía amistosamente y, con su reconocimiento, demostraba el cariño y el respeto que ya sentía por su compatriota—. No entiendo como cualquier hombre decente se puede liar con esa...

—Ya. —Carola no se molestó porque sabía que Marcelo se arrepentía de su error—. Marcelo no está muy contento con esa decisión que tomó, pero ya forma parte del pasado y no me molesta. No tiene nada que ver con nosotros.

—Aun así, no te fíes de ella —le aconsejó Manuela—. Es una mala persona, una mujer que se ha relacionado con hombres ricos y poderosos a quienes sacarles el dinero; lo único que le importa. Al parecer estaba bastante encaprichada de tu marido. Sin embargo, sobre ti, solo he oído elogios.

—Me alegro, aunque apenas conozco a nadie que no esté relacionado con La Abadía, como ya le he comentado a tu marido. Solo hace un mes que vivo aquí.

—Lo sé, pero la buena fama te precede. —Carola la miró sorprendida—. ¿Y qué te ha parecido tu nuevo país? —preguntó cambiando de tema.

—Me encanta vivir y trabajar en La Abadía. Es un lugar maravilloso. Y esto —añadió recorriendo con la mirada sus alrededores—, tampoco está mal. Aunque imagino que no les gustará a los Mendoza. —Manuela se rio, y Juan Antonio frunció el ceño sin saber si Carola decía la verdad o solo se burlaba de él—. Este lugar es precioso; no me extraña que haya tenido tanto éxito... —se interrumpió al ver acercarse a Marcelo quien caminaba hacia la casa con un gesto bastante serio—. Creo que vienen a regañarme —susurró a Manuela—

por pasarme a territorio enemigo. —Y su reciente amiga soltó una carcajada.

La anfitriona se levantó y recibió a Marcelo con educación mientras su marido la seguía erguido y con una postura arrogante y familiar que recordaba a los Abadía.

—Bienvenido, Marcelo. Estamos muy agradecidos por la ayuda que tu esposa nos ha ofrecido esta tarde. —El veterinario ofreció una leve sonrisa.

—Gracias, Manuela. Espero que no haya ocasionado mucho revuelo. —Manuela se rio al comprobar que Marcelo conocía bien a su mujer a la que recibió con un efusivo beso y tan solo medio abrazo, pero tan posesivo que desvelaba sus sentimientos hacia ella—. Es su tendencia natural.

En ese instante los niños salieron de la casa persiguiendo a Bob.

—Me voy, chicos —se despidió Carola—, vendré dentro de unos días a quitarle los puntos a Bob. Limpiadle las heridas cada día con suero fisiológico y ponédle el desinfectante que os he dejado.

—¿Y si se le suelta algún punto? —preguntó el chico preocupado.

—Entonces me llamáis y vendré enseguida —se ofreció Carola sonriendo—. Vuestros padres saben dónde encontrarme.

—Gracias por todo, Carola. Me ha gustado conocerte —se despidió Manuela, la besó dos veces y la joven hizo lo mismo con Juan Antonio mientras este se mostraba rígido, sin saber qué hacer ante ese huracán rebosante de ternura, simpatía, belleza y sinceridad.

—No dudéis en avisarme si surge alguna complicación.

—Espero no perder el contacto contigo, Carola —se ofreció una afectuosa Manuela.

—Por supuesto que no —respondió la veterinaria—. Somos vecinas. —Y sonrió despreocupada para conseguir la carcajada de su nueva amiga.



Marcelo agarró la mano de su mujer y se dirigieron a la salida de las lujosas instalaciones donde había aparcado.

—Cariño, eres única —le dijo Marcelo a la vez que la besaba en la frente—. Si te dedicaras a las relaciones internacionales, acabarías con los conflictos bélicos del mundo.

—Forman una bonita familia —reconoció con satisfacción—. Me ha gustado conocerlos. Y tienen una casa preciosa. —Marcelo no necesitó que añadiera nada más para comprender los deseos de su mujer.

—Cuando tú quieras, Carola. Solo tienes que decírmelo. —La besó y la abrazó por la cintura—. Démonos prisa o llegaremos tarde a cenar. No me apetece escuchar las protestas de Roberta.

—Ni a mí tampoco. —Y ambos se rieron a carcajadas—. Sobre todo cuando sepa que he estado aquí.

## Capítulo 14

Un par de semanas más tarde Carola justificó la existencia de los altos pastos y la espesura de la Pampa Húmeda; llovía a mares y, a pesar del gorro, las botas y el impermeable con el que intentó protegerse mientras suturaba a una vaca malherida por el asta de otra, acabó empapada como si se hubiera dado un baño con ropa incluida. Antes de lo habitual, pasó por la clínica donde la esperaba Marcelo al finalizar cada jornada y le advirtió que se iba a la casa grande con la intención de darse una ducha caliente y cambiarse de ropa.

Entró en el dormitorio, conectó el ipad después de cerrar la puerta y comenzó a desnudarse a la vez que bailaba al ritmo que le marcaba Bruno Mars. La lluvia intensa había traspasado su impermeable y el polo blanco que vestía transparentaba sus pechos cubiertos por la ropa interior, blanca, de algodón y sencilla que siempre solía usar cuando trabajaba.

Con la música no lo oyó entrar mientras cogía ropa seca del armario.

—Sé que eres preciosa, incluso con tu ropa de trabajo —Carola dio un respingo y vio a Álvaro que la observaba con una mirada perversa y cargada de lujuria—, pero hasta vestida con esa sencilla ropa interior eres la mujer más hermosa y perfecta que he visto jamás. Ahora mismo resultas una visión impresionante.

—Sal de mi habitación, por favor. —E intentó cubrirse con la toalla que tenía en las manos, pero él se lo impidió al arrancársela de las manos con más fuerza de la necesaria.

—No me impidas que disfrute de esta visión celestial —se lo exigió tan cerca de su rostro que a Carola se le quedó impregnado el pestilente olor a alcohol de su aliento.

En pocos segundos, por el cerebro de Carola pasaron decenas de imágenes sobre el recuerdo de su altercado con Cortázar y luchó por soltarse del poderoso agarre de Álvaro.

—Suéltame —gritó no lo demasiado fuerte para competir con el volumen de la música y que consiguiera llamar la atención de alguien que pasara cerca.

Con frialdad, Álvaro se acercó al ipod y lo desconectó de los altavoces.

—He probado a las tres mujeres de esta casa —Carola se paralizó un instante al oír esa confesión y leyó la sinceridad en los ojos turbios de su atacante— y tú no serás menos por mucho que te resistas; solo lo harás más interesante —le dijo con tanta naturalidad que la dejó atónita—. Te aseguro que ninguna se opuso porque suelo ser un amante muy generoso. —Carola abrió la boca para gritar, pero Álvaro la pegó a su cuerpo para contenerla con más contundencia y se la tapó—. No quiero lastimarte, amor. No me obligues a hacerlo. ¿No has visto el Mercedes que conduce Blanca? ¿Quién crees que se lo ha regalado? ¿Benjamín? —Carola no podía creer lo que le confesaba sin ningún pudor—. ¿Y las joyas de Vanesa? Quizás a ti también te gusten más las joyas. Vamos, amor. Estos Mendoza son unos tacaños y todo su dinero lo invierten en esta maldita hacienda y en los animales. Tú procura ser buena conmigo y yo te regalaré lo que desees; soy mucho más rico que ellos. —Y le apretó un pecho con la brusquedad de un animal—. Te daré lo que me pidas. Tendrás el mundo a tus pies si accedes a convertirte en mi amante. —Suspiró fuertemente en la oreja de la chica y le provocó un intenso escalofrío que recorrió todo su cuerpo—. Una mujer tan hermosa como tú. He soñado con este momento desde que llegaste a La Abadía. —La sorprendente bofetada que le dio Carola tuvo que ser oída en toda la casa.

—Déjame en paz, borracho asqueroso —gritó separándose de él con

brusquedad— y no te atrevas a tocarme nunca más.

—Maldita puta —gritó soltándole un puñetazo que la tumbó en el suelo y la aturdió durante unos segundos que Álvaro aprovechó para gritarle descargando toda su rabia—. ¿Prefieres que sea por las malas? Tú eliges, pero te aseguro que acabarás abriéndote de piernas para mí. —Atrapó sus muñecas y se las sujetó con fuerza por encima de la cabeza—. Después, si lo cuentas, será tu palabra contra la mía. Seductora. —Carola volvió el rostro para alejarse de su pestilente aliento y recobrar fuerzas para continuar resistiendo—. Eres una seductora. Por eso Marcelo rompió su compromiso con esa puta; lo volviste loco como has hecho conmigo desde que llegaste.

—¿Qué demonios...? —La voz grave de Marcelo la llenó de alivio y enseguida se sintió liberada del peso de Álvaro—. Maldito hijo de puta —gritó Marcelo a la vez que estrellaba a Álvaro contra el mueble donde estaba el ipod.

—Ella me ha provocado —se defendió el cuñado con el rostro ensangrentado debido a la herida que ya manaba de su ceja derecha— y luego se ha arrepentido.

—Seguro —contestó Marcelo antes de levantarlo para tumbarlo de nuevo de un puñetazo—. He oído lo que le has dicho. ¿Crees que a mí no me importa lo que le suceda a mi mujer? —le gritó antes subirse a horcajadas sobre él y agarrarlo por las orejas con todas sus fuerzas—. ¿Crees que mi matrimonio es como el de mis hermanos?

Carola observaba incrédula la escena, como si no estuviera relacionada con ella, como si se tratara de una película violenta que exponían ante ella. Temblaba de arriba abajo y no podía moverse, ni siquiera cuando Julián se presentó en el umbral de la puerta con una cara de asombro y perplejidad que lo inmovilizó del mismo modo que a ella al encontrarse a su hermano golpeando con fiereza a su cuñado.

—Cabrón. —Le dio un fuerte puñetazo—. Cobarde. —Otro golpe que Álvaro no supo de dónde llegó porque estaba recibiendo una dolorosa paliza—. Borracho de mierda. —Llevó sus manos al cuello y apretó con fuerza hasta que alguien los separó—. No vuelvas a tocarla, no te acercará a ella nunca más... —gritaba resistiéndose a alejarse de Álvaro.

Ben se unió a Julián y pudieron contener a Marcelo mientras Álvaro se agitaba en el suelo a punto de perder el conocimiento. Marcelo se soltó de la presa de sus hermanos y, enloquecido, salió al pasillo.

—¡Roberta! ¡Roberta! —llamó a su hermana a gritos, casi tambaleándose, debido a lo alterado que estaba; se asomaron María y Vanesa—. No os acerquéis —ordenó enrojecido aún por la rabia que intentaba contener.

—¿Qué sucede? —preguntó Roberta quien salía sorprendida de su habitación—. ¿A qué vienen esos gritos, Marcelo?

—Ven aquí ahora mismo. —Se acercó a ella y, asiéndola con fuerza por el codo, la arrastró hacia su dormitorio porque era incapaz de estarse quieto un solo segundo—. Vas a comprobar de una vez qué clase de hombre es tu marido.

Entraron en el cuarto y Marcelo cerró la puerta tras ellos con más fuerza de la necesaria.

—Reunión familiar —dijo sonriendo enloquecido por la frustración al contemplar a su mujer que temblaba acurrucada junto a Ben, aún en ropa interior, sentada en el suelo y apoyada en la pared—. Tu marido ha intentado violar a mi mujer.

—No lo escuches, amor —se atrevió Álvaro a decir con voz lastimosa—. Ella me ha provocado. Me ha invitado a su dormitorio. —Julián tuvo que contener de nuevo a Marcelo y Ben se vio obligado a colaborar y a mandar callar a su cuñado.

—Cierra la boca si no quieres que yo te dé también —le gritó casi tan

furioso como su hermano—. Has esperado el momento oportuno para atacarla. ¿Crees que no vemos como la miras desde que llegó a esta casa? Se lo advertí a Marcelo —vociferaba a unos centímetros del rostro maltrecho de su cuñado—. Le advertí que no se fiara de ti. Eres un drogadicto y un borracho. —Le escupió a la cara—. Estás enfermo.

Roberta contemplaba la escena en silencio, pasaba la vista de uno a otro de los personajes, impresionada, sin comprender muy bien aún lo que había sucedido.

—Se irá de esta casa ahora mismo o llamo a la policía. No deseo provocar un escándalo, aunque la última palabra la tendrá Carola. —En ese instante la vio temblar sin poder contenerse, sentada en el suelo, se abrazaba con fuerza a las rodillas; se protegía en su propio dormitorio y Marcelo se maldijo por haberse descuidado ya que era consciente de la clase de hombre que era su cuñado—. No pondrás un pie en La Abadía mientras mi mujer y yo estemos aquí —le advirtió Marcelo—. Y si no te gusta la idea —se dirigió a Roberta—, puedes marcharte con él a Buenos Aires.

—Creo que debemos escuchar la versión de Álvaro —exigió Roberta que se negaba a reconocer la realidad de lo sucedido—. Solo te hemos escuchado a ti y apenas conozco a Carola. Sobre todo si tenemos en cuenta su comportamiento contigo.

—¿Qué quieres decir? —le exigió Marcelo más irritado aún.

—Carola no se comporta como una esposa decente. —El rostro de Marcelo enrojeció de rabia y se oyó un “maldita sea” de Ben—. Siempre con sus risas y sus juegos, intentando entretenerme y provocarte. Quizás haya actuado del mismo modo con Álvaro y...

—Estás loca, Roberta —le gritó Ben con desprecio—. No puedes estar tan ciega.

—Mira a mi mujer, Roberta —le exigió Marcelo sin que ella obedeciera

—. Mírala —le gritó furioso y la hermana no tuvo más remedio que obedecer.

Roberta la vio temblar con sus escasas ropas húmedas y transparentes, con el rostro surcado por un torrente interminable de lágrimas, despeinada y con un moretón que comenzaba a formarse en la barbilla.

—¿Aún vas a dudar de la realidad? —le preguntó Ben cada vez más enojado con su hermana—. Nos conocemos bien, Roberta —añadió con ironía—. Todos.

—Fuera —exigió Marcelo cansado de las absurdas excusas de su hermana—. Sacadlo de aquí. Ahora debo preocuparme por Carola.

Marcelo no sabía por dónde comenzar a consolarla al verla tan desamparada y frágil. Y decidió sentarse junto a ella, en el suelo, acogerla en su regazo y tratar de reconfortarla con su abrazo.

—Lo lamento, cariño. Lamento tanto que te haya hecho daño. —Ella no dijo nada, se limitó a acurrucarse contra el pecho de su marido y lloró descontrolada al sentir la seguridad del refugio que le ofrecía, mientras él no dejaba de acariciarla y le ofrecía toda la ternura que podía reunir. Marcelo tiró de la colcha y la cubrió con ella—. Eres tan bonita, tan valiosa para mí. Casi me da un infarto al entrar en la habitación y ver... —La besó en la cabeza con delicadeza—. Ya hablaremos cuando estés mejor, cariño. Y me importará una mierda que ese hijo de puta sea el marido de mi hermana. Me aseguraré de que no vuelva a acercarse más a ti. Te lo prometo.

Marcelo hizo intención de levantarse pero Carola lo retuvo.

—No me dejes sola, Marcelo. —El miedo que reflejaban las palabras de su mujer lo envenenó más aún—. Por favor.

—No pienso separarme de ti, cariño. Solo voy a prepararte un baño caliente. Creo que los dos lo necesitamos.

La ayudó a incorporarse, ella se levantó y dejó la colcha arremolinada en

el suelo. Sin soltar la mano de su mujer, se dirigieron al baño. Mientras se llenaba la bañera, Marcelo comenzó a desnudarse, pero se detuvo y miró a Carola.

—¿Quieres que me meta contigo en la bañera? —Ella asintió nerviosa—. Está bien, cariño. Tranquilízate.

Marcelo entró primero y luego le ofreció la mano para que ella se acomodara delante de él, entre sus piernas. Carola aún temblaba y su marido se maldijo a sí mismo por no haber escuchado a Ben una semana atrás y por no advertir a Carola sobre el carácter enfermizo de su repugnante cuñado. Conocían bien a Álvaro y sabían que, estando bebido y, también drogado, era capaz de cualquier cosa; se creía con derecho a tomar lo que deseara, humano o material, porque solo era un niño rico, consentido y caprichoso que no había madurado a pesar de sus cuarenta años.

Marcelo la abrazó y la apoyó sobre su pecho con la intención de que recobrarla la seguridad perdida o, más bien, robada.

—¿Te sientes mejor, Carola? —le preguntó unos minutos más tarde que habían transcurrido en silencio—. Voy a enjabonarte, a enjuagarte y saldremos de la bañera. El agua se está enfriando.

—Puedo hacerlo yo —susurró Carola.

—Déjame a mí. Necesito que entiendas que estoy aquí contigo, que puedes contar conmigo en estos momentos. ¿O prefieres que llame a Ben? —bromeó procurando relajar el ambiente.

—No. Te prefiero a ti —susurró y se perdió durante unos segundos en sus recuerdos—. Aquella noche... Ya sabes. Cuando Cortázar...

—Lo recuerdo, Carola —la interrumpió para evitarle el dolor que le causaba hablar sobre la agresión que sufrió durante el verano mientras le frotaba la espalda con la esponja—. Preferiste a Ben y me lo merecía. No te fiabas de mí.



—Tú me desconcertabas. No entendía lo que pretendías de mí. Y al día siguiente me contaste que estabas prometido...

Marcelo pensó que era el momento oportuno para contarle la verdad pero después de la traumática experiencia que acababa de sufrir, prefirió postergarlo.

—Menos mal que actué con inteligencia y me quedé con la mejor chica del mundo. —La besó en el cuello repetidas veces—. Todos me envidian por mi suerte.

—Marcelo —susurró ella—, ¿qué les pasa a los hombres? ¿Qué pasa por sus cabezas para que actúen de ese modo tan cruel y salvaje?

—No lo sé, cariño. Quizás estén locos, o enfermos por las drogas y el alcohol, o son unos viciosos. Pero lo que te pido a partir de hoy es que no quejes si me muestro demasiado protector porque estoy seguro de que no podré controlar el miedo que me provoca que te suceda algo malo. Ya sabes que eres el regalo más valioso que he recibido en mi vida y no estoy dispuesto a verte sufrir de este modo.

—Te quiero, Marcelo. —Y se abrazó a él de un modo tan tierno y entregado que logró conmover al hombre hasta el punto de que tuviera que contener alguna lágrima—. Gracias por no dudar ni un segundo sobre lo que ha pasado. —Él la separó para observarla—. Se trata del marido de tu hermana y lo conoces desde hace más tiempo que a mí.

—Carola, pude oír parte de la conversación; además, no creo que exista una persona más sincera y honesta que tú, cariño. Mi confianza en ti es absoluta.

Por supuesto, no se presentaron a cenar esa noche. Tampoco Ben lo hizo ya que, después de lo sucedido, prefirió adelantar su viaje a Buenos Aires tras la marcha definitiva de Álvaro, deseoso de escapar de la violencia vivida en su propia casa hacía un rato y del motivo que tanto le asqueaba. Desde la

aparición de Carola en la vida de los Mendoza, de ser testigo directo del efecto tan extraordinario que había ejercido sobre Marcelo, a pesar de la cruel situación en la que vivían dominada por las secuelas del egoísmo y la apatía de su padre, su existencia se había convertido en algo insoportable, y cada día se arrepentía más de su matrimonio con Blanca, de la bochornosa pantomima que lo estaba convirtiendo día tras día en un hombre amargado. Lo único que liberaba parte de esa amargura era concentrarse en el polo, en sus animales y en su preocupación por su hermano y Carola.

Antes de marcharse, Ben llamó a la puerta del dormitorio de su hermano para interesarse por el estado anímico de su cuñada y amiga Carola. Marcelo le abrió la puerta vistiendo bóxer y camiseta, salió al pasillo y cerró con cuidado tras de sí.

—Se ha dormido agotada hace unos minutos. —y Ben vio cómo su hermano se derrumbaba y le hablaba con tanta furia e impotencia que lo hizo estremecerse—. No puede tener tanta mala suerte, Ben. Ha sufrido dos ataques a manos de hombres violentos en cinco meses.

—Como tú bien dices, ha tenido la mala suerte de cruzarse en el camino de dos salvajes enloquecidos por el abuso del alcohol y las drogas, dos bastardos viciosos. —Y desahogó parte de su malestar y de la angustia sufrida contra Marcelo—. Y Carola es una mujer tan especial que nunca pasará desapercibida. —Suspiró al desahogar su enojo—. No me hiciste caso, Marcelo. Vi el modo en que Álvaro la miraba cada vez que estaba ante ella y yo he comprobado cómo es en su ambiente varias veces; lo conozco bien y está acostumbrado a rodearse de mujerzuelas tipo Andrea dispuestas a hacer cualquier cosa a cambio de obtener un beneficio material.

Ben tenía razón y Marcelo no tuvo más remedio que asentir, luego, exhaló con fuerza pensando en lo que su mujer le había contado y que le debía transmitir a su hermano.

—¿Sabes lo que le ha dicho a Carola? —preguntó negando con la cabeza

—. No sé cómo te va a sentar esto, Ben, pero me siento obligado a decírtelo...

—Imagino que será sobre Blanca. —Marcelo asintió y tragó un fuerte nudo que le oprimía la garganta.

—¿Adivina quién le compró el Mercedes? Y no fue su padre como nos contó.

—Álvaro. —Permaneció unos segundos pensativo—. No te voy a engañar, Marcelo, pero sospechaba que algo se traían entre manos, sobre todo porque me extrañaba que fuera por casualidad que, cuando comenzaron su amistosa relación, dejó de exigirme más dinero.

—Lo lamento, Ben. —Se frotó el rostro con fuerza—. Esto acabará explotándonos en la cara. Nos dejamos arrastrar por la ambición de Julián y de Roberta, no puedo culparlos, si es lo que ibas a decirme, pero debimos valorarnos más y pensar en las consecuencias que nuestras desafortunadas elecciones nos acarrearían con el tiempo.

—No lo dirás por ti. —Ben lo golpeó en el hombro y volvió a su tono desenfadado—. Has sido afortunado, Marcelo.

—Pero el error que estuve a punto de cometer aún no está solucionado y tengo miedo, Ben. Andrea me amenazó cuando me la encontré en la final de Palermo; sigue dolida y se comportó como una leona que espera paciente, que acecha a su presa para atraparla en un instante de debilidad. Y yo no encuentro el momento oportuno para sincerarme con Carola de una vez y pasar página.

—No habrá un momento oportuno para recibir una noticia de ese calibre, sobre todo para una persona tan honesta y sincera como Carola.

—¿Y si no me perdona, Ben? —A Ben le dolía la desesperación que consumía a su hermano y amigo—. ¿Qué haré si no me perdona?

—Siempre te agradecerá la sinceridad, Marcelo. Ya la conoces. Mientras, cuida bien de ella. Lo merece, Marcelo. —El mayor asintió inseguro—. ¿Irás

el sábado a verme?

—Sí. Tengo la intención de pasar el fin de semana en Buenos Aires, aunque Carola proteste; ya ama más La Abadía que nosotros. —Sonrió desganado—. Quizás por ello, llegado el momento, justifique y comprenda mi precipitación por casarnos —añadió con un gesto sombrío.

—Anímate, Marcelo. Carola está loca por ti; siempre has jugado con esa ventaja a tu favor. —Y Marcelo asintió preocupado mientras le daba un abrazo de despedida a su hermano y le deseaba suerte en sus partidos.

Julián, Vanesa y Roberta, como si nada hubiese sucedido, cenaron envueltos por un ambiente gélido y falso que soportaban a la perfección.

Tras el desagradable altercado sucedido con Álvaro, la vida de Carola transcurría con una deliciosa monotonía, con la misma que la primavera desemboca cada año en el verano y hace que el tiempo sea cada vez más cálido. Disfrutaba más de su trabajo y de su estancia en La Abadía y Marcelo se sentía tan aliviado al verla feliz que se dejaba contagiar por el estado de ánimo de su mujer, poco dispuesto a amargarle la vida. Salvo en la casa grande, donde Roberta la ignoraba por completo y Vanesa o Blanca, el poco tiempo que esta última pasaba por allí, la miraban con desprecio. El motivo fue evidente cuando la citaron ante la presencia de Julián y Roberta una mañana de primeros de diciembre en la que Marcelo se vio obligado a realizar un viaje relámpago a Buenos Aires para asistir a una de las reuniones de criadores de caballos de la raza Polo Argentino.

Roberta no le había dirigido la palabra desde que su marido fue, literalmente, expulsado de La Abadía por Marcelo; no le había dedicado ni un cordial “buenos días” con el que saludaba incluso a los trabajadores de la hacienda. Así que estaba sorprendida de su requerimiento en la biblioteca antes del almuerzo.

—Hola —saludó Carola con la misma frialdad con la que fue recibida—.

¿Queréis hablar conmigo?

—Pasa, Carola, por favor y toma asiento —le pidió Julián educado pero distante—. Hay un asunto importante del que debemos tratar.

—Tú dirás —exigió ella mientras se sentaba, lo miraba a la cara e ignoraba la presencia de Roberta.

—Mi hermano Marcelo se opone a que firmes un acuerdo de separación de bienes gananciales. Y nosotros nos hemos atrevido a comentártelo, preocupados por sus intereses económicos.

—Marcelo y yo mantuvimos una conversación sobre ese tema y, tienes razón, se opone con firmeza a que entre nosotros exista un acuerdo comercial, creo que lo llamó.

—Entonces —Julián preguntó sorprendido—, ¿tú estás de acuerdo con nuestra opinión?

—Sí. Me parece lógico. Sobre todo, después de apreciar el increíble valor de esta hacienda y de saber que pertenece a vuestra familia desde hace más de un siglo. Pero, como le dije a Marcelo, no aceptaré ninguna pensión. Ya tengo mi sueldo por el trabajo que desempeño como veterinaria —durante unos segundos, Julián no supo que responder— y no apporto nada a los innumerables gastos que imagino supondrá mantener una casa como esta. Mi salario me parece más que suficiente.

Julián rompió unos papeles que tenía sobre la mesa con excesiva parsimonia.

—Es evidente que no podré convencerte para que aceptes unas prestaciones económicas por nuestra parte —le dijo admirado—. Si quieres leer el documento donde aceptas las condiciones económicas de tu matrimonio...

—Confío en ti, Julián, y si lo que me ofreces es por el bien de tu

hermano... ¿Dónde hay que firmar?

Julián, avergonzado ante la integridad moral que demostraba su cuñada y a la que estaba tan poco acostumbrado, le ofreció el documento; ella estampó su firma en varios lugares diferentes marcados con una pequeña cruz y movió un poco su silla, pero se detuvo antes de levantarse.

—¿Algo más? —Julián negó con la cabeza a la vez que le dedicaba la primera sonrisa sincera a su cuñada—. Hasta luego. Román me espera.

Unos minutos previos a la cena, Carola se encontró con su marido en el dormitorio mientras se aseaba y se cambiaba de ropa antes de sentarse a la mesa, como exigía Roberta. Marcelo traspasó la puerta convertido en un basilisco a la vez que agitaba unos documentos en la mano.

—¿Cómo te has atrevido a firmar esto sin consultarlo conmigo? —Carola le sonrió, se acercó y lo besó en los labios—. Contéstame —le exigió sin responder a sus muestras de cariño.

—Te he echado de menos a la hora del almuerzo. —Y se abrazó a la cintura de su marido y apoyó la cabeza en su hombro—. ¿Qué tal ha ido tu día?

—¡Carola! ¡Contéstame! —Alzó el rostro y lo miró a los ojos verdes, furiosos en esos momentos, que ella tanto adoraba.

—Ellos solo velan por tus intereses. No te veo con chaqueta y corbata desde el día de nuestra boda. Estás guapísimo. —Le tiró del nudo, lo acercó hasta tenerlo a la altura de sus labios y lo besó para transmitirle con su gesto cuánto lo amaba—. Te quiero, Marcelo.

Él se limitó a separarse de ella un metro y rompió los papeles con una irónica sonrisa que reflejaba su enorme irritación.

—Nuestro. ¿Recuerdas? Nuestro —le repitió antes de arrojar los papeles al suelo como si no significaran nada y luego la abrazó con fuerza—. La próxima vez que tenga que irme, haré prevalecer mis derechos de ser tu jefe y

tu marido y te obligaré a venirte conmigo. ¿Queda claro?

—¿Y qué haré yo mientras te reúnes con los criadores? Prefiero quedarme aquí trabajando.

—La próxima vez te vienes conmigo —aseguró transformando su rostro en preocupación de un segundo a otro—. ¿Estás bien? ¿Te han molestado Julián y Roberta?

—No. Hemos aclarado nuestras posturas —le contó en un tono petulante que divirtió a su marido—. Creo que la mía por fin les ha quedado clara y espero que no me comparen con tus cuñadas. Si me vine a Argentina es porque te quiero, si estoy en La Abadía es porque te quiero, si soporto la vida en esta casa y a la gente que vive en ella es porque te quiero. —Marcelo la observó un instante en el que admiró, no solo la belleza de su rostro, en ese instante había visto una vez más la impresionante hermosura de su corazón.

—No te merezco, Carola. No creo que haya un hombre en la Tierra más afortunado que yo.

—Por supuesto que no —bromeó sonriendo y su marido la miró levantando una ceja oscura—. No hay un príncipe adecuado para esta impresionante princesa. Me lo decía mi madre cuando tenía cinco años y ahora veo que tenía razón.

—¡Ah! ¿Ni siquiera yo? —preguntó sonriendo y apretándola contra su cuerpo.

—Tú menos que ninguno. Un vulgar criador de mulas y vacas flacas. No sueñes con hacerme tu esposa. Me reservo para el príncipe Marcelo, heredero del reino de La Abadía.

Marcelo la alzó en brazos con facilidad y la llevó hasta la cama, donde, una vez más, se tomó su tiempo para hacerle el amor, demostró una paciencia infinita en conseguir que disfrutara, en hacerse imprescindible para ella; intentaba que lo necesitara tanto como él a ella; así lograría que nunca se fuera

de su lado. Lo que él más temía que ocurriera.



## Capítulo 15

Pocos días más tarde, Carola salió de la casa grande pasadas las diez, después de una cena algo más animada gracias a la presencia de Ben. Debía inspeccionar el estado de un viejo caballo al que suturó con más de treinta puntos esa misma mañana a causa de varios mordiscos que le había propinado una yegua joven. Así que dejó que Marcelo y Ben conversaran sobre el comportamiento de sus animales durante el último encuentro, subió a su dormitorio a calzarse las botas, se cambió la camisa de seda que se había puesto para la cena por una camiseta de mangas largas y salió de la casa. La noche era clara debido a una luna casi llena y muy cálida, a falta de dos semanas para el comienzo del verano. Carola sonrió al darse cuenta de que aún no se había acostumbrado a ese cambio de las estaciones. Estaban a nueve de diciembre y celebraría la Navidad en verano; casi rio mientras caminaba en la soledad nocturna que envolvía a la finca.

Para impedir que se alterara demasiado, había separado al nervioso animal en un pequeño establo, el último de los barracones que estaba casi sin usar pendiente de una reforma bastante necesaria, donde antes se cobijaban las yeguas recién paridas.

Entró, encendió la luz y dejó la puerta encajada.

—Hola, precioso. ¿Cómo te encuentras, viejo Sócrates? Menuda riña has tenido esta mañana. —Acarició el cuello fuerte aún del noble y manso animal que respondió cariñoso a las palabras y a las manos de Carola—. Tú ya no estás para ligar con las chicas jóvenes; eres muy mayor. —El caballo agitó su cabeza como si la hubiera entendido y Carola se rio—. Veamos esa fea herida.

Ensimismada en su tarea, percibió por el rabillo del ojo un movimiento fugaz a su espalda, en el pesebre frente al que ocupaba Sócrates. Volvió la cabeza durante unos segundos y pensó que se trataría de la misma sombra del caballo o quizás sería algún roedor.

Minutos más tarde, arrodillada casi debajo del animal, notó que este comenzaba a moverse inquieto a la vez que olía a quemado.

—Tranquilo, Sócrates. Ya estoy acaban... —Pero el animal se encabritó de repente y la tiró de espaldas sobre el heno.

Y entonces vio las llamas que habían prendido en los dos pesebres frente al de Sócrates. No lo pensó dos veces. Cubrió la cabeza del caballo con un saco, tiró de sus crines en dirección a la salida con la intención de avisar lo más rápido posible sobre el incendio. En ese establo antiguo aún no se había instalado la alarma que habría saltado sola en otro de los modernizados barracones.

Llegó a la puerta en pocos segundos. Pero como el establo apenas se utilizaba, tampoco se mantenía tan limpio como los otros y se había acumulado demasiado heno seco en el suelo de los habitáculos. El humo comenzaba a cargar el ambiente a cada segundo que transcurría. Carola tiró de la manija alargada con fuerza, pero no pudo abrir la puerta. El caballo se movía inquieto mientras ella empujaba una y otra vez con el hombro, obligada a emplear más fuerza de la necesaria porque parecía que se había encajado. Le resultó imposible abrirla.

Miró a su alrededor en la desesperada búsqueda de una ventana por donde escapar, pero comprobó que estaban demasiado altas y que no podría llegar. Y para colmo de males, había olvidado el teléfono en el dormitorio. Solo le quedaba una esperanza que le ayudara escapar del incendio antes de desmayarse por la inhalación de dióxido de carbono. Comenzó a golpear la puerta con una pala, provocó un ruido intenso, lo que causó que aumentara la angustia del animal. Continuó hasta que, un minuto más tarde, Marcelo

apareció ante ella tras abrir la puerta con brusquedad; con la misma que tiró de la mano de su mujer para sacarla de lo que se estaba convirtiendo en un infierno.

—No podía abrir —le explicaba Carola tosiendo a la vez que salía sin soltar las crines de Sócrates—. La puerta estaba atascada.

—Aléjate de aquí, Carola —le exigió casi empujándola—. Lleva a Sócrates al Reposo.

—No entres, Marcelo. Hay demasiado humo. —Y permaneció a unos metros de la puerta hasta comprobar que su marido no entraba en el pequeño establo.

La mirada de Marcelo se dirigió al fondo del recinto donde las llamas ya habían alcanzado una altura considerable y, tras evaluar la situación en pocos segundos y comprender que solo no podría apagar el fuego, salió corriendo hacia el otro edificio para hacer sonar la alarma de incendio. Desenroscó una de las mangueras con rapidez, tiró de ella y la arrastró sin perder más tiempo. Entró en el establo y dirigió el chorro potente de agua hacia la base del fuego que ya consumía la mitad del local. En pocos segundos Ben lo acompañaba con otra manguera y algunos empleados los ayudaban organizados por Julián.

Quince minutos más tarde, el incendio estaba controlado. Las pérdidas no eran cuantiosas porque el edificio se había vaciado con intención de comenzar su reforma y solo se utilizaba para almacenar pacas de heno.

Marcelo buscó a su mujer entre la decena de hombres que habían acudido a la señal de alarma y la vio acercarse desde el Reposo. Se dirigió a ella con determinación, desesperado por comprobar que no estuviera herida.

—¿Estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —Ben y Julián se unieron a la pareja.

—No lo sé, Marcelo. Estaba arrodillada ante Sócrates y lo único que sé es que percibí un movimiento, pero creí que se trataba de un roedor. Un minuto más tarde noté olor a quemado, Sócrates se encabritó y me tiró al suelo;

entonces vi las llamas.

—¿Había alguien contigo? —la interrogaba alterado—. ¿Viste a alguien?

—No. No vi a nadie; estoy convencida de que estaba sola.

—¿Te encuentras bien? ¿Has inhalado demasiado humo? —le preguntaba Ben quien mostraba tan nervioso como su hermano mientras ella negaba con la cabeza.

—Estoy bien. Y Sócrates también. Menos mal que Marcelo ha llegado a tiempo. No podía abrir la puerta. —Marcelo intercambió una extraña mirada con sus hermanos que pasó desapercibida a su mujer.

—Voy a acompañar a Carola a casa —dijo Marcelo muy serio—. Ahora regreso. —La tomó de la mano y se dirigieron a la casa grande.

En cuanto llegaron y dispusieron de más luz, Marcelo comprobó que sus ojos no estaban irritados por el humo, ni tenía manchados los orificios nasales.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —insistió preocupado.

—Nerviosa pero bien, te lo aseguro. Regresa junto a tus hermanos, puede que te necesiten; mientras, me daré una ducha.

—¿Ya está controlado el incendio? —preguntó Roberta que salía de la sala de estar.

—Sí. Luego te contaré lo sucedido. Ahora debo acudir de nuevo. —Besó a Carola con su intensidad acostumbrada y la vio subir la escalera que conducía a la planta del piso superior—. No te retires a tu dormitorio aún —le pidió a su hermana—. Debemos hablar en cuanto regrese; nos reuniremos con Ben y Julián. —Y salió de nuevo sin ofrecerle más explicaciones.

Tras comprobar que la situación estaba bajo control y el incendio reducido, Marcelo observó con minuciosidad el cerrojo interior de la puerta del establo que llevaba un tiempo inservible; pero en el exterior funcionaba a

la perfección, con la misma que la puerta abría y cerraba. De inmediato, exigió a sus hermanos que lo acompañaran a la biblioteca.

Ben organizó una cuadrilla de hombres que se encargarían de enfriar la instalación para que el fuego no se reprodujera y siguieron a Marcelo que caminaba decidido y bastante preocupado.

Entró directo en la sala de estar y le pidió a Roberta que se reuniera con ellos.

—El incendio ha sido provocado —dijo Marcelo en cuanto Julián cerró la puerta—. Carola no pudo cerrar la puerta desde dentro porque hace tiempo que el cerrojo no funciona y cree que vio moverse algo, según ella, un roedor.

—¿Por qué estás tan convencido de que ha sido provocado? —preguntó Roberta incrédula—. ¿Por qué vio una sombra quizás inexistente?

—Porque alguien cerró la puerta por fuera para evitar que mi mujer saliera del establo. Han intentado quemarlo con ella dentro. Si no me hubiera acercado por si necesitaba mi ayuda no sé qué habría sucedido.

—Ese establo está resguardado por los demás —reconoció Ben—. Nadie habría visto el humo o las llamas hasta que quizás hubiera sido demasiado tarde. —Y leyó la angustia en los ojos de Marcelo—. ¿Se lo has contado a Carola? —Marcelo negó con la cabeza.

—Voy a llamar a la policía o a los bomberos para que se aclaren las causas que han provocado ese incendio. Quiero encontrar al culpable.

—¿Y ponernos otra vez en boca de la gente? —Se negó Roberta en su pose más arrogante—. Ya se cuchichea bastante sobre lo que sucedió con Álvaro. Quizás la puerta la cerrara el viento...

—Roberta —la interrumpió Marcelo furioso—, el viento no cierra un cerrojo de veinticinco centímetros. Han intentado asesinar a mi mujer. Ha sido algo premeditado y lo ha hecho alguien de aquí que sabía sobre el accidente

de Sócrates y que Carola haría su revisión durante la noche.

—Puede que solo haya sido fortuito —insistió Julián en un intento de mediar entre sus hermanos—. Debemos asegurarnos antes de hacerlo público.

—Han estado esperando que ella estuviera allí sola para prender el fuego y encerrarla. No ha sido un maldito accidente —gritó Marcelo ofuscado.

—Estoy de acuerdo con Marcelo. —Ben observaba cómo Roberta llevaba la mirada al techo en un gesto de hastío—. ¿Qué harías si se tratara de uno de nosotros, Roberta?

—No deseo convertir a mi familia en el centro de comentarios malintencionados de todos los alrededores —insistió la mujer.

—O quizás intentas evitar que se descubra que se trata de un acto vengativo del loco de tu marido —dejó escapar Marcelo—. Porque es de la única persona de quien puedo sospechar en estos momentos. La única con un motivo para hacer tanto daño a mi mujer. —Roberta se levantó de un salto, fingió indignación y controló su ira.

—Esa mujer te ha sorbido el cerebro, Marcelo, y la antepones a tu familia.

—Ella también es mi familia, Roberta. Nunca me des a elegir—le dijo de pie frente a ella; la hermana lo miró más furiosa de lo que jamás había demostrado.

—Pues vigílala de cerca porque esta tarde coqueteaba con algunos hombres en la puerta de la Clínica —Marcelo cerró los puños con fuerza a sus costados—, delante de tus narices. Le encanta ser el centro de atención y se pavonea ante ellos como una vulgar prostituta. Quizás eso fue lo que hizo con Álvaro.

—¡Roberta! —le gritó Ben tan enojado como su hermano—. Carola es una mujer más decente que tú. Y ya conocemos bien a tu marido.

—No te atrevas a hablar así de mi mujer nunca más, Roberta, o acabarás

por separar a esta familia —Marcelo hablaba controlando su rabia.

—Marcelo, tranquilízate —le pidió Julián en tono pacificador—. Pensaremos esta noche en lo sucedido y mañana tomaremos una decisión. No convirtamos el incendio en un altercado familiar.

Marcelo salió de la biblioteca sin decir ni una palabra más y se dirigió a su dormitorio en busca de su mujer. Necesitaba su presencia para recuperar la calma y la cordura que le había robado saber que la había podido perder esa noche. Carola salía del baño en ese momento, con el pelo suelto y una sonrisa dibujada en su rostro con la que le daba la mejor de las bienvenidas.

—¿Todo controlado? —Se abrazó a él y lo besó en el cuello.

—¿Estás bien, cariño? ¿Te asustaste?

—Sí, la verdad es que sí. Pero estaba segura de que no tardarías en venir a buscarme —le confesó sonriendo confiada y logró que se emocionara una vez más hasta el borde de las lágrimas—. Apesta a humo, Marcelo. —Y se rio con tanta ingenuidad que conmovió aún más a su esposo.

—Necesito una ducha —dijo más repuesto, una vez que había decidido que no le contaría la verdad por evitarle preocupaciones y angustia una vez más, sobre todo, después del altercado sufrido con su cuñado—. No te duermas. —La besó para ofrecerle un anticipo de la necesidad que sentía por ella.

A la mañana siguiente, Julián lo convenció para que no avisara a la policía ya que eso provocaría rumores y cotilleos sobre su familia y quizás no solo sospecharan de Álvaro; también estaba Andrea, quien no perdía ocasión para hacerse notar ante Marcelo. Y esa posibilidad lo persuadió al comprender la posibilidad de que su ex prometida se viera involucrada en la investigación como sospechosa y eso llegara a oídos de Carola. No, pensó Marcelo, no se arriesgaría a que su mujer se enterase sobre la verdad del asunto de la herencia hasta que él encontrara el momento oportuno para confesárselo y,

aunque accedió a la propuesta de Julián, no estaba convencido de que estuviera actuando de forma correcta.

Esa misma noche, Julián le mostró a Carola la causa de la sombra que creyó ver.

—Se han salvado de milagro —le explicaba Julián con una caja de cartón que contenía tres crías de gato—. Lo más probable es que la madre huiría al ver el fuego. Eso fue lo que viste.

—¿Y se sabe ya cómo se inició el fuego? —Era evidente que ella confiaba en la explicación de Julián.

—La instalación eléctrica tiene más de cincuenta años. Juan está convencido de que al encender la luz, se produjo un cortocircuito y las chispas prenderían el heno seco.

Carola creyó la justificación que le ofrecían, mientras que Marcelo se avergonzaba de las mentiras que le estaban contando y de las que su confiada mujer ni siquiera dudaba. Esa noche, apenas cenó ni habló; la angustia y los remordimientos superaban el férreo control de emociones que había mostrado durante toda su vida.

—¿Seguro que sabrás llegar a casa de Juan Antonio? —le preguntaba Marcelo a Carola antes de que entrara en el coche para dirigirse al campo de golf donde precisaban su ayuda en el parto de una de las yeguas de la otra familia Abadía.

—Creo que sí. Solo tengo que salir a la carretera principal hasta que encuentre el cartel que anuncia el desvío del campo de golf.

—Si se retrasa la intervención, espérame que iré a recogerte. No quiero que regreses sola de noche. Los letreros que anuncian la entrada de nuestra finca apenas están alumbrados.

—De acuerdo, papi —le contestó sonriendo antes de besarlo en los labios;



luego se metió en el coche.

Le dedicó a su marido una preciosa sonrisa y se despidió con la mano. Marcelo siguió el coche con la mirada hasta que atravesó la cancela de La Abadía. Después de los incidentes que le habían sucedido a Carola, un torbellino de angustia recorría el interior de Marcelo cuando se separaban.

La chica conocía la ruta hasta la finca de sus vecinos en la que había estado ya en un par de ocasiones invitada por Manuela y a las que Marcelo la había acompañado a regañadientes. El camino no era complicado; solo había que salir a la carretera principal, continuar unos cinco kilómetros y entrar en un desvío que se encontraba al lado contrario de La Abadía.

Carola conducía tranquila por el camino asfaltado que separaba los frondosos mares de hierba que tanto le gustaba contemplar, sobre todo cuando la brisa los movía y formaba verdaderas olas tintadas de distintos tonos verdes que la hipnotizaban.

A lo lejos observó un par de vacas que se encontraban demasiado cerca de la carretera y decidió aminorar la velocidad por si se cruzaban delante del coche. Una repentina ráfaga de calor recorrió su cuerpo al comprobar que los frenos no funcionaban por muy hondo que pisara el pedal. La fortuna eligió que los animales no se movieran y continuaran pastando sin prestar atención al vehículo que ella no era capaz de detener cuando ya estaba cerca del cruce de la carretera principal que se iniciaba justo al final de la bajada de una leve pendiente. Procuró no dejarse llevar por el pánico y tomó la única decisión que se le ocurrió: utilizar el freno de mano. Lo activó, pero no consiguió su objetivo aunque redujo un poco la velocidad del vehículo. Ya solo le quedaba una oportunidad antes de salir al cruce a sesenta kilómetros por hora. No lo pensó dos veces y se estrelló contra el poste de piedra que anunciaba la entrada a la finca mientras se sujetaba con fuerza el volante y apoyaba la espalda en el sillón lo más firme que le permitieron sus músculos.

Los airbags de la ranchera que Marcelo había comprado en cuanto

llegaron de España saltaron ante el fuerte impacto. Cuando se recuperó del susto, hizo un chequeo rápido de su propio cuerpo y solo sintió algunas leves molestias en el cuello.

La cercanía a la carretera principal provocó que algunos conductores se detuvieran y se acercaran a ayudarla y a interesarse por su estado de salud.

Después de agradecerle a esas personas su atención, telefoneó a Marcelo pero su móvil comunicaba y decidió ponerse en contacto con Julián a quién le contó lo sucedido. Sin demora, el mayor de los Mendoza se dirigió a la clínica donde trabajaba su hermano y le transmitió la noticia.

—Se encuentra bien, Marcelo —le explicaba Julián al ver la palidez que tomaba el rostro de su hermano—. Ella misma me lo ha explicado todo. Nos espera junto al poste de bienvenida.

Ni siquiera se entretuvo en dar instrucciones a sus ayudantes y tardó unos segundos en subir a uno de los todoterreno que utilizaban en la finca acompañado por Julián. Cuando llegaron al lugar del accidente, Carola esperaba apoyada en el coche. Marcelo detuvo el suyo en medio de la carretera y, en pocas de sus largas zancadas, tenía abrazada a su mujer sin decir ni una sola palabra.

—Estoy bien, Marcelo. —Carola intentaba menguar la preocupación que veía en el rostro de Marcelo—. Es el coche el que ha sufrido el impacto. Los frenos no han funcionado.

—Es imposible —dijo Marcelo más para sí mismo que para Carola—. Un coche de esta categoría y que no tiene ni tres meses... Avisa a Gómez, Julián. Él se encargará de traer el camión-grúa. —Julián obedeció *ipso facto* la orden de su hermano.

—Podría tratarse de un fallo de fábrica, Marcelo. Gómez responderá a nuestras dudas. —El hermano menor asintió con un gesto serio.

Marcelo apenas hablaba mientras Gómez se encargaba del vehículo de su

mujer que había acudido a su cita acompañada por Julián en esta ocasión.

—Estos frenos han sido manipulados a conciencia, Marcelo —reconoció el mecánico que llevaba quince años trabajando en La Abadía y era un hombre de absoluta confianza—. El manguito del líquido de frenos ha sido cortado con limpieza y hace algunas horas porque se ha perdido todo el líquido.

—Guárdalo en el maletero del coche, Gómez. Habrá que enseñárselo a la policía si es necesario. Y por favor, que mi esposa no se entere de esto. No quiero asustarla.

—Por supuesto, Marcelo. Es mejor que Carola no sepa nada aún hasta que estemos seguros.

En cuanto llegaron a las instalaciones de La Abadía con el coche siniestrado, Marcelo le pidió al mecánico que lo arreglara lo antes posible y después telefoneó a Julián.

—No dejes sola a mi mujer ni un segundo —le exigió en un tono tan serio que preocupó a Julián—. Cuando regreses, hablaremos. Alguien ha manipulado los frenos del coche.

—Está bien, Marcelo —contestó preocupado por la noticia—. Luego nos reunimos.

—Apenas has cenado, Marcelo. —Carola observaba el plato de su marido—. ¿Aún estás preocupado por el accidente? —Él se limitó a apretarle la mano que apoyaba sobre la mesa y a sonreírle sin que su mirada transmitiera alegría alguna.

—A Carola no le ha sucedido nada malo, Marcelo —Julián intentaba animarlo.

—Julián tiene razón, Marcelo. Ni siquiera he sufrido un rasguño.

—No soportaría que te sucediera nada malo. —La miró a los ojos con tanta intensidad que sus hermanos se extrañaron, poco habituados a que

Marcelo demostrara sus emociones o sus sentimientos y no se acostumbraban al derroche de cariño y ternura que dedicaba a su mujer.

Roberta intervino y condujo el peso de la conversación hacia la preparación de la fiesta que la familia celebraba con motivo del Año Nuevo, continuando la costumbre de su difunta madre.

—Puedo ayudarte si me necesitas.

—Tú preocúpate de tu trabajo. —Fue la respuesta cargada de desprecio que le ofreció a su joven cuñada—. Yo estoy acostumbrada a organizarla con ayuda del servicio.

Y continuó nombrando la larga lista de proveedores que tendría que avisar.

Minutos más tarde, los tres hermanos, en ausencia de Benjamín, se reunían en la biblioteca. Marcelo tenía mucho que comentar sobre lo sucedido.

—Es evidente que alguien intenta hacerle daño a mi mujer. Primero el incendio y ahora el coche. Creo que debería acudir a la policía.

—Ya sabes lo qué sucederá, Marcelo —le advirtió Julián—. ¿Quiénes serían los posibles sospechosos?

—Solo se me ocurren dos personas, Álvaro en venganza por lo sucedido —convencido, miró a su hermana que se mantuvo en silencio, aunque sus ojos expresaban toda la furia que sentía— o Andrea.

—Y puede que si denunciemos los sucesos provocaríamos un escándalo que perjudicaría a nuestra familia y a nuestra marca; incluso al equipo de Benjamín.

—Y, por supuesto, tu mujer tendría que enterarse del motivo de vuestra precipitada boda. —Con ese comentario Roberta lo hizo sentir aún peor.

—Debo contárselo a Carola. Entonces acabaré con el chantaje de esa mujerzuela. Esto no puede continuar.

Marcelo subió a su dormitorio dispuesto a confesarle a su mujer la verdad sobre Andrea y sobre la precipitación de su boda. Pero al ver la deslumbrante sonrisa que le ofreció en cuanto atravesó la puerta, su voluntad se quebró. No quería verla infeliz ni hacerla sufrir, aunque eso significara que también debía ocultarle los dos intentos de asesinato que había sufrido.

—Acaba de empezar una película de acción, de esas que te gustan de Statham.

Marcelo se dirigió hasta ella y contuvo más que nunca sus sentimientos convertidos en palabras y, avergonzado por su cobardía, la abrazó con fuerza en busca del refugio que le ofrecía el amor de su mujer.

—Carola, cariño. —La besó con esa intensidad habitual con la que expresaba sus sentimientos—. No soportaría perderte —susurró emocionado—. ¿Lo entiendes, verdad? ¿Sabes lo importante que eres para mí?

—Por supuesto, Marcelo. Tú también lo eres para mí. Te quiero.

Y Marcelo no se lo dijo con las palabras que se había prometido no pronunciar hasta que le confesara la verdad. Le habló sobre sus sentimientos con besos largos e intensos, con caricias ansiosas e incansables mientras le hacía el amor.

Una vez más, no avisaría a la policía por miedo a que se destapara el chantaje al que lo sometía Andrea, pero él mismo la protegería para que no sufriera ningún otro atentado.

## Capítulo 16

Marcelo se mostraba entregado y más enamorado que nunca esa mañana de Navidad, tanto, que, ávido de deseo, le hizo el amor a su mujer dos veces antes de permitirle que se levantara.

—Estás haciendo de mí un hombre insaciable, Carola —le dijo sin poder apartar los ojos de ella un instante mientras se vestía—. Vuelve a la cama, cariño. Hoy no trabajamos.

—Me gustaría, Marcelo, pero debo revisar a Rayo antes del almuerzo y luego ir a la hacienda de Los Corrales a curar a la yegua que operé ayer. Se lo prometí a Mauro. ¿Me acompañarás?

—Por supuesto. No me fio ni de los coches ni de los establos solitarios. Debo cuidar de mi mujercita porque no para de meterse en líos. —Le guiñó un ojo a la vez que sonreía sin ocultar su amor por ella; por eso Carola no echaba de menos expresiones que ella usaba, como te quiero, te amo, y que Marcelo jamás había pronunciado.

Marcelo la esperaba con el coche revisado y arrancado, como solía hacer desde que Carola sufrió ese extraño percance que pudo costarle su vida.

—¿Has revisado los frenos, Marcelo? —le preguntó Carola angustiada.

—Lo he hecho. Quédate tranquila y disfruta del paseo.

—Creo que nunca volveré a disfrutar del placer de conducir o viajar en coche. Incluso he tenido pesadillas relacionadas con lo sucedido. La verdad es que últimamente... —Carola dudó antes de continuar.

—¿Qué sucede, cariño? —la apremió Marcelo.

—Tengo miedo, Marcelo. Será por los dos accidentes que me han sucedido, ese incendio tan extraño y luego que fallaran los frenos del coche de forma inexplicable. Me siento amenazada —confesó sincera y dejó a Marcelo perplejo ante su intuición.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes? Creí que ya lo habías superado.

—No quiero preocuparte con lo que solo sea una obsesión; bastante trabajo tienes ya.

—Yo también debo confesarte algo, Carola. —Ella lo miró con atención—. Creo que tanto el incendio como el accidente fueron provocados e intencionados.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? —preguntó enfadada—. Pensé que me estaba volviendo paranoica. Entonces... ¿Por qué no avisaste a la policía?

—Porque solo son suposiciones mías —mintió avergonzado de sí mismo—. Lo lamento, cariño. No quería preocuparte, eso es todo. —Carola permaneció pensativa durante unos minutos—. Y preferimos no hacer públicos esos sucesos para no perjudicar nuestra marca; la separación de Roberta y Álvaro ya ha levantado demasiada publicidad negativa. —Marcelo se avergonzó una vez más por ocultarle la verdad.

—Está bien, Marcelo, pero prométeme una cosa.

—Lo que quieras —y lo dijo tan convencido que Carola recobró la confianza enseguida.

—Si ocurre otro percance avisaremos a la policía. Y no me importará la opinión de Julián o de Roberta. Alguien quiere hacerme daño y no esperaré a que lo consigan.

—O quizás quieran hacérmelo a mí —reconoció preocupado—. Es lo que creo.

—También lo he pensado. Lastimarte a ti a través de mí. Se trata de ti, Marcelo, a mí me conocen aún pocas personas; no creo que haya tenido tiempo de crearme enemigos. —Sonrió desenfadada y se calló durante unos segundos—. Tienes que recordar si has desagaviado a alguien, aunque lo hayas hecho sin intención, algún peón, algún mal consejo a un jugador, una mala venta, algo debe haber por ahí.

—No lo sé, Carola. No recuerdo ningún suceso especial.

Marcelo pensó que la única persona que le desearía cualquier mal sería Andrea, pero no se atrevería a venir hasta La Abadía, aunque, quizás, la sabía capaz de pagar a alguien con tal de lastimarlo, como Carola había adivinado, haciéndole daño a través de ella.

La última vez que la vio, él debió callarse y no permitir que adivinara los profundos sentimientos que sentía por su esposa. La conocía bien, debería haber sido más prudente antes de desvelarle el intenso amor que profesaba a Carola. Estaba convencido de que Andrea trataría, tarde o temprano, de aprovecharse de esa debilidad.

Después del almuerzo navideño que resultó extrañísimo a Carola por celebrarse en verano, Marcelo subió al dormitorio y le pidió que esperara en el comedor. Como tardaba demasiado, ella fue a buscarlo. Una conversación desairada se producía en la habitación.

—No insistas. No aceptaré tu regalo —decía Marcelo con desprecio—. Déjame en paz, Vanesa, y no vuelvas a asaltarme de este modo.

Ante esas palabras, Carola entró con cautela y se encontró a su marido demasiado cerca de Vanesa. Descubrió que sus sospechas no eran infundadas; esa mujer estaba enamorada de Marcelo, o al menos lo deseaba con descaro, y cada vez le suponía más esfuerzo controlarse y disimularlo. Tuvo la desfachatez de mirarla con desagrado, como si fuera ella la intrusa y hubiera interrumpido algo importante y se volvió para enfrentarse a su cuñado con un



regalo entre sus manos envuelto con esmero.

—Feliz Navidad, Marcelo —dijo en un tono seductor con el que intentaba sembrar una vez más la discordia entre el matrimonio.

Y en vez de salir avergonzada, alzó la barbilla, irguió su espalda todo lo que pudo y se marchó.

Carola se sentó en la cama. Estaba cansada de soportar a esas malas personas que decían llamarse familia. Hermanos crueles e hipócritas, cuñados acosadores y desvergonzados, ambiciones frustradas. En definitiva, estaba rodeada de odio y maldad y ella ni podía ni quería convivir con eso.

—Lo lamento, cariño. He subido a buscar tu regalo de Navidad y me ha seguido.

—¿Sabes qué, Marcelo? A veces a la maldad hay que tratarla con su misma medicina. Deberías contarle a tu hermano Julián lo que su mujer hace a su espalda, aunque quizás, como hizo Roberta, piense que tú tratas de seducirla —admitió desilusionada y deprimida como Marcelo no la había visto hasta ahora. Sabía que debía sacarla de esa casa antes de que acabara con la alegría, la sinceridad que se veía obligada a contener y el descaro que la hacía tan divertida, y esos eran sus planes inmediatos—. Quiero pedirte un favor, Marcelo —le pidió con tristeza.

—Lo que quieras, Carola. —Se arrodilló ante ella y enlazó sus manos.

—Me gustaría pasar unos días en mi casa, en Guadiaro. —Marcelo se incorporó de un salto, suspiró para relajarse y contuvo todas sus emociones y, sobre todo, su miedo—. Lo necesito, Marcelo. Necesito alejarme de aquí.

—¿Sin mí? ¿No te importa marcharte sin mí?

—Vente conmigo —le suplicó—. Un par de semanas.

—Carola, cariño. —Le tendió una carpeta esperando en que eso la hiciera alegrarse y cambiar de parecer—. Este es tu regalo de Navidad y,

cuando se haga realidad, esta situación que no nos agrada, llegará a su fin. Ábrela, por favor.

Extrañada, puso la carpeta sobre la cama, la abrió y se encontró ante ella unos planos. Comenzó a fijarse en los detalles y percibió que se trataba de una casa.

—Ya tienes lo que querías; nuestra propia casa —dijo satisfecho—. Se supone que quedaría así. —Y rebuscó una foto que representaba la recreación virtual de la preciosa vivienda—. ¿Te gusta? —preguntó nervioso ante su silencio—. Después estudiaremos los planos con más detenimiento y podremos quitar o añadir lo que nos plazca; ahora quiero mostrarte el lugar donde la construiremos.

Carola se fijó de nuevo en la foto y al pie leyó un nombre: “La Carola”. Marcelo quería llamar a su casa como ella.

—Gracias, Marcelo —le agradeció con lágrimas en los ojos—. Será una casa preciosa.

—A primeros de año comenzarán las obras y estarán acabadas en seis meses. Me lo ha prometido el constructor —le contaba tan emocionado como ilusionado—. Cuando llegue el invierno nos mudaremos a nuestra propia casa. Pero ahora dime que no te marcharás.

Carola solo pudo arrojarse a sus brazos con el firme propósito de soportar los meses que quedaban mirando al feliz futuro que le aguardaba.

Era costumbre en la familia Abadía, desde que la difunta Julia se casó, celebrar una fiesta multitudinaria para recibir el Año Nuevo. Entre viejos amigos y familiares reunían a más de un centenar de personas en el fastuoso jardín trasero de la casa grande que Roberta comenzaba a preparar justo el día después de Navidad, en su empeño por no perder la tradición que comenzó su madre.

Carola le ofreció su ayuda a Roberta durante esa semana en innumerables

ocasiones, pero ella siempre la rechazaba, aunque luego no dejara de quejarse del ajetreo que significaba organizar una fiesta de esa envergadura, sobre todo ante sus hermanos.

Marcelo y Ben se encargaron de que Carola no se sintiera desplazada en la fiesta en ningún momento y la presentaban a los asistentes, la mayoría aún desconocidos para la chica quienes se deshacían en halagos hacia la esposa de Marcelo, no solo por su belleza; lo que más atraía de Carola a todos los que conocía eran su elegancia natural, su sinceridad y su simpatía.

Las campanadas que anunciaban el nuevo año sorprendieron a la pareja separada, pero Marcelo se apresuró sin detenerse ante algunos de los invitados que reclamaban su atención y llegó junto a su mujer en el momento oportuno para fundirse en un emotivo y largo abrazo que no pasó desapercibido a sus hermanos mayores. En ese instante, tanto a Julián como a Roberta les quedó claro que Marcelo no se había casado con Carola ni por cumplir con su responsabilidad hacia su familia ni por su interés personal en conservar la hacienda familiar; entre la pareja que se besaba en esos momentos como si fuera el último beso de sus vidas, existía amor real, amor sincero del que nunca hubieran creído que disfrutaría Marcelo, y no ya de recibir, mucho menos esperaban que fuera capaz de ofrecerlo.

—Feliz Año Nuevo, Carola. Solo espero que lo sigamos celebrando juntos cuando estemos viejos y rodeados por nuestra propia familia.

—Feliz Año Nuevo, Marcelo. A mí también me gustaría que sucediera de ese modo.

—Te prometo que con todas mis fuerzas procuraré que tu vida sea como esos cuentos con los que soñabas de niñas y yo seré el príncipe que los haga realidad.

Ella en respuesta le ofreció un beso cargado de sensualidad que se vio interrumpido por una broma de Benjamín.

—Me gustaría oír algún día lo que le dices a tu mujer para que te responda de esa forma tan apasionada. —Besó a su cuñada y la abrazó con más fuerza de la precisa, lo que tampoco pasó desapercibido al resto de la familia ni a Blanca—. Me encanta que hagas a mi hermano tan feliz. Sigue haciéndolo, por favor. —Carola sintió tanto amor en las palabras susurradas de Ben que se emocionó.

—Feliz Año Nuevo, Ben. Que el 2015 te traiga todo cuánto deseas. Te lo mereces.

—Carola, por favor, puedes traerme del comedor el coñac francés —los interrumpió Roberta sin felicitarla y, aunque Carola se mostró servicial y se separó de los dos hermanos enseguida, tuvo tiempo suficiente de leer en el rostro amargado de su cuñada ese gesto de envidia y rabia que asomaba tan a menudo cuando Marcelo le demostraba sus sentimientos o incluso Ben—. El tío Paolo no bebe otra cosa. —Fue evidente que con su explicación intentaba justificar su impertinencia.

Cuando su mujer entró en la casa, a Marcelo le pareció que ya habían tenido fiesta suficiente. Habían comido, bebido, bailado y alternado con los invitados durante más de tres horas y prefería continuar la celebración de la llegada del nuevo año en la intimidad de su dormitorio, así que la siguió a la casa con una botella de champán en una mano y dos copas en la otra.

Carola se dirigía al comedor pensando en las ganas que tenía de que su casa estuviera construida lo antes posible, a poder ser, al día siguiente e incluso sonrió a solas ante la idea. Abrió la puerta de la oscura habitación para encontrarse con un hombre que le daba la espalda, con los pantalones bajado por los tobillos y los bóxers por las rodillas.

—Perdón —se disculpó más azorada de lo que había estado en su vida y se horrorizó cuando el hombre se giró para ver quién era la intrusa que lo interrumpía en un acto tan íntimo. Era Álvaro que había sido invitado a la fiesta por Roberta después de mantener varias discusiones con sus hermanos

menores.

—Hola, guapa —parecía ebrio—, ¿vienes a unirme a nuestra fiesta privada? Reservaré energías para ti.

Entonces pudo ver el trasero de una mujer al aire mientras su vestido se apelotonaba sobre su espalda. Intentaba levantarse, pero Álvaro la sujetaba con más fuerza de la necesaria y solo pudo alzar la cara para que Carola comprobara que se trataba de Vanesa.

—Perdón —se disculpó Carola en un leve murmullo más para sí misma que para la pareja de inmorales que ni siquiera se habían preocupado de elegir un lugar más reservado donde al menos nadie pudiera sorprenderlos.

Carola salió temblando del comedor y caminó casi trastabillando hacia el jardín, por supuesto sin el coñac, cuando la asaltó su marido antes de atravesar la puerta.

—¿Qué te sucede, Carola? ¿Te encuentras mal? —Ella no podía ni hablar y negaba con la cabeza en gestos rápidos y nerviosos—. ¿No se te habrá ocurrido romper la botella de coñac? Roberta no te lo perdonaría en la vida. —Divertido ante esa posibilidad se dirigió al interior de la habitación—. ¿No la encuentras? —Carola seguía muda por la impresión y era incapaz de disimular su desprecio por lo que acababa de ver, cuando Marcelo abrió la puerta y solo dio un paso en el interior del comedor para quedarse paralizado como una estatua.

Los gritos solo sonaban a Carola como tales, ni siquiera entendía las palabras o los insultos que se intercambiaron en la sala cuando Marcelo dio rienda suelta a su mal genio. Marcelo salió y, como una exhalación, se la llevó de la mano hacia el dormitorio que compartían. No paró hasta que cerró la puerta y la abrazó con fuerza.

—Asquerosos inmorales —dijo Marcelo mientras intentaba reconfortarla con sus caricias—. ¿Por qué no te habré hecho caso antes? No deberíamos

estar viviendo en este nido de maldad. Tienes razón, Carola, en esta casa ya solo queda odio, crueldad y envidia y no deseo que nuestra vida se vea empañada por esos nefastos sentimientos.

—No soy una mojigata, Marcelo. No me ha impresionado lo que estaban haciendo. Es el modo en que lo hacen. Les da igual que alguien los sorprenda, Julián, Roberta, cualquiera. Lo que no entiendo es que no sienten el menor reparo en causar dolor ni en avergonzar a sus parejas.

—Ni siquiera se han detenido después de salir tú. Actúan como animales en celo, excusados por el efecto del alcohol y la cocaína a la que está enganchado Álvaro —gritó asqueado y cerró la puerta con el cerrojo—. Nos mudamos, Carola —dijo con decisión—. Lo he pensado varias veces y si no te importa vivir más apretada durante unos meses, ocuparemos el piso de arriba de la clínica; lo construí para que se alojara cualquier miembro del equipo en casos de emergencia y ahora me alegro de haberlo hecho. Tiene una pequeña cocina, un aseo con ducha, un dormitorio y una sala; no es muy amplio, pero es luminoso y está bien ventilado. No necesitamos más.

—No. No lo necesitamos —admitió con una sonrisa desganada.

—Mañana le pediré a Carmelo que busque a alguien que lo pinte y lo limpie a fondo y, por supuesto nos llevaremos este dormitorio; me gustaría conservarlo.

—Sí. A mí también me gusta. Sobre todo la cama. —Una sonrisa iluminó el rostro sombrío de Marcelo—. No lo digo en ese sentido, insaciable. El cabecero es una obra de arte.

Pero Marcelo no perdió su sonrisa y comenzó a desplegar sus dotes seductoras.

—Ahora vamos a olvidarnos de todo cuanto está detrás de esta puerta —susurraba al oído de su mujer aún temblorosa tras el desagradable espectáculo que acababa de presenciar—. Esto es para nosotros dos, cariño. No permitas

que ellos se interpongan entre nosotros.

Al final, el pequeño apartamento necesitaba algunas reformas más de las que Marcelo preveía, relacionadas con la instalación eléctrica y el suministro de agua caliente, y la mudanza se ralentizó.

Roberta ignoraba a conciencia a su joven cuñada porque la culpaba de la firme decisión que su hermano le había comunicado el primer día del año.

—En cuanto llegemos de México realizaremos la mudanza. Ya está casi listo —les transmitió Marcelo durante la cena.

Carola observó cómo Vanesa ignoraba el asunto con total impunidad, sin ruborizarse y entonces concluyó en que mantendrían ese tipo de relaciones sexuales con frecuencia y no como algo espontáneo y repentino. La falta de respeto y la poca decencia que mostraban asqueaban a la chica que cada día sentía la necesidad imperiosa de pasar más tiempo fuera de la casa.

Carola había entablado una profunda amistad con su compañera Mariquilla, aunque fuera un par de años más joven. La veía triste y preocupada desde hacía unos días y pensaba que estaría provocado por su próxima marcha a España.

—¿Tienes el equipaje preparado? Te vas dentro de tres días.

—Sí. Lo tengo todo a punto. Y creo que ya conozco Córdoba gracias a las explicaciones que me has ofrecido estos meses.

—¿Qué sucede, Mariquilla? —Carola intuía la preocupación que embargaba a su amiga—. ¿Te has arrepentido de matricularte en el máster? En cuanto acabes encontrarás trabajo, te lo puedo asegurar. Y más aquí con la afición que hay al polo. Ni siquiera Ben cuenta en su equipo con un fisioterapeuta a tiempo completo porque escasean.

—No es por el curso. Es por mi madre.

—¿No quiere te vayas? —Mariquilla no parecía muy dispuesta a contestar

—. ¿O tú no quieres dejarla sola?

—Ha sufrido tanto por mí... Desde que nací he sido una carga para ella.

—No digas eso. Tu madre te quiere con locura.

—Ya lo sé; no se trata de eso —susurró con tristeza.

—Yo aún no conozco a mi padre —le confesó Carola porque intuía que el motivo que angustiaba a Mariquilla estaría relacionada con la ausencia de un padre—. Y le prometí a mi madre unos días antes de morir que iría a Alemania a presentarme ante él y contarle que tiene una hija. —Hizo una mueca de horror que provocó una sonrisa de su amiga—. ¿Te imaginas la situación? Pero tendré que hacerlo tarde o temprano.

—Yo sí conozco a mi padre, aunque solo se haya preocupado de mi manutención económica y de que aprovechara su dinero estudiando y no malgastándolo. Pero no soporto el modo en que mi madre ha sacrificado su vida por enamorarse del hombre equivocado, ni de cómo él se ha aprovechado de esas circunstancias durante toda mi vida. —Se retiró una lágrima rebelde que ganó la batalla contra la voluntad de Mariquilla—. No la pudo tener por ser un cobarde dominado por unos escrúpulos clasistas, incapaz de divorciarse y se encargó de que tampoco la tuviera otro hombre. —La rabia que reflejaron sus últimas palabras demostraron a Carola que alguna historia turbia rodeaba a los padres de Mariquilla y no quiso seguir hurgando en la herida porque parecía hacerla sufrir más.

—Tú no puedes remediar las decisiones que ellos tomaron, aunque te hayan hecho daño; no tienes más remedio que vivir con ellas. —Carola apoyó una mano cariñosa en el hombro de su compañera y la miró a los ojos—. Pero te aconsejo que no te dejes guiar por ellas. Ellos eligieron en su momento; ahora te toca a ti. —Mariquilla asintió sin demasiada convicción y bastante apenada—. Esa idea fue la que me ayudó a casarme con Marcelo y a dejar mi casa, mis amigos y todo cuanto conocía. Debía comenzar a vivir mi propia



vida, sobre todo porque ya no tenía a mi madre.

—Sí, es mi turno y mi vida. Lo que sucedió forma parte del pasado y no de mi futuro. —Y sonrió—. Gracias, Carola. Tienes una manera muy objetiva de ver la realidad; ojalá pueda imitarte. Lo intentaré, te lo aseguro.

Mariquilla se marchó tres días más tarde. Su madre junto a Carola, la despidieron en el aeropuerto bonaerense. Pasarían más de seis meses hasta que la chica regresara a casa en sus vacaciones y María no controló unas lágrimas al decirlo en voz alta. Nunca se habían separado durante tanto tiempo, le contó a Carola, ni cuando estudiaba en la universidad porque todos los meses pasaba varios días en La Abadía para tranquilidad de su madre.

—Estaba muy triste por tener que alejarse de ti —le contó Carola en el viaje de vuelta a casa—. No quiere que sufras.

—Mariquilla debe mirar al futuro y no preocuparse tanto por mí.

—Eso mismo le dije yo. Pero, al igual que las buenas madres se preocupan por sus hijas, las hijas también nos preocupamos por nuestras madres —le aclaró Carola con una sonrisa de desenfado con la que intentaba que la mujer no entristeciera—. Mi madre también me crió ella sola.

—Es una pena que los hombres no puedan quedar embarazados al igual que las mujeres. —María parecía hablar más con ella misma que con Carola—. No es que me arrepienta de haber tenido a mi hija; todo lo contrario, te lo aseguro. Roberto Mendoza se portó muy bien conmigo y cuidó de mí durante el embarazo y los primeros meses de mi niña. Pero me apena que no se lleve bien con su padre. A pesar de que no terminásemos juntos, es un buen hombre.

Carola decidió devolverle a María la confianza que ponía en ella desahogando el temor que le provocaba tener que conocer a su padre.

—Yo no conocí a mi padre. Y mi madre, antes de morir, me hizo prometerle que iría a Alemania a presentarme ante él. No sé cuándo reuniré el valor suficiente para hacerlo.

Y tras unos minutos de silencio, las dos mujeres comenzaron a charlar sobre la estancia de Carola en Córdoba durante sus años universitarios. Así María podía hacerse una idea de la forma de vida que llevaría su hija en España.

A la mañana siguiente, al entrar en la clínica, Carola recibió la oleada de nerviosismo y preocupación que se respiraba. Chaves hablaba con Marcelo, ambos muy serios.

—¿Qué sucede? —preguntó ella contagiada por los estados de ánimo de los hombres.

—Se trata de Estrella. El potro no se ha dado la vuelta y no parece que tenga intención de hacerlo. Tiene el cordón enrollado en el cuello y apenas se puede maniobrar con él sin ahogarlo en el vientre de la madre. Estamos decidiendo a quién salvar. —Carola se llevó una mano a la boca llevada por la impresión; aún no se había visto en la desagradable tesitura de tener que sacrificar a un animal.

—Es un clon de Zaratrusta y si sale a su padre sería un desperdicio sacrificarlo —reapasaba Chaves cuando los interrumpió Carola ya repuesta de la impresión.

—Dejadme que le haga una ecografía. Quizás pueda realizarle una cesárea. De esa forma tampoco perderéis a una buena madre recipiente.

—¿Lo has hecho alguna vez? —le preguntó Chaves esperanzado.

—No, pero sí las he presenciado en numerosas ocasiones; creo que puedo hacerlo.

—Si ella cree que está preparada, es que podrá realizar la intervención con éxito —reconoció Marcelo convencido de que su mujer realizaría esa operación y salvaría la vida de los animales— y lo puede hacer muy bien. Después de ver lo que hizo con Perla, la creo capaz de todo.

—No exageres, Marcelo. Mi experiencia aún es limitada.

—Pero tus manos son dos joyas. —Y besó una de ellas con verdadera adoración—. Poneos en marcha. Comenzad con la ecografía y, si ves la posibilidad de salvarlos a ambos, continuad con el preoperatorio. Si no, perderemos al potro.

Carola dedicó el resto de la jornada a preparar la cirugía que tendría que realizar sin falta al día siguiente, antes de que la yegua se pusiera de parto o el potrillo intentara darse la vuelta y muriera ahorcado; la madre ya comenzaba a sufrir leves contracciones.

Esa misma noche le dijo a su marido que no podría acompañarlo en su viaje a México. Y Marcelo se mostró intransigente, nervioso y preocupado.

—Es imposible, Marcelo, por favor, sé razonable. No creo que pueda marcharme a las siete de la tarde. Se trata de una intervención muy delicada y peligrosa para la madre. Y debo asegurarme de que se recupere con normalidad. Las primeras horas del postoperatorio son vitales.

—Admite que no quieres acompañarme —el comentario la sorprendió—. Te gusta anteponerme al trabajo.

—¿De verdad piensas eso? ¿Qué sucede, Marcelo? —El hombre la abrazó con fuerza.

—Perdóname, Carola. No es nada. Solo que no esperaba hacer este viaje sin ti. No quiero hacer ninguno sin ti. —La mujer lo observaba y podía ver la angustia que lo consumía—. Anularé una de las dos conferencias o intentaré cambiarlas e impartirlas el mismo día. Solo estaré fuera treinta y seis horas como máximo.

—¿Te encuentras bien? —insistió Carola.

—Algo cansado. Necesito hablar contigo, cariño. —Y el tono de su voz sonó como una súplica—. Bueno, lo dejaremos para mi regreso; puede esperar

un par de días porque mañana tienes que realizar una complicada intervención y debes estar tranquila. —La sonrisa que le dedicó a su esposa no se reflejó en sus ojos verdes.

—Cuéntamelo ahora, Marcelo, si así te vas a sentir mejor.

—No es tan urgente si me quieres. ¿Me amarás siempre, Carola?

—Muchísimo, tonto. Y durante el resto de mi vida. ¿Acaso he hecho algo para que dudes de mi amor por ti? —preguntó dolida.

—No, cariño. —Sonrió desganado—. Todo cuánto haces por mí es extraordinario. Es que necesito escucharlo más a menudo. —La abrazó con un anhelo y una desesperación que Carola no entendió en ese momento—. Nunca pensé que sería tan feliz en la vida y desde que te conocí mi mundo mejoró de una manera tan radical que ahora tengo miedo de hacer algo mal, de cometer un error, de no darme cuenta de que sufres y que eso me distancie de ti.

—Te amaré mientras viva, Marcelo. Cuando estés en México y yo aquí —le confesó sonriendo para animarlo—, ten presente que te quiero hasta el infinito. —Marcelo suspiró aliviado y la abrazó de nuevo con fuerza.

—Pase lo que pase, quíereme siempre, Carola. Te necesito y siento que no te merezco.

Esa mañana Carola se encontró con Ben en el desayuno, algo que la sorprendió porque lo hacía de viaje con Marcelo quien se había marchado al aeropuerto de Buenos Aires a las cinco de la tarde del día anterior. Ben se había quedado para realizar el trabajo de vigilancia sobre Carola que Marcelo no podría ejercer y que ella desconocía por completo.

—Buenos días —lo saludó Carola extrañada—. ¿No te marchabas con Marcelo?

—He decidido postergar mi larga visita a Florida una semana más... —Y se interrumpió al ver palidecer el rostro de su cuñada—. ¿Te encuentras bien,

Carola?

—No. Creo que voy a vomitar. Tengo molestias estomacales desde ayer.

—¿Marcelo lo sabe?

—No se lo dije porque se preocuparía demasiado. Y no te chives que te conozco. Quizás solo se trate de una gastroenteritis que tendrá que esperar. — Ben se rio ante la amenaza de su cuñada consciente de que tenía razón—. Hoy debo practicarle una cesárea a Estrella.

—Su hijo será un caballo excelente, como su padre.

—Eso dice Marcelo... —Y salió corriendo hacia el baño dejando el desayuno a medias.

Cuando regresó estaba pálida y Ben la observó preocupado.

—¿Quieres que llame al médico?

—No. Se me pasará enseguida. Le pediré a María que me prepare un termo de té frío y eso me mantendrá hidratada hasta que se me pasen las náuseas.

—Iré a verte a la clínica dentro de un rato. Que te vaya bien la operación.

Y Carola se dirigió a la cocina con los dedos cruzados. Al verla marcharse, un frío estremecimiento recorrió la espalda de Ben consciente de los complicados momentos que estaba viviendo su hermano y ante los que Carola permanecía ignorante. Temía por Marcelo y por su feliz matrimonio que superaba las extrañas contrariedades que le surgían una y otra vez; aunque la decisión que había tomado Marcelo de contarle a Carola la verdad sobre su compromiso con Andrea y la cláusula del testamento de su padre había provocado que él postergara su marcha a Florida, por si su hermano o Carola necesitaban su apoyo.

Ben no podía creer la desfachatez de esa mujer pidiéndole a Marcelo, no

solo dinero, además, a través de un mensaje de teléfono, le exigía que se convirtiera en su amante si pretendía que continuara guardando silencio. Y Ben sospechaba que estuviera detrás de los dos intentos de asesinato que había sufrido su cuñada.

El éxito de la cesárea confirmó una vez más a todos los colaboradores de Marcelo la valía profesional de Carola, quien había demostrado poseer un pulso más que firme y unas manos delicadas y necesarias en la cirugía. El nacimiento de ese potro parecía imposible y la joven cirujana le había salvado la vida gracias a su buen hacer y a la paciencia demostrada para desliar el cordón umbilical que lo hubiese ahogado si otras manos lo hubieran manejado con menos decisión y acierto que las de Carola.

Después del esfuerzo que había derrochado durante la intervención, Carola se sintió desfallecer y se tomó un vaso de té que le sentó bien al principio, aunque minutos después lo vomitara como le había sucedido con el desayuno. Se limitó a beber pequeños tragos de agua que su cuerpo toleraba mejor.

Marcelo la llamó después de la hora del almuerzo que no tomó por temor a que le sentara mal y la hiciera vomitar de nuevo y la felicitó por el éxito de la operación.

—Podrás verla. Chaves la ha grabado; así puedo ver los errores que cometo y corregirlos en la siguiente intervención que realice. ¿Qué tal tu conferencia?

—Exitosa. De público y por el interés que ha despertado el contenido. Me ha costado concentrarme, pero a la mitad de la charla lo he conseguido. Estaba preocupado por ti y por la responsabilidad que tenías esta mañana.

—Ya sabes que soy una excelente cirujana, Marcelo —le reprochó bromeando.

—Lo eres. En serio, Carola. Cada operación que realizas la resuelves mejor, con más seguridad y mayor acierto.

—Todo es cuestión de adquirir experiencia. Y en La Abadía lo estoy consiguiendo, gracias a la confianza que has puesto en mí. No muchos se fiarían de una veterinaria inexperta y que no ha cumplido los veintisiete años.

—No me lo agradezcas. Nunca más —replicó tan angustiado que Carola lo percibió.

—¿Estás bien, Marcelo?

—Deseando regresar a tu lado. Mañana, a esta hora, estaré allí contigo. Eso me repito una y otra vez para no echarte tanto de menos.

—Te quiero, Marcelo. Ya lo sabes. Te quiero hasta el infinito.

—Gracias, cariño. No te merezco —repitió una vez más.

Marcelo cortó la llamada esperando en que a partir del día siguiente podría decirle todas las veces que se le antojara cuánto la amaba.

## Capítulo 17

Carola se disculpó ante Roberta y le contó que no cenaría esa noche porque había vomitado dos veces y le dolía el estómago. Julián que pasó en ese instante por la sala felicitó a su cuñada por la excelente operación que había realizado, lo que provocó la mirada huraña de Roberta, poco dispuesta a que nadie le robara el protagonismo que creía merecer bajo el techo de la casa grande.

Antes de las siete, se metía en la bañera y se relajaba en un largo baño cuando unos golpes en la puerta interrumpieron su momento de relax.

—Carola, soy María —le aclaró la señora consciente del motivo por el que la chica cerraba la puerta con pestillo, sobre todo si estaba sola—. ¿Puedo entrar?

—Ahora mismo te abro, María. —Salió del baño y se puso el albornoz antes de abrir la puerta a la mujer.

—Ben me ha dicho que has vomitado dos veces y te he traído un caldo de pollo y verduras. Si lo toleras, te mantendrá hidratada.

—Gracias, María. —Tomó la bandeja y le ofreció un beso a la buena mujer que tenía tantos detalles con ella—. No sé qué sería de mí sin ti.

—Seguro que te alimentarías a base de bocadillos.

—Mi madre me acostumbró mal, María —le contó risueña—. Y aún no he encontrado el momento para aprender a cocinar.

—Mi hija me contó que tienes unas manos de oro y al parecer no



exageraba. Todos comentan en la hacienda lo bien que has actuado para salvarle la vida a ese potrillo.

—Es mi trabajo. Solo hago mi trabajo.

—Pero lo haces muy bien, chiquita.

—Igual que tú el tuyo, María. Si no fuera por ti...

—Calla, calla y tómate el caldo cuando se temple. Aún está muy caliente. Y acuéstate temprano que tienes cara de estar agotada.

—Eso es lo que pienso hacer. Meterme en la cama aunque sea de día.

El caldo de María le sentó bien y, a la mañana siguiente, se levantó sin dolor de estómago y sin náuseas. Así que se dirigió a la cocina, desayunó con ganas, cogió el termo de té que María ya le había preparado y fue a La Cigüeña donde la esperaban el potrillo recién nacido y su madre intervenida, a la que debería prestar especial atención.

Después de comprobar la satisfactoria evolución de la yegua, recibió un mensaje de Marcelo en el que le comunicaba que ya estaba en el aeropuerto. Continuó entregada a su trabajo aunque deseaba que el tiempo pasara más deprisa y no se sintiera tan ansiosa por ver a su marido de nuevo en casa. Durante los domingos, la actividad se reducía bastante en la hacienda y solo unos pocos trabajadores acudían unas horas para realizar las tareas más precisas que requerían el mantenimiento de tantos animales.

Ese día de verano no sería muy caluroso y una suave brisa húmeda proveniente del este refrescaba el ambiente. El silencio y la soledad matutinas la reconfortaban, aunque echara de menos a Marcelo, se sentía a gusto. Respiró profundamente de camino a La Cigüeña, alzó la mirada al cielo azul y se sintió en casa. No quería vivir en ningún otro lugar, y no solo porque fuera el hogar de su marido; La Abadía representaba todo cuanto ella había soñado alcanzar algún día. A pesar de los percances tan desagradables que le habían sucedido, a pesar del comportamiento de algunos miembros de la familia,

estaba aprendiendo a no dejarse influir por la falta de respeto que se demostraban unos a otros, imitaba a Marcelo y se entregaba a las personas que lo merecían, como Ben o María y sus compañeros de trabajo.

En ese momento entendió el motivo por el que su madre le insistía tanto en que estudiara lo que más le gustara porque la vida laboral era luego larga y pesada y no había que convertirla además en una condena. Sería a causa de la relación que existió entre Chema y su madre, que se contagió del amor a los caballos desde que el hombre la llevó a pasear en un poni. Aún recordaba la euforia que la embargaba montada sobre el pequeño pero recio animal y supo que su vida la dedicaría a cuidar y a criar esos animales. Lo veía más complicado y lejano al hacerse mayor, mientras estudiaba sus expectativas disminuyeron y comenzó a conformarse con poder cuidarlos y montar de vez en cuando. Pero se enamoró de Marcelo, y él la llevó a un lugar que para ella era el paraíso, un mundo lleno de vida, en contacto diario con la naturaleza vegetal y animal, en el que la mayoría de las personas que trabajaban allí sentían la misma pasión que ella. Sí, estaba convencida; no querría vivir en otro sitio.

La evolución de la yegua no podía ser más satisfactoria y Carola se sintió orgullosa de su trabajo, de su dedicación y, sobre todo, de la confianza que le había ofrecido Marcelo desde los primeros meses en que comenzó a trabajar para él.

Cuando Ben fue a llevarle el almuerzo que pensaba compartir con su cuñada en uno de los campos, se la encontró vomitando una vez más entre unos arbustos.

—Vas a tener que ir al médico, Carola. Es evidente que no estás bien y hace demasiado calor para estar aquí a pleno sol. ¿Román, puedes encargarte de lo que quede por hacer?

—Por supuesto, Ben. Ya le he dicho a Carola que se marche a casa. Es la segunda vez que vomita esta mañana.

—Sí, creo que será mejor que descanse un rato —se vio obligada a reconocer—. Tampoco tengo apetito.

Se despidió de Román y se subió en el todoterreno que conducía Ben.

—Se agradece el fresquito —dijo agotada al sentir el aire acondicionado.

—Estás pálida, Carola. Deberías ir al médico.

—Si mañana continuo vomitando, lo haré. Te lo prometo. ¿Quién recoge a Marcelo en el aeropuerto?

—Julián ya se ha marchado. Estará aquí en un par de horas.

—¿No le habrás dicho que he vomitado? —preguntó en un tono amenazador que hizo reír a su cuñado.

—No, no te preocupes. No quiero perder a mi hermano de un infarto. —El tono de voz de Ben cambió y Carola nunca lo había visto tan serio—. Mi hermano se enamoró de ti en cuanto te conoció y lo pasó fatal mientras esperaba a que respondieras a su proposición de matrimonio.

—Ya me imagino a los dos cotillas al teléfono. —Carola prefería bromear y quitar importancia al asunto.

—En serio, Carola. Le diste valor para que rompiera ese compromiso que lo hacía tan infeliz. —Carola permaneció unos segundos en silencio; pensaba en lo poco que Marcelo le había contado sobre su ruptura y se atrevió a preguntarle a Ben.

—Marcelo nunca quiere hablarme sobre Andrea o los motivos que lo empujaron a romper con ella.

—El motivo fuiste tú. Un auténtico milagro.

—¿Cómo es Andrea, Ben? Según Vanesa o Blanca no se puede comparar conmigo. —El gesto malhumorado de Ben habló antes que él.

—¿Se han atrevido a hacerte algún comentario sobre ella? ¿Se lo has

contado a Marcelo? —la interrogaba agobiado.

—No, Marcelo no lo sabe. Ya te he dicho que no le gusta hablar sobre esa parte de su pasado.

—Por supuesto que Andrea no se puede comparar contigo. —Demostraba un desprecio impropio en él—. Ni en belleza física ni humana. Tú estás por encima de ella. No escuches a esas dos brujas envidiosas.

—Tú relación con Blanca sigue sin funcionar —la afirmación de Carola respondió por Ben.

—Ya no hay nada entre nosotros, preciosidad.

—¿Y por qué no te divorcias, Ben? Tienes veintinueve años y toda la vida por delante para rehacerla.

—Aún no puedo hacerlo. Le debería demasiado a esa bruja —se justificó para salir del paso sin dar demasiadas explicaciones.

Cuando Marcelo llegó, Ben le dijo que encontraría a Carola en su habitación porque se encontraba algo enferma. Marcelo no se entretuvo ni un segundo en la planta baja.

Carola se estaba vistiendo cuando su marido abrió la puerta con un gesto de preocupación grabado en el rostro que tanto había echado de menos.

—Hola, cariño, ¿estás enferma? —Se acercó a ella con un claro gesto de preocupación y la besó con esa intensidad que nunca controlaba.

—Puede que sea gastroenteritis, así que no me beses demasiado, vaya a contagiarte. —Y él le ofreció un beso más intenso y más largo—. Aunque creo que ya estoy mejor. —Y repitió el beso—. En cuanto se me queda el estómago vacío dejo de vomitar.

—¿Se puede saber adónde vas?

—A revisar a mis enfermos antes de la cena —contestó con una sonrisa—.

¿Me acompañas?

—Por supuesto. Treinta y siete horas separado de ti son demasiadas y necesito recuperarlas. —Salieron del dormitorio con las carcajadas de Carola como fondo.

Una vez en La Cigüeña, juntos admiraron la fuerza de la naturaleza encarnada en el potrillo que se movía nervioso alrededor de su madre convaleciente de la operación.

—Es tuyo, Carola.

—¿El qué?

—El potrillo al que le has salvado la vida. Será para ti. —Ella lo miró sorprendida.

—Pero si será un animal perfecto para jugar a polo. Es de Ben, Marcelo.

—No. Se lo dije a Ben antes de marcharme y estuvo de acuerdo. Si salía con vida, sería para ti.

—Es un regalo demasiado valioso, Marcelo. Y ahora que empiezan las obras de la casa... Además, seguro que Roberta protestará cuando se entere. Se supone que la cuarta parte de este pequeñajo es suya y no creo que esté por la labor de hacerme ningún regalo...

—Es tuyo —le repitió irritado ante el reparo que mostraba Carola—. Y no quiero oír ni una réplica más. Cuando llegue el momento, Ben lo domará para que puedas montarlo. Vamos a cenar, Carola. Me muero de hambre —susurró con voz ronca, presagio lo que vendría después de la cena.

Una noche más, la conversación entre Benjamín y Marcelo animaba la velada. Hasta que una visita inesperada interrumpió la reunión familiar, cuando Clara anunció la presencia de dos agentes de la policía.

—Soy el agente de policía Pastrana —se presentó el mayor de los dos

antes que nadie comentara nada— y él es mi compañero Rizzoli. Disculpen nuestra presencia tan tarde, pero su capataz nos informó que estaban cenando y no hemos querido interrumpirlos antes.

—Cenan ustedes muy temprano. —Rizzoli intentaba relajar la tensión que su presencia había instalado en el ambiente.

—Costumbre impuesta por mi madre norteamericana —aclaró Ben en el mismo tono.

—¿Ha sucedido algo que necesite nuestra ayuda? —Julián asumió el papel de cabeza de familia tan propio de él—. Nadie nos ha informado.

—Si no les importa, sería conveniente que nos sentemos todos. Esta conversación puede ser larga y mucho me temo que también resulte desagradable. —Y Roberta, con su familia a la zaga, los precedió al comedor donde el servicio acababa de retirar los restos de la cena.

Marcelo condujo de la mano a su esposa y se sentaron muy juntos, detalle que no pasó desapercibido a los dos agentes puesto que las restantes parejas se mostraban más independientes.

—¿Quieren tomar algo? Un licor, café —les ofreció Roberta quien asumía el papel de anfitriona.

—Café estaría bien —aceptó Rizzoli con amabilidad—. Gracias... Usted debe ser Roberta Abadía. —Ella asintió y salió del comedor durante los minutos que se llevaron a cabo las presentaciones—. Si no estoy mal informado todos ustedes conocían a Andrea Valenti.

—Mi esposa no la conoce personalmente. —Marcelo miró a los ojos del policía, nervioso por averiguar el motivo de la presencia de la pareja policial—. Coincidió con ella en España, pero nunca llegaron a hablar...

—¿Ha dicho conocían? —interrumpió Julián sorprendido.

—El cadáver de Valenti fue encontrado ayer por la mañana en su

apartamento por la mujer de la limpieza. —El hecho de que todos se alarmaran no extrañó a los agentes ya acostumbrados a bregar con asuntos similares—. Llevaba unas doce horas muerta y estamos convencidos de que usted —señaló a Marcelo—, fue la última persona que la vio con vida.

—Preferiría que mi esposa no estuviera presente en esta reunión —exigió Marcelo con celeridad al comprobar la palidez del rostro de Carola—. No se encuentra bien.

—Ahora mismo, todos ustedes son sospechosos por el asesinato de la señora Valenti. —Las protestas de los presentes, a excepción de Carola que aún no había salido de la impresión provocada al saber que su marido se veía con su antigua prometida, ensordecieron las palabras de los agentes quienes les pedían calma—. La tarde en que fue asesinada, Marcelo Abadía pasó por su apartamento. Sabemos que ella lo chantajeaba porque todos los meses se ingresaba una cantidad fija de dinero en su cuenta corriente por valor de... —leía Rizzoli— seis mil dólares ingresados por la empresa La Abadía en pago a un trabajo inexistente de asesora en moda en la empresa textil que lleva el mismo nombre.

—Mire —insistió Marcelo deseoso de sacar a Carola del comedor porque parecía enfermar por momentos—, si este asunto solo nos concierne a los Mendoza, no entiendo el motivo por el que tiene que estar presente mi mujer. Les repito que hoy no se encuentra bien.

—¿Qué es lo que teme, Marcelo? —lo provocó Pastrana—. ¿Qué su esposa se entere de que Valenti y usted eran amantes? —Carola soltó la mano de Marcelo, escondió las suyas en el regazo y bajó la mirada hacia ellas.

—Yo no era el amante de Andrea —respondió airado pero convencido de sus palabras—; esas eran sus pretensiones, pero no las mía.

—Eso lo demostrará con una prueba de ADN. El forense ha encontrado restos recientes de semen en el interior de la víctima.

—Cuando quieran —los retó Marcelo—. Ahora mismo.

Y como si no hubiera nadie más en la sala, se dirigió a su mujer.

—Carola, cariño, mírame. —Ella mantenía la mirada gacha, Marcelo la obligó a mirarlo y le sujetó el rostro por la barbilla con suavidad—. Nada de eso es cierto, ¿de acuerdo? —Carola envió su mirada azul y llorosa al rostro de su marido y asintió, pero él pudo leer en ellos las dudas que veía en ella durante el verano, cuando se conocieron.

—Si van a acusar a mi hermano de ese crimen exijo la presencia de nuestro abogado ahora mismo o no se hablará ni una palabra más.

—¿Julián? —El aludido asintió con un gesto severo—. Aún no hemos acusado a nadie. Nos hacemos una idea del motivo del chantaje, pero preferimos que nos lo expliquen ustedes.

Ante el silencio de los presentes, Pastrana sacó un teléfono móvil, lo conectó y lo dejó en el centro de la mesa.

—Esta conversación mantenida el 6 de julio entre los dos hermanos Abadía estaba grabada en el móvil de la víctima.

Marcelo prefirió que se lo tragara la tierra en ese instante y después de cerrar los ojos durante unos segundos clavó la mirada en el rostro de Carola; a la espera de sus reacciones, ya asumía su culpa por el sufrimiento que le iba a causar.

—¿Julián?

—Sí, está aquí y acabo de romper mi compromiso con ella.

—Presta atención, Julián. No cambia nada la situación, solo habrá que cambiar un nombre.

—Al parecer, a partir de aquí conectó usted el altavoz —interrumpió Pastrana la grabación un instante.



—Sí. Mi hermano Ben me acompañaba en ese momento y también su mujer escondida en la terraza. —Y miró a su cuñada con desprecio por el dolor que estaba a punto de provocarle a Carola este descubrimiento.

—¿Estás seguro? Nos arriesgamos mucho con este cambio repentino de jugadores, Marcelo.

—*Nos lo jugamos todo. Pero ese es el riesgo que hay que correr cuando se apuesta. Necesito más tiempo, Julián. Todo el que pueda conseguir.*

—*No podemos apurar más allá de la primera semana de octubre. Por si surge cualquier contratiempo.*

—*Espero que resulte suficiente para convencerla. Además nos ahorraremos todo el dinero que nos exigía Andrea*

—*Casi un millón y medio de dólares. Fantástico. ¿El nombre de la afortunada?*

—*Carola Domínguez Castaño.* —En ese momento Carola alzó el rostro y clavó sus ojos en los de su marido—. *Ya te enviaré el resto de los datos, pero no quiero que se haga público hasta que yo te avise. Ahora dale todo el revuelo que puedas a mi ruptura con Andrea. Eso sí lo vamos a necesitar. La noticia tiene que llegar a España lo antes posible.*

Las lágrimas rodaban por el rostro de la chica que no hacía intento por retirarlas o retenerlas. Apartó la mirada y escondió el rostro, avergonzada por haberse dejado engañar por un hombre que jamás le había dicho que la amaba y ahora entendía la razón; al menos, reconoció en su sepulcral silencio, no le había mentado. La Abadía estaba en juego, por eso ella era tan importante para Marcelo.

—*De acuerdo. Y por lo que más quieras, Marcelo, confío en ti. Por favor, no te equivoques esta vez.*

—*¡No me lo puedo creer! Vas a preparar una boda cuando ni siquiera te*

*has tirado a la novia.* —Carola dirigió la misma mirada llorosa y decepcionada a su cuñado, a quién creyó su amigo desde que se conocieron y él la afrontó asumiendo su culpabilidad hasta que ella la bajó a su regazo—. *Y apenas tienes dos meses para convencerla. ¿Cómo puedes estar tan seguro?*

—Vamos, Carola —Ben interrumpió la grabación por un momento—. Esto no tiene importancia. No hagas caso de lo que estás oyendo porque no tiene nada que ver con nosotros o contigo y Marcelo. —Pero ella no lo miró y su cuñado fulminó a su esposa con una elocuente mirada.

—*¿Porque es lo que ella quiere?*

—*¿Y lo que quieres tú?*

—*Eso no importa, ya lo sabes. Carola quiere el cuento de hadas completo, yo se lo ofreceré y con mi sacrificio, nos quedaremos con la hacienda.* —Carola volvió a mirar a Marcelo sin ocultar el dolor que reflejaban sus preciosos ojos azules.

—*¿Le contarás la verdad?*

—*No.*

—*Estás de suerte, Marcelo. La chica es una preciosidad en todos los sentidos, incomparable a Andrea.*

—*Lo es.* —La frialdad que mostraban las palabras de Marcelo impresionaba a su mujer.

—*Guapa, elegante, con un cuerpo de escándalo y un carácter maravilloso. Es la mujer ideal para ti. Y compartís los mismos intereses, vuestra profesión y la pasión por los caballos.*

—*Y lo más importante para que esto salga bien es que está enamorada de mí.*

—*¿Y eso no resultará un inconveniente? Puede que le hagas daño.*

—*Es lo que debo hacer y no puedo evitar los daños colaterales.* — Marcelo veía caer con mayor fluidez las lágrimas de su mujer sobre sus manos hasta que el agente Rizzoli le ofreció un pañuelo blanco que ella aceptó sin levantar la cabeza y lo estrujó en su regazo. Lo estaba matando el que fuera incapaz de esconder una vez más esa sinceridad aplastante que la hacía tan especial y diferente de los demás. Por primera vez desde que la conoció, deseó que Carola fuera capaz de controlarse y ocultar sus sentimientos que lo estaban destrozando en ese momento—. *Es lo más conveniente para nosotros si queremos conseguir nuestra herencia en un plazo tan corto de tiempo. Carola es mi mejor baza.*

Pastrana cortó la grabación y se guardó el teléfono en el bolsillo de su pantalón.

—¿Qué sucedió después de esto? —preguntó Pastrana—. ¿Valenti lo chantajeó?

—Sí —respondió Marcelo rendido ante las evidentes pruebas—. Me pidió seis mil dólares mensuales si no quería que le contara a Carola la verdad.

—¿Y cuál es la verdad? —intervino Rizzoli irritado por el sufrimiento que mostraba Carola ante el que creyó un marido manipulador y mentiroso.

—Nuestro padre, poco antes de morir, añadió una extravagante cláusula en su testamento —explicaba Julián con frialdad mientras Marcelo reflejaba tanto dolor en su rostro que llegó a conmover a los dos policías—. Si los cuatro hermanos no estábamos casados un año después de su muerte perderíamos la hacienda y la heredaría su hermano.

—Esta tierra ha pertenecido a la familia Abadía desde hace más de ciento cincuenta años. —Roberta intentaba robar el protagonismo asumido por una dolida Carola.

—¿Cuándo se cumplía ese plazo? —Pastrana continuó con el interrogatorio e ignoró a Roberta de manera directa y fría.

—El 22 de octubre —contestó Marcelo avergonzado ante su esposa humillada.

—En un mensaje que la víctima le envió hace una semana le exige además que se convierta en su amante. ¿Lo recibió usted?

—Sí. Fui a su casa unos minutos antes de coger el avión hacia México capital, donde ofrecería una conferencia en la facultad de veterinaria. Mi mujer no pudo acompañarme porque una de las yeguas estaba de parto y tuvo que intervenirla quirúrgicamente. Desde que nos casamos, siempre viajo con ella. —Los policías se daban cuenta de que se lo explicaba a su esposa—. No nos gusta separarnos.

—¿Sobre qué hablaron Andrea y usted? —continuó Pastrana con frialdad.

—Solo permanecí en el apartamento el tiempo que tardé en comunicarle mi negativa a convertirme en su amante y a continuar con su chantaje porque yo mismo le contaría a Carola la verdad sobre la disparatada cláusula de mi padre en cuanto regresara de México. He llegado hace unas horas y aún no he tenido oportunidad de hacerlo.

—¿Bebió algo en casa de la víctima? ¿Dejó algún documento? —Marcelo negaba con un gesto—. ¿Mantuvo algún contacto físico con ella?

—No. Nada. No estuve allí más de dos o tres minutos. Ni siquiera me esperé a escuchar la respuesta de ella porque no me interesaba.

—¿Les ha hecho lo mismo a ustedes? —Rizzoli se dirigió a Julián y Roberta quienes se sentaban juntos.

—Mi mujer ya estaba informada sobre la cláusula del testamento de mi padre —explicó Julián—. Se lo conté antes de casarme con ella y le pedí su conformidad. Pero es un caso diferente. Nosotros nos conocíamos desde hacía un tiempo.

—¿Es eso cierto, Vanesa? —fue Pastrana quién preguntó.

—Sí —miró a Marcelo con una sonrisa de satisfacción tan amplia que desfiguraba su semblante diabólico. Y siempre estuve conforme con el acuerdo.

—¿Su marido lo sabe? —le preguntó a Roberta—. Álvaro Pascual, el presidente del laboratorio farmacéutico. ¿Por qué no está aquí?

—Trabaja de lunes a viernes en Buenos Aires, viene a casa los fines de semana. Y también lo sabe; nosotros llevábamos cuatro años de relación y eso solo aceleró nuestra decisión de casarnos —y lo explicó como si su matrimonio funcionara bien.

—¿Y usted no lo acompaña? —Rizzoli parecía divertirse con la situación típica de una novela de Ágata Christie a las que era aficionada su madre y por las que ella lo convenció para que se hiciera policía—. Viven separados —afirmó convencido.

—Sí. No me gusta la ciudad. —Y suspiró acongojada—. Este asunto empañará el buen nombre de nuestra familia; al menos, hasta que se demuestre la inocencia de mi hermano. Por favor, les ruego que lo lleven con la máxima discreción posible. —Su necesidad de reclamar la atención y la compasión de los demás se vio convertida en un llanto trágico y teatral que no conmovía a los agentes.

—De acuerdo, señores. —Pastrana comenzó su conclusión sin prestar más atención a Roberta—. Volveremos mañana para escuchar sus coartadas. A usted, Marcelo, lo esperamos en la comisaría a las ocho para que firme su declaración. —Marcelo, con la mirada fija en el rostro de Carola, ni siquiera respondió y Ben lo hizo por él.

—No se preocupen; yo mismo lo acompañaré.

—Ahora, si no le importa. —Rizzoli sacó una bolsita esterilizada de su bolsillo y un par de bastoncillos de algodón y se dirigió a Marcelo que abrió la boca sin hacer ningún comentario—. Perfecto —dijo el policía mientras

guardaba las muestras de saliva con las que analizarían su ADN.

—Carola —ella levantó la mirada aún llorosa y observó a Pastrana—, sentimos mucho haberla hecho pasar este mal rato, pero, créame, su presencia y la sinceridad de su comportamiento nos ha aclarado bastantes dudas y nos ayuda a comprender mejor esta complicada situación.

Carola estaba paralizada en cuerpo y en mente, sentía la mirada de Marcelo clavada en ella porque esperaba su reacción. Ahora entendía la conversación que mantuvieron la noche previa al viaje de Marcelo a México; tantas cosas cobraban sentido que se odió a sí misma por ser tan ingenua. Debía reaccionar porque, de repente, se sintió sola y más alejada que nunca de su madre, de sus raíces, y de su antigua vida, donde habría estado protegida por las pocas personas que la amaban de verdad. Y como si tuviera un resorte, saltó de la silla y corrió hacia la puerta donde ya se despedían los dos agentes de policía.

—Por favor, esperen un momento —les suplicó mientras Marcelo la seguía un paso por detrás. Los hombres se giraron y la enfrentaron, preocupados por su mirada implorante de ayuda y su rostro demacrado—. Necesito hacerles una pregunta.

Y las palabras que siguieron se clavaron en el corazón de Marcelo como flechas ardiendo en llamas.

—¿Puedo marcharme a España? —Los agentes comprendían su reacción; resultaba evidente la inocencia de esa mujer engañada y utilizada por la familia Abadía para saciar su común ambición. Marcelo se situaba a su espalda sin saber aún cómo actuar ni cómo disculparse ante su mujer—. Deseo irme lo antes posible.

—Sabemos que es inocente, Carola —respondió el agente Pastrana sin ocultar su compasión y su respeto hacia la chica que no había tardado en demostrar su amor propio—; hemos interrogado a algunos trabajadores de la

finca y todos confirman que usted no la abandonó ayer. Pero dadas las complicadas circunstancias en que se ha cometido este crimen y que su marido es el principal sospechoso, no podemos permitir que se marche hasta que se halle al culpable.

—Quizás podamos permitirselo en cuanto comprobemos huellas y se confirme oficialmente su coartada. —El agente Rizzoli intentaba animarla y se compadecía de la preciosa chica que despertaba demasiado su interés—. Puede que tan solo nos lleve unos días.

—¿Me comunicarán cuando sea posible mi regreso a España? —preguntó ansiosa y con lágrimas en los ojos—. Aquí no tengo a nadie, aparte de esta... familia —susurró avergonzada de sí misma por haberse dejado engañar con tanta facilidad.

—Por supuesto y no se avergüence de sus decisiones pasadas —se atrevió a sugerirle Rizzoli quien no ocultaba la compasión que le provocaba la chica—. Eligieron a la víctima perfecta para perpetrar sus planes, una chica huérfana y enamorada, fácil de engañar. Hemos investigado a todos los miembros de la familia. Ellos —el agente señaló a Marcelo convertido en una estatua de piedra— son los que deberían estar abochornados por haberse aprovechado de usted. —Marcelo solo sintió que merecía las acusaciones del policía por haber sido tan cobarde ante la persona que más le importaba en su vida.

—Rizzoli tiene razón, Carola —reconoció Marcelo en un susurro, confesión que impresionó a los dos investigadores—. Debería estar avergonzado porque he actuado como un cobarde al no contarte la situación real.

Los dos hombres se marcharon y Carola se giró despacio hasta enfrentarse a su marido. Lo miró a los ojos y permitió que viera las lágrimas que dejaba escapar de nuevo con total libertad. Marcelo tomó el rostro de su mujer entre sus fuertes manos y apoyó su frente en la de ella. Por primera vez dejó escapar

las palabras que se había prometido no decirle hasta que le contara la verdad que lo había atormentado durante meses, aunque no hubiese sucedido como él esperaba.

—No te marches, por favor —le suplicó entregado, dispuesto a arrodillarse ante ella hasta obtener su perdón—. Te amo. Te amo más que a mi vida. Ahora permíteme explicarte.

Carola se alejó de él sin darle la espalda y, a la vez que negaba con la cabeza, susurró:

—Me mentiste. Me utilizaste. Ya no puedo confiar en ti.

Se dio media vuelta, se dirigió hacia la salida de La Abadía y marcó el teléfono del lugar donde estaba convencida sería bien recibida y donde esperaba que la acogieran hasta que pudiera marcharse de Argentina. Ya no podría confiar en su marido, ni en Ben; los dos la habían engañado con el único fin de saciar su ambición.

—¡Carola! ¡No me dejes! —le gritó Marcelo sin ser capaz de dar un paso hacia ella—. ¡Carola! ¡Te amo! —volvió a suplicarle a la espalda de su mujer mientras ella se tapaba los oídos.

—Vamos, Marcelo. —Ben, que observaba la dolorosa escena en silencio, le pasó un brazo por los hombros como muestra de apoyo—. No es el momento. Dale tiempo y luego intenta que te escuche. Entra en casa y cálmate.

—¡Manuela! Ven a recogerme, por favor —Carola suplicó llorando a la vez que hablaba por teléfono—. No puedo estar aquí.

—¿Qué sucede, Carola? —le preguntó preocupada su amiga al sentir el tono angustiado y el llanto de la chica—. ¿Te encuentras bien?

—Voy caminando hacia tu casa. Ven a recogerme y te lo contaré cuando nos encontremos.

—Está bien, Carola. Estoy subiendo en el coche.



Marcelo entró a la casa que odiaba, del mismo modo que odiaba el recuerdo de su padre en ese instante y se odiaba a sí mismo. Infectados de odio y de maldad, como decía Carola, así estaban ellos. Hasta que se derrumbó en el sofá con el rostro oculto bajo sus manos, avergonzado por el daño que le había ocasionado a su mujer, por su cobardía y por el miedo atroz que sentía ante la idea de perderla.

Ben, que lo seguía a corta distancia, acudió en su ayuda, emocionado ante su sufrimiento y compartiendo su dolor.

—Vamos, Marcelo —le dijo palmeando su hombro—. Creo que necesitamos una copa.

Blanca los siguió hasta la sala y disfrutaba de lo sucedido. Había llegado el momento de su venganza y el dolor que veía reflejado en los rostros de su marido y de su cuñado la llenaba de satisfacción.

—Os lo advertí el día que me echasteis del apartamento de Sotogrande. Los dos habéis perdido porque la amáis. Tú —se dirigió a su marido— más que a tu propia hermana, más de lo que me has respetado a mí, si alguna vez lo has hecho. Y tú, Marcelo, tuviste la suerte de conocer el amor de verdad y mira lo que has conseguido con vuestras mentiras por saciar vuestra avaricia, has destrozado tu matrimonio.

—Te cuidado, Blanca —la amenazó Benjamín—, controla tu alegría. Recuerda que recogerás lo que siembres.

—Te deseo lo mismo —le replicó con arrogancia.

—Yo no traiciono a las personas que amo —le reprochó Ben—. Y le suplicaré a Carola hasta que me perdone. Recuperaré su confianza y su cariño, al igual que Marcelo, porque Carola es buena y compasiva, incluso se ha preocupado por ti, por ser tu amiga, a pesar de tus continuos desprecios. Mientras que tú has disfrutado con su dolor y la humillación que le hemos provocado entre todos. No te mereces nada de ella, ni siquiera vivir bajo el

mismo techo. Ojalá yo tenga la misma suerte que mi hermano y algún día conozca a una mujer que me ame del mismo modo que ella ama a Marcelo.

—Eres un egoísta que jamás conocerá el amor.

—No me conoces, Blanca. Soy vengativo, lo reconozco, y solo doy a los demás lo que recibo de ellos. A ti no te quiere ni tu padre que te vendió a nosotros por salvarse él mismo. Y recuerda que eres la culpable de que Marcelo, un hombre inocente, sea sospechoso del asesinato de esa furcia a la que te aliaste en nuestra contra. Aunque tampoco eres mejor que ella; ¿o no has recibido tu valorado Mercedes a cambio de sexo?

Blanca, humillada por su marido una vez más, salió todo lo deprisa que pudo del salón y dejó a solas a los dos hermanos.

Ben sirvió dos generosos vasos de whisky y le pasó uno a su hermano que estaba sentado en el sofá ajeno a todo cuanto le rodeaba, sin poder sacar de su mente las lágrimas que había vertido Carola por su culpa.

Marcelo bebió un trago de la fuerte bebida y se levantó con decisión.

—Voy a buscarla, Ben. No puedo dejar que pase ni un minuto más sufriendo por mi causa. Tiene que saber que nunca le he mentado sobre mis sentimientos.

—Ella lo sabe, Marcelo. Estoy seguro de que una mujer se da cuenta del amor que siente su marido y tú no has dejado de demostrárselo cada día. Además, Carola tiene esa intuición sobre las personas que la hace tan especial, como le sucede con los caballos, y está segura de tus sentimientos hacia ella.

—Pero ahora me necesita. —a Ben le dolía ver a su hermano, su amigo, su héroe, vencido y hundido—. Estará destrozada y no puedo dejarla sola.

—Deja que se calme y descanse. Mañana lo verá todo de otro modo, con más objetividad, y cuando regresemos de la comisaría, intentas hablar con

ella.

—No lo sé. No sé si podré pasar la noche sin saber cómo está.

## Capítulo 18

—¿Qué sucede, Carola? —le preguntó Manuela cuando la encontró llorando desconsolada en la carretera—. ¿Ha ocurrido algo malo? ¿Marcelo está bien?

—No puedo hablar ahora. ¿Puedo quedarme en tu casa? No tengo otro sitio adonde ir.

—Por supuesto. Entra y cálmate.

—Necesito... Necesito... —Pero Carola no pudo continuar y salió corriendo hasta distanciarse unos metros del asfalto y, arrodillada frente a unos arbustos, vomitó todo cuanto había cenado ese nefasto día.

Cuando acabó, se limpió la cara con un pañuelo que le ofrecía Manuela y subió al coche.

—¿Estás enferma, Carola? —preguntó la mujer preocupada.

—Si la decepción y la vergüenza es una enfermedad, entonces creo que sí. Estoy muy grave, Manuela.

Y entre lágrimas, suspiros y más vómitos, le contó a su amiga lo sucedido.

—Puede que la boda se precipitara por ese motivo, Carola, pero, por lo poco que conozco a Marcelo, estoy segura de que su amor por ti es sincero. No me cabe ninguna duda. Juan Antonio y yo lo hemos comentado muchas veces. Sabíamos sobre la cláusula del testamento y, en cuanto os vimos juntos, entendimos que se había casado contigo por amor y por eso rompió su compromiso con la difunta Valenti que en paz descanse; aunque solo fuera una

cara prostituta —añadió con desprecio—. Debe estar terriblemente preocupado por el sufrimiento que todo esto te haya ocasionado.

—Lo sé. Lo he visto en sus ojos y lo he sentido en sus palabras. Pero ahora, como le he dicho, he perdido mi confianza en él y no sé si la recobraré.

—Intenta calmarte y duerme un poco. Te prepararé una infusión y te echarás en el dormitorio de invitados. Y puedes quedarte aquí el tiempo que sea preciso. Ahora lo único que necesitas es descansar y dejar de pensar en todo lo que ha sucedido.

Marcelo, asomado desde la ventana de su dormitorio, miraba hacia el camino que lo conduciría hacia Carola; imaginaba que estaría en casa de Manuela. No lo pensó dos veces y se dirigió hacia el campo de golf. Necesitaba saber cómo estaba su mujer, ayudarla si era preciso, ofrecerle su apoyo y toda clase de explicaciones y disculpas hasta conseguir su perdón.

Manuela le abrió la puerta y lo invitó a pasar.

—Está dormida, Marcelo. Hace un rato que ha conseguido dormir; los vómitos no se lo han permitido hasta ahora.

—¿Sigue vomitando? —preguntó sin ocultar su angustia.

—No sé si los nervios han agravado su estado, pero todo cuanto come o cuanto bebe no le aguanta ni un minuto en el estómago.

—Si vuelve a vomitar esta noche, me llamas y avisaré al médico. Si no te importa, voy a subir a verla.

Encontró la puerta abierta y a su mujer dormida bajo la compañía de la tenue luz de una lamparilla; estaba asustada y echaría de menos a su madre, ya la conocía bien. Sin poder contenerse, la besó en la frente y acarició con cuidado la suavidad de su cabello. Deseaba que despertara para pedirle las infinitas disculpas que le debía, para ofrecerle todos los “te amo” que había contenido hasta ese maldito día porque se había escudado en su cobardía. No

podía perderla y lucharía con todas sus fuerzas, con todas sus armas por conservarla a su lado.

Decidió dejarla descansar, se despidió de Manuela y le pidió que cuidara de ella y lo informara si Carola empeoraba o necesitaba algo. Acordaron que si continuaba con los mismos síntomas por la mañana, avisarían al médico.

Al dirigirse hacia su coche se encontró con su tío, aunque solo fuera unos años mayor que él, Juan Antonio Abadía era hijo de su abuelo materno y hermanastro de su madre. Esperaba la mirada desairada de este, o quizás recibiera toda su arrogancia en forma de venganza por el rechazo social que le habían dispensado desde La Abadía, ahora que Carola había descubierto la verdad y que él mismo era sospechoso del asesinato de Andrea, una mujer incomparable a su esposa y por cuyo compromiso anterior no podía evitar sentirse avergonzado.

—Lamento lo sucedido, Marcelo —fue lo que le dijo Juan Antonio con sinceridad y lo sorprendió con sus palabras de condolencia—; creo que Carola no se merece pasar por todo esto.

—No, no lo merece —reconoció Marcelo con tanta humildad y resignación acumuladas en sus palabras y en su actitud que impresionó a Juan Antonio—. Me demoré demasiado en poner fin a esta desagradable situación y no deseo que mi mujer sufra por mi culpa. —Se miraron un instante sin que hiciera falta más explicaciones ni disculpas—. Si no te importa, volveré por la mañana temprano.

—Puedes venir cuando quieras. Cuidaremos de Carola mientras nos necesite.

—Gracias. Ahora necesita vuestro apoyo y vuestra amistad.

Se dirigió a su hogar de siempre, a ese que no le gustaba a Carola porque no había amor en él. Ella lo intuía todo, los desagradables matrimonios de sus tres hermanos, la falta de amor de esa familia que murió junto a su madre hacía

tantos años y se convirtió en obligación. Carola era tan sensible que vio la realidad de su casa antes que él mismo. Y, como ella le había pedido, sin importarle ya lo que opinaran sus hermanos, construirían su propia casa lejos de la grande y cerca de su clínica. Su propio hogar, alimentado con el amor que sentían el uno por el otro y el que ambos sentirían por los hijos que tuvieran cuando ella se lo pidiera.

Carola despertó con los lametazos húmedos que Bob le ofrecía generosamente a su brazo desnudo. Se sentía agotada pero más tranquila y se encontró la bolsa de viaje de Marcelo a los pies de la cama que contenía algo de ropa y algunos artículos de su aseo personal. Ella no se lo había pedido a Manuela y supuso que habría sido Marcelo quien lo habría dejado allí.

—Buenos días —la saludó Manuela que había subido al oírla en el baño—. ¿Estás mejor? ¿Has descansado?

—Sí. —E intentó sonreír—. Parece que la última infusión de hierbaluisa hizo su efecto y he podido dormir varias horas seguidas. Gracias por tu hospitalidad, Manuela.

—Marcelo estuvo aquí por la noche y esta mañana te ha traído ropa limpia y tus artículos de aseo. Está muy preocupado por ti, Carola; deberías ofrecerle la oportunidad de explicarse.

—Imagino que sí. —Pero ella tenía claro que no era un daño colateral, un sacrificio, como la había llamado Marcelo—. Voy a darle una vuelta al potrillo recién nacido y a la madre y ahora vuelvo. Si no te importa, Manuela, no quiero estar en la casa grande. Prefiero quedarme aquí hasta que me aclare las ideas.

—Pero antes desayuna, Carola. Tienes que reponer fuerzas.

La chica obedeció y, aunque no comió mucho, el alimento pareció asentarse en su estómago y le sentó bien.

—Marcelo le ha pedido a Juan Antonio que te lleve a La Abadía si es lo

que quieres, pero, como estará muy ocupado hasta mediodía, me ha rogado que me quede contigo hasta que él regrese a recogerte. —Manuela suspiró afectada.

—¿Puedes acercarme a la hacienda? Debo revisar a Estrella.

—¿Imaginas la cara que pondrá Roberta si me ve aparecer por allí? —Manuela sonrió divertida.

—Qué se joda, Roberta. —Y Manuela soltó una carcajada—. Que se jodan todos en La Abadía.

—Juan Antonio te recogerá aquí dentro de una hora —se despedía Manuela preocupada a la entrada de la finca—. Llámalo si necesitas más tiempo o prefieres que venga antes.

—No sé cómo agradecerte tu acogida, Manuela.

—Para eso están los amigos, Carola, para que nos ayuden cuando sea necesario. —Carola le ofreció un afectuoso beso en la mejilla—. Además, recuerda que nosotras somos familia.

—Gracias. Nos vemos después. —Y se bajó del coche de su amiga.

Se sentía extraña mientras reflexionaba en lo mucho que podía cambiar la vida en cuestión de unas pocas horas. Hasta la noche anterior había sido más que feliz junto a Marcelo, sin tener en cuenta a su complicada familia, y en ese instante no sabía si estaba preparada para perdonar su mentira, ni siquiera se sentía capaz de seguir viviendo o trabajando en La Abadía.

Para llegar a la clínica debía pasar por delante de la casa grande y un escalofrío recorrió su cuerpo a pesar de la cálida mañana que hacía. Una voz de mujer la llamó desde la puerta, se giró, pero no se movió.

—¿Puedes pasar un momento? —le pidió Roberta con una amabilidad que Carola intuía fingida. Y desde ese instante decidió guiarse por esa intuición que nunca le había fallado.



—No. No quiero entrar en ese infierno. —Ignorando el insulto de Carola, Roberta salió al encuentro de su cuñada, convencida de que debía llevar a cabo sus planes.

—Está bien, entiendo que estés enojada —Carola sentía una vez más su teatralidad, pero ya no le importaba—; es duro despertarse de un sueño. Y tú siempre creíste que mi hermano te amaba. —Carola se mostraba impasible e impresionó a su cuñada con esa actitud fría nada habitual en ella—. Debemos hablar de un asunto muy delicado, Carola.

—Habla —le exigió la chica cortante.

—¿Vas a marcharte a España? Te oí pedir a la policía que te avisaran cuando pudieras marcharte.

—No es asunto tuyo, Roberta. —La mujer sonrió nerviosa—. No pienso darte ninguna explicación.

—Ya lo sé, perdona. Es que me preocupa... Verás. Mi hermano se empeñó en regalarte las joyas que pertenecieron a mi madre que, como sabrás, se las regaló mi padre por su compromiso. Yo me opuse desde el primer momento, pero ya sabes lo cabezota que es Marcelo y cuando una idea se le mete en la cabeza no hay quién lo haga cambiar de opinión. —Carola no sabía adónde quería llegar con su enrevesada conversación—. Él intentaba convencerte para que aceptaras su proposición de matrimonio y quería impresionarte; puedo justificar la actuación de Marcelo, aunque yo sabía que vuestro matrimonio no duraría mucho. —Carola la escuchaba en silencio, indignada ante la osadía y la impertinencia de esa mala mujer—. No me juzgues mal, pero apenas os conocíais cuando Marcelo ya tenía una fecha prevista para la boda. Tanta precipitación en un matrimonio...

—Me contaste que tu noviazgo duró cuatro años y llevas unos dieciocho meses casada, si mal no recuerdo.

—Diecinueve hará pasado mañana —la corrigió sonriendo y fingiendo

orgullo.

—¿Y a pesar de ese tiempo que habéis tenido para conoceros no te diste cuenta de que tu marido es un mujeriego vicioso, alcohólico y drogadicto? ¿O es que a ti no te importa que te ponga los cuernos? —le ofreció la misma compasión que recibía y consiguió que Roberta la escuchara perpleja—. No es que me interese, pero tu casa tiene ojos y oídos por todas partes y tampoco es que Álvaro se esconda. Tu hermano quizás me engañó en la forma de conseguir mi compromiso pero, lo sabes tan bien como yo, me ama, tanto como yo a él. Así que con esa cabeza llena de cuernos que tienes, no te atrevas a dar lecciones a nadie; mujer cornuda y consentida. —Y la miró sin pestañear ni sentirse culpable por sus realistas palabras.

—Te prohíbo que le hables así a mi hermana. —Carola casi se rio al oír el comentario solemne de Julián.

—¿Me prohíbes? —preguntó Carola con desfachatez—. Déjate de formalismos hipócritas conmigo. Conozco mejor que nadie la maldad que gastáis todos los miembros de esta familia.

—¿Maldad? —exclamaron los dos hermanos a coro.

—¿Jugamos al mismo juego, Julián? Porque entonces te diré que ates a la perra en celo que tienes por esposa o la encontrarás cualquier día metida en la cama de Marcelo, del mismo modo que se abre de piernas para Álvaro. Marcelo se la tiene que sacudir de encima un día sí y otro también. —Carola había perdido el respeto por cualquier miembro de esa familia malvada y odiosa. Sin embargo, Julián no se inmutó y una lucecita se encendió de repente en el cerebro de la chica—. Ahora lo entiendo. Todo este rollo de no querer hijos, camas separadas... Es porque eres homosexual y no te atreves a salir del armario. —El rubor de Julián confirmó sus sospechas—. Así que si tu mujercita encuentra con quién desfogarse manteniendo la discreción, mejor para todos. —Carola aplaudió con su descarado natural que llevaba tiempo oculto—. Todo queda en familia. Menuda pandilla de hipócritas e inmorales.

—Y se rio a carcajadas.

—Eres una descarada. —Roberta se mostró ofendida.

—Deja de una vez de fingir ser una mojigata; ya sé lo que te gusta, por eso soportas al asqueroso de tu marido. Habla de una vez, Roberta. Tengo trabajo que hacer y no puedo pasarme la vida aquí descubriendo vuestros pecados.

Roberta comprendió que su papel conciliador no le serviría de nada con esa Carola segura de sí misma, vengativa y tremendamente descarada que desconocía, se irguió y se enfrentó a ella, aunque fuera algo más baja que su cuñada, alzó la barbilla orgullosa, adoptando la postura en la que solía hablarle.

—Ahora te conozco mejor —añadió Carola al comprobar que volvía a ser la de siempre—. Sí, señor. Esta es la verdadera Roberta. —Julián era incapaz de enfrentarse a ese huracán de mujer en que se había convertido su cuñada y entendió una vez más que Marcelo estuviera enamorado de ella.

—Si vas a dejar a mi hermano quiero que me devuelvas las joyas de mi madre —exigió orgullosa.

Roberta observaba sorprendida y en silencio cómo Carola se quitaba los pendientes, la gargantilla y, por último, el anillo y se los entregaba con frialdad, sin dudar un instante y sin demostrar emoción alguna. Los dejó desconcertados, les dio la espalda y continuó su camino.

—Un gay y una masoquista y los dos frustrados —comentó con la intención de que la oyeran—. Por eso gastan tanta mala leche.

Cuando se separó de ellos unos metros, Carola recordó la emoción que demostró Marcelo al regalarle esas joyas que pertenecieron a su madre y que continuarían siendo el regalo de bodas de una tercera generación de su familia.

—*Tú se las regalarás un día a alguno de nuestros hijos.*

Y ella lo creyó porque lo amaba. Creyó que tendría su final de cuento de

hadas, el que su madre le había prometido que ella viviría porque era tan bonita y buena como las princesas de los cuentos que le leía antes de dormir. Y también creyó en la magia del tiempo de la que Marcelo hablaba.

Solo había sido presa de un engaño, de una trama urdida para satisfacer la codicia de unos hermanos egoístas y codiciosos a quienes no importaban los daños colaterales que causarían, como la llamó Marcelo, incluida esa pobre mujer a la que alguien había asesinado por el mismo motivo. Y tembló al pensar que pudiera haber sido Marcelo; en ese momento de desconfianza lo creía capaz de cualquier cosa, incluso al bueno de Ben. Estaban todos infectados por la maldad, el odio y la codicia.

Un rayito de felicidad iluminó su existencia triste y oscura al encontrarse ante la fuerza de la vida. Al ver al potrillo de solo dos días jugar alrededor de su madre se le escapó una sonrisa sincera.

—Buenos días, Carola —la saludó Carmelo—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, Carmelo. No he vuelto a vomitar desde anoche. Y he desayunado suficiente para recuperar energías.

—Lo que hiciste por ellos fue un milagro —dijo observando al potrillo y a la madre—. Tienes unas manos increíbles, niña. En mis más de cuarenta años de experiencia con los caballos, nunca he visto nada parecido a lo que hiciste por ellos.

—Me preocupa la madre, Carmelo. ¿Le has tomado la temperatura?

—Sí. En cuanto llegué esta mañana lo estaba haciendo Marcelo. Ha sido normal en las dos tomas.

—Buena señal —reconoció contenta—. No hay infección.

—Al potrillo hay que ponerle un nombre. Ya sabes que es tuyo; tu marido te lo ha regalado. —Carola negaba con la cabeza y con lágrimas en los ojos.

—No lo acepto, Carmelo. No quiero nada de los Abadía.

—Niña —el capataz, aprovechando la confianza que ella le había ofrecido desde que se conocieron, la regañó en tono cariñoso—, no hagas caso de Julián ni de Roberta; te he visto hablar con ellos cuando venías hacia aquí. Esos quizás solo merecen lo que cagan los caballos. —Carola sonrió entre lágrimas—. Pero tu marido es un buen hombre, de los mejores que he conocido en mi vida. Yo lo he visto crecer y convertirse en el hombre que es y solo puedo sentir orgullo porque ahora sea mi jefe. Y Benjamín que lo imita en todo desde que era un bebé también merece la pena. Los otros no —le repitió—; uno ve, oye y calla porque es un mandado, pero reconoce a las personas.

—Me engañaron, Carmelo. Todos, incluido Marcelo. No les importaba si me hacían sufrir con ello.

—Lo empujaron a hacerlo, niña. Escucha a tu corazón. Marcelo está loco por ti, permítele que se explique y aprende a perdonar porque estoy convencido de que no ha hecho nada malo. Él no quería a esa mujerzuela que han asesinado, pero su hermano Julián lo empujó a comprometerse con ella; por eso se marchó a España, huyendo de ese compromiso. Y te conoció a ti y os unió un gran amor; no lo desperdicies. Escucha a tu corazón —insistió con ternura y amabilidad— y perdona a este viejo entrometido.

—No eres tan viejo, Carmelo —replicó a la vez que se secaba las lágrimas—. Solo tienes sesenta y tres años. Déjame que le dé de comer al bebé. —Y le quitó el biberón de las manos.

—Sí, hazlo tú. Te debe la vida.

—Creo que ya tengo un nombre para él. Se llamará Milagro.

—Bonito nombre, niña. Muy significativo.

Y Carola se entretuvo alimentando al potrillo durante un buen rato. Luego revisó la herida de la madre, la curó y, cuando terminaba, llegó María con su termo de té helado.

—He oído que andabas por aquí y he pensado que a lo mejor te apetecería

un poco de té, Carola.

—Sí. Gracias, María. Hoy hace calor. Aunque me marcharé dentro de media hora.

A los pocos minutos se arrepintió de habérselo tomado porque volvieron las náuseas y un exagerado cansancio. Telefoneó a Juan Antonio y le pidió que fuera a buscarla lo antes posible.

Uno de los peones entró en la clínica a avisarle de que la necesitaban en el prado, pero Carola le pidió que la acompañara hasta la entrada a la finca. El hombre la llevó agarrada por la cintura con fuerza porque apenas podía mantenerse en pie.

—Vamos, Carola. Ya falta poco —la animaba Juan que cargaba prácticamente con todo el peso de la chica—. ¿No sería mejor que te fueras a la casa grande y llamaras al médico?

—Gracias —susurró Carola sin aliento—. Ahora pediré a mis amigos que lo hagan.

Entre Juan Antonio, quien llegó unos minutos después, y el peón acomodaron a Carola en el asiento del coche, donde la joven pareció perder el conocimiento.

—Llamaré al médico enseguida. Avísale a Marcelo en cuanto llegue; dile que me llame a casa.

—Marcelo está en la casa grande. Lo he visto llegar hace unos minutos —comentó extrañado el peón.

—Avísale y dile que la llevo a mi casa —respondió Juan Antonio sin darle más detalle—. Ella no quiere estar aquí. —La severidad de las palabras del hombre dejaron perplejo al peón.

—No entiendo que está ocurriendo. Ella es una buena mujer y una excelente veterinaria. Su marido la...

—Vete a buscar a Marcelo. Ya sabes cuánto se preocupa por su esposa. — El peón asintió convencido de las palabras del dueño del club de golf y pariente de los Mendoza.

—No parece ella. —Roberta fingía su indignación mientras le contaba a Marcelo su conversación con Carola—. Qué descaro.

—Carola me enamoró por su descaro, Roberta —sonrió Marcelo convencido de que su esposa se encontraba mejor—, y por su aplastante sinceridad. Así que no os habrá dicho ninguna mentira.

—Ha insultado a Julián; le ha dicho que es gay.

—Y tú serás la única de toda Argentina que no lo sepa. Y lo ha deducido ella solita; es que mi mujer es muy lista. —Roberta no soportaba la adoración que Marcelo demostraba por Carola a pesar de que estuviera a punto de abandonarlo—. También te ha insultado a ti, dice que cualquier día Vanesa se meterá en tu cama y que se acuesta con Álvaro.

—Y es cierto, no dijo ninguna mentira. Yo también los sorprendí en pleno acto —le dijo con la misma compasión y respeto que ella mostraba por Carola—. Y tú también lo sabes, Roberta. —La impotente mujer comenzó su actuación lacrimógena—. Has perdido tu dignidad...

—¡Marcelo! —El modo angustioso en que lo llamaba Ben lo alarmó enseguida, interrumpió la conversación que mantenía con Roberta y se dirigió a la puerta—. Juan dice que ha ayudado a Carola a sentarse en el coche de Juan Antonio y que se la lleva a su casa. Parecía desmayada.

Marcelo tardó escasos segundos en llegar a su coche seguido de su hermano Ben. Condujo a tal velocidad hasta el club de golf, que llegó un minuto después que Juan Antonio. Carola estaba siendo atendida por su tío, tendida sobre un sofá del amplio salón de la casa familiar.

—¿Se ha desmayado? —preguntó angustiado.

—Creo que sí. Lleva unos minutos desfallecida.

De repente, Carola hizo intención de incorporarse y su estómago parecía convulsionar.

—Intenta vomitar. —Adivinó Marcelo incorporándola. Una asistenta acudió rápido poniendo una palangana delante de la chica que había cogido para refrescarla con paños fríos—. Vamos, Carola, vomita lo que tienes dentro —le pedía Marcelo—. Carola, cariño, incorpórate —la animó Marcelo con ternura—. Es mejor que vomites. Yo te sujeto.

—Por lo que me ha contado Manuela, se ha levantado mejor y ha desayunado —explicaba Juan Antonio preocupado—. Creía que ya estaba bien, por eso la llevó a La Abadía como Carola le pidió.

—Ben, por favor, trae el coche a la puerta. Me la llevo al hospital ahora mismo. Está deshidratada, la tensión es demasiado baja y, quizás esté descompensada. No esperaré más.

Carola abrió los ojos un instante, pero no fijaba la mirada en nada.

—Carola, háblame. ¿Te duele algo?

—Marcelo —susurró muy bajito.

—Sí, cariño. Estoy aquí y voy a llevarte al hospital. Te vas a poner bien. —Y la besó en la frente—. Abre los ojos, Carola —le ordenaba desesperado—. Mantente despierta, por favor.

Marcelo se ocupaba de los animales, no estaba acostumbrado a curar a personas, pero no le gustaba nada el aspecto de Carola que parecía empeorar por minutos. La levantó entre sus brazos, salió de la casa, la tumbó en el asiento trasero del coche, entró por la otra puerta, se sentó a su lado y colocó la cabeza de su mujer en su regazo sin dejar de observarla.

Ben conducía lo más rápido que podía haciendo sonar el claxon para que lo dejaran pasar, empujado por la angustia que leía en el rostro de su hermano



a través del espejo retrovisor.

De repente, el cuerpo de Carola comenzó a convulsionar y a retorcerse.

—Carola, Carola —gritaba palmeando el rostro demacrado de su mujer que tenía los labios morados.

—¿Qué ocurre, Marcelo? —Ben le gritaba angustiado e intentaba averiguar lo que sucedía a través de las pocas imágenes que le ofrecía el espejo retrovisor.

—Creo que va a entrar en una parada cardiaca. Acelera, Ben. —Y comenzó a realizarle la reanimación cardiopulmonar antes de que se detuviera su corazón y sus pulmones dejaran de respirar.

Ben corrió en busca de una camilla y el personal sanitario mientras su hermano continuaba con la reanimación. Enseguida la ingresaron en el hospital y la entubaron por la garganta para obligarla a respirar.

Los minutos que pasaron en la puerta de cuidados intensivos fueron los más largos y penosos de la vida de los dos hermanos.

—¿Sabes? —Ben intentaba distraerse y distraer a Marcelo—. Acabo de darme cuenta de que quiero más a tu mujer que a Perla. —Y consiguió una carcajada de su desesperado hermano—. ¡Dios! ¿Cuándo dirán algo? —se quejó Ben.

Minutos más tarde salía un médico preguntando por los familiares de Carola Domínguez.

—Soy su marido, Marcelo Abadía. Él es mi hermano Benjamín.

—Los conozco, soy un gran aficionado al polo. —Y estrechó las manos de ambos—.

—No sabemos aún lo que le sucede a su esposa. Hemos conseguido estabilizarla dos veces. ¿Comenzó a vomitar ayer?

—No. Anteayer antes de la cena —intervino Ben—. Cuando estabas en México.

—Esperemos a los resultados de los análisis a ver si nos aclaran algo la situación.

—¿Puedo verla? —suplicó Marcelo.

—De acuerdo. Pase usted solo. Tiene unos minutos.

A Marcelo le temblaron las piernas al encontrarse a su mujer rodeada por tubos y cables.

—¿Cómo estás, Carola? —le susurró al oído antes de besarla—. Lucha, por favor. No te rindas. Te amo tanto que no puedo vivir sin ti. Estos días están resultando terribles. Yo no he hecho nada malo, Carola —le hablaba sin soltar una mano con la que se acariciaba el rostro—; solo ocultarte el absurdo testamento de mi padre. Pero sabes que me habría casado contigo, que no habría permitido separarte de mí porque te quiero desde el primer día que te vi y te enfadaste conmigo. ¿Lo recuerdas? Mi veterinaria preciosa, valiente y descarada. Muéstrame esa valentía ahora y lucha por recuperarte. Te necesito a mi lado, cariño.

Carola tenía un sueño precioso en el que oía las palabras de amor que Marcelo le decía tumbados sobre la arena blanca de una playa y escoltados por altas palmeras. No conocía ese lugar paradisiaco, de aguas turquesas, en el que solo estaban ellos dos.

—Te amo, Carola. Más que a mi vida. Estaremos juntos hasta que la muerte nos separe.

—No quiero morir, Marcelo —le dijo asustada—. Quiero quedarme contigo.

—No vas a morir, cariño. Mi amor te salvará. Lucha, no te rindas, te necesito a mi lado.

—No quiero vivir en la casa grande, Marcelo. Allí no hay amor, solo egoísmo, envidia y odio. Yo no les he hecho nada, pero sé que me odian porque tú me amas. —Y lloró—. ¿Por qué les molesta nuestro amor?

Mi anillo, mi precioso anillo, Marcelo; no está. Roberta me lo ha quitado porque siente envidia de nuestro amor. Ella no es feliz; su marido la engaña. Yo lo escuché hablar con otra mujer por teléfono, y él le suplicaba que no lo dejara, que se divorciaría de Roberta. Sí, Marcelo. Álvaro hablaba con otra mujer y le decía que la llevaría de viaje a París y a Londres. Él no me vio. No escuché a propósito; yo estaba en el baño y él entró en nuestro dormitorio para que Roberta no lo encontrara. No ama a Roberta y por eso ella siente envidia de nuestro matrimonio.

No te vayas, Marcelo. No quiero que me dejes sola. —Pero él se difuminó hasta desaparecer.

Mamá, mamá, no puedo dormir. Está muy oscuro. Ven conmigo y cuéntame un cuento de hermosas princesas. Cuéntamelo hasta que me duerma, mamá.

—Sí, mi hermosa princesita. Estaré contigo hasta que te duermas.

—El príncipe tiene que llamarse Marcelo, mami.

—Muy bien, tesoro. Se llamará como tú quieras. Cierra los ojos y sueña, mi princesita.

Los pitidos y las alarmas se activaron de repente y Marcelo dio un respingo al ver de nuevo como convulsionaba el cuerpo de su mujer.

—Salga, por favor —le ordenó una enfermera a Marcelo—. Vuelve a desestabilizarse. Va a entrar en parada cardiaca.

Permaneció observando la dantesca escena a través del cristal hasta que una fuerte mano se apoyó en su hombro.

—Si alguien merece un castigo por lo que le hice, debería ser yo quien padeciera ese sufrimiento.

—No mires, Marcelo. No te hará ningún bien.

—Vete tú. Tengo que comprobar que la estabilizan otra vez. —Y golpeó el cristal con el puño cerrado—. ¿Qué coño le está pasando? —preguntó furioso—. Desde que la conozco, ha demostrado ser dura como un diamante; trabaja como una mula y ni siquiera se ha quejado de un dolor de cabeza. Ben, ¿tú le has quitado los pendientes o el anillo? No los tiene puesto, ni el colgante de mi madre.

—Se los habrá dejado en casa de Manuela. —Pero Marcelo no volvió a pensar en ellos.

—Lucha, Carola, lucha —la animaba susurrando detrás del cristal.

—Ha aguantado otro envite —le dijo Ben unos minutos después, de nuevo con la mano aferrada al hombro de su hermano, al ver que ella se restablecía—. Carola es fuerte, Marcelo. Saldrá de esta, ya lo verás.

Y salieron a la sala de espera cuando el personal que la atendía volvía a la calma.

## Capítulo 19

Minutos más tarde, Juan Antonio Mendoza y su mujer se acercaban a ellos que no se habían movido de la sala de espera, angustiados, a la espera de alguna información sobre lo que le sucedía a Carola.

Manuela lo besó en la mejilla en un acto compasivo, sincero e inevitable, al reconocer el sufrimiento que mostraba el rostro de Marcelo.

—¿Cómo se encuentra Carola? —le preguntó Juan Antonio sin ocultar la preocupación que también sentía por la chica—. ¿Se ha recuperado?

—No sabemos nada aún. Y ha sufrido una parada cardiorrespiratoria de la que, afortunadamente —dijo Marcelo suspirando—, se ha restablecido.

—No lo entiendo, Marcelo. —Manuela intentaba comprender la situación de su joven amiga—. Se ha despertado bien, ha desayunado con ganas y me pidió que la acercara a La Abadía para examinar a la yegua recién operada y a su potrillo. Tenía buen aspecto...

—No te sientas culpable, Manuela. —Marcelo asió una mano de la hermosa y angustiada mujer—. Carola habría fingido encontrarse bien con tal de cumplir con su obligación. Gracias por preocuparos por ella y por estar aquí en estos momentos. —Y miró a Juan Antonio con el agradecimiento sincero grabado en sus ojos; el hombre no dudó en aceptarlo con un gesto de asentimiento.

No sabía el tiempo que había transcurrido, pero sí que Carola no había vuelto a sufrir otra parada y que fuera había oscurecido cuando llegó el mismo médico a informarlos.

—Imagino que les va a extrañar el diagnóstico. Hemos repetido los análisis tres veces para asegurarnos, por eso hemos tardado tanto en ofrecerles alguna información. Su esposa ha sido envenenada con un compuesto de arsénico. Los continuos vómitos le han salvado la vida porque si llega a asimilar todo el veneno... En este momento estaría muerta.

Marcelo y Ben permanecieron en silencio, pálidos e inmóviles asumiendo el diagnóstico del médico. Manuela y su marido se miraron entre ellos sin ocultar la desagradable impresión que les había provocado la noticia.

—Eso no puede ser. ¿Quién va...? —Marcelo se sentó en una silla a punto de derrumbarse.

—¿Están seguros? Mi cuñada es una mujer estupenda y buena. ¿Quién querría hacerle daño? Solo lleva unos meses viviendo aquí, no ha tenido tiempo de hacer enemigos.

—De averiguarlo se encargará la policía. Debo informarles. Ahora conocemos el origen de su enfermedad y podremos ayudarla.

—Gracias por su interés, doctor —le agradeció Marcelo emocionado y aliviado.

—¿Envenenada? —preguntaba Manuela más para sí misma que para los demás—. No me lo puedo creer. —Miró primero a su marido y luego a Marcelo—. ¿Quién querría que Carola desapareciera? ¿Andrea Valenti? Es imposible; está muerta. ¿Ese energúmeno que tenéis por cuñado? —Ben y Marcelo comprendieron que Manuela sabría algo sobre el ataque que sufrió Carola a manos de Álvaro—. ¿Roberta?

—Cariño —el marido la interrumpió antes de que pudiera ofender a los dos hermanos Mendoza—, será mejor que dejes de pensar en voz alta o acabarás diciendo algo que tengas que lamentar. —Y Manuela posó los ojos en Marcelo con tanta rabia que lo sorprendió.

—¿Por qué no estás tan extrañado, Marcelo? Alguien intenta asesinar a tu

mujer y no estás subiéndote por las paredes. ¿Qué está sucediendo?

Marcelo antes de levantarse de la silla, se frotó el rostro con fuerza y miró a la intuitiva Manuela con los ojos enrojecidos y cargados de arrepentimiento.

—No es la primera vez que alguien atenta contra la vida de Carola —soltó controlando su rabia y su dolor—. Ya ha sufrido dos intentos frustrados.

Fue Juan Antonio quien se levantó de su silla como si Carola fuera alguien importante para él.

—¿Y no lo denunciaste a la policía? ¿Intentan asesinar a tu mujer y no lo denuncias a la policía? —Marcelo quería explicarle que lo hizo por proteger su matrimonio de Andrea, pero Juan Antonio no callaba—. ¿Qué tratáis de ocultar esta vez? —Juan Antonio lo miró furioso—. No te mereces a esa chica —y señaló a Ben con un dedo amenazante—; ella merece una familia mejor que la vuestra, que la quiera, la proteja y la valore.

—¿Y crees que yo no lo he hecho? —Marcelo se defendió alzando la voz y se enfrentó a su tío.

—No —respondió Juan Antonio convencido—. Es evidente que no has sabido hacerlo. —Y miró a su mujer—. Dios mío, Manuela. Dos intentos de asesinato sin investigar, sin hallar al culpable. Esto es de locos. Si mi hermana levantara la cabeza y viera en lo que se han convertido sus hijos se moriría de vergüenza. —Marcelo bajó la mirada al suelo sin saber qué decir para justificar el motivo por el que no había avisado a la policía, lo que ahora veía como una enorme negligencia.

—Quizás si hubieras denunciado los anteriores —intervino Manuela—, habrías evitado este último.

—No pude hacerlo —reconoció Marcelo abatido—; debía evitar que saliera a la luz el chantaje al que Andrea me sometía. No encontré el momento adecuado para contárselo a Carola; no quería hacerla sufrir por algo que no guardaba relación con nuestro matrimonio.

—Y con tu oportuno silencio has llegado a este momento —le gritó Juan Antonio sin ocultar la enorme decepción que el comportamiento de Marcelo le había provocado—. Casi se muere, Marcelo.

—Carola y mi hermano están enamorados desde que se conocieron. —Ben se mostró ofendido por las acusaciones veladas que la pareja hacía contra Marcelo—. Ha protegido a Carola mejor que la policía y yo lo he ayudado a hacerlo.

—Es evidente que no lo habéis hecho muy bien, Ben —respondió Manuela con frialdad—. Hoy habéis estado a punto de perderla.

Marcelo se dejó caer sobre una silla y los presentes pudieron leer en su rostro el arrepentimiento que reflejaba además de su sufrimiento.

Pasaba la medianoche cuando los dos agentes de policía, Rizzoli y Pastrana, se personaban en la sala de espera.

—Alguien ha intentado asesinar a mi mujer. Tienen que averiguar quién ha sido —les exigió Marcelo furioso interrumpiendo su camino.

—No es necesario que actúe ante nosotros, doctor Abadía —le dijo Rizzoli con un claro gesto de satisfacción y un aire de superioridad que sorprendió a Marcelo—. Guárdelas para su defensa.

—Marcelo Mendoza Abadía, queda usted arrestado por el intento de asesinato de su esposa Carola Domínguez —le anunciaba Pastrana—. Le aconsejamos que se abstenga de hacer comentarios hasta que cuente con la presencia de su abogado.

Marcelo, Ben, Juan Antonio y Manuela se quedaron paralizados y, de repente, sus rostros se volvieron blancos como la pared que los respaldaba. Ante esa reacción de sorpresa, los agentes dudaron un instante, pero llevaron a cabo la detención porque todas las pruebas que habían reunido en la clínica del eminente veterinario, incluidos unos emails enviados a Andrea Valenti, lo



proclamaban como culpable.

—¿Qué tonterías están diciendo? —preguntó Ben una vez que había reaccionado—. Mi hermano está enamorado de su mujer desde que la conoció en España. Se están dejando llevar por el estúpido testamento de mi padre y el chantaje de esa furcia, y eso no tiene nada que ver con ellos.

—Será mejor que se calle, Benjamín. Nos llevamos a su hermano detenido. Y le aconsejamos que llame a un abogado. —Rizzoli sacó unas esposas.

—No es necesario —reprochó Marcelo con desprecio antes de dirigirse a su hermano con una súplica desesperada—. No te separes de Carola, Ben, por favor, no la dejes sola ni un momento. Y vigila la comida que le den. Habla sobre eso con el médico. Tienen que protegerla. —Luego miró a Manuela—. Cuento con vosotros, por favor.

La angustia y la preocupación sinceras que demostraba Marcelo volvían a proclamar su inocencia. Pero de nuevo los dos agentes se miraron uno al otro y tuvieron que atenerse a las pruebas encontradas.

Aunque Julián no era abogado criminalista, a petición de Roberta, prefirió personarse en la comisaría antes de que se desatara un escándalo en torno a la familia debido a la detención de Marcelo.

—Hemos encontrado este email en su ordenador, enviado a Andrea Valenti dos días antes de su muerte.

Y le pasó un papel que Marcelo comenzó a leer con atención.

*“No me dejes, Andrea. Voy a deshacerme de mi mujer lo antes posible y de forma que no afectará ni a mi herencia ni a mi fortuna. Seré de nuevo un hombre libre. Te veré antes de irme a México. Ojalá pudieras acompañarme.*

*Te quiero, mi vida”.*

—Yo no he escrito esto —Marcelo habló con seguridad sin dejar de mirar

a los ojos azules y vidriosos de Pastrana.

—Estaba en su ordenador personal, en su clínica y en la bandeja de entradas del de la víctima.

—Me da igual dónde lo hayan encontrado. Yo no lo he escrito. Por favor, déjenme ir al hospital —suplicó Marcelo—. Mi mujer ha sufrido tres paradas cardíacas hoy y su estado de salud es crítico. Debo estar con ella.

—¿Y disfrutará viéndola morir? —Rizzoli lo provocó a conciencia y consiguió su objetivo—. ¿Cómo ha podido tratar de este modo a una chica tan bonita e inocente?

—Yo amo a mi mujer y no me casé con ella por ese estúpido testamento de mi padre. Incluso le pedí que se viniera a vivir conmigo, aunque perdiera La Abadía. Ella siempre pudo elegir.

—Por mantener en la familia una finca como La Abadía yo también mentiría —continuó pinchándolo el mismo agente—. Pero hay algo que no puedo entender, Marcelo. Un hombre como usted, un científico mundialmente reconocido, comprometido con una fulana. —Marcelo ya se había avergonzado por tiempo suficiente de su relación con Andrea; pero eso quedaba en el pasado y ahora solo le preocupaba que Carola se recuperara y encontrar a la persona que intentaba incriminarlo en el envenenamiento de su propia esposa—. ¿Qué lo llevó a establecer ese compromiso? No lo entendemos.

—No les estoy mintiendo. —Marcelo negaba con la cabeza y no ocultaba su desesperación—. Miren, durante el mes de diciembre, Carola sufrió un par de accidentes que ahora parecen tener conexión con lo que le ha sucedido.

—Eso es una tontería, Marcelo. —Julián se mostraba poco dispuesto a los escándalos que pudieran mancillar el honor de su apellido.

Marcelo lo ignoró y continuó hablando con los agentes.

—Alguien la encerró en uno de los establos donde, cerca de la medianoche, atendía a un animal que había curado esa misma tarde. Y quien fuera, provocó un incendio que yo sofoqué a tiempo cuando fui a buscarla porque tardaba más de la cuenta. Ella me dijo varias veces que intentó abrir la puerta, pero que estaba atrancada, y yo antes de entrar tuve que abrir un cerrojo de veinticinco centímetros. —Julián se removía incómodo en su silla—. Eso no lo hace el viento; aunque preferí no decírselo a ella en ese momento por no asustarla —Marcelo continuó su explicación—. Dos semanas después, Carola se dirigía a casa de una amiga para realizar una intervención quirúrgica a uno de sus caballos; se trataba de un favor personal, algo que hace en ocasiones en las haciendas vecinas. —La admiración que sentía por su mujer quedó patente con esa aclaración, al igual que la sinceridad de sus palabras—. Carola se vio obligada a estrellarse contra una señal en un intento desesperado por reducir la velocidad porque al coche le fallaron los frenos que habían perdido todo el líquido hidráulico. El mecánico que trabaja en La Abadía me dijo que los cables estaban cortados limpiamente.

—¿Por qué no nos avisó? —Marcelo miró a Julián.

—Por miedo a que las sospechas recayeran sobre Andrea o mi cuñado, las únicas personas de las que podía sospechar, y no quería hacerle daño a mi mujer si se enteraba de lo que ya saben —confesó con valentía—. Ahora entiendo que todo lo sucedido era contra ella o quizás han pretendido hacerme daño a mí a través de ella.

—Entonces, ¿qué hace el compuesto de arsénico en su botiquín? —Marcelo no daba crédito a lo que oía; se preguntaba quién intentaba involucrarlo en el intento de asesinato de su propia esposa—. Lo hemos encontrado entre los medicamentos de su clínica.

—No lo sé. Alguien debe haberlo puesto allí para implicarme en el asesinato de mi mujer.

—Suponiendo que usted sea inocente —continuó Pastrana—, según los

médicos, el veneno se le ha ido suministrando poco a poco. Piense en los hábitos de su esposa. ¿Hay algún alimento que coma ella sola? —Marcelo negaba—. ¿Alguna bebida? ¿Alguna medicina?

—No. Vivimos juntos, todos bebemos y comemos de la misma despensa.

—¿Quién cocina para ustedes?

—Una cocinera, María. Lleva casi treinta años trabajando en mi casa, es de absoluta confianza y estoy seguro de que aprecia a mi mujer.

—¿Algunas infusiones, refrescos, bebidas alcohólicas que no estén en los lugares habituales? —Marcelo negaba de nuevo ansioso por encontrar una solución.

—¡El té! —gritó Marcelo eufórico—. Carola siempre lleva un termo de té mientras trabaja, frío o caliente, depende de la época del año. La socia de su madre es inglesa y tanto su madre como ella se habituaron a esa bebida. Pero aquí se lo prepara María y estará en la despensa de la casa. Una lata de té inglés.

—¿Habría algún motivo para que María intentara envenenarla? —Marcelo negó con la cabeza y miró a Julián.

—María es una buena mujer. Aunque, por lo visto, ya no te puedes fiar de nadie... No la veo capaz de envenenar a mi cuñada intencionadamente.

—¿Nos da su permiso para analizarlo?.

—Por supuesto. Mi hermano los acompañará. Registren cuanto sea necesario.

—¿Usted usa esa composición de arsénico con los animales?

—No. Ya lo he dicho antes. Nunca he tenido ningún medicamento con esos componentes en mi botiquín. Pueden comprobarlo también en el inventario o pregunten a los miembros de mi equipo.

—¿Y qué me dice del email?

—No es difícil entrar en mi dirección de correo. Recibo muchos comunicados cada día, algunos los contesta Julián o Ben. Así que lo mantengo abierto.

—¿Cuál es su contraseña de acceso al ordenador? —preguntó Pastrana—. Lo hemos confiscado como prueba y vamos a verificar la hora en que se envió, por si recuerda qué estaba haciendo en ese momento.

Marcelo bajó la cabeza un instante y la levantó emocionado.

—Carola, seis, punto, quince. Por favor —suplicó una vez más—, déjenme ir con ella al hospital. Ahora me necesita. No he intentado asesinarla. Incluso hemos comenzado las obras de una casa para nosotros lejos de la grande.

—¿Problemas de familia? —Rizzoli lucía una sonrisa morbosa, y Marcelo asintió con la angustia grabada en su rostro.

—¿El coche está arreglado? —preguntó Pastrana con su interés puesto de nuevo en la investigación.

—Sí. Pero creo recordar que guardé el manguito cortado en el maletero y pueden preguntarle al mecánico de La Abadía, Gómez; él confirmará lo que les he contado. Está aparcado en el *parking* del hospital. —Y tendió las llaves del BMW sobre la mesa—. Vayan a comprobarlo. Comprueben cuanto sea necesario pero, por favor, déjenme ir al hospital con mi mujer —insistió conteniendo su furia.

—Lo lamentamos, Marcelo. Tendrá que permanecer en el calabozo hasta que reunamos pruebas que demuestren su inocencia.

Marcelo tuvo que contener las lágrimas que le provocaban la rabia y la impotencia que sentía.

—¿Podrá salir en libertad bajo fianza? —preguntó Julián preocupado.

—Nos negaremos a que se la concedan. Ustedes son una familia adinerada con amigos influyentes en todo el mundo; podría huir.

—¿Creen que me marcharía y abandonaría a mi esposa moribunda? — Marcelo gritó, se puso de pie y agarró a Rizzoli por la solapa de su chaqueta —. Busquen al verdadero culpable porque aún le puede hacer más daño mientras yo estoy aquí encerrado.

—Cálmese, Marcelo —le ordenó Pastrana a la vez que lo separaba de su compañero—, así no nos ayuda usted ni ayudará a su mujer. Si en realidad solo se trata de una trama en contra suya piense en alguien con quien se haya enfrentado en los últimos meses, algún altercado, un admirador loco de su mujer, una ex amante celosa... Cualquier detalle le ayudaría en estos momentos.

—Aparte de Andrea, no recuerdo a nadie, lo he estado pensado; a no ser que ella le pagara a alguien para que actuara en su nombre... —Se calló y miró un instante a Julián; Roberta no lo perdonaría, pero debía contarle—. Mi mujer ha sufrido dos ataques violentos en los últimos seis meses —y les contó lo sucedido con Cortázar en España y luego con su cuñado Álvaro en La Abadía bajo el gesto asombrado y preocupado de los dos policías.

—Los investigaremos a ambos; de momento, nos centraremos en eso y en encontrar el arma que asesinó a Valenti. Por cierto, ¿alguno de ustedes es buen tirador? Creo que su hermana Roberta me dijo que no tienen armas de fuego en su casa.

—No, nunca hemos tenido necesidad de usarlas —contestó Julián nervioso.

—Acompáñenos, Marcelo —le pidió Pastrana.

—Por favor, se lo suplico. Espósenme a la cama de mi mujer y pongan un guardia en la puerta de su habitación, pero no me aparten de ella esta noche.

—Lo haría si estuviera en mi mano —aseguró Pastrana—. Pero no lo está.

—Avisaré a Carlos Saldaña, Marcelo. Tranquilízate y espera paciente. Intentaré que recibas noticias desde el hospital —le dijo Julián compungido ante la desgracia de su hermano.

Se aproximaban las cuatro de la madrugada cuando una enfermera avisó a la familia de Carola Domínguez; había recobrado el conocimiento y mejoraba a cada minuto que pasaba, pero aún no sabía la verdad sobre su enfermedad.

—¿Cómo te encuentras, Carola? Menudo susto nos has dado. —Un sonriente Ben prefirió ocultarle las ocasiones que había estado al borde de la muerte.

—No tengo náuseas, aunque estoy confusa y mareada. ¿Qué me pasa, Ben?

—Una intoxicación en la sangre —mintió por no preocuparla aún, pero le diría la verdad en cuanto estuviera más repuesta; no habría más mentiras entre ellos—; están investigando qué la provoca. Lo importante es que lo han averiguado a tiempo. Has estado muy grave, preciosidad. —Tomó su mano y la apretó; Carola intentó retirarla—. No me hagas eso, Carola. Sabes cuánto te quiero. Aquello solo fue una bravuconada de Marcelo ante Julián, ante mí e incluso ante sí mismo, por no aceptar que rompía su compromiso porque estaba enamorado de ti. —Y la chica, aunque estaba de acuerdo con su cuñado, no lo admitió.

Ben vio aparecer las lágrimas en los preciosos ojos tristes de su cuñada y las retiró él mismo con sus pulgares mientras observaba su rostro cansado y pálido. Aun así, le pareció de una belleza perfecta.

—Manuela y Juan Antonio están aquí y quieren verte. ¿Les digo que pasen? —Ella asintió con un gesto desganado.

La pareja entró en la habitación y se detuvieron al borde de su cama. Ben les había pedido que no le contaran nada sobre la detención de Marcelo convencido de que solo la preocuparía más, y el matrimonio estuvo de acuerdo en ello.

—Cariño —Manuela la besó en la frente—, nos alegramos de que estés mejor. Hemos estado muy preocupados por ti. Toma. —Y sacó el teléfono de Carola de su bolso—. Si nos necesitas solo tienes que llamarnos, a la hora que sea.

—Ahora tienes que descansar para recuperarte lo antes posible —la animó Juan Antonio con la misma ternura que solo empleaba para hablarle a sus hijos y a su mujer, lo que hizo sonreír a Carola—. ¿Prefieres que nos quedemos contigo esta noche? Aunque Marcelo y Ben no nos lo perdonarían, lo haríamos por ti.

—No, os lo agradezco. Marchaos a casa y descansad. Os estoy muy agradecida por todo cuanto habéis hecho por mí. Nunca podré pagaros vuestra generosidad.

—Es lo que tiene la amistad, Carola. —Manuela le hizo un simpático guiño y obtuvo a cambio una sonrisa de su amiga—. Además, a pesar de lo que opinen los Mendoza Abadía, somos familia. —Ambas se rieron y Juan Antonio rodó los ojos hacia el techo.

Después de que se marcharan, Ben regresó a la habitación de su cuñada.

—Marcelo llegará dentro de un momento —mintió esperando que fuera cierto—. Está arreglando no sé qué problema del seguro. No sea que te vayas de aquí sin pagar la factura —bromeó y Carola no pudo controlar una sonrisa—. Procura dormir y recobrar fuerzas, ¿de acuerdo? Me sentaré aquí, junto a tu cama y te cogeré de la mano como hiciste la noche en que te atacó Cortázar y me convertí en tu héroe. —Carola volvió a sonreír, dejó la mano en el borde y esperó a que su cuñado la atrapara. En cuanto Ben la tomó sin dudar, Carola se durmió y Ben suspiró aliviado al sentirse perdonado.

Al despertar la mañana siguiente, para más confusión de Carola, Ben no estaba y Julián ocupaba su lugar.

—Buenos días, Carola. —La chica se limitó a mirarlo extrañada de que



estuviera a su cuidado y dolida por no encontrar a Marcelo a su lado—. Lamento tu decepción; creo que esperabas encontrar a Marcelo en mi lugar o a Ben. Te aseguro que estarían aquí si les resultara posible, pero parece que este asunto va a tardar más en resolverse de lo que pensábamos.

—¿De qué asunto me hablas? —le preguntó extrañada y confusa.

—Quizás deberíamos esperar a que te repongas antes de hablar sobre ello.

—¿Le ha sucedido algo malo a Marcelo? —Las lágrimas que brotaron en los ojos de su cuñada lograron conmover a Julián.

—No, no, Carola, tranquilízate. Afortunadamente siempre ha tenido una salud de hierro y no ha sufrido ningún percance.

—No intentes distraerme con tu formalismo, Julián, y habla de una vez.

—Está bien. —Y sonrió desganado antes de explicarse—. Marcelo me matará por habértelo contado, pero, aunque te resulte extraño, me gustas y me caes bien. Eres una mujer de las que yo llamo, de bandera, única e inigualable, como mi hermano Marcelo, único e inigualable, y estáis hecho el uno para el otro. —Carola se desesperaba con los rodeos que daba Julián durante la conversación—. Preciosa, lista, intuitiva, sensible, humana, sincera, descarada... Sí señor, eres una mujer impresionante. —Aunque la miraba a la cara, permaneció unos segundos perdido en sus pensamientos hasta que continuó hablando—. Lamento no haberte valorado como debía hasta ahora. Tienes razón, Carola. Soy gay, de los pies a la cabeza y siempre lo mantuve oculto. Cuando mi padre lo descubrió, a los pocos días, murió, creo que avergonzado de su hijo mayor. Los médicos dijeron que había muerto de un infarto, pero yo lo conocía bien y no podría soportar la debilidad y la imperfección de uno de sus hijos. Roberta, elegante, educada y orgullosa de su apellido; Marcelo, un excelente veterinario que ya auguraba un buen futuro, alto, fuerte y guapo que se sacudía a las chicas de encima; Ben, que se convirtió en una estrella del polo. Y yo le fallé; conocer mi homosexualidad,

mi imperfección, lo mató.

—Entonces tu padre era un borrico.

—No, no. No me insultó, no me exigió una explicación que justificara mi inclinación sexual, solo pagó por mantenerlo en silencio cuando alguien, consciente de que yo no había salido del armario, como tú dijiste, lo chantajeó a cambio de no enviar unas fotos comprometidas a la prensa del corazón.

—¿Quién hizo algo así? Sería un conocido si tenía fotos tuyas en la intimidad.

—Sí, bastante íntimas y elocuentes. ¿No te imaginas quién pudo ser? Vamos, chiquita. No me decepciones.

—Vanesa. —Se dejó llevar por su intuición; Julián asintió.

—Creí que por fin había llegado el momento de mi liberación porque mi padre ya lo sabía, por quien lo mantuve en secreto durante toda mi vida; Marcelo estaba al tanto de mi condición desde que era un adolescente y yo estaba seguro de que él hablaría con Ben y lo haría entrar en razón; Roberta... La verdad, no me importaba mucho su opinión. Pero esa furcia que tengo por esposa y que hacía de mi tapadera ante mi padre y mi hermana, me obligó a casarme con ella, a ofrecerle mi apellido, a cambio de no formar un escándalo público cuando estábamos comenzando a despegar con nuestra empresa equina a nivel internacional. No quería que fuera así mi modo de decirle al mundo que era gay, ni que Marcelo ni Ben pagaran las consecuencias por ello. —Suspiró aliviado—. Y para colmo de males, al viejo se le ocurrió añadir esa maldita cláusula a su testamento.

—Bonita forma de vengarse de un hijo —opinó Carola sin controlar su sinceridad.

—Sienta bien contarlo, sobre todo a una persona que sabe escuchar. —Y con el guiño que le ofreció, a Carola le recordó en ese instante a Ben—. Toma, te he traído esto. —Y le entregó una bolsita de tela en la que estaban las joyas

que le arrebató Roberta.

—Gracias —susurró emocionada—. Roberta...

—¡Ah! A la mierda Roberta. —Carola sonrió ante la expresión malsonante e impropia en Julián—. Las mereces más que nadie. Esas son joyas carismáticas que deben pasar de generación en generación y, como Marcelo no la clone y ponga su embrión en otra mujer, como hace con las yeguas y las vacas, Roberta nunca será madre porque la verdad es que siempre le han horrorizado todas las consecuencias físicas que le ocasionen un embarazo. —Carola se reía a carcajadas cuando Ben entró en la habitación.

—Esto sí que es interesante. Confidencias entre chicas —bromeó y Carola le envió una mirada fulminante—. Ya veo que os habéis hecho buenas amigas.

—Ben, no seas ordinario. —Julián recobró su tono formal habitual y regañó a su hermano.

—Bueno y ya que todos somos amigos, quién me va a contar dónde está Marcelo. Ya está bien de distraerme.

—Eres listísima, Carola. Habrías sido una formidable abogada. —El elogio de Julián intentaba aliviar la tensión que iba a provocarle la noticia—. Ya no habrá más mentiras entre nosotros, así que, aunque resulte doloroso, tendrás que soportarlo. —Le acarició la mano de un modo paternalista—. No queremos perderte, chica lista, de ningún modo. El médico me ha dicho cuando llegué que estás fuera de peligro...

—Julián —le gritó Carola—. Procura ir al grano, por favor.

—Han intentado envenenarte, Carola —Ben la miraba a los ojos al decírselo—, con un compuesto de arsénico que alguien, según la policía, Marcelo es el principal sospechoso, ha puesto en el té que tomas durante el trabajo. —Carola palideció conforme asimilaba la explicación de su cuñado—. Marcelo, en estos momentos, está arrestado.

—Y sufriendo por ti, Carola —continuó Julián—. Ahora mismo somos sus ojos y sus oídos; nos ha pedido que no te dejemos sola bajo ningún concepto y como es el más alto y el más fuerte de los tres, le tememos y le obedecemos, vaya que luego tome represalias. —Y se dejó llevar por un gesto de su mano que mostraba su homosexualidad.

—Esto es una broma, ¿verdad? —Carola se secaba las lágrimas que habían brotado de sus ojos en el momento en que imaginó a Marcelo recluido en una pequeña celda.

—No, Carola. Lamento confirmarte que es la verdad. —Julián le palmeó de nuevo el dorso de su mano.

—Pero... ¿No será cierto? Marcelo no habrá intentado...

—¿Lo crees capaz de hacerte algo así? —le preguntaba Julián enfadado con su cuñada en ese momento—. ¿Cómo puedes dudar de él?

—Julián. —Ben intentó apaciguarlo—. Carola está en su derecho de dudar de cualquiera de nosotros en estos momentos. Esta es la tercera vez que intentan asesinarla. No lo olvides.

—Tienes razón —reconoció Julián avergonzado de su reacción—. Esto es tan confuso —se lamentó y pareció perdido en ese instante.

—Sí —admitió Ben—. Y me alegro de que, quién sea, no le haya dado por mí.

—Ni por mí —bromearon los dos hermanos para mitigar el dolor de su cuñada—. Ya no tengo quien me proteja, estando Marcelo preso.

—No digas tonterías, Julián, me tienes a mí.

—Pero tú eres el hermano menor y debería ser yo quien te defendiera.

—Entonces le pediremos ayuda a Roberta. —Julián puso los ojos en blanco y Carola se rio entre lágrimas. Sus dos cuñados se comportaban como

dos auténticos payasos y se alegraba de tenerlos allí en esos inciertos y dolorosos momentos.

## Capítulo 20

Los dos agentes de policía irrumpieron en la habitación del hospital pasado el mediodía con la intención de interrogar a Carola.

—Lamentamos que haya sido usted víctima de esta trama; el médico nos ha informado sobre su estado de salud y nos alegramos de que se esté recuperando —dijo Pastrana que siempre asumía el papel del agente serio y educado de la pareja.

—¿Está usted al día de los últimos acontecimientos? —preguntó Rizzoli.

—Si se refiere a la detención de mi marido, sí, estoy al día.

—Carola, si lo hemos detenido es por mantenerla a usted segura cuando todas las pruebas apuntaban a él como principal sospechoso.

—Mi marido es un buen hombre que nunca me haría daño de forma deliberada y me sentiría más segura si estuviera aquí, a mi lado.

—Carola —Rizzoli la tuteó—, no imaginas a cuántos buenos hombres hemos metido en prisión. Nuestro trabajo es buscar pruebas que incriminen al culpable y tu marido las reunía todas.

—Entonces, el verdadero culpable debe estar riéndose de ustedes y de nosotros porque sigue en libertad, mientras yo he estado a punto de morir y mi marido se encuentra detenido. ¿No se dan cuenta de que ustedes le están haciendo su trabajo? —Ben dejó escapar una carcajada.

—Admirable, ¿verdad? —Julián miró a los policías—. Está mujer es admirable. ¿Comprenden ustedes la desesperación de mi hermano por reunirse

con ella? Habría que ser un tonto para intentar librarse de una mujer así. Si no fuera gay se la robaría a Marcelo ahora mismo. —Los agentes lo miraron con los ojos muy abiertos—. Creí que lo sabían, ¿o no es ese su trabajo? —Los dos negaron con la cabeza—. Bueno, dos personas más. Parece que hoy será el gran día.

—Carola, según parece, tu marido le envió un email a Andrea Valenti el jueves 7 de enero a las diecisiete y veinte desde el ordenador de su clínica.

—Ese jueves fuimos a Buenos Aires a firmar el contrato con el arquitecto que construirá nuestra casa y no se llevó el ordenador. Podría haberlo hecho desde su iphone, no lo niego, pero no desde ningún ordenador porque no nos separamos en toda la tarde. En la oficina del arquitecto se lo pueden confirmar. Cenamos fuera, llegamos a La Abadía cerca de la medianoche y no pasamos por la clínica.

—¿Estás segura, Carola? —la interrogó Rizzoli y ella asintió convencida—. Con esta coartada tu marido podría salir de la cárcel, pero si es culpable sería tu vida la que estaría en peligro.

—Estoy segura, agente Rizzoli. Marcelo es arrogante, cabezota y exigente, me mintió para apresurar nuestra boda, pero así, que yo sepa, no se mata a nadie. —De nuevo Ben se rio y en esta ocasión lo acompañó Julián—. Además, Marcelo me salvó de morir asfixiada en un incendio que se produjo en uno de los establos.

—Lo sabemos. Nos lo ha contado.

—Y luego, cuando fallaron los frenos del coche...

—Alguien los manipuló, lo hemos comprobado y hemos hablado con Gómez, el mecánico de La Abadía —la interrumpió Pastrana y vio cómo palidecía aún más el rostro de la muchacha.

—Marcelo no quería asustarte, Carola —Julián justificaba la actuación de su hermano ausente.

—Tuviste suerte, Carola —contestó Rizzoli sin entusiasmo y con un toque de ironía en el tono de su voz—. Has salido ilesa de tres intentos de asesinato.

—Pero siempre ha sido Marcelo quien ha acudido en mi ayuda —susurró la chica que insistía en la inocencia de su marido a pesar de que le hubiese ocultado la verdad sobre el incidente de los frenos.

—¿Usted firmó un acuerdo que la eximía de cualquier derecho sobre los bienes de su esposo?

—Él no quería que lo firmara, pero sus hermanos mayores insistieron y lo firmé sin consentimiento de Marcelo. Él lo invalidó el mismo día y lo rompió delante de mí.

—Por cierto —intervino Julián—, reconozco mi culpa, pero debo explicar que aún no conocíamos bien a esta chica —miró sonriendo a su cuñada—, siempre ha intentado demostrar que no se casó contigo a causa del estúpido testamento de mi padre.

—O quizás por ese motivo intentó envenenarla —replicó Rizzoli.

—Mi cuñada ya había sufrido dos atentados antes de que Marcelo rompiera el acuerdo —le reprochó Ben alterado—. ¿No han comprobado las fechas de cuando sucedieron?

—Porque sabía que ella no duraría mucho —Rizzoli insistía realizando su trabajo—. ¿Qué más le daba el acuerdo si ella moriría en cuestión de días?

—Marcelo no sabía que había enfermado porque estaba en México —gritó Ben desesperado ante la actitud insolente del policía—. Dejen de culparlo de una vez —pidió más calmado—. Cualquiera de nuestros trabajadores le hablará sobre él y todos lo elogiarán porque Marcelo es el mejor hombre que conozco.

—Amén a eso —añadió Julián y sorprendió a todos. Carola se admiraba del hombre simpático y cariñoso que se escondía tras su fachada solemne y



pomposa.

—Busquen y encuentren al verdadero culpable —y las palabras de Ben sonaron a súplica en esta ocasión—, por favor, pero liberen a mi hermano lo antes posible.

—Sí. Antes de que se estropee su excelente reputación —soltó Julián en su línea conservadora de siempre—. Ha trabajado muy duro para obtener su reconocimiento a nivel internacional, créanme. No se merece este trato. ¿Acaso no ven el perjuicio que esta falsa acusación le puede causar? Marcelo imparte conferencias en las facultades de veterinaria más importantes del mundo. ¿Qué pensarán de un sospechoso de asesinato y además que ataque a su reciente esposa? Si continúa en prisión, van a destrozarse la vida y la carrera de un buen hombre. No podremos ocultarlo durante mucho tiempo.

Un leve quejido de la enferma obligó a los policías a despedirse cuando los dos hermanos se preocuparon por las posibles molestias causadas a Carola y dejaron de lado a los agentes para prestarle a ella toda su atención.

A pesar de la sinceridad que Marcelo transmitía, a pesar del amor incondicional por él que demostraba su mujer, los agentes Rizzoli y Pastrana actuaron como los eficientes profesionales que eran antes de liberar a Marcelo. Efectivamente, en el laboratorio químico del que procedía el compuesto de arsénico no rezaba el nombre de Marcelo Mendoza Abadía, ni el de su empresa, ni el de ninguno de sus empleados. En el estudio del arquitecto Monroe confirmaron la declaración de Carola y casi detallaron por minutos lo que la pareja hizo durante esa tarde. Se demostró que el correo enviado a Valenti se realizó desde el ordenador de la clínica mientras Marcelo estaba en el estudio del arquitecto. Todos los empleados de La Abadía declararon que el matrimonio mantenía una relación amorosa y sincera, que ambos eran excelentes profesionales, que trabajaban sin descanso hasta el anochecer y que, sobre todo, el doctor Abadía, no ocultaba el respeto y la adoración que sentía por su esposa. La prueba del semen obtenido en el

cadáver de la víctima no concordaba con el ADN de Marcelo y la hora exacta de la muerte de Andrea ocurrió mientras Marcelo viajaba rumbo a México.

María también se vio sometida a un intenso interrogatorio por ser la persona que le preparaba el té a Carola a diario y cuando fue a visitarla al hospital se disculparon mutuamente por los malos ratos vividos en las últimas horas.

Su hermano Julián apoyó la opinión de los empleados al añadir que no los había visto discutir, salvo cuando, por insistencia de él mismo y Roberta y a espaldas de Marcelo, Carola firmó el acuerdo por el que se desentendía económicamente de la empresa La Abadía de la que forma parte su marido. Cuando Marcelo se enteró de ello, no solo discutió con su esposa, también lo hizo con sus dos hermanos mayores por haber actuado mientras que él no estaba en La Abadía.

—¿Tú crees que es inocente? —preguntó Rizzoli a Pastrana—. La actitud protectora de esos dos hacia la chica habla por sí sola.

—Yo creo que el veterinario está enamorado de su mujer. Ya viste su cara cuando contamos lo del chantaje.

—Tienes razón. He visto cadáveres con mejor aspecto que el de él. Que me maten si he visto a un tío más colgado por su esposa que ese. Aunque la chica lo vale; ¡menuda mujer!

—El hermano marica tiene razón. Podemos cargarnos la reputación de un hombre de ciencia que da prestigio a nuestro país por todo el mundo.

—Tú y tu patriotismo —criticó Rizzoli—. Cuando te sale la vena. En fin, soltémoslo y sigamos la pista del arma que mató a Valenti. Aunque mi intuición me dice que todo esto tiene una conexión con los intentos de asesinato que ha sufrido Carola.

—Estoy de acuerdo, colega. Pero contrólate un poco; se te nota demasiado que la chica te gusta —le reprochaba Pastrana en tono burlón—. Y te recuerdo

que está felizmente casada.

No encontraron pruebas contundentes que condenaran a Marcelo y la policía lo liberó antes de la medianoche. El hombre fue directo al hospital.

Marcelo no perdió un minuto en ducharse o cambiarse de ropa y, de camino al hospital, se compró ropa interior y una camisa. Había llegado la hora de disculparse, de reconocer sus errores y su cobardía y él, por recuperar la confianza de su mujer, estaba dispuesto a arrodillarse ante ella si era necesario. Entró en la habitación que ocupaba su esposa custodiada por Ben justo después de la cena ligera que ella había tomado y la encontró dormida pero excesivamente delgada y Marcelo se sintió responsable de ello. La misma intuición que le ayudaba en sus certeras investigaciones, le decía en ese momento que alguien atentaba contra Carola para hacerlo sufrir a él. A pesar de que Andrea estaba muerta, presentía que podía haber sido ella la que hubiera iniciado la campaña de asesinatos contra su mujer; el odio que le transmitió el día que se encontraron en el torneo de Palermo hablaba por sí mismo.

Carola parecía tan frágil y necesitada de cuidados, que una oleada cargada de amor y compasión que recorrió su cuerpo lo aceleró y lo descontroló. En ese instante se prometió a sí mismo que no permitiría que sufriera más accidentes ni más atentados contra su vida; antes la mandaría él mismo a España con tal de mantenerla a salvo.

Mientras la observaba sin haber saludado a Ben y en silencio, recordaba que Carola había estado dos días sin aceptar un alimento sólido en su cuerpo y luego dos más sin ingerir ninguno y habría perdido tres o cuatro kilos innecesarios porque ella era perfecta. —Y Marcelo sonrió satisfecho al pensarlo.

—¿Y esa sonrisa?

—A pesar de los kilos que ha perdido y de cuanto ha sufrido sigue estando

preciosa —y lo dijo con tanta admiración que Ben puso los ojos en blanco aunque reconociera que su hermano tenía razón.

—Julián me contó que esta mañana ha comido una sopa y que le ha sentado bien. También ha tolerado la escasa cena que le han servido; lleva media hora dormida.

—Voy a darme una ducha y a cambiarme de ropa. Apesto a borracho y no quiero espantar a mi mujer cuando despierte. —Besó a su hermano pequeño y le dio un fuerte y emotivo abrazo—. Gracias, Ben, por ocuparte de ella en mi lugar. No sé qué habría hecho sin ti.

—Ni sin Julián —dijo sonriendo y sin querer darle más importancia—. Ese gay que tienes por hermano mayor y tu mujer se han hecho buenos amigos desde que te encerraron. Ya ha perdido la cabeza por ella. No sé qué hace Carola para encandilarnos a todos los hombres que conoce, pero si se tratara de mi esposa, te aseguro que no la perdería de vista demasiado tiempo.

—Ese fue el motivo por el que me casé con ella. Ni muerto la habría dejado en España.

—Por cierto, ese tío tuyo y su mujer, nos vigilan como halcones. —Sonrió—. Son buenas personas, Marcelo. —Y este asintió.

Carola despertó cuando una enfermera entró en la habitación antes de la media noche para tomarle la temperatura y la tensión arterial; se sentía bastante descansada y reconfortada tras las primeras comidas que toleraba su cuerpo en muchos días, aunque hubiese sido una simple sopa de pollo con fideos que le supo a gloria. Giró la cabeza para preguntarle a Ben la hora que era, pero se encontró con su marido que la observaba expectante.

Marcelo contuvo sus ganas de abrazarla y no se acercó a ella como deseaba. Aún no se había disculpado ni le había explicado los motivos reales que lo llevaron a precipitar su boda y, antes de besarla, pretendía saber si lo aceptaba, si estaba dispuesta a perdonarlo. Y esperó paciente a que la

enfermera abandonara la habitación después de comunicarles que se estaba recuperando como se esperaba.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó expectante.

—Mejor; ya no he vuelto a vomitar. ¿Y tú? ¿Cómo lo has pasado en la cárcel?

—No se está tan mal como creemos. Lo peor de todo ha sido estar treinta y seis horas alejado de ti, cuando más me necesitabas.

—No te preocupes; no te he necesitado. —A pesar de su reproche y de la vergüenza que le provocaba, Marcelo no apartó la mirada—. Nadie es imprescindible, ni siquiera tú. Ben y Julián no me han dejado sola ni un momento y me alegra decir que he encontrado un amigo nuevo en tu hermano mayor. También han venido a verme María, Juan Antonio y Manuela. Así que he estado bien acompañada.

—Ya. Logras que todos se rindan a tus pies. —Carola no lo sintió como un halago sino como un reproche que le molestó.

—No lo creo —negó susurrando al recordar todo cuanto tenían pendiente por resolver.

—A mí me has tenido comiendo de la palma de tu mano desde que te conocí.

—Ya tampoco puedo creerme eso. Por lo visto, tenías mejores motivaciones para casarte conmigo —le dijo sin poder contenerse—. Fuiste un magnífico actor, Marcelo. Impresionante.

Él se levantó de forma precipitada del sillón que ocupaba junto a la cama y se colocó a los pies de esta para enfrentarse a Carola.

—Mujer desconfiada y cabezota. Mi única motivación fuiste tú y como le dije hace un rato a Ben, ni muerto me habría separado de ti y te habría dejado en España. Eres demasiado valiosa para mí, Carola. Lo más valioso que tengo

en mi vida.

—No. Lo más valioso para ti son tu familia y tu hacienda. Me lo confesaste la primera vez que te rechacé en tu apartamento de Sotogrande y por fin he entendido que es cierto. Esa clase de amor que no te traiciona y menos voluble y fiable que el de una mujer o el de un hombre en mi caso. Y yo fui una ingenua y no presté atención a todas las señales. Jamás me dijiste que me amabas y ahora entiendo el motivo. Solo he sido para ti, primero, una herramienta para obtener lo que de verdad valoras más en tu vida y luego un cuerpo que llevar a tu cama cada noche. —Marcelo enrojeció de furia.

—Si pretendes vengarte de mí lo estás consiguiendo con tus palabras. Tus inciertas deducciones van directas a mi yugular, pero reconócelo. —Ella lo miró abriendo mucho los ojos—. Sabes que estás equivocada.

—¿Por qué debería saberlo? —Alzó la voz para desahogar el dolor que le causaron las confesiones de su marido ante la policía y la grabación que hizo Blanca sobre la conversación de Marcelo con sus hermanos—. ¿Por lo que le dijiste a Julián o a Ben? Un daño colateral, eso era para ti. —Marcelo se abalanzó sobre ella y tomó su rostro entre sus manos.

—Nunca has significado eso para mí. Tenía que tranquilizar a mis hermanos y tienes razón. Utilizarte no fue muy digno por mi parte, pero no tuve más remedio que actuar de este modo. Ponte en mi lugar por un momento y piensa en cómo decirle al hombre que amas de forma que nunca llegaste a creer que se pudiera, que se tiene que casar contigo a los dos meses de conocerte para satisfacer el ego de un viejo atormentado por el recuerdo de su esposa difunta y por enterarse de que su hijo mayor era homosexual. Ya me costó sudor y lágrimas que me aceptaras simplemente por amor. Me arriesgué a perder la hacienda y a traicionar a mis hermanos antes que a perderte cuando te ofrecí que te vinieras a vivir conmigo y te aseguro que nada habría cambiado entre nosotros porque te amo desde el primer día que te vi. —Ella le dirigió una mirada incrédula que molestó a Marcelo—. Sabes que es cierto

porque a ti te sucedió lo mismo. Siempre te agradeceré la confianza que me demostraste y tu valentía, Carola. Y si no lo hubieras sentido igual por mi parte, no te habrías entregado a mí. Posees esa intuición especial con la que reconoces las intenciones de las personas; la misma que te sirve para acercarte a los caballos. —Intentaba transmitirle la sinceridad de sus sentimientos—. No me arrepiento de las decisiones que tomé entonces, Carola; no puedo arrepentirme ni siquiera de mi desacertado compromiso con Andrea. —Ella iba a protestar, pero Marcelo la calló poniendo su mano sobre la boca de su mujer—. No habría huido a España para alejarme de mi propia decisión y no te habría conocido. —Los ojos de Carola se anegaron de lágrimas.

—Puede que tengas razón, pero reconoce que me mentiste. Me prometiste un cuento de hadas y hasta ahora estoy viviendo uno terrorífico. —Un fuerte escalofrío recorrió el cuerpo de Marcelo al reconocer la verdad de las palabras de Carola—. Tu familia me trató mal desde que llegué a La Abadía, a excepción de Ben y los empleados. He sufrido el desdén de tu hermana cada día, quien ni siquiera me ha visitado o me ha llamado para interesarse por mí. Y tus cuñadas me han despreciado intentando ridiculizarme, comparándome con esa prostituta cara a la que te prometiste —Marcelo se avergonzó de sí mismo una vez más ante ese recuerdo que su mujer había despertado—, además de sufrir el intento de violación de ese maniaco de Álvaro y luego, tu hermana me ha tratado como... Como a una puta. Por no hablar de ver como Vanesa, esa ninfómana desvergonzada, te persigue constantemente sin recato alguno de que pueda sorprenderla. Y no nos olvidemos de los intentos de asesinatos ante los que no llamaste a la policía y por ello, mi presunto asesino, ha encontrado más accesible deshacerse de mí. A este nido de maldad me trajiste, Marcelo. Esta mierda de mundo al que tú estarás acostumbrado, pero yo no. Y ni siquiera me advertiste de lo que me podría encontrar. Pero claro, a ti no te importaba porque yo solo soy un daño colateral.

—Basta ya, Carola. Yo tampoco imaginaba lo que sucedería y he ido

poniendo remedio a los problemas según han ido surgiendo; no puedes negarlo. Eché a mi cuñado de la casa de mi familia y lo separé de mi hermana, no mantengo relación alguna con Blanca o con Vanesa y he discutido tanto con Roberta que ya apenas hablamos. Te he estado vigilando las veinticuatro horas del día y si no lo hacía yo, Benjamín o Carmelo estaban pendientes de ti para que no volvieras a estar en peligro. Al contrario de lo que pretendes dar a entender, he intentado hacerte la vida lo más fácil y cómoda que me ha resultado posible. Reconócelo de una vez, por favor.

—Y ahora sé por qué lo has hecho, Marcelo.

—¿Por qué supones que lo he hecho?

—Por remordimiento. —Él cerró los ojos en un gesto que reflejaba su desesperación.

—No es porque te ame más que a mi propia vida, ¿verdad? Eso no tiene nada que ver.

—¿Por qué no me lo has dicho nunca?

—Porque me juré que no te diría esas palabras hasta que fuera capaz de confesarte la verdad. No me sentía con el derecho a decírtelas como tampoco sentía que te mereciera. —Carola recordó las decenas de veces que se lo había dicho y el sufrimiento que leía en su rostro—. Por todo ello, no estaba dispuesto a soportar que esa mujerzuela me chantajeara por más tiempo ni le daría más poder sobre mí, ni a asustarme por miedo a perderte ni aceptar sus absurdas propuestas. Y después de negarme a su petición de convertirme en su amante —confesó con desprecio—, le dije que te lo contaría todo y que ya su chantaje no tendría sentido. Lo único que he hecho como mejor he podido es proteger nuestro matrimonio.

—¿Qué clase de gente me rodea, Marcelo? ¿Eres como ellos? —Esa pregunta de Carola le dolió más de lo que demostró.

—Dímelo tú, Carola. ¿Te he demostrado en algún momento ser como



ellos?

—Alguien ha atentado contra mi vida en tres ocasiones. Ya no sé qué pensar. —Y las lágrimas brotaron de sus ojos azules agrandados por la delgadez que le había ocasionado los síntomas del envenenamiento—. Ni siquiera puedo confiar en mi marido.

A Marcelo le dolieron profundamente la soledad y la amargura que reflejaban las palabras sinceras de Carola.

—No llores, cariño. Nada de esto merece tu sufrimiento. Te amo, Carola. Y ten por seguro que jamás volveré a ocultarte nada; en primer lugar porque no es propio de mí mentir y en segundo, porque, salvo en el asunto de la boda, me entregué a ti como soy y has llegado a conocerme mejor que nadie; no tengo necesidad de mentirte. Conservar tu amor y tu confianza es lo más importante para mí.

—Ya no sé qué pensar —contestó Carola a la vez que se secaba los ojos con la sábana.

—Ahora solo debes pensar en ti y en recuperarte cuanto antes. —Marcelo miró la mano de su mujer y recordó que le faltaba el anillo, tampoco llevaba puesto los pendientes ni la gargantilla—. Carola, ¿dónde está el anillo? ¿Y los pendientes? ¿Los dejaste en casa de Manuela? —La chica volvió a llorar—. ¿Qué ocurre, Carola? —Carola sacó el saquito de terciopelo de debajo de su almohada y se lo ofreció a Marcelo.

—Esta mañana me las ha devuelto Julián.

—¿Y por qué las tenía él? —preguntó extrañado.

—Presenció cómo tu hermana me las reclamaba anteayer por la mañana, para asegurarse de que no me las llevara si regresaba a España. —El gesto furioso de Marcelo hablaba por él—. Por lo visto tenía bastante claro que nuestro matrimonio no iba a funcionar después de que tú fijaras la fecha de tu boda sin habérmelo pedido antes y es evidente que, según ella, ya no soy digna

de la familia Abadía.

—Tú eres mejor persona que todos nosotros juntos. No hagas caso de esa amargada.

—¡Ah! Creo que yo le respondí con algo parecido; creo que la llamé cornuda y consentida —Marcelo se rio, pero ella hizo un gesto de dolor y se llevó una mano a la frente—, Julián estaba delante y podrá confirmártelo. Y he averiguado que Julián es gay; ayer estuvimos hablando de ello.

—Me parece que has pasado unos días demasiado intensos —le dijo sonriendo y acariciando su mejilla para recibir esa suavidad que había anhelado tanto—, tú que eres tan poco amante de aventuras y riesgos innecesarios. Descansa ahora, cariño. No pienso dejarte sola en toda la noche. —Acercó un butacón a la cama de su esposa, se sentó en él y apoyó la cabeza sobre las piernas de su mujer—. Te amo, Carola. Dime que me crees, por favor —le suplicó con sinceridad y ella lo sintió de ese modo.

—Te creo, Marcelo. Siempre lo he sabido y si no hubiera estado completamente segura de ello no me habría casado contigo. Además, reconozco que tienes razón, me lo has demostrado cada día desde que decidimos mantener una relación y, como dice Ben, el asunto del testamento solo fue un detonante para ti, el empujón que necesitabas para no dejarme en España.

—Nunca dejes de ser tan sincera y descarada, cariño. Te adoro por ello.

—También lo sé. Te diviertes a mi costa —y se lamentó levemente—. Respóndeme a una cosa. —Marcelo no esperaba esa pregunta tan comprometida de su mujer, pero se había prometido que jamás le ocultaría nada más—. ¿Lamentas la muerte de Andrea? —El hombre cerró los ojos un instante e inspiró con fuerza.

—No quiero parecerte un monstruo, Carola, pero no voy a ocultarte nada más. —La miró con intensidad a los ojos—. No, no la lamento. —Carola

pensó que estaba avergonzado de su respuesta sincera—. No le deseaba la muerte, pero era una mujer peligrosa y codiciosa a la que menosprecié y aproveché mi... Falta de experiencia en comparación con ella, lo podríamos llamar, para chantajearme.

—Y aun así estabas dispuesto a casarte con ella. —Marcelo bufó enojado consigo mismo—. Me cuesta entenderlo, Marcelo.

—Cariño, no sé por qué te cuesta tanto entenderlo. —Se tomó unos instantes antes de continuar explicándole—. Yo no tenía una vida personal o privada, como quieras llamarlo. Trabajaba quince horas diarias, a veces más, y mi vida social se limitaba al trabajo, las reuniones con otros criadores o las conferencias que suelo impartir.

—¿Dónde la conociste? —Marcelo se desesperaba ante el interés que mostraba Carola en volver a un pasado del que se avergonzaba.

—Después de un partido de polo, en enero del año pasado. Acompañé a Ben a una fiesta, intimamos y pasamos juntos unas horas. Ni siquiera me quedé nunca a pasar una noche con ella. —Marcelo decidió contar toda la historia para acabar con las dudas de su mujer—. Ella no exigía, no me llamaba, no me pedía un compromiso. Así que dos o tres veces al mes, cuando necesitaba desconectar, quedábamos, cenábamos y echábamos un polvo. Cuatro o cinco horas eran las que pasaba con ella, suficientes para mí. Jamás pensé en verme obligado a pedirle un compromiso. Cuando sucedió, la idea me asqueaba tanto que huí a España. El resto de la historia ya la conoces.

—¿Tú me amabas cuando ella empezó su chantaje? —preguntó Carola con lágrimas en los ojos.

—El día que Cortázar fue a saludarte me di cuenta de que estaba enamorado de ti y no supe cómo manejar esos sentimientos en un momento tan complicado de mi vida.

—¿Y por qué no me contaste la verdad? ¿No habría sido más fácil decirme

la verdad?

—Ahora sé que hubiera sido más fácil explicártelo entonces y sabes que no me habría importado perder La Abadía; la habría perdido por ti. Pero me dejé llevar por el pánico, me horrorizaba perderte; creí que si te confesaba que debía casarme antes de octubre, no confiarías en la sinceridad de mis sentimientos —la miró apenado— y entonces te alejarías de mí para siempre. Desde que te conocí he pensado que no te merezco y aún lo pienso. He permitido que casi te maten, Carola, y nunca me perdonaré por ello. Antepuse tu seguridad a los intereses de mi familia, permití que te mintieran y te mentí yo mismo. —Se calló durante unos segundos sin dejar de mirarla a los ojos—. No me extraña que desees marcharte a España.

—Ahora no quiero pensar en nada más. Estoy agotada, Marcelo. Ahora necesito cerrar los ojos y dormir, pero me da miedo que mi corazón vuelva a pararse y no despertar.

—Duérmete. Yo estaré cuidando de ti. Siempre lo haré, Carola.

Los agentes de policía se presentaban varias veces al día en el hospital para calmar sus sospechas sobre Marcelo y en cada ocasión encontraban al matrimonio unido y feliz, charlaban animados o, si ella dormía, él trabajaba en su ordenador. Sin embargo, se desesperaban tanto como Marcelo al no encontrar una pista, una huella, un error que hubiera cometido la persona que había atentado contra la vida de Carola, así que las sospechas se desviaron hacia que se tratara de un auténtico profesional, teniendo en cuenta además que el disparo certero encajado entre las cejas de Andrea se había hecho con silenciador. En una de esas visitas, Ben llegó acompañado por los dos policías y despertaron a Marcelo de un sueño ligero. Comprobó que Carola descansaba y salieron de la habitación.

—¿Qué han encontrado? —preguntó recorriendo su cara de arriba abajo con una mano intentando espabilarse.

—La policía científica ha analizado el té —respondió Pastrana— y, como suponíamos, estaba impregnado de la misma composición de arsénico que encontramos en su farmacia. Pero hay algo más, pensamos que no se trata de un enemigo de su mujer porque lleva muy poco tiempo viviendo en Argentina y que la misma persona que asesinó a Andrea Valenti pretende vengarse de usted, a través de lo que más le importa; de su mujer. La habría asesinado a ella y lo acusarían a usted de asesinato. Completaría su venganza.

—Estamos comparando las huellas del bote y las de los dos paquetes cerrados que hemos encontrado, pero, si ha sido tan cuidadoso como hasta ahora, puede que no encontremos nada —continuó Rizzoli—. ¿Puedo hablar con Carola? —A Marcelo le molestó la confianza que demostraba el policía.

—No —contestó tajante—. Ahora está dormida y necesita descanso para recuperarse lo antes posible.

—Una vez más —le pidió Pastrana—, le pedimos que haga un recuento de sus enemigos, de alguien a quien haya molestado o rechazado, un cliente insatisfecho, un admirador loco que lo haya acosado,...

—No consigo relacionar a Andrea y a mi mujer —Marcelo reflexionaba como le pedía el policía que hiciera—; hay algo que no encaja. ¿Ben? ¿Recuerdas a alguien? —La palidez que adquirió el rostro de Ben pasó desapercibida a los policías, pero no a Marcelo.

—Lo he intentado, pero no. Andrea y Carola juntas... No ha habido tiempo para eso y tú solo has dejado sola a tu mujer treinta y seis horas desde que regresaste de España.

—Hemos investigado a Cortázar y a su cuñado Álvaro, pero ambos tienen coartadas que los liberan de toda sospecha. Piensen en alguien mientras repasamos las pruebas de nuevo. A ver si obtenemos algo en claro. En cuanto recibamos el informe de balística nos pondremos en contacto.

—Permaneceré aquí mientras mi mujer continúe ingresada.

—Si no averiguamos pronto quién es el culpable —le explicaba Pastrana con cautela—, no estaría mal que ella saliera del país durante unos días.

Marcelo se mostró muy serio ante la sugerencia del policía, preocupado porque Carola decidiera marcharse una vez que se encontrara mejor.

—Pensaré en ello, pero no se marchará hasta que esté recuperada.

—¿Qué te ha sucedido antes, Ben? —le preguntó en cuanto los agentes se despidieron y se alejaron—. ¿En quién pensabas?

—En Blanca. En lo mucho que se alegró de que Carola sufriera por haberle ocultado la verdad y por el dolor que te causaba todo eso. Me pregunto si sería capaz de vengarse de nosotros a través de tu mujer.

Marcelo suspiró sin saber qué pensar. Su cuñada había demostrado la maldad que escondía, pero no la veía capaz de asesinar a nadie. Aunque ya no sabía qué creer. Y le contó a Ben lo que había hecho Roberta respecto a las joyas de Carola. Ben, como le había sucedido a él, no salía de su asombro ante el egoísmo y la crueldad de Roberta. La amargura que estaba sufriendo en su matrimonio la había cambiado por completo.

—No voy a salir del hospital hasta que me lleve a mi mujer conmigo, pero mañana habla con tu amigo Monroe, el arquitecto y métele prisa. Voy a construirme mi casa en el prado, cerca de la clínica. Aunque no sé si doscientos metros alejada de la casa grande será distancia suficiente para Carola.

—Si tú te vas, yo te acompaño. —Marcelo sonrió—. ¿Te parece bien un pareado? Compartiremos la piscina y será más divertido. Así no me pierdo las maravillosas vistas que me ofrecerá tu diosa en biquini.

—No me voy a librar nunca de ti, mocosito impertinente.

—Nunca, papaíto. Confórmate con el tiempo que paso fuera de Argentina.

—Sí y me llamas dos o tres veces al día. Eres peor que una novia celosa.

—Y los dos rieron más relajados—. Vete a casa y tráeme ropa limpia por la mañana y un neceser. Me ducharé aquí mismo.

—¿Algo más? Creo que necesitas un ayudante, o mejor, un esclavo.

Entró en la habitación donde dormía su cuñada, la besó con cariño en la frente y se despidió de Marcelo con un apretón en el hombro.

Marcelo estuvo unos minutos contemplándola dormir mientras intentaba adivinar quién sería el cobarde que le hacía daño a ella para vengarse de él. Pero, aparte de Blanca, Álvaro o la difunta Andrea, no sabía de nadie.

Ben no estaba dispuesto a esperar más tiempo y esa misma noche se dirigió al apartamento que Blanca ocupaba en Buenos Aires.

La llamada de Ben la mantuvo en vilo las dos horas que tardó en llegar a su apartamento. Desde que Carola vivía en La Abadía ella no soportaba estar allí, al igual que no soportaba ser espectadora del amor que se profesaban Marcelo y su mujer. La envidia la corroía por dentro de un modo descontrolado por más que intentara evitarlo. A pesar de todo, procuraba ignorar la presencia de la pareja y ponía toda su voluntad porque ellos eran importantes para Ben, y Blanca, aunque su relación no funcionara, pretendía disfrutar de las ventajas de continuar casada con él, de la popularidad que le proporcionaba, de los viajes, aunque ya no la invitaba a ninguno, de la fama, de todo el glamur que rodeaba al mundo del polo, incluso si eso significaba ignorar las infidelidades de Ben que a ella no importaban porque no lo amaba. Nunca lo había amado; Blanca se enamoró del personaje, pero no del hombre y Ben la castigó por eso, la alejó de él y de todo cuanto ella ambicionaba. Ahora entendía el motivo de su desprecio hacia ella; su matrimonio fue una imposición de su padre si no querían que aireara los trapos sucios de la familia Mendoza. Y ella pagaba hasta la crueldad las consecuencias de ese chantaje.

Blanca había visto el cambio que la presencia de Carola había provocado

en Benjamín. Y estaba convencida de que si no había intentado mantener una relación con su cuñada fue porque Marcelo se enamoró de su esposa el primer día que la conoció. Y Marcelo era la persona más importante en el mundo de Ben; jamás traicionaría a su hermano.

Esa noche lo esperaba nerviosa; no le había explicado el motivo de su repentina visita y ansiaba que sucediera algo bueno entre ellos, algo que le abriera de nuevo la puerta de acceso a la vida de su marido. Sin embargo, todo ocurrió al contrario de lo que ambicionaba. Ben no la besó en la mejilla, ni habló con ella hasta que tuvo su móvil en la mano y, desconfiado, se lo apagó. Miraba atento de un lugar a otro y parecía vigilar el salón donde estaban.

—¿Crees que tengo cámaras o micrófonos ocultos? —le preguntó dolida.

—Ya nada me impresionaría de ti. Pero el asunto que me ha traído aquí es más delicado y trascendental de lo que supones. No sería conveniente que fuera grabado.

—Imagino que vienes a culparme de lo que ocurrió con la policía y que causó tanto dolor a tu querida Carola —añadió con desprecio.

—Ambas acusaciones son ciertas. Adoro a mi cuñada, pero eso tú ya lo sabes.

—¿Y Marcelo? ¿También lo sabe?

—El ladrón cree que todos son de su condición. Ya sabemos quién y por qué te regaló el Mercedes. —La mujer bajó la cabeza para esconder la vergüenza—. Qué poco me conoces, Blanca —dijo asqueado—. Marcelo y Carola son las dos personas que más quiero y admiro; gracias a ellos he aprendido a ser más exigente con mis compañías tanto femeninas como masculinas porque me han demostrado que en el mundo hay gente buena que merece la pena.

Ella se sintió descubierta y sorprendida aún más ante el comportamiento



serio y maduro que mostraba Ben.

—Entonces dime a qué has venido —exigió cortando la lista de reproches que le dedicaba su marido.

—Voy a ser claro y directo. No es necesario recordarte tu discreción en este asunto que sigue en manos de la policía y, por favor, sin que tenga que echar mano de amenazas una vez más. —La miró un instante de una manera desconocida para Blanca que no supo interpretar si se trataba de desprecio o de compasión—. Han intentado asesinar a Carola en tres ocasiones —Blanca palideció y Ben supo enseguida que ella no estaba relacionada con esos crímenes—; primero el incendio, luego sabotearon los frenos de su coche y por último, alguien ha intentado envenenarla. De acuerdo, la expresión de tu cara ha contestado por ti. —Y eso sí que la molestó.

—¿Y has venido aquí esta noche para comprobarlo? ¿Me crees capaz de asesinar a una persona?

—Ni Marcelo ni yo te creemos capaz de algo así. Pero la policía nos ha animado a atar cualquier cabo suelto que recordemos sobre alguien que siente celos, envidia u odio hacia Carola y, aunque lamento reconocerlo, te llevas todos los trofeos. —Blanca lo miraba rabiosa—. Pero para que veas que confío en ti te confesaré que estamos desesperados por encontrar al culpable o una pista que nos conduzca hasta él. —Y su rostro se ensombreció de repente—. Carola ha sufrido tres paradas cardíacas, ha estado a punto de morir envenenada y aún no está fuera de peligro.

—Lo lamento, Ben. Quizás no me creas, pero nunca le he deseado mal, ni a ella ni a nadie. —Ben no le creyó, aunque no le deseara la muerte sí se alegraba del sufrimiento de Carola o de cualquiera que resultara una amenaza en cualquier aspecto de su vida.

—Gracias, Blanca. No te molesto más. Solo te pido que si recuerdas algún detalle, alguna conversación, por insignificante que te parezca, házmelo saber.

Te estaría muy agradecido. —Y se dirigió hacia la puerta.

—Ben —lo llamó ella casi suplicando—. ¿Por qué no te quedas a pasar la noche?

—No puedo. Mi familia me necesita ahora más que nunca.

—Es una excusa, ¿verdad?

—En parte lo es, Blanca. Aunque no fuera por el verdadero peligro que acecha a mi hermano y su esposa, tampoco me quedaría. Ya no puedo.

Ella no contestó y se limitó a verlo marchar hasta que cerró la puerta tras él. Esa noche Blanca supo que su matrimonio había acabado aunque no pudieran hacerlo de forma pública y oficial hasta que transcurrieran los cinco años impuestos en el testamento de Roberto Mendoza.

Ben había cambiado durante ese verano, había madurado y se había convertido en un hombre. Un hombre que a Blanca continuaba resultándole atractivo, un entretenido acompañante y un amante extraordinario. Pero también sintió que lo había perdido para siempre y debía acostumbrarse de una vez a llevar simplemente su apellido.

Condujo hasta su casa y llegó de madrugada. Le gustaba ese lugar donde se había criado en libertad, junto a sus hermanos mayores que siempre lo habían cuidado demostrando más o menos paciencia y, lo que había sido la mejor influencia de su vida, bajo la tutela de Marcelo. Lo que había logrado ser, como hombre y como jugador profesional de polo, se lo debía a su hermano; incluso Julián había aportado su granito de arena ejerciendo de consejero en sus asuntos económicos y como cabeza de familia lya que su padre, desde que él recordara, nunca realizó esa labor sobre Ben. Hasta Roberta había sido mejor madre que la suya propia.

Nunca llegó a sentirse querido por Roberto Mendoza quien lo había mirado siempre como si hubiese sido un terrible accidente de su vida, como tampoco quiso a su madre y nunca entendió el motivo que los empujó a

casarse, aunque quizás comprendiera a Alice, encontrar un rico viudo, bien parecido y propietario de una hacienda fantástica que la mantendría en el nivel de vida que ella ambicionaba. Pero su madre no hablaba sobre la relación que mantuvo con Roberto; se limitaba a decir que ella fue la amante porque él siempre continuó casado con Julia, su primera mujer y de la nunca se separó a pesar de su muerte.

Alice tenía razón. Cuando Roberto sufrió el infarto no quiso que nadie le avisara al médico y repetía una y otra vez que lo dejaran en paz porque había llegado el momento de reunirse por fin junto a su esposa.

Ahora que era adulto, entendía mejor el comportamiento despectivo de su padre hacia él, que lo había tratado como el hijo bastardo, el que nunca quieres que nadie conozca, el que lo avergonzaría ante su única esposa, Julia. El chico, como siempre lo llamaba. “Parece que el chico monta con destreza”. “Al chico se le da bien jugar al polo”. “El chico debería hacerse profesional”; nunca lo oyó pronunciar su nombre.

Y por más que se esforzó, sobre todo en ser el mejor jinete con tal de agradarle y que se fijara en él, no lo consiguió nunca. Pero tenía a Marcelo quien realizó en su infancia el papel de padre, el de hermano mayor cuando se convirtió en adolescente y en su mejor amigo ahora que eran adultos.

## Capítulo 21

Unos días más tarde de la puesta en libertad de Marcelo, la pareja se instalaba en el pequeño apartamento que se había reformado para ellos y que se situaba en el piso superior de la clínica.

—He encargado especialmente a María que trajera tus cosas; sé que confías en ella.

—Sí, ahora iré a visitarla.

—Tú solo irás a la cama. Ya has oído al médico; necesitas descansar durante un tiempo si deseas recuperarte pronto.

—Ya he pasado demasiado tiempo en la cama...

—Carola —la interrumpió enojado—, no seas cabezota. Por si lo has olvidado, sufriste tres paradas cardíacas que los médicos no saben aún cómo has superado.

—Porque solo pensaba en seguir torturándote —bromeó—, eso me ha mantenido con vida —Marcelo la abrazó con fuerza.

—Me habría vuelto loco si te hubiera perdido —le confesó emocionado y con lágrimas en los ojos—. Ahora prométeme que vas a cuidarte y a reponerte lo antes posible; dentro de unos meses tendré que viajar por Europa durante quince días; impartiré conferencias en Londres, Berlín, Viena y París, y, que te quede claro, no pienso marcharme sin ti.

—De acuerdo, descansaré más de lo habitual, pero ahora me gustaría ver a Milagro. Debe haber crecido mucho durante estos días que he estado fuera.

—Bonita forma de decir que has estado a punto de morir; solo a ti se te habría ocurrido.

Y consiguió una carcajada de su mujer que le sonó como la más reconfortante de las canciones que hubiera oído en su vida.

Después de visitar a su potrillo que crecía sano y fuerte y recibir las atentas felicitaciones de casi todo el personal de la hacienda, acompañada por María, se dirigió a su casa.

—Ningún extraño podrá acercarse de nuevo, Carola. Marcelo ha contratado a una empresa de seguridad y la clínica estará vigilada las veinticuatro horas del día. Están instalando cámaras que controlarán todas las instalaciones de la finca.

—Si el criminal sabe eso, solo espero que no vuelva a preparar otro atentado. Estoy preocupada, María, sobre todo por Marcelo. ¿Por qué quieren hacerle daño?

—Porque ahora es muy feliz. Y hay alguien por ahí —dijo señalando a la casa grande con la cabeza—, a quien le molesta.

—¿Pero quién sería capaz de planear esas atrocidades? Julián y Ben están descartados y no imagino a Roberta, por muy bruja que sea, perpetrando un crimen contra uno de sus hermanos. Blanca y Álvaro no están apenas en casa y Vanesa me parece que le importa demasiado ella misma para arriesgarse a acabar en la cárcel. —Negó con la cabeza—. El motivo que causa estos crímenes me parece más grave que una simple discusión familiar.

—No sé qué decirte, Carola. Hay tanta gente malvada y mal de la cabeza en este mundo que no pondría la mano en el fuego por nadie.

Y después de marcharse María, Carola se rindió ante un sueño profundo y reparador, agotada después de analizar en profundidad a cada persona que vivía en la gran casa.

La despertaron unos sonidos cotidianos que provocaban platos y cacerolas. Tardó unos segundos en recordar que estaba en el dormitorio del pequeño apartamento que sería su hogar durante un tiempo. Se levantó despacio, como le habían aconsejado los médicos, y se dirigió al baño. Desde la cocina le llegaban las voces familiares de los inseparables Ben y Marcelo.

—Debes pasarte la vida en la carretera, Ben. ¿No jugabas esta mañana en Buenos Aires?

—Hola, preciosidad —la saludó con una sonrisa y un beso en la mejilla—. Ya he jugado y ganado, así que después de cumplir con mi trabajo, además he estado magnífico —reconoció bromeando que se sentía orgulloso de sus hazañas deportivas y consiguió la carcajada de su cuñada que era lo que pretendía—, he decidido compartir con vosotros la primera cena que se celebra en este ridículo apartamento.

—No te burles de nuestro hogar —lo regañó ella—. Es muy confortable y ha quedado precioso.

—Sobre todo el dormitorio —se burló Ben divertido—. Roberta está que se sube por las paredes. Dice que poco a poco te quedarás con todas las pertenencias de Los Abadía, joyas, muebles y sus hermanos.

—Y seguro que lo ha enumerado en ese orden —Carola contestó mientras observaba admirada la destreza de su marido entre fogones—. Esas son sus prioridades.

—Julián dice que lo perdones, pero que no ha podido deshacerse de Vanesa en toda la tarde para venir a verte un rato. Pero te echa de menos.

—Dile de mi parte que aquí tiene su casa, siempre y cuando venga sin su mujer. No quiero que se aproveche de mi debilidad física para robarme el marido. —Ben se rio a carcajadas al ver el semblante serio de Marcelo mientras le dirigía a su mujer una mirada desafiante—. Menudo zorrón. —Y resopló para diversión de Ben—. Marcelo, me ha comentado María que están

instalando un sistema de seguridad.

—Así es —afirmó con gravedad—. No estoy dispuesto a que cualquiera campe a sus anchas por nuestras instalaciones y habrá un vigilante permanente que controlará las cámaras. Julián y Ben también están conformes después de lo sucedido. Si algún extraño asoma de nuevo sus narices por aquí, lo sorprenderemos. Te han atacado tres veces, Carola. Ya es hora de poner remedio. —Ella asintió preocupada.

—Estarás a salvo, Carola —la animó su cuñado quien sujetó una de sus manos—. No permitiremos que te ocurra ningún tipo de accidente.

—Gracias —contestó susurrando y demostró con sus gestos sombríos que aún estaba asustada después de la última experiencia.

—Venga, cariño. No pienses más en ello. Te he preparado tu plato favorito, milanesas con jamón y papas crocantes. Y Carmelo me ha traído hace un rato flanes de dulce de leche que saben que te gusta. María te ha preparado una fuente de empanadas variadas que dejaremos para el almuerzo de mañana. —De repente, Carola se llevó la mano al estómago asqueado ante tanta comida—. Tienes que recuperar peso, ¿verdad, Ben?

—Sí, preciosidad. En tu cara ahora llaman demasiado la atención esos enormes ojos azules.

—Está bien. —Suspiró con aire cansino—. Haré lo que pueda.

—Esa es la actitud, cariño. Te sentará bien y recuperarás fuerzas.

—Tienes que venir a visitarme a Florida. Me marcho pasado mañana y me instalaré allí hasta abril. Compréndelo, no podría pasar tres meses sin veros —les dijo sonriendo y logró contagiarlos de su habitual despreocupación.

—Me encantaría ir, Ben. Debe ser un lugar bonito y diferente a cuantos he conocido por ahora.

—Iremos, Carola —le ofreció su marido deseoso por hacerla feliz—. Te

lo prometo. —Y ella le sonrió de esa manera que conseguía hacerlo temblar—. Cuando regresemos de Europa pasaremos unos días con Ben.

Los días pasaban y Carola se sentía cada vez con más fuerza y energía. Pero a veces, el pánico invadía su interior, quizás por haber estado tan cerca de la muerte, una idea de la que se había sentido muy alejada; incluso después de perder a su madre, sus ganas de vivir, sus ansias por convertirse en una buena profesional, siempre habían resultado un poderoso estímulo que la empujaban a seguir adelante.

Desde que había abandonado el hospital, Marcelo la encontraba en algunas ocasiones apoyada en una cerca mientras observaba a los caballos y con sus pensamientos en algún lugar lejos de allí. Temía que decidiera marcharse y abandonarlo. Y en uno de esos momentos, al atardecer, se atrevió a preguntarle qué le sucedía.

—¿Qué haces aquí sola? —le preguntó Marcelo mientras ella observaba a Milagro corretear cerca de su madre—. Últimamente te veo muy reflexiva. ¿Te encuentras bien? —Ella asintió con la cabeza y por su gesto, el marido percibió que algo le angustiaba—. ¿Hay algo que te preocupa? —Carola se mostraba esquiva y eso no era habitual en ella—. Habla conmigo, cariño. Quizás pueda ayudarte.

—Este lugar es tan bonito. Jamás soñé con vivir en un sitio tan hermoso y, además, trabajar en él, rodeada de tanta belleza y, por supuesto, a tu lado. Todo ha ido demasiado rápido y, aunque me sentía afortunada —Marcelo le sonrió con ternura y acarició su mejilla con suavidad—, ahora tengo miedo, Marcelo —confesó susurrando—. Mucho miedo.

Marcelo no se acercó a ella como deseaba, a abrazarla y a reconfortarla en ese instante en el que prefirió conversar y, sobre todo, permitir que desahogara su angustia.

—¿A qué le tienes miedo? ¿Temes que alguien vuelva a hacerte daño? —



Carola negó con la cabeza y su coleta se agitó graciosamente con el movimiento.

—Tengo miedo a la muerte. —Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Marcelo al conocer el motivo que angustiaba a su mujer—. Nunca antes, ni siquiera al morir mi madre, me di cuenta de lo mucho que me gusta vivir y desde que he estado al borde de la muerte no dejo de pensar en todo cuanto me falta por conseguir. Apenas he empezado mi vida junto a ti y casi llego al final. —Marcelo le tomó una de las manos que apoyaba en la valla y la apretó con fuerza para que sintiera su presencia—. Te quiero mucho y no quiero morirme sin disfrutar más de tu compañía, sin formar una familia contigo, sin ver pasar las estaciones un año tras otro junto a ti, sin aprender más en mi profesión. —Suspiró entre lágrimas—. Me faltan tantas cosas por vivir... Y he estado tan cerca de perderlas que, a veces, siento un pánico que me paraliza.

Marcelo maldijo en su mente a la persona o personas que le habían hecho daño a su mujer, incluso a sí mismo por consentirlo en parte debido a su cobardía; aunque ella era fuerte y valiente como ya había demostrado, había sufrido mucho tras el envenenamiento y eso la había traumatizado de algún modo. En ese instante pedía al cielo que no permitiera que el culpable de todo se cruzara en su camino porque nadie podría contener el castigo que recibiría por hacer tanto daño a Carola.

—Vas a tener todo cuanto deseas, Carola. ¿Y sabes por qué? —Ella negó con la cabeza.

—Porque son cosas sencillas y humildes, las mismas que yo deseo compartir contigo y entre los dos lo conseguiremos. —Tiró de su mano y la abrazó contra su cuerpo—. Nada ni nadie volverá a hacerte daño. —La besó suavemente en los labios—. Te lo prometo.

—Gracias, Marcelo. En realidad, lo único que deseo es compartir esta vida junto a ti. No necesito que nada cambie; no necesito nada más.

Y Marcelo supo que era cierto, siempre había sabido que Carola encajaría perfectamente en su vida y en su futuro, desde el primer día que la vio tratar a los caballos. Ella se convirtió, no en la princesa como sucedía en los sueños infantiles de Carola, sino en la reina de su mundo y él en su más fiel vasallo.

En ese instante comprendió que resultaba imposible controlar el destino. Se marchó a España huyendo de un futuro oscuro y decepcionante para encontrarse con la persona que estaba convencido estaba hecha solo para él; ambos habían nacido para compartir sus vidas hasta el fin de sus días.

Tres semanas más tarde de que Carola abandonara el hospital, los agentes de policía Pastrana y Rizzoli se personaron en la clínica de Marcelo a primera hora de la mañana. Marcelo no se extrañó al verlos, convencido de que quizás trajeran información sobre el agresor que había puesto en peligro la vida de su esposa.

—Buenos días —los saludó serio, dejó sobre la mesa una carpeta que acababa de abrir, y les tendió una mano que ambos estrecharon—. ¿Han encontrado alguna prueba más que nos lleve hasta el criminal? —les preguntó directo.

—Sí —contestó Pastrana—. ¿Cómo se encuentra su esposa?

—Cada día mejor. Ahora iba a subir a despertarla. —Los policías lo miraron extrañados—. Vivimos en un apartamento justo aquí arriba —les explicó Marcelo con naturalidad—. Hasta que nos construyan nuestra casa.

—Hemos visto las obras. Menudo jaleo. —Marcelo asintió—. A veces es mejor independizarse de la familia. —Rizzoli le guiñó un ojo.

—¿Y a qué se debe su visita? —preguntó Marcelo expectante.

—Encontramos la procedencia del veneno —respondió Pastrana—. La única empresa que fabrica ese compuesto de arsénico es la de su cuñado Álvaro Rogen. —A Marcelo le sorprendió la noticia—. Pensábamos hablar con él esta mañana, pero después de lo sucedido, resulta evidente que su

cuñado estaba relacionado con el intento de asesinato de su mujer. —Marcelo, atónito, esperó en silencio a que continuaran—. Creímos que sería conveniente transmitirle a usted la noticia antes que hacerlo a su hermana.

—¿A mi hermana?

—Esta mañana, el personal de servicio que atiende el apartamento de su cuñado en Buenos Aires, encontró su cadáver en su despacho. —Marcelo palideció de repente—. Estaba sentado en su sillón, con un tiro entre ceja y ceja, de ejecución similar al que quitó la vida de Andrea Valenti y puede que el disparo fuera realizado con la misma arma. Aún no hemos recibido el informe de balística. Las primeras investigaciones nos indican que fue asesinado entre las diez de la noche y la una de la madrugada.

Marcelo no supo qué decir en ese instante. No daba crédito a lo que acababan de contarle los agentes sobre el veneno, Álvaro relacionado con el asesino quien, quizás, también pretendía acabar con la vida de Carola.

—No entiendo lo que está sucediendo. —Marcelo no salía de su asombro—. Esto ya no se trata solo de mi esposa o de mí, más bien parece un complot contra mi familia. Pero... ¿por qué?

—Eso es lo que trataremos de averiguar. Ahora debemos hablar con su hermana.

—Denme unos minutos. Avisaré a mi hermano Julián y luego subiré a hablar con Carola. Prefiero explicárselo yo personalmente. —Los dos hombres asintieron, Marcelo telefoneó a Julián y le pidió que se personase en la clínica.

Dejó a los agentes a la espera de su hermano y subió en busca de Carola. Cuando abrió la puerta del apartamento le llegó el sonido de la ducha. Un minuto más tarde salía desnuda del baño hacia el dormitorio y se lo encontró sentado en el borde de la cama.

—No hace falta que subas a despertarme —bromeó ella y se inclinó para

besarlo—. ¿Qué sucede, Marcelo? —preguntó al ver el rostro pálido de su marido.

—Esto no hay otra manera de decirlo que diciéndolo. —Sonrió desganado—. Han encontrado el cadáver de mi cuñado en su casa. Anoche lo asesinaron. —Carola dio un respingo y se llevó la mano a la garganta para impedir un grito que enmudeció antes de salir—. Y lo extraño es que el compuesto de arsénico con el que intentaron envenenarte se fabrica en su laboratorio. —Carola permaneció desnuda ante él, inmóvil—. Vístete, cariño —le pidió Marcelo sin perder la calma—. Los agentes Rizzoli y Pastrana están aquí y tenemos que ir a la casa grande a comunicárselo a Roberta.

Carola no se movió y continuó mirando a Marcelo a la espera que le dijera que todo se trataba de una broma.

—No entiendo lo que está ocurriendo, Carola. Yo también estoy sorprendido. Los agentes creen que todo está relacionado, la muerte de Andrea, tu envenenamiento, la muerte de Álvaro... —Se levantó y abrazó con fuerza a su mujer—. Vamos, cariño —la animó frotándole la espalda—. Se fuerte. Voy a prepararte un té mientras te vistes. Nos esperan abajo.

Carola tardó aún unos segundos en reaccionar y se animó a sí misma con órdenes cortas y precisas a las que su mente podía responder. La ropa interior. Unos pantalones. Los calcetines. Las botas. Un polo. Y de repente decidió vestirse de blanco, salvo las botas, todo sería blanco. Luz; necesitaba luz. Abrió las persianas, retiró las cortinas y la habitación se inundó de la claridad de la mañana. Eso la reconfortó.

A Marcelo no le extrañó que existiera una conexión entre Andrea y Álvaro porque ambos se movían en los mismos ambientes, pero sí que estuvieran relacionados con Carola o incluso con él.

Cuando salió del dormitorio él tenía el desayuno preparado, como cada día, té, zumo de naranjas y dos tostadas. Ella lo miró como si fuera estiércol,

con la mano puesta en el estómago.

—Pon la cara que quieras, Carola, pero vas a comer. No saldrás de aquí sin que te hayas alimentado como es debido.

—No puedo —protestó sin alzar la voz—. Ahora no puedo comer.

—Carola —comenzó Marcelo a explicarle con paciencia—, vamos a responder a un montón de preguntas y tendremos que consolar a Roberta, que sabe Dios cómo se tomará la noticia. Siéntate y come, por favor.

—Haré lo que pueda. —Y comenzó bebiendo un trago de zumo al que siguió el mordisco de una tostada; así, sorbo a sorbo, trozo a trozo, hasta que acabó con todo bajo la inquisitiva mirada de su marido.

—Vamos, cariño —la animó ofreciéndole la mano en cuanto salió del baño—. Nos están esperando abajo.

—¿Tengo que ir? —Su ingenua pregunta desarmó a Marcelo que la abrazó con fuerza.

—Hay que superar los miedos, Carola. Y debemos afrontar los problemas. ¿Prefieres que lo haga solo? —Ella lo miró con lágrimas en sus ojos azules y aterrados que transmitieron toda la angustia que sentían y que desarmaron por completo a Marcelo.

—No me mires así, cariño. Por favor, no me mires así —le suplicó desesperado a la vez que la acercaba contra su cuerpo—. Yo no quería esta vida para ti. No deseo volver a ver este miedo en tus ojos; no quiero que sufras ni que nadie te haga daño. ¿Lo sabes, verdad?

—No es culpa tuya, Marcelo. Ni siquiera mi miedo lo es.

—Pero no eres feliz aquí, desde que llegaste no te ha pasado nada bueno.

—Estar contigo cada día es maravilloso. —Marcelo la separó un instante de su cuerpo y la besó expresando con ese gesto todo el amor que sentía por

ella.

—¿Cómo estás, Carola? —la recibió Pastrana con tanta familiaridad que molestó a Marcelo—. Ya veo que preciosa. ¿Y de salud?

—Bien. Recuperada. —Rizzoli, de la edad de Marcelo, la recorrió de arriba abajo con una mirada de distinta intención a la de su compañero y que no pasó desapercibida a un marido tan protector y posesivo como Marcelo—. Lo lamento, pero no me alegro de verlos en estas circunstancias —dijo seria, pero con ese descaro natural que solía conseguir unas carcajadas de cualquiera, y Marcelo comprobó cómo los policías reían embaucados por los encantos de su mujer.

—No te disculpes, Carola. Lo comprendemos. —Julián miró en ese instante a Marcelo porque el modo en que babeaba Rizzoli ante su cuñada conseguiría hacerlo estallar en cualquier momento y sonrió pensando en lo diferentes que eran su hermano y él; desde luego la homosexualidad no estaba relacionada con la genética, pensó Julián—. Y me alegro de que te hayas recuperado tan pronto. Estás estupenda.

—Ya está bien —los interrumpió Marcelo de malos modos sin ocultar sus celos—. Esto es un asunto muy serio. —Tomó a su mujer de la cintura y se encaminó a la salida.

—Aún no entiendo cómo pudieron sospechar de él —murmuró Julián divertido mientras caminaba detrás de los agentes algo distanciados del matrimonio.

—No conocíamos a su hermano, pero si la reputación de Valenti —se justificó Pastrana—. Y un hombre capaz de comprometerse con esa clase de mujeres... Ahora comprendemos mejor esa parte del caso y la actuación cautelosa de Marcelo ante el chantaje a que estaba siendo sometido.

—Sería capaz de matar a Valenti si se interpusiera entre Carola y yo. —Rizzoli dejó a los dos hombres perplejos con su comentario—. Lo digo en

serio —ratificó mirando a los ojos de su compañero.

—De acuerdo. —Julián sonreía—. Pero será mejor que no se lo comente a mi hermano. Si es que teme por su aspecto físico. —Pastrana soltó una carcajada—. Está instalando cámaras de seguridad por toda la hacienda. Y ya han visto el sistema de acceso a la entrada, al edificio de la clínica y a su apartamento. Cada trabajador tiene su propio código de acceso y se memorizan las entradas y salidas. La Abadía se convertirá en un lugar inexpugnable como Fuerte Knox.

—Comprendo a su hermano —admitió Rizzoli con la vista puesta en la espalda de Carola—. Yo actuaría del mismo modo si me viera obligado a proteger a mi mujer.

—Ahora prepárense, señores. Con mi hermana Roberta el drama está garantizado.

—Tengo la impresión de que usted no sentía mucho afecto por su cuñado —comentó Pastrana casi divertido.

—Si encuentran a alguien que lo sintiera, avísenme —admitió Julián con desprecio—. Era un vicioso y un perverso. Pero como tendrán el gusto de comprobar, para mi hermana era el mejor marido del mundo. Le encanta creerlo, sobre todo desde que Marcelo regresó de España con su esposa y comprobó cómo funciona la relación de un matrimonio enamorado.

Julián no se equivocaba, los policías descubrieron más verdad en las lágrimas compasivas de Carola que en la dramática actuación de Roberta a la que nadie era capaz de consolar. Hasta que encontró en quién descargar su fingido dolor y su envidia.

—Has traído a esta casa vergüenza, injurias y sufrimiento —le gritó a Carola sin contener la envidia y el odio que sentía hacia ella—. Has manchado el nombre y la reputación de mi hermano Marcelo. Provocaste a mi marido y has destrozado los matrimonios de Julián y de Ben.

—Contrólate, Roberta —le gritó Julián—. Nada de lo que dices es cierto. Carola no tiene la culpa de lo que le ha sucedido a Álvaro.

—Ella es la culpable de que se marchara de esta casa —clamó como si sus palabras fueran una verdad irrefutable mientras Vanesa mostraba su sonrisa diabólica y disfrutaba con el desconcierto de la chica—. Si ella no lo hubiera provocado, Álvaro no estaría muerto. Y ahora se lleva de esta casa a Marcelo y a Ben.

Carola la escuchaba atónita, sin comprender los motivos de la acusación de su cuñada que continuó despotricando sin que nadie pudiera callarla.

—Y tú te atreves a ponerle las joyas de mamá —increpó a Marcelo—. Esas que solo debería usar yo, que fui su única hija.

—Nos vamos, Carola —dijo Marcelo más preocupado por lo afectada que estuviera su mujer que por su hermana, la reina del drama.

—Cualquier día te la encontrarás metida en la cama con Benjamín —escupió Roberta con furia—. Y no podrás decir que no te lo advertí.

Marcelo se volvió hacia su hermana con tanta furia que Julián le salió al paso y se interpuso en su camino.

—No volveré a hablarte hasta que te disculpes con mi mujer —le dijo calmado aunque contenía tanta rabia que asombró a los presentes—. No me engañas, Roberta. Eres una cobarde que se escuda en un dolor que no siente para descargar su rabia contra Carola porque le tienes envidia y celos. ¿Te molesta que la ame? Jódete, Roberta, porque la amo más que a mi propia vida y lamento que Álvaro no sintiera lo mismo por ti. Pero Carola no es culpable de eso. —La miró un instante con tanto desprecio que Roberta bajó la mirada—. Ben y yo no nos vamos de esta casa por Carola, nos marchamos porque tú eres insoportable y haces más insoportable aún la vida de los demás.

Marcelo se volvió de nuevo hacia su mujer y le dolió ver las lágrimas que corrían por sus mejillas más que ninguno de los disparates que le hubiese



dedicado Roberta. Le pasó un brazo por los hombros, la besó en la frente y se dirigió a la salida. Se detuvo ante los policías un instante.

—Si nos necesitan estaremos en la clínica.

En ese instante que caminaban en silencio hacia un lugar tranquilo y seguro para su mujer, un gran temor lo dominó por completo. Carola no soportaría esas situaciones durante mucho tiempo. Ella había sido criada por una madre amante, protectora y tan luchadora como era Carola. Fue la princesita mimada de su casa, de la casa de Mary, de la de Chema, de los establos de Sotogrande y, lo más probable, de todos los lugares donde habría pasado un tiempo y lo fue por méritos propios e indiscutibles. Sin embargo, Marcelo solo estaba aportando a la vida de su mujer miedo, sufrimiento y esas situaciones despreciables y disparatadas con las que se encontraba a veces en el nido de maldad, como llamaba Carola a la casa grande.

—¿No habrás creído ni una palabra de Roberta?

—No te preocupes —susurró Carola—. Aunque no entiendo esa rabia y esos celos que siente hacia mí.

—Nosotros tenemos lo que ella siempre ha ambicionado.

—¿Qué?

—El uno al otro.

De repente Marcelo se detuvo y se enfrentó a su mujer.

—Prométeme que no me abandonarás —le exigió desesperado—. Por favor, Carola. Sé que todo lo que está sucediendo es complicado, desagradable y ha puesto tu vida en peligro.

—Siempre he oído que el primer año de matrimonio es el más difícil, pero el nuestro se llevará el primer premio —dijo Carola entre lágrimas.

Marcelo, riendo, la abrazó con fuerza.

—Lo superaremos, cariño. Lo superaremos juntos.

—Si no nos matan antes. —Y Marcelo volvió a reír ante el desparpajo de su mujer.

—¿Dónde está Carola? —preguntó Rizzoli una hora más tarde de regreso a la clínica. Pastrana se había quedado en la casa grande para interrogar al personal y corroborar las coartadas de todos.

A Marcelo volvió a incomodarle la familiaridad que el policía mostraba hacia su mujer y no lo ocultó en esta ocasión.

—Después de las palabras tan agradables que le ha dedicado su hermana... —se justificó—. Estoy preocupado por ella.

—Ese es mi trabajo —replicó Marcelo—. El suyo encontrar al asesino de mi cuñado.

—Debo preguntarle a Carola por ese altercado que ocurrió con Álvaro Rogen, del que le acusa su hermana.

—No quiero que moleste más a mi mujer. Yo sé lo que pasó porque encontré a ese depravado intentando abusar de Carola en nuestro dormitorio cuando estaba bajo los efectos del alcohol y las drogas, algo habitual en él. Le pegué una paliza y lo eché de mi casa. Él venía los fines de semana cuando Carola y yo los pasábamos fuera. Mi hermana ha tolerado las infidelidades de su marido y las justificaba siempre porque, según ella, era un hombre muy atractivo y rico que atraía a todas las putas que andan por ahí.

—¿Llamó puta a Carola después del altercado con el difunto?

—Sí —reconoció Marcelo sin reparo alguno.

—¿Y usted lo consintió? —preguntó desafiándolo.

—Le pegué una paliza a mi cuñado, pero, como comprenderá, no podía hacer lo mismo con mi hermana —contestó en un tono divertido con el que

disimulaba su rabia—. Así que decidimos marcharnos de la casa después de Año Nuevo sin esperar a que esté construida la nuestra.

—¿Y la relación de su esposa con su hermanastro? —Marcelo leyó de nuevo la mala intención del policía en su pregunta.

—Ben y Carola se llevan muy bien desde que se conocieron, son buenos amigos, algo que mi hermana nunca ha conseguido de Ben. También la envidia por eso. Roberta es así; no me pregunte por qué. Envidia todo lo que ella no ha podido conseguir en la vida y su matrimonio no ayudó a mejorar su carácter.

—Y por lo visto Carola personifica todas sus ambiciones frustradas —murmuró Rizzoli asombrado ante la increíble escena familiar que había presenciado—. Ella no se merece ese trato. —Marcelo rugió preso de la indignación que le había provocado el policía.

—¿Y cree que a mí me gusta verla pasar por todo esto? ¿Cree que disfruté viéndola sufrir tres paradas cardíacas sin poder hacer nada por evitarlo?

—Pero sí la engañó para quedarse con su herencia y traerla hasta este antro de crueldad e inmoralidad en el que viven ustedes. —Las atrevidas palabras de Rizzoli solo provocaron que Marcelo se arrojara contra el policía.

—No se atreva a juzgarme, maldito imbécil. Usted no sabe nada sobre mí ni sobre mi mujer —le gritó sujetándolo con fuerza por los cuellos de la camisa y haciendo saltar algunos botones.

—Mi deber es proteger y creo que esa chica está aquí en peligro de muerte. Usted también lo sabe y está ocultando el verdadero móvil, ese es el motivo de que haya instalado todo ese sistema de seguridad. ¿Tiene que ver con sus investigaciones en genética? —Marcelo lo miró atónito.

—Así que, según usted, continuo siendo sospechoso —Marcelo lo soltó con desprecio e, intentando controlarse y relajarse, se restregó con fuerza una mano por la cara—. Es usted un estúpido y un inepto, Rizzoli. No pierda

energías por ese camino y encuentre al culpable. Yo no tengo nada que ver con esos crímenes y lo único que intento hacer ante todo ese montaje es mantener a salvo a mi esposa cueste lo que cueste. Además, ni Álvaro ni Andrea estaban relacionados con mi trabajo.

El policía salió sin decir nada más y Marcelo vio por la ventana de su despacho como hablaba con Carola, babeaba ante ella y le sonreía como el idiota e inútil que era. Antes de despedirse le dio una tarjeta y tomó el teléfono de Carola, quizás para grabar su número. Marcelo habría salido a darle su merecido, pero prefirió no montar una escena ante su mujer y hacerla sufrir de nuevo. Era el día de suerte de Rizzoli, pensó sonriendo desganado.

Julián, cargado de paciencia, se encargó de los preparativos del entierro y de soportar a Roberta durante los días en que el cadáver de su marido estuvo bajo custodia policial. Pero lo que molestaba a Roberta no era que Álvaro hubiese muerto, sino que lo hubiera hecho en esas extrañas condiciones que mancharían la reputación de los Abadía. Además se convertía en su única heredera ya que la transferencia de propiedad de la empresa farmacéutica aún no había acabado y Álvaro no había realizado la separación de bienes con su mujer. Roberta se había convertido en una mujer muy rica en cuestión de días. Rica, libre, poderosa y feliz.

A pesar de las diferencias que habían surgido a raíz de las acusaciones de Roberta contra su cuñada, esta y Marcelo asistieron al entierro, aunque no se acercaron a la viuda en ningún momento; incluso Ben viajó desde Florida para cumplir con su deber de miembro de la familia, pero sin ganas de soportar a la trágica Roberta y la presencia de Blanca que también había regresado para asistir al funeral.

La noche después del entierro los tres hermanos se reunieron en el apartamento de Marcelo donde prepararon una cena íntima para los cuatro, aprovechando que Roberta, en un gesto más de victimismo, se retiró a su dormitorio tras pedir que le llevaran una infusión relajante y que nadie la

molestara después.

—Jamás me sentiré pagado por los días que Roberta me ha hecho pasar.

—Gracias, Julián. —Ben palmeó el hombro de su hermano con una sonrisa—. Te estaré eternamente agradecido por tu extraordinaria paciencia. Ahora convéncela para que viaje; que dé la vuelta al mundo, pero en vez de ochenta que se marche ochocientos días.

—No puede. —Julián sonreía divertido—. Tiene que pasar su etapa oficial de luto. Esperemos que no sea muy larga.

—¿Por qué? —preguntó Carola de repente. Los tres hombres la miraron sorprendidos—. ¿Por qué se comporta de ese modo? ¿Por qué busca un culpable a todos sus problemas?

—Mi padre la consintió demasiado después de morir mi madre —respondió Julián—. La llamaba la primera dama y ella lo creyó. Era más fácil para él malcriarla que molestarse en corregirla. Ha seguido creyéndolo y se hizo responsable de esta hacienda y de nosotros sin darse cuenta, sobre todo después de marcharse Alice.

—Eso no justifica su comportamiento. ¿Por qué se mete conmigo y no con Vanesa o con Blanca a las que ignora?

—Porque teme que tú ocupes su lugar —le explicó Julián—. Las otras no son rivales para ella y lo sabe. Pero comprobar que tu relación es sincera con nosotros dos —se refirió a Ben y a él—, tu matrimonio que no ha sido el fraude que ella pensaba, tu valía profesional, tu belleza... Ella se compara contigo, se siente inferior, está asustada desde que llegaste porque teme que intentes usurparle su trono de reina de La Abadía. No tiene nada más en su vida que esa casa y a nosotros, Carola.

—Eso no le da derecho a demostrar esa actitud hacia mí.

—Por supuesto que no —reconoció Ben—, y todos se lo reprochamos en

algún momento; lo que ha conseguido que se asuste más.

—Tarde o temprano entrará en razón, Carola —Marcelo intentaba animarla y la respuesta de su mujer lo dejó frío.

—Quizás cuando lo haga ya no sea necesario.

Los tres hermanos supieron a qué se refería Carola y no quisieron añadir nada más a esa conversación que había sentenciado la chica con sus últimas palabras. Pero sí le dirigieron a Marcelo unas miradas cargadas de preocupación; él tendría que lidiar más tarde con la respuesta de su mujer. Marcelo había pasado algunos días preocupado porque Carola no había sido ella misma desde lo sucedido con Roberta y sus temores se acrecentaron esa noche cuando sus hermanos se marcharon y los dejaron a solas.

—¿A qué te referiste antes con esas extrañas palabras sobre la actitud de Roberta? ¿Por qué no será necesario que entre en razón?

Carola lo miró a los ojos sin ocultar la tristeza que invadía los suyos desde hacía días.

—Voy a marcharme de aquí, Marcelo. —Él se limitó a negar con la cabeza en un gesto que demostraba su desesperación—. Tienes que dejarme ir, por favor —le suplicó—. No puedo más. Estoy perdiendo mis ilusiones, no me reconozco. Vivo dominada por el miedo y el desconcierto que me provocan algunas personas. No sé manejar todo esto que está ocurriendo.

—¿Y crees que yo sí? —le preguntó enfadado.

—No creo que soportes los crímenes, pero llevas lidiando durante años con esa clase de personas y la maldad que las ha corrompido parece que no te afecta. No quiero acostumbrarme a eso. Prefiero ver la maldad como lo que es y no reírme de ella y tolerarla como si no tuviera importancia.

—¿Y qué sucede conmigo? ¿Con nosotros? Ya no me amas —afirmó Marcelo dolido.

—No he dejado de quererte ni un segundo de mi vida, creo que desde el primer momento en que te vi y me diste el pésame por la muerte de mi madre. Pero no sé luchar contra lo que está ocurriendo y yo creo que necesito recuperarme lejos de aquí.

—Escúchame, Carola —le suplicó desesperado—. Ya sabes que tengo concertado un ciclo de conferencias en Europa. En cuanto comience el invierno nos marcharemos tú y yo solos y tendremos tiempo de reponernos de todo cuanto ha sucedido durante las dos semanas que dure el viaje. Concédeme ese tiempo, por favor, y te prometo que no te arrepentirás.

—No me arrepiento de haberme casado contigo, Marcelo —le confesó sincera—. En ningún momento me he arrepentido, ni siquiera cuando escuché aquella conversación telefónica grabada. Pero hay algo aquí, en esta hacienda, algo maligno que nos acecha y que acabará por lastimarnos de forma más grave que hasta ahora. Lo presiento.

—No me asustes, Carola. Si te sucediera algo malo no podría perdonármelo. Aún no soporto recordar lo enferma que estuviste. Por poco te pierdo y eso no volverá a ocurrir, te lo prometo. Concédeme un mes de tiempo y después nos recuperaremos durante el viaje. Juntos, por favor.

—Sabes que no deseo alejarme de ti —confesó Carola enamorada—. Pero sí de este lugar.

—Hay algo en lo que no tienes razón, Carola. Hace unas semanas me dijiste que jamás soñaste con vivir en un lugar tan hermoso. No son los lugares los que nos marcan, sino las personas y los actos de estas. —Ella lo pensó un instante.

—Sí. Creo que tienes razón. Por ti esperaré en este hermoso lugar.

—Y yo siempre te lo agradeceré, cariño. Eres muy valiente para ser una princesa de cuento de hadas. —Carola sonrió y Marcelo se tranquilizó ante la nueva tregua con la que había conseguido mantenerla su lado.

## Capítulo 22

En unos días, la vida volvió a la normalidad en La Abadía. La fortuna que había heredado Roberta, la mantenía tan distraída y satisfecha de sí misma que dejó de entrometerse en la vida de sus hermanos y, aunque Marcelo y Carola se mantenían al margen de lo que allí sucediera, estaban al tanto del devenir de Roberta gracias a Julián, que era extraño el día que no pasara un rato en compañía de Carola, incluso salían a montar a caballo casi todas las tardes, detalle que no pasaba desapercibido a un admirado Marcelo.

—¿De qué habláis mi hermano y tú durante tanto tiempo? —le preguntó Marcelo con curiosidad durante la cena—. Parece que le gusta hablar contigo.

—¿Y eso es raro?

—Julián siempre ha sido muy reservado. Creó ese personaje serio y estirado tras el que se esconde para, imagino, disimular su condición homosexual.

—No te ofendas, Marcelo, pero tu padre debió ser un auténtico gilipollas. —Marcelo soltó una carcajada encantado de ver cómo Carola se recuperaba y volvía a ser ella misma—. Julián es un hombre muy culto y sensato al que da gusto escuchar y, al igual que tú, adora esta tierra. Lo paso muy bien con él.

—Me alegro por los dos, Carola. Julián fue un joven muy triste y solitario y se merece haber encontrado una buena amiga. Su vida no fue fácil y se culpa de la muerte de mi padre, a quien solo le importaban dos cosas: mi madre y su fortuna.

—Pero tuvo cuatro hijos —protestó Carola indignada.



—A nosotros tres porque mi madre lo quiso. A Ben porque ya era más mayor e imagino que Alice, quien al principio solo fue otra de sus amantes, lo enredó de algún modo al quedarse embarazada.

—Yo crecí sin padre y jamás lo eché de menos. Sin embargo, vuestro padre os amargó la vida como se la amargó a sí mismo lamentándose por la muerte de tu madre. Ninguno os sentisteis queridos o respetados por él. Y eso significa que, o bien perdió la cabeza, o era un egoísta.

—Yo apostaría más por lo segundo —reconoció Marcelo despreocupado.

—¿Y crees que eso no te afectó? Te equivocas. Si no te hubiera afectado, le habrías dicho a más personas, aparte de mí, lo que sientes por ellas. Por ejemplo a Ben.

—Ben y yo no necesitamos cariñitos entre nosotros para saber lo que sentimos el uno por el otro —contestó sonriendo y quitándole importancia a las palabras de Carola—. Y si ese defecto de mi carácter, provocado por el desinterés de mi padre, me ha conducido hasta a ti... ¡Gracias, papá! Allí donde estés —gritó mirando al techo.

—Estás loco, Marcelo —le reprochó riendo.

—Loco por ti —le dijo tirando de su mano para sentarla en su regazo—. Porque si hay algo que no esperaba en mi vida era encontrar lo que tú me has ofrecido y sin lo único que ya no podría vivir. Te amo, Carola, más que a mi vida.

—Y yo a ti —le contestó atrapando la cara de Marcelo entre sus manos—. A veces creo que mi madre te puso en mi camino cuando ella se fue para que no me quedara sin dar ni recibir un amor tan grande como el que ella y yo compartíamos.

—¿De dónde sacas esas ideas, cariño?

—Escuchando a mi corazón —contestó sin dudar un instante—. Escucha al

tuyo, Marcelo.

—Ya lo hice y por eso te tengo aquí sentada ahora mismo. Aunque no esté saliendo todo como esperaba.

—Menos mal que lo reconoces. No me gustaría pensar que tenías planeado algún intento de asesinato para mí. Ya sabes... Para hacerme la vida más interesante. —Marcelo volvió a reírse y se levantó con Carola entre sus brazos—. ¿Adónde vas, loco? —le gritó agarrándose con fuerza a su cuello.

—A hacerte el amor ahora mismo. No puedo esperar más, cariño.

—Vale. No te entretengas hablando. —Y las carcajadas de Marcelo se vieron amortiguadas tras la puerta de un dormitorio del que emanaba los efluvios de amor y deseo tan intensos que impedían que llegara hasta allí la maldad y el odio que habitaban en la casa grande.

Manuela, preocupada por Carola, se convirtió en una asidua visitante de La Abadía y era extraño el fin de semana que no aparecía por allí acompañada por sus hijos y salían a montar, a veces junto a Julián o el mismo Marcelo si su trabajo se lo permitía. A finales del otoño, cuando los días se acortaban y el tiempo era aún cálido y agradable, el grupo disfrutaba del contacto directo con la naturaleza antes de la llegada del invierno durante el que tendrían menos oportunidades de cabalgar.

—Creo que la decisión más acertada que tomamos el año pasado fue venirnos a vivir al club de golf—Manuela hablaba animada mientras sus hijos disfrutaban delante de ellas acompañados por Julián—. Este es un magnífico lugar para que mis hijos crezcan saludables y más o menos en libertad.

—Sí —reconoció Carola soñadora y suspirando emocionada—. El mejor lugar del mundo. Y me alegro de haberte conocido y de tenerte tan cerca de La Abadía. —La miró un instante con los ojos entornados y sonrió—. Tienes que conseguir que Juan Antonio te acompañe algún día.

—Creo que nos llevará algún tiempo lograr que la familia Abadía se

reconcilie, aunque conociéndonos a ti y a mí, acabaremos por conseguirlo. —  
Ambas se rieron a carcajadas.

—De momento, intentaré que Marcelo me acompañe el próximo viernes a la cena que celebras en tu casa. Si lo hace, Ben y Julián no tardarán en seguirlo en cuanto se presente otra ocasión.

—Imagino que a Roberta no le resultará tan fácil aceptarnos. —Y volvieron a reír.

—No. Seguro que no.

Y el viernes llegó trayendo consigo la falta de disposición de Marcelo a acompañarla a esa dichosa cena como la había bautizado él mismo.

Carola salió del baño con la toalla anudada bajo los brazos.

—No puedo creer que vayas sin mí. Solo despertarás habladurías —le reprochaba Marcelo—. Y ya estoy cansado de soportarlas después de todo lo que ha ocurrido estos meses atrás.

—Si me acompañas las acallarás —le respondió ignorando la importancia que le daba Marcelo— y conseguirás que la normalidad vuelva a esta familia.

—Ponte en mi lugar, Carola. —Ella lo miró furiosa con las manos en las caderas y vestida solo con ropa interior blanca y de encaje, una imagen irresistible para su marido quien enfrentó su desafío con ojos cargados de deseo—. No tienes un tío bastardo a quién no conociste hasta que heredó una parte de tu herencia.

—Juan Antonio no eligió a sus padres ni lo que ocurriera después; como os sucede a vosotros, él solo fue una víctima de las elecciones de otros. Es un buen hombre y un lince para los negocios. Ya eres mayorcito para reconocer la realidad.

—Para ti es fácil hacerlo. No es tu apellido —le reprochó alterado.

—No me hables en ese tono cuando dentro de unas semanas tendré que presentarme ante un padre que no conozco y que ni siquiera sabe de mi existencia. Y lo haré. —Y, con más fuerza de la necesaria, le cerró la puerta del dormitorio en las narices—. Solo eres un cobarde arrogante lleno de prejuicios estúpidos. —Oyó Marcelo que gritaba y se enfureció aún más al saber que las palabras de Carola eran ciertas.

Carola no supo si fue la razón o fueron los celos los que empujaron a Marcelo a acompañarla, pero la cara que puso cuando la vio salir del dormitorio y el modo en que recorrió su cuerpo con la mirada fue suficiente para que le pidiera un minuto antes de cambiarse de camisa y cogiera una chaqueta.

—Se supone que es una cena informal —le reprochó antes de subir al coche.

—Voy en vaqueros. ¿No te parece bastante informal?

Marcelo repasó las largas piernas de su mujer enfundadas en los pantalones más sexis que había visto jamás y que para rematarlos acababan en unos elegantes zapatos tan altos que casi la igualaban a su altura. Se acercó a ella despacio y Carola le sonrió.

—Bruja —le dijo antes de besarla con esa pasión que siempre le dedicaba—. Vámonos antes de que me arrepienta, te eche sobre mi hombro y te arroje sobre la cama.

—Promesas, promesas —canturreó ella.

Las carcajadas de Carola lo obligaron a sonreír mientras arrancaba el coche y se dirigían hacia el campo de golf.

De regreso a casa cuando pasaban las dos de la madrugada, tuvo que reconocer a su mujer que se había distraído y que, después de la desagradable temporada que habían sufrido desde diciembre, necesitaban momentos como esos para relajarse y divertirse en compañía de personas ajenas al trabajo y a

la familia.

—Aunque al llegar todos te observaron sorprendidos. —Se rio Carola—. Las miradas pasaban de ti a Juan Antonio como en un partido de tenis. Manuela y yo nos divertimos a vuestra costa.

—Lástima que la Inquisición no durara más en España. Tu amiga Manuela y tú habríais sido condenadas a morir en la hoguera por brujas. —Provocar las carcajadas de su mujer lo hacía feliz.

Y en cuanto llegaron al apartamento Marcelo cumplió con la promesa que le hizo a su mujer antes de salir.

Pocos días antes del viaje a Europa, Carola se encontraba recuperada de los síntomas sufridos tras el envenenamiento y se levantó temprano, a la par de Marcelo, a pesar de las protestas de este para que durmiera un poco más. Carola se dirigió al establo bautizado como La Maternidad porque albergaba a las madres junto a las crías durante los primeros meses de vida de estas y donde Milagro y su madre pasaban la noche. En la rutina de la veterinaria, esa visita se había convertido en la primera actividad de cada día. Pero esa mañana era muy especial y Carola se sentía flotar en su mundo que transcurría maravilloso y perfecto. Vería a su potrillo, a su pequeño Milagro, al que salvó de una muerte segura para convertirlo en una fuente de vida y energía que conseguía arrancarle una sonrisa de satisfacción cada mañana. Después le pediría a Marcelo que la acompañara hasta el prado donde se construía su casa, desde donde se podía contemplar el inmenso mar de altas hierbas que la hipnotizaba y allí hablaría con él de un asunto trascendental para ambos.

Al entrar al establo, un fuerte olor metálico invadió las fosas nasales de Carola. Las pocas yeguas acompañadas de sus potros se mostraban bastante inquietas y la veterinaria pensó que algo iba mal. Pero nunca habría estado preparada para la desagradable escena que encontró.

Caminó revisando uno por uno los pretiles, comprobaba que estuvieran

cerrados mientras que los animales se mostraban nerviosos, como si intentaran llamar su atención. Hasta que llegó al de Milagro y tuvo que agarrarse con fuerza para no desfallecer delante del cuerpo inerte del potrillo rodeado por un enorme charco negruzco que formaba su propia sangre. La yegua pateaba el suelo como si tratara de escarbar con sus cascos inútiles para esa misión, en un gesto repetitivo que indicaba su angustia y su inquietud.

Carola ni siquiera abrió la cancela; no encontraba las fuerzas necesarias para hacerlo. Intentó gritar para llamar la atención de alguien que la rescatara del horror que contemplaba mientras luchaba por no perder el conocimiento y desmayarse. Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, se soltó y se dirigió a la salida sin haber intentado sacar a la yegua de su establo y apartarla de su cría asesinada con tanta crueldad que se vio obligada a doblarse con la mano puesta sobre el estómago y vomitar su reciente desayuno. Luego, se apoyó contra la pared, resbaló hasta sentarse en el suelo y esperó a recobrar las fuerzas suficientes para pedir ayuda.

Juan era el mozo encargado del mantenimiento de ese establo y de los animales que albergaba, la encontró allí, con una palidez mortecina en su rostro y la respiración alterada; junto a ella un reciente vómito llamó la atención del hombre.

—Carola. ¿Te encuentras bien? —Ella negó con la cabeza y recuperó la conciencia por un instante—. ¿Has vomitado? —La pregunta del hombre iba cargada de preocupación porque todos los empleados de la hacienda habían sido interrogados por la policía y sabían sobre el intento de envenenamiento que había sufrido la joven esposa del jefe, a quien todos admiraban como persona y mujer y respetaban como profesional.

—Milagro —susurró Carola—. Avisa a Marcelo. —Y Juan corrió en su busca.

Revisaba a una de las yeguas preñadas junto a uno de sus ayudantes cuando Juan entró en la clínica de forma precipitada y, aunque atrajo la

atención de los presentes, se dirigió a Marcelo. Solo dos palabras sirvieron para que el pánico se apoderara de él: ha vomitado. Y siguió a Juan sin pensar en nada más que en la imagen de Carola tumbada sobre la camilla del hospital mientras sufría una parada cardíaca. Y casi la sufre él al verla sentada en el suelo, apoyada en la pared de La Maternidad, con los ojos cerrados y ese color pálido en su rostro que tan desagradables recuerdos traía a Marcelo.

—Carola, cariño. ¿Estás enferma? —le preguntó tomándole el pulso.

Ella respondió sin abrir los ojos; no podía hacer semejante esfuerzo aún, pero luchó contra su cuerpo y pronunció un nombre: Milagro.

Juan entró en el establo mientras Marcelo cuidaba de Carola y unos segundos más tarde salió con la misma palidez cadavérica de la chica.

—Lo han matado —fue lo único que pudo decir el hombre con el rostro descompuesto—. Lo han matado —repitió susurrando.

—No te muevas de su lado —le ordenó Marcelo antes de entrar en el establo para comprobar lo que sucedía.

Observó la escena sangrienta durante unos segundos, incrédulo, parpadeaba una y otra vez, deseaba que esa imagen violenta y desagradable fuera un montaje, una imagen engañosa de su mente. Pero no, era real. Alguien había matado al pobre animal por el que Carola sentía un cariño muy especial, y lo habían hecho de un modo cruel y despiadado, le habían rajado el cuello de una forma que le pareció a Marcelo torpe y brutal para destinarlo a una muerte lenta y dolorosa. Abrió con cuidado el pretil, intentó calmar a la madre y la separó de su cría asesinada sin que pisara la sangre que teñía el heno esparcido en el suelo. Una vez que apartó a la yegua, telefoneó a Julián para contarle lo sucedido y pedirle que avisara a la policía; luego, salió a atender a su mujer.

Juan le había ofrecido agua, le refrescaba la cara con un pañuelo humedecido y ella parecía que se recuperaba.

—Ocúpate de la madre, Juan. Intenta calmarla, pero no toques nada. La policía llegará en cualquier momento. Vamos a casa, cariño. —Ayudó a Carola a levantarse—. ¿Puedes caminar?

—Creo que sí —susurró.

Sin apenas fuerzas, ordenó a su mente que se levantara y comenzara a andar y, apoyada y sujeta por Marcelo, lo consiguió. Faltaban unos metros para llegar a la clínica cuando Carola se detuvo y miró a Marcelo a los ojos.

—¿Por qué quieren hacerme daño de este modo cruel? ¿Quién quiere hacerme daño? —se lamentó expresando toda su incompreensión en esas preguntas.

A Marcelo no le sorprendió que ella lo entendiera; era evidente que el asesino de Milagro sabía que pertenecía a Carola y lo especial que era para ella después de salvarle la vida al traerlo al mundo tras una complicada cesárea. Como también sabía que aún no estaban instaladas las cámaras de seguridad en La Maternidad. Alguien cercano a ella aún intentaba lastimarla y, en ese momento, Marcelo supo que no pararía hasta acabar con Carola. La situación se agravó cuando entraron en el apartamento y Marcelo cerró la puerta tras ellos.

Mientras Marcelo había entrado en el establo, un único pensamiento se instaló en la mente aturullada de Carola. Huye.

—Ya no puedo quedarme aquí; debo marcharme, Marcelo. Lo antes posible. Mi vida está en peligro, ambos lo sabemos, y ya no voy a correr más riesgos.

—Por supuesto que no correrás más riesgos, cariño. Aunque no puedas separarte de mí durante las veinticuatro horas del día. —Ella negó con la cabeza y con un gesto en su rostro que expresaba su determinación—. Dentro de una semana nos marcharemos y la policía tendrá más tiempo para averiguar quién está detrás de todo esto.



—No, Marcelo. Si la policía me lo permite, me marcharé hoy mismo.

—Carola, por favor. Juntos.

—Marcelo.

Solo pronunció su nombre y él entendió que algo más sucedía. Algo lo bastante importante que empujara a Carola a separarse de él con tanta precipitación.

—Ya no depende solo de mí y no voy a arriesgar la vida de mi futuro hijo. —Marcelo abrió los ojos como platos cuando la vio llevarse las manos al vientre de una forma tan protectora y que lo dejó paralizado—. Estoy embarazada. Esta mañana me he hecho un test y ha dado positivo —le explicó murmurando—. Iba a decírtelo después de ver a Milagro para comprobar la magia de la ciencia una vez más. Hoy lo necesitaba más que nunca. —Y dejó escapar algunas lágrimas que no expresaban dolor sino rabia e impotencia—. Dime, Marcelo, ¿prefieres que me quede aquí? ¿Y si mañana esa persona cruel que ha acabado con la vida del pequeño Milagro me hace lo mismo? ¿Estás dispuesto a arriesgar la vida de nuestro hijo? —Marcelo bufó y cerró los ojos durante un segundo—. Es alguien cercano y lo sabe todo sobre nosotros. Podría sorprenderme en cualquier momento, cualquier descuido y yo no lo voy a permitir. Ya no puedo hacerlo.

—No puedo marcharme ahora mismo, Carola. Estamos inseminando y, durante cinco días al menos, no podré moverme de la clínica.

—Me marcharé sola. Lejos de aquí nadie me hará daño, estoy segura. Solo serán unos días y sé dónde debo ir. Será algo inesperado.

A Marcelo esas palabras le perforaron el estómago como cuchillas. Esa era su casa, su trabajo, su tierra, su familia y la mujer a la que amaba por encima de todo arriesgaba su vida si se quedaba junto a él. ¿Qué estaba sucediendo en su mundo? ¿Quién intentaba destruirlo? ¿Y por qué? Esa pregunta era la que menos comprendía. No era contra Julián, ni contra

Roberta, a pesar de que Álvaro también había sido asesinado, ni contra Ben que era el más popular de los cuatro hermanos Mendoza. No. Lo que fuera que alguien tenía preparado era contra él y su esposa. Estaba embarazada. De repente, la abrazó con tanta pasión que a Carola se le escaparon de nuevo las lágrimas.

—Otro maravilloso regalo —le susurró al oído—. Tú y ahora un hijo nuestro. Gracias, cariño, gracias. —Y repartió besos por todo el rostro de su mujer que parecía haber recobrado su tono dorado—. Aunque el miedo me paraliza cuando pienso en todo lo que nos está sucediendo, cuando pienso en que te suceda algo malo, soy el hombre más feliz de la Tierra. Puedes estar seguro de ello.

—No quiero que nadie lo sepa aún, Marcelo. Me aterroriza que la persona que nos acecha conozca alguna debilidad nuestra y quiera utilizarla contra nosotros.

—Tienes razón —contestó tras meditarlo unos segundos—. Nadie lo sabrá aún.

Y después de que Carola le contara el plan que había ideado en tan solo unos minutos, estaban reservando vuelos y preparando el equipaje.

—Llevo un año pasando de la primavera al verano; es curioso —le dijo sonriendo a Marcelo.

—Cuando regresemos, será invierno aquí. —Marcelo no ocultó la preocupación ni la decepción que sentía en ese momento—. Prométeme que regresarás conmigo, Carola. Sé que puedo confiar en tu palabra.

—A pesar de todo, no deseo estar en otro lugar en el que tú no estés. Y me encantaría compartir contigo esa preciosa casa que estás construyendo con vistas al hermoso mar verde. —Así había llamado Carola a los inmensos prados que se extendían en la hacienda de los Abadía—. Me gusta tanto como el azul.

Después de hablar una vez más con los dos agentes de policía y contar su testimonio, Carola se dirigió a la casa grande. Tenía algo importante que hacer antes de marcharse, algo a lo que le había estado dando vueltas en su cabeza durante días y ese momento era el más adecuado para hacerlo.

Llamó a la puerta como si de una visita se tratara; Clara, la asistenta, se extrañó de que se portara de ese modo y más aún de que la mandara a avisar a Roberta. La cuñada se presentó allí tan sorprendida como la mujer que la anunciaba, vestida con un elegante traje negro hasta las rodillas que la hacía parecer más mayor de los cuarenta años que tenía.

—Necesito hablar contigo en privado, Roberta.

Vanesa no tardó en asomarse desde la escalera, pero Carola no tenía nada que decirle y así se lo comunicó.

—La conversación que debo mantener con mi cuñada no te concierne —le dijo Carola con su apabullante sinceridad—. Por favor, déjanos solas.

—Si Roberta no me necesita... —Desde la muerte de Álvaro, se había convertido en la asistente personal de la cuñada, quizás interesada en pellizcar parte de la fortuna heredada por la viuda reciente, pensó Carola.

—Déjanos solas, Vanesa. Puedo lidiar con Carola —le exigió mirando a su joven cuñada con desprecio y cerró la puerta de la sala para aislarlas de los demás—. ¿A qué has venido? —le exigió sin ofrecerle ni siquiera asiento.

—A despedirme de mi cuñada. —Roberta la miró sorprendida—. Marcelo y yo hemos decidido que, después de lo que le ha sucedido a Milagro, mi vida corre un serio peligro si permanezco aquí. Y he venido a pedirte un par de favores antes de marcharme.

—¿A mí? —Continuaba asombrada, pero se mostraba a la defensiva—. ¿Qué clase de favores?

—Proteger a Marcelo. —Roberta abrió los ojos en señal de sorpresa—.

Yo no estaré para cuidar de él. Y si no pueden hacerme daño a mí, te aseguro que arremeterán contra tu hermano. Esto es un tipo de venganza personal o algo así, lo presiento. Y ahora está demasiado enfadado contigo para reconocer que, en realidad, tú lo quieres mucho y no permitirás que nada malo le suceda. Sé que amas a tus tres hermanos, pero no sabes o no encuentras el modo correcto de expresarlo porque, al igual que ellos, no habéis experimentado el amor desde que vuestra madre enfermó y entonces eráis solo unos niños. —Roberta la escuchaba perpleja, pero arremetió provocándola una vez más.

Deja de analizarme. Tu deber de esposa es permanecer a su lado y no huir como una cobarde.

—No me marcharía si no fuera absolutamente necesario. —Y se llevó una mano protectora e inconsciente al vientre—. No se lo íbamos a comentar a nadie por no arriesgarnos más, pero sé que puedo confiar en ti. Estoy embarazada, Roberta —la mujer gimió emocionada y se sentó en una butaca en un único y lento movimiento—, y no me expondré a que mi futuro hijo sufra un accidente. Marcelo no quería que me marchara, pero ha accedido a que lo espere en Berlín; yo viajaré antes a Múnich, donde vive mi padre al que no conozco. —Roberta la miró de nuevo con sorpresa—. No debe enterarse nadie ni de mi embarazo ni del lugar al que me dirijo. Hasta que se descubra al asesino que nos acosa. Por eso te pido que te preocupes de tu hermano mientras yo no esté. Tú eres una mujer fuerte e inteligente, aunque te escondas detrás de tu vena melodramática —dijo con su descaro natural y tan sincero que Roberta no pudo ofenderse. Carola sonrió—. Es curioso, pero he descubierto las máscaras de los cuatro hermanos Mendoza; los tres varones me han demostrado ser unas magníficas personas, hombres inteligentes, sensibles, cariñosos y amables y no creo que tú verdadero carácter se aleje del de ellos.

—A mí no vas a ablandarme como has hecho con mis hermanos. Sé lo que

quieres.

—A Marcelo, con toda mi alma. Y tú lo sabes. Así que no luches más contra la realidad y conserva esas energías para cuidar de él y del resto de tu familia. Creo que os necesitará cuando me marche para soportar la angustia que va a sufrir por estar alejado de mí en estos momentos.

—Estás demasiado segura de los sentimientos de Marcelo hacia ti. Parece que has olvidado que solo se casó contigo porque le convenía —arremetió de nuevo, no quería rendirse ante los encantos de su cuñada y decidió socavar en la seguridad de la joven.

—No te canses, Roberta. Sabes que no es cierto, por eso te pidió las joyas de tu madre que, por cierto —le ofreció un estuche—, guárdame el collar hasta mi vuelta. No quiero perderlo y tampoco me fío de dejarlo en el apartamento. Estoy convencida de que contigo estará más seguro. —Roberta tardó en coger el estuche—. No tengo familia, Roberta, aunque sí buenos amigos, los mejores, pero los dejé atrás para estar con Marcelo y no me importaría tener una hermana mayor a la que, imagino, necesitaré más adelante para que nos ayude a cuidar de nuestro hijo, a que forme parte de su familia. Sé que siempre podremos confiar en ti.

Roberta fue incapaz de replicar nada más ante la sinceridad apabullante de Carola mientras veía como se marchaba y se giraba en la puerta.

—Adiós, Roberta —se despidió sonriendo con ternura—. Cuida de Marcelo por mí.

Roberta cerró precipitadamente la puerta de la sala para impedir que alguien la viera tan alterada. La conversación con Carola le había afectado más que la muerte violenta de ese marido asqueroso por el que no sentía nada, aparte de odio y repugnancia, y, con la mano en el pecho, reflexionó sobre su comportamiento caprichoso que tanto daño estaba ocasionando y el sufrimiento que había padecido su hermano Marcelo desde que llegó a La

Abadía con su joven esposa, a la que amaba por encima incluso de su familia y su propiedad. Conociendo el espíritu orgulloso y luchador de Marcelo, le apenaba que tuviera que alejarse de Carola en esos momentos en los que deberían estar celebrando su reciente embarazo, en vez de verse obligado a dejarla marchar sola porque era el único modo de protegerla.

A ella se le había agriado el carácter después de la pérdida de su madre, al recibir la apatía de su padre egoísta y, años después, sufrir esa decepción enorme con Álvaro y su fracasado matrimonio. Se le había agriado tanto que quizás no tuviera enmienda. Sin embargo, procuraría que su familia, sus hermanos, no sufrieran más mientras ella pudiera evitarlo. Carola tenía razón en que los cuatro se habían enmascarado para evitar un sufrimiento mayor; ella lo había descubierto porque se ofrecía a los demás sincera, con el corazón en la mano, sin miedo a ser despreciada. En ese momento se sintió orgullosa de que Marcelo la hubiese elegido por esposa y de que estuviera tan enamorado de ella, de que hubiese sido capaz de desprenderse de la carga emocional tan negativa que había acumulado y le hubiese entregado su corazón a esa joven descarada, sincera y bellísima. Sintió un gran alboroto en su estómago provocado por la alegría que le causaba el hecho de que su hermano fuera un hombre tan afortunado. Al menos uno de los cuatro lo había conseguido y La Abadía contaría con herederos que perpetuarían la vida de su familia.

Unos golpes en la puerta interrumpieron sus reflexiones y eso la molestó y la convirtió en la mujer antipática e intratable en la que se escondía cuando Vanesa entró en la sala.

—¿Qué quería Carola? —preguntó con descaro esa cuñada interesada e inmoral que creía poder engañarla tras su fachada servicial. Se desharía de ella lo antes posible—. Parecía satisfecha al salir.

—Ha venido a despedirse. —Apretó el estuche en su regazo, lo que no pasó desapercibido a Vanesa que sabía bien lo que contenía.

—¿Abandona a Marcelo por la muerte de un estúpido caballo? Si es capaz

de hacer eso es porque no lo merece. Marcelo estará mejor sin ella.

—Seguro que sí —mintió Roberta sin demostrar emoción alguna y poco dispuesta a compartir nada con esa mujer que tanto la asqueaba, pero a la que necesitaba en esos instantes en los que sus hermanos se habían alejado de ella porque se había convertido en la única persona que la soportaba, aunque lo hiciera de forma interesada.

—¿Son las joyas de tu madre? —Roberta asintió abriendo una mano protectora sobre el joyero—. Ya me gustaría a mí poseer alguna de esa colección que tienes. Yo también pertenezco a esta familia.

—¿Y recordabas eso cada vez que te follabas a mi marido? —le preguntó con desprecio mientras se levantaba y salía de la habitación ignorando a Vanesa, quien permaneció inmóvil y perpleja ante la contundente respuesta de su cuñada.

A Marcelo le dolía tanto el pecho que no sabía si estaba sufriendo un infarto, un ataque de pánico o de ansiedad o todo a la vez cuando llegó el momento de despedirse de su mujer. Manuela y Juan Antonio la llevarían al aeropuerto y la acompañarían hasta la zona de embarque; el matrimonio aprobó la idea que la pareja le expuso esa misma mañana y se ofrecieron a escoltarla para evitar que sufriera cualquier agresión si su insistente acosador se enteraba de su partida. Sus amigos esperaban pacientemente en el interior del coche.

—Quiero saber de ti a cada hora del día, como los informativos de la radio —intentó bromear y Carola lo abrazó con fuerza—. No me importa si me despiertas por el desajuste horario; no creo que pueda dormir mucho.

—Estaré bien, Marcelo. Estuve siete años viviendo sola en Córdoba y sé cuidar de mí misma. —Marcelo la miró a los ojos con una intensidad abrumadora—. Escúchame bien, Marcelo. Ahora irán a por ti. Nadie sabe que nos encontraremos en Berlín, ni que regresaré; ni siquiera se lo he dicho a

María. Solo a tu hermana Roberta. —Marcelo la miró sorprendido—. Creo que al final seremos amigas —le dijo sonriendo—. Confía en ella y en Julián y en nadie más —le exigía preocupada—. Por Dios, Marcelo, ten cuidado con el coche; no olvides conectar la alarma antes de acostarte o mejor vete a dormir a la casa grande —Marcelo hizo un gesto de desprecio—; espero que Vanesa mantenga sus manos lejos de ti si decides dormir allí. —Los celos de Carola le arrancaron una sonrisa.

—Deja de preocuparte por mí. Eres tú la que estará sola, en un país desconocido, buscando a un hombre que tampoco conoces y embarazada de mi hijo. Debería acompañarte al médico. —Ella se encogió de hombros.

—Es mejor así; hay que evitar que nuestro acosador se entere o sospeche algo. —Lo besó fugazmente en los labios—. Manuela y Juan Antonio estarán conmigo en todo momento. Te contaré los detalles por teléfono. —Lo besó colgándose con fuerza de su cuello—. Voy a echarte de menos, Marcelo, cada segundo que estemos separados. —Lo abrazó amoldándose a su cuerpo firme—. Debo irme.

—Carola, no. —Marcelo intentó retenerla incapaz de dejarla marchar—. No puedo aceptarlo. Quédate —le suplicó—. No nos separaremos ni un segundo y no te sucederá nada.

—¿De verdad lo crees?

Él reflexionó durante unos segundos hasta que, apesadumbrado, negó con la cabeza.

—No; no correré ese riesgo. Márchate ya o no llegarás a tiempo a la consulta —dijo después de ofrecerle uno de sus expresivos besos—. Cuídate, por favor.

—Tú también. Te quiero. —Y le dio un último beso.

—Más que a mi vida —le respondió él después de separarse.



Carola subió al asiento posterior del vehículo con lágrimas en los ojos.

—Has elegido la mejor opción, Carola. Debes pensar en tu seguridad —la animó Manuela.

—Pero ahora, quién sea que me quiera hacer daño, irá a por Marcelo —contestó convencida.

—Eso no lo sabemos —contestó Juan Antonio con el ceño fruncido—. Quizás esa hermana loca y orgullosa lo deje en paz.

—Roberta no me haría daño porque es consciente de que eso lastimaría más a su hermano. ¿No pensarás que ella es sospechosa?

—Después de la reacción que tuvo contra ti cuando supo sobre la muerte de su marido, no me extrañaría.

—Estás equivocado, Juan Antonio. Roberta ni está loca ni haría daño a su familia; ella adora a sus hermanos. Solo está desorientada desde que su madre murió. No se ha repuesto aún de ello.

—Mi hermana fue una buena mujer que amaba a su familia por encima de todo —confesó Juan Antonio—. No mereció morir tan joven.

Y pronunció esas palabras envueltas en tanta emoción que ambas mujeres fueron incapaces de añadir nada más. Aunque Carola supo en ese momento que Juan Antonio había mantenido alguna relación con su hermana, que había sido amorosa y que los hermanos Mendoza permanecían ajenos a ello.

Llevaba toda la tarde concentrado en su trabajo y así evitaba pensar en la consulta que su mujer había hecho al ginecólogo sin que hubiera podido estar presente, y en el posterior viaje que haría hasta Berlín, salvo la interrupción que ella misma le había hecho con una llamada para decirle que estaba embarazada de cinco semanas, que todo transcurría con total normalidad y que ya subía al avión; casi se dobla de rodillas al imaginársela tan lejos de él. Desde que se casaron, solo habían estado separados las treinta y seis horas

que duró su viaje a México y el tiempo que estuvo encarcelado. Sus vidas habían sufrido demasiados incidentes desagradables desde que se conocieron y en esos instantes solo deseaba que Carola valorara el amor que ambos sentían por encima de todo lo demás. El miedo a perderla lo dominaba, lo hacía sudar y le mantenía la bata blanca que siempre usaba en el laboratorio pegada a la espalda.

La presencia repentina de una figura negra lo distrajo de la pantalla del ordenador. Su hermana Roberta estaba allí y como esperaba cualquier atrocidad viniendo de ella, se levantó y se dirigió a la salida. Un poco de aire fresco le vendría bien en ese momento.

—Hola, Marcelo —lo saludó Roberta a la vez que se retorció las manos en un gesto nervioso que llamó la atención del hombre—. ¿Cómo estás?

—Trabajando, como siempre; ya lo ves.

—Sí. —Y se miraron en silencio durante unos incómodos segundos en los que Roberta parecía distinta y calmada—. He venido a pedirte que vengas a cenar a la casa grande. Preferiría que no pasaras demasiado tiempo solo y, casi seguro, pensando demasiado en tu mujer.

—¿Pretendes controlar mis pensamientos? —Marcelo se mostró a la defensiva con ella como hacía últimamente, sin embargo, Roberta lo impresionó porque su comportamiento no era ofensivo.

—No, por supuesto que no. Sé que amas a tu mujer y lo entiendo. También sé lo que está sucediendo. Carola me lo ha contado.

—¿De qué ha hablado mi mujer contigo? —preguntó furioso y convencido de que le hubiera hecho daño.

—Vino a despedirse de mí y hemos aclarado bastante las cosas entre nosotras. —Sacudió la cabeza y frunció el ceño—. La verdad, ella ha hablado y yo no he tenido más remedio que escuchar su perorata —reconoció con tanta dificultad que Marcelo sonrió.

—¿Te ha conquistado? ¿A ti? —Las carcajadas de Marcelo la pusieron de mal humor como era más habitual en ella—. Mi mujer es una diosa —le dijo orgulloso.

—La diosa que mereces, Marcelo. No lo olvides nunca; tú no mereces menos. —Y lo besó en la mejilla, pero antes de separarse le susurró una palabra—. Enhorabuena. —Y le apretó el brazo de forma cariñosa—. Serás un padre formidable. Estoy muy contenta por ti.

Roberta suspiró profundamente y compuso su imagen de viuda amargada.

—Te espero a las siete. No llegues tarde o se te enfriará la comida y no pienso calentártela.

—Tú no cocinas —le replicó divertido—. Nunca lo has hecho.

Entró de nuevo en la clínica y se sintió más orgulloso que nunca de Carola; la madre de su primer hijo. Menuda mujer. Menudo regalo.

## Capítulo 23

La cena en la casa grande no resultó tan desagradable como Marcelo esperaba. Se reencontró con su hermana y hablaron sobre la agenda del trabajo de invierno, como habían hecho en tantas ocasiones. Solo la sonrisa diabólica que le dirigía Vanesa minaba la excelente velada.

—Ahora que tu mujer se ha marchado espero verte más por aquí —se atrevió a decirle a modo de seductora despedida cuando se quedaron a solas durante un breve instante—. Si me necesitas ya sabes dónde encontrarme —se ofreció descarada.

—Eres una mujer repugnante —le reprochó Marcelo con todo el desprecio que pudo reunir—. Mantente alejada de mí.

—¿Demasiada tentación?

—Demasiado asco —le dio la espalda y la dejó furiosa e impotente.

Cuando Vanesa se volvió, Roberta la estaba esperando; había oído la breve conversación que había mantenido con Marcelo.

—No consentiré más inmoralidad bajo este techo, Vanesa. Y si no estás satisfecha con tu situación, haz como Blanca y márchate. Nadie te retendrá.

—Eso os costaría muy caro.

—No estás en situación de negociar. Ya no vive mi padre y a ninguno de nosotros nos molesta la condición sexual de Julián. Si quieres provocar un escándalo público, allá tú. Pero solo conseguirás perder tu espléndida pensión.

Vanesa no esperaba ese cambio de actitud en Roberta; concluyó que estaba provocado por la marcha de Carola y malinterpretó la situación.

—¿Crees que tu hermano te pertenece ahora que lo ha abandonado su mujer? —Roberta prefirió no darle ninguna explicación; intuía que cuanto menos información sobre ellos tuviera Vanesa, todos saldrían ganando—. No puedes ser tan ingenua. Él sigue enamorado de esa mojigata y no tardará en correr tras ella.

—El mundo es así. Hay mujeres que tienen que correr detrás de un hombre y hombres que lo hacen tras sus mujeres. A ti te ha tocado lo primero.

—¿Y a ti? —Atacó Vanesa orgullosa—. Te tocó soportar a un marido mujeriego y vicioso.

—Yo hice lo que debía. Luchar por mi insalvable matrimonio. Pero ahora no me arrepiento y mi conciencia está tranquila.

—Y millonaria —añadió con sorna—. Eso es lo que en realidad te tranquiliza. —Y se dirigió a la sala de estar donde solía pasar las veladas bebiendo y viendo la televisión.

Pero Vanesa no se rendiría tan pronto y ya tenía preparado su siguiente plan de ataque.

Recibir una oleada de aire cálido al salir del aeropuerto de Múnich hizo sonreír a Carola. Pasaba la medianoche y cogió un taxi que la llevaría al hotel que había reservado. Pero, mientras esperaba su equipaje, le avisó a Marcelo sobre su llegada. Pidió algo de cenar en la habitación y consultó en su ipad el dossier que Manuel le había preparado con abundante información sobre su padre, incluidas fotos en las que comprobó una vez más lo mucho que se parecía a él.

Gustav tenía su estudio de arquitectura en el mismo centro de la ciudad, aunque vivía en las afueras. No disponía información sobre su vida privada, toda estaba relacionada con su trabajo, al parecer, bastante exitoso. Así que,

para no interferir en su hogar y, quizás crear con su presencia grave malestar en su familia, decidió presentarse en su estudio.

Aún no estaba segura de reunir el suficiente valor para hablar con él. No soportaría su rechazo, como tampoco pretendía causarle daño. Pero el deber que implicaba cumplir la promesa que le hizo a su madre moribunda y el hecho de que no tuviera más familia que ese hombre desconocido, la empujaba a conocer a su padre.

Antes de dormirse, le envió un mensaje a su marido en el que le contaba que se encontraba bien y que, en cuanto se despertara, le enviaría otro. Le pidió que se cuidara y que no se preocupara por ella, aunque sabía que no haría ninguna de las dos cosas.

—Buenos días, pequeñín. —Carola se tocó el vientre nada más despertarse pasadas las nueve de la mañana—. Hemos descansado y ahora nos encontramos bien, fuertes para afrontar algo importante en mi vida. Vamos a conocer a tu abuelo. Espero que no me rechace ni le dé un infarto o algo por el estilo. Menuda promesa me obligaste a hacerte, mamá. Pobre hombre que no sabe lo que le espera esta mañana.

Media hora más tarde, le escribía un mensaje a Marcelo para contarle sus planes al que le contestó. Ella le regañó a través de otro en el que le reprochaba que serían las cuatro de la madrugada y que hiciera el favor de dormirse o no le enviaría ninguno más durante la noche argentina. A lo que le respondió con un gruñido que le provocó una carcajada y le escribió un “te quiero”. “Descansa, por favor”. “Estoy bien”. “Estamos bien”. Y con este último consiguió una sonrisa bobalicona y emocionada de Marcelo, aunque ella no la viera.

El estudio de Gustav Andersen se encontraba en un edificio alto y ocupaba un gran local diáfano de tabiques acristalados donde trabajaban varias personas. Un chico de su edad la atendió en cuanto atravesó la puerta y Carola, en inglés, le preguntó por Gustav y añadió que se trataba de un asunto

personal. Quince minutos más tarde la condujo hasta el despacho de su padre.

Un temblor provocado por una gran alteración nerviosa no le ayudaba a centrarse y se quedó muda delante del hombre alto y de pelo canoso al que ella, comprobó por fin en directo, tanto se parecía. Gustav observaba serio y sorprendido, esperando que dijera algo la bellísima joven que tenía ante él, hasta que ella comenzó a hablar en un susurro.

—Disculpe, pero estoy bastante nerviosa. Sé que usted habla español.

—Sí, aunque hace mucho que no practico ni viajo a España. Así que perdona mis errores.

—No quiero entrometerme en su vida, ni hacerle daño. Solo estoy cumpliendo una promesa que le hice a mi madre antes de morir. —Con esas palabras acaparó la total atención del hombre que la observaba más sorprendido aún—. Me llamo Carola Domínguez. ¿Le dice algo mi nombre?

—Sí. Te llamas como mi madre. —Carola sonrió y asintió.

—Lo sé. Soy la hija de Alejandra Domínguez. ¿La recuerda usted?

Gustav se dejó caer en el respaldo de su silla sin perder la conexión visual con Carola.

—Usted es mi padre —añadió ella en un susurro mientras veía cómo el hombre cerraba los ojos y se le aceleraba la respiración.

—¿Alejandra ha muerto? —preguntó unos minutos más tarde que se le hicieron eternos a Carola que, a la espera de la reacción de Gustav, se sentía incapaz de continuar hablando.

—Sí. El pasado 2 de junio y me pidió que viniera a contarle lo que ella no se atrevió hace veintisiete años —su explicación continuó en un susurro—. No quiso retenerlo ni obligarlo a divorciarse; eso fue lo que me contó.

—Al final, fue mi mujer quien me dejó. Y yo perdí a Alejandra por mi

culpa. Le advertí al comienzo de nuestra relación que no me separaría de mis hijos. Nunca pensé que llegaría a enamorarme de esa forma tan intensa —le explicaba con su fuerte acento germánico— y luego, ella... No quiso interferir en la ruptura de mi matrimonio. —La miró con intensidad—. ¿Por qué no me habló de ti? —Gustav la observaba intentando obtener respuestas que Carola no podía ofrecerle—. Mi hija; nuestra hija. —El hombre, emocionado por los recuerdos, se llevó una mano al rostro y escondió su mirada durante unos minutos en los que Carola esperaba de nuevo paciente su reacción.

—Salgamos de aquí. —Gustav se levantó con brusquedad y descolgó su chaqueta del perchero—. Necesito caminar y tomar el aire. —Pero Carola se sintió avergonzada por entrometerse de manera tan violenta en la vida de su padre.

—¿Usted me cree? —Él la miró con intensidad.

—Solo tengo que mirarte para saber que eres hija mía. Mis hijos no se parecen tanto a mí o a mi madre como tú.

—Tengo algunas fotos acompañada de mi madre y el libro de familia donde estoy inscrita que muestran mi fecha...

—Ahora me los enseña si es lo que deseas. Pero te creo —y le abrió la puerta de su despacho con amabilidad—, por supuesto que te creo. Salgamos.

Gustav, aparentemente tranquilo, impartió algunas instrucciones al personal de su estudio que Carola no entendió y salieron juntos del edificio hacia un parque cercano.

—Lamento la muerte de tu madre. ¿De qué murió Alejandra? —preguntó Gustav con sentimiento mientras caminaban despacio.

—De cáncer. —A Carola se le escaparon unas lágrimas debido al nerviosismo y la emoción del momento.

—Recuerdo que era una fumadora empedernida. —La nostalgia



impregnaba su tono de voz.

—Sí, aunque conseguí que redujera el número de cigarrillos a la mitad desde que cumplí los doce años y nos dieron en el instituto una charla sobre los efectos del tabaquismo. —Un suspiro afectado de Carola hizo sonreír a su padre—. Al menos, la enfermedad no duró mucho y su sufrimiento tampoco.

—¿Por qué no has venido antes a verme? Ha pasado un año desde la muerte de tu madre. —La chica tardó unos segundos en contestar pensando en los cambios y en los incidentes que habían sucedido en su vida durante los últimos meses.

—Me ha resultado imposible venir antes. Me casé en septiembre y ahora vivo en Argentina.

—¿Ya te has casado? Eres muy joven aún. —Y le sonrió con ternura—. Vienes desde muy lejos.

—Sí. Dentro de unos días me reuniré con mi marido en Berlín. Dará una conferencia en la facultad de Medicina. —Él no ocultó su asombro y ella se esforzaba por darse a conocer—. Es veterinario, como yo. Por eso nos conocimos este verano, justo después de morir mamá, y ya no quisimos separarnos. Es un gran experto e investigador sobre genética equina y bovina.

—¡Vaya! Una veterinaria —reconoció complacido—. Nunca hemos tenido ninguno en mi familia; la mayoría somos arquitectos o ingenieros. Mis hijos son los dos ingenieros, uno industrial y el otro electrónico. Mi hermana es arquitecta, como yo y mi hermano ingeniero industrial. Como ves, todos de la misma rama. Aunque tengo una sobrina que estudia medicina.

—¿Sus hijos viven aquí, en Múnich?

—No me hables de usted, por favor, soy tu padre. —Ella, avergonzada, bajó la cabeza—. No viven aquí. El mayor vive en Dormund y el pequeño, aunque ya tiene treinta y un años, en Bonn. Procuro verlos al menos un par de días al mes. Siempre hemos estado muy unidos.

—Lo sé. Mi madre me lo contó y creo que por eso te ocultó que estaba embarazada.

—Lo hubiese dejado todo por ella, te lo aseguro. Pero me rechazó con tanto convencimiento que pensé que no sentía lo mismo por mí. Que solo fui una aventura pasajera. ¿Se casó? —preguntó sin pensar.

—No. Nunca convivió con ningún hombre. Aunque mantuvo una relación estable durante los últimos quince años con un buen hombre. Chema fue y se comportó siempre como un padre para mí. Nos mantenemos en contacto.

Carola dudó si debía preguntarle y se atrevió a hacerlo.

—¿Y tú? ¿Tienes a alguien en tu vida?

—No. Mantuve alguna relación pasajera, pero nada más. Vivo solo. —La agarró por el codo y la condujo hacia un banco—. Sentémonos ahí un rato.

Carola aprovechó el momento para mostrarle las fotos que llevaba en el bolso y que resumían distintas etapas de su vida.

—Siempre has sido preciosa. Te pareces muchísimo a tu abuela —le dijo observando las fotos con minuciosidad—. Muchísimo. Lástima que no pueda conocerte. Y tu madre... Está muy guapa. Se conservó muy bien.

—Fuimos muy felices. Ella fue una madre increíble y maravillosa. Siempre estaré orgullosa de mamá. —Gustav asintió conforme a las palabras de su hija.

—¿Siguió trabajando en la oficina inmobiliaria?

—No. Montó un vivero con una amiga y les fue muy bien; aún sobrevive. Aunque trabajaron muy duro las dos en los comienzos. Yo mantengo mi parte como socia.

—Carola, tengo una importante reunión al mediodía —dijo consultando su teléfono—, pero me gustaría verte de nuevo a la hora del almuerzo y

seguiremos hablando y conociéndonos mejor. ¿Te parece bien?

—Me parece estupendo —respondió sonriendo—. He venido a Múnich expresamente a conocerte.

—Y me alegro de que lo hayas hecho. —Apretó el hombro de Carola con afecto—. ¿Quedamos en mi estudio a la una?

—Allí estaré.

En cuanto se despidieron, Carola llamó a Mary para contarle cómo le había ido en su primera entrevista con su padre como le había prometido que haría y esperó a que Marcelo se pusiera en contacto con ella para no despertarlo.

Había trabajado doce horas sin apenas descanso y, después de que Carola le contara que dejaría el hotel y dormiría en casa de su padre, comenzó a tranquilizarse. Su mujer era una persona muy cautelosa e intuitiva y no habría aceptado la invitación si no estuviese segura de que se trataba de un buen hombre. Hasta ese punto recelaba Marcelo de cualquier asunto relacionado con la seguridad de Carola. Pero su temor más grande era que, tras todos los accidentes que había sufrido desde que se casó con él, encontrara la felicidad fuera de La Abadía y no quisiera regresar. Se repetía que ella le había prometido volver y que podía confiar en su palabra, aunque el hecho de que estuviera embarazada quizás la hiciera actuar con más prudencia y decidiera mantenerse alejada hasta que encontraran al culpable de los asesinatos y atentados contra su vida. Concentrado en su trabajo, conseguía que desaparecieran esas ideas turbias de su mente.

Salió de la clínica y, antes de ir a la casa grande a cenar, pasó a revisar los avances de las obras de su futura casa. Reconoció que estaban cumpliendo con los planes previstos ya que ante él se alzaba una mole informe de pilares, suelo y techo que le provocó una sonrisa. Su propia casa, donde viviría con su mujer y su primer hijo. Reconfortado gracias a esa agradable imagen de futuro,

desaparecieron sus miedos y se sentó a la mesa a cenar con una tranquilizadora sensación de felicidad.

En cuanto acabó la comida, los tres hermanos se reunieron en la biblioteca para discutir varios asuntos relacionados con la parte administrativa de la hacienda y que Julián había postergado debido a la muerte de su cuñado.

—Ben está de acuerdo. He hablado con él esta mañana y prefiere que cerremos el trato con la compañía cárnica noruega que con la estadounidense y así evitaremos competencia en los precios ya que seremos su proveedor exclusivo de carne ecológica de vacuno.

—He estado pensando en invertir parte de mi herencia en modernizar y ampliar nuestra lechería —les propuso Roberta lo que sorprendió a los dos hermanos—, incluso le estoy dando vueltas a la idea de montar una fábrica de productos lácteos ecológicos realizados con nuestra propia leche. Tendría buena salida en los mercados europeos y norteamericanos. ¿Puedes ponerme en contacto con algún colega tuyo que trabaje en sanidad? —le preguntó a Marcelo—. Conocer las normas legales me ayudaría a tomar una decisión.

—Sí. En mi equipo hay alguien que te podría orientar.

—He pensado que quizás le interesaría a Carola encargarse de ese ganado.

—No. —Marcelo se mostró tajante—. Carola es una excelente cirujana y no quiero que malgaste su talento por nuestra conveniencia. Además, tiene trabajo de sobra ahora que también se está dedicando a las vacas. Tal vez Chaves pueda ayudarte; trabajó en sanidad antes de incorporarse a mi equipo. Mañana se lo comentaré.

—Está bien —consintió disgustada—, aunque preferiría que se encargara alguien de la familia y tú estás demasiado ocupado para hacerlo.

—No se lo comentes sin que me entere —le advirtió Marcelo receloso—. Ya sabes cómo está la situación. Durante un tiempo deberá reducir su horario laboral aunque ella se niegue —se le escapó ese comentario que no pasó

desapercibido a Julián quien carraspeó llamando la atención de sus hermanos.

—¿Puedo saber que sucede? Ya que los dos parecéis estar tan bien informados, creo que merezco una explicación.

—Carola está embarazada —dijo Marcelo orgulloso—. Por eso se ha marchado; no pensábamos comentarlo hasta que se descubriera quién está atentando contra su vida. Pero ella misma se lo contó a Roberta antes de marcharse, así que imagino que no le molestará que tú lo sepas.

—No debe enterarse nadie. —Roberta impresionó a sus hermanos una vez más con su actitud protectora hacia su cuñada—. A Ben se lo contaremos...

—Ya se lo he contado yo —aclaró Marcelo—. Si no lo hubiera hecho me molería a palos con el taco en cuanto se enterara. Y es consciente de que no puede hacerse público para no arriesgar la vida de Carola.

Julián se levantó de su silla emocionado y ofreció a su hermano un fuerte y conmovedor abrazo.

—Me extrañó muchísimo que Carola se marchara de ese modo tan precipitado, aunque lo sucedido a Milagro fuera algo espantoso y violento. Ahora lo entiendo. Habéis actuado con acierto, Marcelo.

—Sí. Dentro de unos días me reuniré con ella en Berlín y me acompañará durante las dos semanas que dura mi circuito de conferencias por Europa. A la vuelta, pasaremos unos días en compañía de Benjamín en Florida. Esperemos que la policía encuentre al culpable en este tiempo que permaneceremos fuera.

—Yo me encargaré de lidiar con ellos —se ofreció Roberta—. Creo que se lo están tomando de un modo demasiado relajado y ya se han cometido dos asesinatos. Aunque las víctimas no fueran unos angelitos, no encuentro el modo de relacionar a Carola con ellos. —Marcelo y Julián la miraron sonriendo.

—El efecto Carola —murmuró Julián admirado—. Lo que no consiga esa

mujer...

—Reconozco que me equivoqué con ella —confesó Roberta orgullosa y alzó la barbilla—. Es una chica honesta y decente y me alegro de que pertenezca a esta familia. Hemos cometido demasiados errores empujados por nuestra propia codicia, hemos luchado ciegos por no perder La Abadía; pero creo que podremos subsanarlos. Ahora que nos hemos librado del asqueroso de mi marido, aunque nunca le deseara la muerte —aclaró sin mucha convicción—, a ver qué hacemos con Vanesa y con Blanca; esperemos que no arrastren por el fango el buen nombre de nuestra familia.

Marcelo regresó a su apartamento en busca de la privacidad que necesitaba para mantener una larga conversación con su mujer. Esperaba que le contara noticias sobre su padre y de la nueva familia que empezaba a descubrir bastante ilusionada. Entró en su dormitorio marcando el número de Carola y anuló la llamada enseguida al recordar la hora que sería en Alemania. Sin embargo, lo que encontró sobre su cama atrajo su atención.

Vanesa lo esperaba desnuda, cubierta por una tela vaporosa y transparente.

Asqueado y cansado de soportar el acoso de esa mujer a la que consideraba repugnante, la agarró del brazo sin decirle ni una sola palabra y la arrastró hasta la casa grande. Vanesa gritaba y pataleaba sin poder zafarse de la mano poderosa de Marcelo, se vio obligada a seguir su ritmo si no quería verse malherida porque estaba segura de que él no se detendría si se caía, mientras que con la mano libre se cubría como podía con la tela transparente. Al menos no se encontraron con nadie a esa hora de la noche.

Roberta y Julián aparecieron en la entrada de la casa alertados por los gritos de Vanesa a quien Marcelo arrojó con más fuerza de la necesaria sobre Julián, quien se vio obligado a sujetarla para que no cayera al suelo.

—No la soporto más. Así me la he encontrado sobre mi cama. —La miró con el desprecio que le provocaba—. ¿Cómo has entrado en el apartamento?

—le gritó Marcelo—. ¿Quién te ha abierto la puerta?

—Chaves salía y aproveché para colarme por la puerta que comunica con la clínica; no es culpa mía que estuviera abierta.

Marcelo recordó no haberla cerrado esa mañana cuando bajó desde su casa y se maldijo a sí mismo por haber cometido esa imprudencia.

—Échala de aquí, Julián —le exigió ignorando la presencia de Vanesa—. No sé qué coño hace aquí esta loca acosadora. La Abadía ya no es lugar para ella y, tarde o temprano, acabará por darnos un disgusto.

—Soy demasiada tentación para ti, cariño. —Se le acercó y le puso una mano en el brazo.

—No me toques —le gritó furioso.

—Te has vuelto muy pudoroso desde que conociste a tu mujercita. Antes te acostabas con fulanas como Andrea, incluso estuviste a punto de casarte con ella —continuó hurgando en el pasado reciente que tanto humillaba a Marcelo—. Te aseguro que era mucho peor que yo y no le hacías asco.

—Por suerte para él ha encontrado una mujer decente que lo ama —intervino Roberta en defensa de su hermano.

—¿Ahora es decente? Tú la llamaste puta cuando Marcelo sorprendió a tu marido a punto de violarla. —Roberta se ruborizó por un instante, pero no se amilanó.

—Todos cometemos errores, Vanesa, pero también podemos subsanarlos.

—Y yo voy a reparar el error tan grave que cometí al aceptar tu chantaje —le dijo Julián que parecía calmado—. Mañana prepararás tu equipaje; te quiero fuera de esta casa, lejos de mi familia y de mi vida.

—Si me obligas a marcharme, te aseguro que te arrepentirás. —Vanesa alzó un dedo amenazador ante el rostro de Julián—. Todos os arrepentiréis —

gritó mirando furiosa a Roberta y a Marcelo.

—Recuerda que te paso una pensión de tres mil dólares mensuales y los perderás si nos ofende de alguna manera, si te atreves a hablar de mi familia o de mí en público o en privado. Tienes ese detalle recogido por escrito. Recuérdalo.

—Maricón de mierda. —Vanesa escupió a los pies de Julián y subió hacia su habitación casi a la carrera—. No hará falta que sea público para que destruya cualquier esperanza que tengas en que vuelva tu mujercita —amenazó sonriendo a Marcelo y le dejó un mal sabor de boca.

—Hace meses que esta casa necesitaba una limpieza a fondo —reconoció Roberta orgullosa—. Suerte que no hayamos necesitado un desparasitador para librarnos de los bichos. —Marcelo y Julián soltaron una carcajada—. Algún día tendré que darle las gracias a tu mujer, Marcelo.

—Sí —afirmó Marcelo riendo—, tiende a poner el mundo patas arriba de las personas que conoce. Como hizo conmigo.

Esa mañana, cuando miró su móvil para leer el mensaje de buenas noches que Marcelo le enviaba, encontró unas fotos que le cortaron la respiración. Vanesa estaba desnuda en su cama, en la cama que compartía con su marido. Prestó atención a todos los detalles que revelaban la foto, a todos menos al cuerpo de esa asquerosa mujer. Y no había duda; la colcha color cereza madura, una esquina de la cómoda y el centro de la mesita de noche en el que se distinguía los tiradores dorados de los dos cajones que tenía.

Solo hacía cuatro días que se había marchado y esa mujer había conseguido su propósito; acostarse con Marcelo. De repente todas las dudas la asaltaron e incluso los intentos de asesinato cobraron sentido. Habían querido librarse de ella desde el principio. Vanesa y Marcelo.

No. No podía ser cierto —se decía a sí misma—. Marcelo la amaba, se lo demostraba a cada momento, en cada beso que le daba, en cada caricia, en



cada mirada. Él despreciaba a Vanesa y no debía dejarse influenciar por alguna estrategia diabólica que habría ideado esa mala mujer.

Pero... ¿Y si había sido un revolcón de una noche? ¿Y si Marcelo había sucumbido a la constante entrega de Vanesa ahora que estaba alejado de ella?

Por segunda vez desde que supo que estaba embarazada, vomitó. Por suerte, estaba sola en casa de su padre y no se encontrarían hasta la hora del almuerzo. Y no sabía cómo podría ocultar la desazón que sentía.

Gustav observaba a su hija con detenimiento mientras almorzaban. No había dudado ni un segundo sobre su posible paternidad porque era la viva imagen de su madre cuando él era pequeño y, aunque prestó atención al libro de familia que la chica insistía en que comprobara, estaba convencido de que no mentía. Alejandra jamás le habría mentado en un asunto de esa envergadura. Y ahora podía entender la negativa que le ofreció a su proposición de matrimonio y por la que él estuvo dispuesto a divorciarse, aunque eso significara alejarse de sus hijos; pero amó a esa mujer de una manera profunda e intensa como jamás hubiera pensado que pudiera existir. Aún recordaba los momentos tan amargos que sufrió cuando se separaron, las lágrimas que derramó mientras pasaban los meses y no conseguía olvidarla, las veces que estuvo tentado de coger un avión para verla de nuevo y sobre todo, lo arrepentido que estaba en esos momentos de no haberlo hecho. Ante él tenía una prueba más para arrepentirse.

—¿No te gusta el vino? ¿Prefieres una cerveza? —le preguntó observando que no había probado su copa.

—Ahora no puedo beber —respondió con timidez; Gustav la miró esperando una explicación—. Estoy embarazada. —El padre no supo qué decir, pero en su mente comenzaron a moverse los números.

Su hija había conocido a su marido hacía poco menos de un año y ya estaba embarazada. Le pareció demasiado precipitado.

—No quiero entrometerme, Carola. Apenas nos conocemos, pero... ¿No te parece demasiado pronto? Por lo visto tu vida va a mil por hora desde que murió tu madre.

Carola pensó en cómo reaccionaría si supiera que hacía tan solo tres meses había estado a punto de morir envenenada, que en seis meses había sufrido dos intentos de violación y dos atentados contra su vida; y que esa mañana había recibido fotos de una mujer desnuda en la cama de su marido. Así de entretenida, resumió para sí misma, había transcurrido su vida en La Abadía. Esas cosas no se las podía contar a un padre y menos a uno que acababa de conocer; ni siquiera se lo había insinuado a Manuel por no preocuparlo o porque pensara que su matrimonio no marchaba bien.

—No lo hemos planeado, pero ha sucedido y estamos muy contentos. Marcelo es unos años mayor que yo y tenía ganas de formar una familia...

—Ya conozco la trayectoria profesional de tu marido. Lo he investigado a través de Internet. —Sonrió a modo de disculpa—. La verdad es que me preocupaba que alguien se hubiera aprovechado de una chica joven, tan bonita como eres y sin familia.

—Tengo a Mary, a Manuel y a Chema —respondió a la defensiva—. Ellos han sido siempre mi familia.

—Lo sé, Carola. No he pretendido ofenderte —Gustav se explicaba con prudencia porque si algo no deseaba era enemistarse con su hija recién encontrada—. A partir de ahora, me gustaría que me contaras entre ellos. Comprendo que somos dos extraños aún, pero ahora que te he conocido, me encantaría que contaras conmigo, que no perdiésemos el contacto y que me dejaras participar en todos los momentos importantes de tu vida.

—A mí también me gustaría. —Carola, con la sinceridad que abanderaba, pensó en que si era cierto que Marcelo se había acostado con Vanesa, Gustav sería su única familia biológica—. Me caes bien. —Gustav sonrió con agrado

ante las ingenuas y sinceras palabras de su hija.

—Hoy les he hablado a mis hijos de ti. —Carola se sonrojó.

—No quiero causarte problemas, Gustav. —El hombre prefería que lo llamara papá, pero también sabía que era demasiado pronto para exigirle ese trato de confianza.

—No eres ningún problema —replicó con sentimiento—. Simplemente existes y no pienso renunciar a tu existencia. Bastante tiempo hemos perdido ya porque tu madre me ocultó que tenía una hija. Nadie más se interpondrá entre nosotros ahora que sé de ti. Pasado mañana vendrán a conocerte. La verdad es que se lo han tomado mejor de lo que esperaba y sienten una gran curiosidad por saber cómo es su hermana. —Carola casi se atraganta con un bocado de carne mientras su padre se reía satisfecho—. Tengo una hija y no solo es preciosa, además me parece una gran mujer, como lo fue su madre —añadió brindando hacia ella.

Marcelo estaba desquiciado al no tener noticias de Carola. En Alemania serían las tres de la tarde pasadas y aún no había respondido a ninguna de sus llamadas ni a sus mensajes. Incapaz de concentrarse en el trabajo, no paraba de dar vueltas en su cerebro a la posibilidad de que hubiera sufrido algún percance, incluso pensaba que su acosador la hubiera seguido hasta Múnich.

A las cinco, hora alemana, no lo soportó más y telefoneó al estudio de arquitectura de Gustav; encontró el número gracias a la información que había encontrado en Internet. Consiguió hablar con su suegro después de un largo minuto de espera.

—Soy Marcelo Mendoza Abadía, el marido de Carola —mientras hablaba procuraba controlar la angustia que lo dominaba—. Perdona que interrumpa su trabajo, pero llevo horas intentando comunicarme con mi mujer y no lo he conseguido. ¿Se encuentra bien?

—Sí, muy bien. Hemos almorzado juntos y dentro de unos minutos me

recogerá aquí. Ya sabrás que se aloja en mi casa.

—Sí, lo sé. Entonces... ¿Se le ha estropeado el móvil?

—No lo sé, Marcelo. No me ha comentado nada. En cuanto llegue le diré que has llamado y que estás preocupado por ella.

—Sí. Hágalo. Por favor. —Gustav leyó la angustia en las palabras exigentes de su yerno y le gustó reconocer que su hija recién descubierta le importaba tanto a su marido—. No lo molesto más. Espero que nos conozcamos dentro de tres días.

—Yo también lo espero, Marcelo. Ha sido un placer hablar contigo. Y le daré tu recado a Carola en cuanto la vea.

—Gracias. —Marcelo colgó sin entender lo que estaba sucediendo.

Estaba cenando en compañía de sus dos hermanos mayores cuando por fin Carola dio señales de vida. Casi temblando por la preocupación, cogió su teléfono para observar las fotos que su mujer le había reenviado y que mostraban a Vanesa desnuda en su cama; esa era la respuesta a sus decenas de llamadas y otros tantos mensajes.

—Hija de puta —dejó escapar Marcelo—. Esa mujer es el diablo en persona —casi gritó, más alterado de lo que Julián y Roberta lo habían visto jamás.

—¿Qué sucede, Marcelo? —le preguntó Julián sorprendido por el comportamiento de su hermano—. ¿Carola está bien?

—Mirad lo que le ha enviado Vanesa. —Y les mostró las fotos a sus dos hermanos—. Carola no ha querido hablar conmigo en todo el día y por poco me muero de preocupación. Ahora sé lo que ha sucedido.

—Carola no puede haber caído en esta trampa tan estúpida —le decía Julián impresionado y dolido por la cruel jugada de Vanesa—. No la creo capaz de dudar de ti, Marcelo.

—Por lo visto, sí —contestó furioso—. Disculpádmelo, pero necesito hablar con mi mujer.

Carola recibió una llamada de un número desconocido pasada la medianoche y estuvo a punto de no contestar. Sorprendida, al hacerlo, oyó la voz de su cuñada Roberta.

—¿No serás tan estúpida para creer que mi hermano se haya acostado con Vanesa? Por cierto, después de su exhibición, la obligamos a marcharse de La Abadía esta mañana.

—¿Cómo sabes lo que ha sucedido? —le preguntó Carola sorprendida.

—Marcelo nos ha enseñado las fotos que tú le has reenviado para que veamos de lo que es capaz esa mala mujer y está muy preocupado por ti y por tu reacción ante ellas. Por lo visto, anoche Marcelo la encontró desnuda en su cama cuando fue a acostarse; la trajo arrastrando hasta aquí tal como estaba y le exigió a Julián que la echara. Ella lo amenazó con perjudicar vuestra relación y, al parecer, lo está consiguiendo porque tú te estás comportando como una joven inmadura y algo tonta.

—Gracias, Roberta —gruñó enfadada—. Ya sé cuánto me aprecias. Y lo que suceda entre Marcelo y yo no es asunto tuyo.

—Por supuesto que es asunto mío. Todo cuanto le ocurra a mis hermanos siempre será asunto mío. Si esperas a que no me entrometa cuando los vea sufrir, vas lista.

—No he pasado un buen día, Roberta. Incluso he vomitado al ver las fotos y al reconocer el dormitorio de mi marido.

—Vuestro dormitorio —la interrumpió alterada.

—De acuerdo —cedió—, nuestro dormitorio. Estoy cansada, pero te prometo que tendré en cuenta tu explicación. Gracias, Roberta.

—No permitas que esa puta se salga con la suya. —Y la despedida de

Roberta sonó a advertencia más que a consejo.

—Carola —la saludó Marcelo cuando respondió al fin a su llamada y comenzó a regañarle—. ¿Tienes idea del día que me has hecho pasar? ¿Sabes cuántas barbaridades se me han pasado por la cabeza? Y todo a causa de esas malditas fotos de Vanesa.

—No me voy a disculpar, Marcelo —contestó con su descaro habitual—. Estoy cansada de sufrir por las maldades que inventan algunos miembros de tu familia.

—No me puedo creer que hayas dudado de mí. —Carola pudo leer la angustia sincera que reflejaban las palabras de su marido—. ¿Me crees capaz de acostarme con Vanesa?

—¿Y tú crees que todo lo malo que me ha sucedido no ha dejado secuelas? —preguntó enfadada—. Ya has comprobado una de ellas. No me fio de nadie. A veces, ni siquiera de ti —susurró.

Marcelo no se enfadó porque comprendía que esa muestra de debilidad por parte de Carola estaba más que justificada.

—Perdona, cariño. Tienes razón; has pasado por momentos muy dolorosos y desagradables en estos últimos meses. Pero estaba tan preocupado que no me he parado a pensar en ello. Solo deseaba que estuvieras bien, que nada malo te hubiera sucedido... Estoy desesperado por verte, Carola —confesó dolido—. Estos días alejado de ti se han convertido en una auténtica tortura. Lamento el daño que te hayan podido provocar esas fotos.

—Y yo me siento mal por no haber respondido a tus llamadas y por haber desconfiado de ti. Perdóname.

—Todo está bien entre nosotros, no te preocupes. ¿Y tú? Me parece que ya has puesto patas arriba la vida de tu padre —comentó cambiando de tema. Ella se rio con ganas—. He hablado con él y me ha parecido contento de tenerte allí.

—Creo que sí y no sabes el apuro que me da. Mañana conoceré a mis hermanos y me pongo nerviosa cuando pienso en ello. No deseo lastimar a mi padre ni provocar un conflicto familiar; es un buen hombre, Marcelo. Y la forma en que me ha acogido desvela que de verdad estuvo enamorado de mi madre, incluso parece amarla aún cuando habla de ella. Tuvo que ser muy doloroso para él renunciar a su relación, lo presiento.

—Entonces será verdad. Tus presentimientos siempre son acertados. Ya me he acostumbrado a tenerlos en cuenta. —Carola volvió a reírse—. Te echo de menos, cariño, tanto que duele.

—Yo también a ti. Dos días y estarás aquí conmigo. Eso me repito cuando me entran ganas de llorar por haberme visto obligada a escapar de allí. —Se calló un instante y suspiró antes de realizar su pregunta—. ¿La policía ha averiguado algo?

—Sí. Al parecer, a Milagro lo mató alguien poco familiarizado con los animales. Una de las cámaras de seguridad grabó la figura de una persona menuda; la he visto y parece un adolescente, vestido de negro de los pies a la cabeza; pero no se puede reconocer su rostro; sabía de la existencia de las cámaras de vigilancia. De todas formas, quieren hacernos creer que su muerte no está relacionada con los demás incidentes y que solo se trata de la salvajada de algún gamberro.

—¿Y de los ocho potros que estaban en la Maternidad eligió precisamente al único que me pertenece y al que he traído al mundo? Vigila bien, Marcelo. Ya no puedo creer en las coincidencias. El asesino está cerca de La Abadía y nos conoce.

—Eso les he dicho a Pastrana y a Rizzoli. Roberta los ha llamado hoy Batman y Robin a la cara —una carcajada de Carola acabó con los últimos retazos de tensión que quedaban entre ellos—, aunque hay que reconocer que se esfuerzan y hacen lo que pueden.

—¿Vas a la casa grande?

—Ceno con mis hermanos desde el primer día que te fuiste. Por lo visto, Roberta se ha tomado en serio la misión que le encomendaste, incluso viene de vez en cuando a hacerme una visita a la clínica. Estamos los tres solos —le explicó serio—; Vanesa se ha marchado por fin a Buenos Aires.

—¿Para siempre? —preguntó ella incrédula.

—Sí. Espero que sí. A Julián no le hace ningún bien su compañía.

—Es una mala persona y os ha estado envenenando con su presencia en vuestras vidas.

—Carola, cariño. No solo le has dado la vuelta a mi vida, lo has hecho también con las de mis hermanos. Veo como están reaccionando después de las equivocadas elecciones que tomamos todos debido al testamento de mi padre y...

—No era mi intención, pero creo que estarán mejor ahora.

—Seguro que sí; has sido un milagro para mi familia.

—Aunque lamento la muerte de Álvaro a pesar de lo que intentó hacerme.

—Serás la única que lo haga —replicó con desprecio Marcelo—. Ni siquiera Roberta lo lamenta. Ha heredado una gran fortuna y está pensando en montar una fábrica de productos lácteos ecológicos.

—Me alegro por ella. Bueno, Marcelo —dijo conteniendo un bostezo—. Me caigo de sueño. Te aseguro que duermo como una marmota y nunca tengo suficiente.

—Señal de que estás embarazada. He estado pensando que te haré la ecografía yo mismo cuando regresemos; mi ecógrafo no tiene nada que envidiarle al de un ginecólogo. Me muero por ver a mi hijo.

—Ni se te ocurra —protestó enfadada al oír las carcajadas de su marido



—. Ya lo verás en la próxima revisión.

—Te amo, Carola. Cuídate, por favor. Te llamaré en cuanto me despierte.

—Buenas noches, Marcelo. Cuídate tú también y sé prudente, por favor. No te confíes.

“Dos días”, pensó Marcelo cuando colgó el teléfono para luego seguir planeando. “En menos de cuarenta y ocho horas estaremos alejados de aquí durante unas semanas. A Carola le vendrán bien unas vacaciones y el sol y la playa de Florida y, por qué no reconocerlo, a mí también”.

Carola, acompañada por su padre, esperaba en el aeropuerto berlinés la llegada del vuelo de Marcelo. La reunión con los familiares recién conocidos, hermanos, tíos y primos, no resultó tan violenta como esperaba. Al parecer, su aparición despertó más curiosidad que odios y rencillas, ya que, por lo poco que pudo entender, la ex mujer de Gustav fue una esposa insufrible, inconformista e insatisfecha que no hizo feliz a su marido ni a sus hijos. Así que el hecho de que Gustav hubiera mantenido una relación extramatrimonial en el pasado, no extrañó a nadie, incluidos los hijos quienes sentían auténtica adoración por su padre. Y con razón, pensaba Carola. Desde el primer minuto que se dio a conocer, Gustav no pudo mostrarse más atento, incluso orgulloso, intuía Carola, de tener una hija fruto de la relación amorosa más intensa que había tenido en su vida.

A Gustav le gustó el modo en que su hija y Marcelo se saludaron; con sus besos, sus abrazos y sus miradas, reflejaban la intensidad y la sinceridad de los sentimientos que los unía y, como debía ser según Gustav, demostraban que cada uno era lo más importante para el otro. Por eso recibió a su yerno con un apretón poderoso de manos y una gran sonrisa de bienvenida.

—Estoy muy contento de que tu madre, en cierto modo, te obligara a conocerme —se despedía Gustav tras una amena cena que había compartido con la pareja—. Tu presencia en mi vida me ilusiona muchísimo, Carola.

—Y a mí la tuya —le confesó ella con su mejor sonrisa—. Espero que sigamos en contacto.

—Debes ir a visitarnos en cuanto nos mudemos a nuestra casa, Gustav —le ofreció Marcelo con generosidad—. Siempre serás bien recibido en La Abadía.

—Acepto vuestra invitación. Estoy deseando conocer ese lugar que hace tan feliz a Carola. Además me ha comentado que junto a vuestra hacienda, tu tío es el dueño del mejor campo de golf de Sudamérica. —El hombre se mostró bastante complacido al pensar en ello—. Desde luego debe ser un auténtico paraíso. Estaremos en contacto, Carola. Y espero que no te resulte demasiado pesado tener un padre. —Ella se rio.

—Seguro que no.

Padre e hija se despidieron con un fuerte abrazo a la vez que ambos contenían las lágrimas por la emoción que les provocaba la primera separación tras su primer contacto. Acabaron diciéndose adiós en la puerta del hotel donde se hospedaría la pareja con una sincera sonrisa en sus rostros tan parecidos.

## Capítulo 24

Tres semanas más tarde, de regreso a La Abadía, Carola recordaba en silencio el maravilloso y necesitado viaje que habían realizado, mientras Marcelo y Julián se ponían al día de lo acontecido en la hacienda. Esos días alejados de allí, habían servido para unir más a la pareja, aunque a ambos les pareciera imposible. Conocer Europa en la sola compañía de su marido había sido refrescante para ambos, libres de tensión y del miedo que llevaba meses torturándolos. Y la semana que disfrutaron en Florida junto a Ben, relajándose en la playa durante el día y divirtiéndose por las noches, ayudó al matrimonio a desconectarlos de lo sucedido meses atrás, hasta el punto de que, un día antes del regreso, ambos confesaron que les apetecía regresar a casa y recobrar su rutina.

—Te ha sentado muy bien el viaje, Carola. Estás espléndida —Julián interrumpió los pensamientos de la chica—. Ahora que todos estamos aquí paliduchos, vosotros llegáis de Florida bronceados y con ese aspecto tan saludable. Imagino que has disfrutado del viaje.

—Me ha encantado —respondió eufórica—, sobre todo Viena. O París —decía sin saber qué ciudad elegir mientras los dos hermanos se reían ante su espontaneidad—. La verdad es que no sé por cual decantarme. Y después, esas maravillosas playas de Florida. —Y ocultó a Julián que lo mejor del viaje había sido el tiempo que había compartido con su marido lejos del terror que había sentido en los últimos meses; se negaba a pensar en ello o a recordarlo, pero la realidad hizo su aparición con brusquedad en cuanto Julián los puso al día sobre la investigación policial.

—Ayer me llamó el oficial Pastrana —esperó un instante en silencio a que la pareja se aclimatara a la realidad que habían dejado atrás durante un mes—; me dijo que han avanzado bastante en la investigación y que esperaban vuestra llegada para informarnos. Se presentarán en casa después de la cena.

—¿Te ha explicado de qué se trata? —preguntó Marcelo impaciente.

—No. Solo que prefería contárnoslo a todos a la vez. Ha requerido también la presencia de Vanesa y Blanca. No les ha importado que Ben no esté; dice que está fuera de toda sospecha.

—No entiendo qué pintan Vanesa y Blanca en todo esto. —Carola parecía pensar en voz alta—. A no ser que tenga relación con Álvaro —dedujo por intuición unos segundos después.

—Sí, es posible. —Marcelo se mostró tenso por primera vez después de las placenteras vacaciones—. Espero que resuelvan este caso de una vez y nos dejen vivir a salvo y en paz.

La llegada de Blanca y Vanesa impregnó el ambiente de la casa grande de tensión ya que las dos mujeres no ocultaron el asombro que provocó la presencia de Carola en el comedor familiar, cuando ambas suponían que el matrimonio se había separado definitivamente, tal y como los hermanos Mendoza habían pretendido que creyeran en un intento de alejar cualquier peligro de la joven. Más aún impresionó a las dos mujeres la conducta atenta y respetuosa que mostraban Roberta y Julián hacia ella mientras contaba anécdotas sobre su padre recién conocido y el viaje del que acababan de regresar.

—Tenéis vuestros dormitorios preparados —les dijo Roberta a modo de saludo y actuaba más distante de lo que nunca se había mostrado con ellas—. La cena se servirá dentro de quince minutos.

Les dio la espalda y se sentó de nuevo junto a sus hermanos y su cuñada para continuar con la animada conversación que mantenían ajenos a la

presencia de las dos mujeres y que continuó durante la cena.

—No entiendo que tengan que interrogarnos de nuevo —protestaba Roberta bastante alterada mientras esperaban la visita de los agentes de policía a la vez que observaba a través de la ventana la llegada de estos—. Siempre nos han tratado como sospechosos, en lugar de vernos como las víctimas que somos de este ataque a nuestra familia.

—¿Sospechosos de qué? —preguntó Blanca sin ocultar su enojo—. Ya han hablado conmigo en tres ocasiones y en cada una creo que se ha demostrado mi inocencia; yo no tengo ninguna relación con lo que le ha sucedido a Carola y mucho menos con las muertes de Andrea y Álvaro.

—Quizás estás relacionada en parte, por haberte acostado con mi difunto marido —Roberta replicó sonriendo con malicia—. Puede que olvidaras ese pequeño detalle cuando te interrogaron y mencionarles la procedencia de tu Mercedes.

—No tengo por qué hablar sobre mi vida privada —protestó airada y sin dejarse amilanar una vez más por su cuñada—. No creo que eso esté relacionado con el asesinato de Álvaro. Además, a ti no parecían importarte las infidelidades de tu marido.

—Creo que te preocupaba más que Carola te robara el cariño de tus hermanos y el protagonismo de tu propia casa —con su intervención, Vanesa intentaba una vez más sembrar la discordia entre los Mendoza y la chica.

—Carola jamás ha sido una amenaza para esta familia. —Roberta sorprendió a todos menos a su joven cuñada que le ofrecía una sonrisa tan sincera y tan llena de ternura que conmovió a la siempre irritable Roberta, aunque solo lo hiciera durante un breve segundo, el tiempo suficiente para que todos se dieran cuenta.

Clara, la asistente, interrumpió la discusión al anunciar la presencia de los dos agentes; a los pocos segundos, ambos entraron en la sala y dejaron patente

una vez más la simpatía que Carola despertaba en ellos.

—Tienes un aspecto fantástico —la saludó Rizzoli con una familiaridad que sacaba de quicio a Marcelo—. Te ha sentado bien el viaje. —Y se atrevió a besarla en la mejilla tal y como hizo Pastrana a continuación.

—Y el embarazo parece sentarte de maravilla, Carola. —El elogio del mayor de los agentes provocó primero el asombro y después un evidente ataque de celos en las dos cuñadas de los Mendoza, mientras que estas miraban al matrimonio con una furia contenida que no pasó desapercibida a los policías—. Lo siento, creo que acabo de descubrir un secreto familiar. — Y sonrió tímidamente antes de disculparse con la feliz pareja.

—Es evidente —reconoció Roberta tan arrogante como siempre—. Ahora, si no les importa, pueden explicarnos el motivo de su presencia en mi casa a estas horas.

—¿Embarazada? —preguntó Vanesa con la voz rota y temblorosa—. ¿Por qué...? ¿Por qué nos habéis engañado de ese modo? —Miró a Marcelo como si lo viera por primera vez—. Nos habéis dejado pensar que os habíais separado y lo que ha sucedido es que... Huiste —casi le gritó a Carola que dio un respingo ante la inesperada reacción de Vanesa.

Un leve carraspeo de uno de los agentes devolvió a los presente al momento real.

—Disculpe la elección horaria, Roberta, pero después de la cena sabemos que están casi todos en casa y no interrumpimos sus trabajos; sabemos que su hermano Benjamín está en Florida, pero su presencia ya no es necesaria. — Pastrana se calló unos segundos a modo de paréntesis antes de comenzar a explicar el verdadero motivo de su visita—. Hemos querido mantener los resultados de nuestra investigación en silencio hasta el regreso del doctor Abadía y Carola. —Todos se tensaron a la espera de las noticias—. Las pruebas nos han desvelado que el culpable de los intentos de asesinatos a

Carola inculpan claramente a su difunto marido, Álvaro. —Se dirigió a Roberta quien, aunque no demostró emoción alguna, envaró los músculos de su espalda más de lo habitual en ella—. Encontramos algunas huellas en la puerta del establo donde provocó el incendio, en el coche, en la botella del compuesto de arsénico y en el bote del té donde la cocinera acostumbra a guardarlo para conservarlo mejor. O bien era bastante descuidado o creía que no lo descubriríamos; desde luego, no esperaba morir asesinado. Como fuera, ya no tiene importancia porque nunca pagará por esos intentos de asesinato contra Carola.

—Si ya está demostrado que Álvaro fue el culpable no entiendo qué hacemos nosotras aquí —protestó Blanca con una arrogancia fingida tras la que intentaba ocultar su preocupación por haber sido requerida por los policías—. He tenido que cancelar la grabación de uno de mis programas de televisión y no se trata solo del perjuicio que me cause a mí, mi ausencia molesta al resto de colaboradores que participan en mi trabajo.

—Lamentamos mucho los trastornos que les hayamos causado a todos, sobre todo a ustedes dos —se disculpó Rizzoli con Vanesa y Blanca—, pero ninguna confesó que habían mantenido relaciones íntimas con el difunto Álvaro, lo que hemos descubierto gracias a la información de personas allegadas a él; así como de los generosos regalos que recibieron de su parte a cambio de favores sexuales, según nuestros informantes. —Blanca se ruborizó, sin embargo, Vanesa fulminó con la mirada a Marcelo convencida de que él o su mujer habrían contado el modo en que los sorprendieron en la fiesta de año nuevo—. Usted obtuvo un coche, Mercedes clase C, valorado en cuarenta mil dólares aproximadamente —consultó su tablet y se dirigió a Blanca con frialdad— y usted —miró a Vanesa—, con una cuenta bastante generosa en la joyería 18 Kilates de Buenos Aires y un viaje a París que no se llegó a realizar porque Álvaro cambió de amante; los billetes que encontramos reservados estaban a nombre del difunto y de Andrea Valenti.

—¿Y el asesinato de Milagro? —preguntó Carola poco sorprendida de la información que acababa de revelar Pastrana porque a ella se lo confesó el mismo Álvaro mientras la atacaba—. Cuando sucedió, Álvaro ya había sido asesinado, así que ese crimen no pudo cometerlo él.

—Sospechamos de quién se trata, Carola, pero antes... —Pastrana sacó un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó a Julián—. Tenemos una orden de registro y esperamos encontrar el arma homicida esta noche. Estamos convencidos de hallarla en esta casa.

—Eso es una estupidez —replicó Roberta bastante exaltada por la intromisión de los agentes en la intimidad de su hogar—. Ya les hemos dicho que jamás ha entrado un arma en La Abadía.

—Si no les importa —Rizzoli ignoró el ataque de rabia de Roberta—, permanezcan en esta sala mientras que registramos sus dormitorios. —Todos los presentes permanecieron en silencio, inmóviles como estatuas, pensando que el asesino estaba en esa habitación—. Roberta, si no le importa, nos gustaría que su asistente nos acompañara a cada habitación; ella sabrá mejor que nadie los hábitos de limpieza que se realizan.

Roberta tardó unos segundos en reaccionar aún presa de la sorpresa por los recientes acontecimientos y asintió conforme.

Blanca simulaba leer una revista que temblaba ligeramente entre sus manos; Vanesa miraba la oscuridad de la ventosa noche a través del ventanal mientras bebía un vaso de whisky que la relajara y lanzaba miradas furtivas y angustiosas hacia el matrimonio; Julián cuchicheaba nervioso con su hermana, al igual que hacían Marcelo y Carola mientras sujetaban sus manos entrelazadas y permanecía sentados muy juntos en el sofá.

Los dos agentes se tomaron su tiempo en aparecer de nuevo en la sala mientras que los allí recluidos, a excepción de Carola y Marcelo, se mostraban cada minuto más inquietos. Nadie de los presente esperaba que se



demoraran tanto. Marcelo despertó con suavidad a su mujer que se había dormido apoyada en su hombro hacía un rato, confiada en que los agentes no encontrarían nada.

—¿Ya han acabado? —preguntó Julián sin ocultar su desconcierto—. ¿Han registrado todas las habitaciones?

—Sabíamos dónde buscar; aunque el arma estaba bien escondida, hemos dado con ella.

Los ojos de todos escudriñaban a los agentes a la espera de más explicaciones, hasta que Rizzoli, dando muestras de una gran satisfacción, comenzó a leerle sus derechos a Roberta. Julián y Marcelo permanecieron inmóviles, incapaces de reaccionar ante la increíble situación; Blanca y Vanesa sonreían satisfechas mirándose la una a la otra; Carola fue la única que reaccionó y salió en defensa de su cuñada.

—Estáis cometiendo un error, Rizzoli. —Se levantó y se enfrentó al detective—. Estoy convencida de que mi cuñada es tan inocente como yo.

—Carola. —La tomó de una mano mientras la miraba a los ojos e intentaba tranquilizarla—. A tu potro lo asesinó una mujer, no un chiquillo como creíamos; lo hemos comprobado en la grabación de las cámaras de seguridad; te aseguro que la hemos visto más de cien veces. Como puedo asegurarte que la figura coincide con la de tu cuñada. —Marcelo salió de su conmoción inicial, arrebató a su mujer de los brazos del policía insolente y la sujetó por los hombros—. Además —sonreía satisfecho—, el arma homicida estaba escondida bajo el colchón de su cama; no hay duda alguna de que se trata del mismo arma con la que se asesinó a Álvaro y a Valenti. La asistenta ha sido testigo presencial del hallazgo. De todas formas, lo comprobarán en el departamento de balística.

Carola miró a su cuñada a los ojos y no le gustó hallar en ellos tanto desconcierto y conmoción, y mucho menos la palidez cadavérica de su rostro;

era la primera vez que la veía derrotada, pero no podía creer que ella hubiera cometido esos asesinatos.

—Por favor —suplicó Carola a los dos agentes—, dejadme hablar con ella unos segundos, en privado.

—No podemos hacerlo, Carola —respondió Pastrana—. Además, procura tranquilizarte; todo se solucionará rápido.

—Solo un minuto, por favor. —Sonrió con amabilidad—. No saldremos de esta habitación y mientras hablamos mantendré las manos en mis bolsillos.

—Tienes un minuto —concedió Rizzoli incapaz de negarle nada a la chica.

Las dos mujeres se dirigieron a la esquina más alejada de la puerta donde los demás esperaban observando la escena. Roberta casi no se sostenía en pie, pero hizo acopio de sus últimas fuerzas y siguió a su cuñada.

—Sé que tú no has cometido esos crímenes, Roberta. —La miró a los ojos convencida de sus palabras mientras le daba la espalda a los demás—. Mantente firme porque te prometo que no tardaremos mucho en conseguir tu libertad. Piensa rápido y contéstame. ¿Sospechas quién ha podido esconder el arma en tu habitación? ¿Clara? ¿María? —Roberta negaba con desesperación.

—No lo creo; ellas no. El sábado le dimos la vuelta al colchón entre Clara y yo; lo hacemos todas las semanas.

—¿Recuerdas que alguien haya venido esta semana a la casa grande?

—Los habituales, hasta esta noche que habéis llegado vosotros dos y Blanca y Vanesa.

—Blanca o Vanesa. Podrían haber sido una de ellas —murmuró Carola—. Menciónalas cuando te interroguen; una de ellas ha tenido tiempo de colocar el arma en tu cama antes de la cena, por eso el sábado no estaba allí. Diles a Pastrana y a Rizzoli lo que hemos hablado ahora mismo. Nosotros también insistiremos en el mismo argumento.

—Roberta, por favor —solicitó Pastrana en un tono bastante formal—. ¿Puede acompañarnos?

Carola la abrazó y la besó en la mejilla, la condujo con un brazo protector sobre los hombros y se dirigieron hacia los agentes.

—Esto no ha terminado aún —les dijo para sorpresa de los policías, de su cuñado y de su marido que observaban la escena en silencio—. Estáis cometiendo un grave error. —Y dirigió una mirada a Blanca y Vanesa tan descarada que no pasó desapercibida ni a ellas ni a los agentes, pero era lo que Carola pretendía.

Los policías mostraron más admiración aún por la chica tras la demostración de sensatez y solidaridad que le había ofrecido a su cuñada ante todos los presentes.

—No hables con ellos hasta que llegue Carlos Saldaña; lo llamaré ahora mismo —instruía Julián a su hermana repuesto de la fuerte impresión que le había supuesto su arresto—. Tranquilízate porque no vas a permanecer mucho tiempo en la comisaría.

Y contemplaron desde la puerta cómo los agentes se llevaban en coche a Roberta.

—Creo que ya podemos marcharnos. —Blanca, satisfecha con lo sucedido, interrumpió el silencio que había invadido el zaguán desde que el vehículo se alejó lo suficiente—. Parece que todo este misterio ya se ha resuelto.

—Marcelo, acompaña a Blanca a su dormitorio, por favor. Revisa su equipaje y lo que guarde antes de que se marche. Y luego acompaña a la salida.

—Con qué derecho te crees a... —Carola la interrumpió.

—Con el mismo derecho con el que una de vosotras dos habéis puesto el

arma en la cama de Roberta. Una lo ha hecho esta tarde antes de la cena —replicó convencida—. Y os aseguro que me encargaré personalmente de molestar a la policía hasta que encuentre a la culpable.

—No te atreverás —la amenazó Vanesa—. Yo no tenía nada en contra de Álvaro del que solo obtenía beneficios.

—Lo que tuvieras en contra o no lo averiguará la policía. Ahora, subamos a tu dormitorio y, de prisa, que tenemos que ir a la comisaría para acompañar a Roberta en estos difíciles momentos.

—Nadie saldrá de esta casa hasta que yo lo diga. —Vanesa tiró con más fuerza de la necesaria del brazo de Carola y la arrastró hasta la sala.

Los demás las siguieron asombrados.

—Suelta a mi mujer, Vanesa. No sé qué pretendes, pero no te permito que le pongas las manos encima.

—No necesito las manos. —Y sacó de su bolso una pistola con la que apuntó a Carola bajo la barbilla—. Me encantan las armas. ¿Lo recuerdas, Julián? —preguntó con la sonrisa más diabólica dibujada en su cara que nadie le había visto hasta ese momento mientras todos la miraban asombrados.

—Tu abuelo... —susurró perplejo.

—Sí —afirmó con una sonrisa que puso los vellos de punta a Julián y a Marcelo—. De la magnífica colección de mi abuelo.

—Baja el arma y suelta a Carola —le exigió Julián en tono pacífico y en un intento de no alterarla más de lo que ya la veía—. Ella no te ha hecho daño.

—Ella lo ha estropeado todo. Ha alejado de mí a todos los hombres que he querido usando sus encantos ensayados de mojigata. Incluso Álvaro se obsesionó con ella hasta el punto de que si no era de él no consentiría que fuera de otro hombre. Por eso la envenenó e intentó inculpar a Marcelo de su asesinato.

—Y por eso tú lo mataste —susurró Carola—. Porque no te quería.

—Cariño, por favor, no digas nada —le pidió Marcelo al ver que Vanesa había enloquecido—. Suéltala, Vanesa. Me querías a mí; me estoy ofreciendo voluntariamente. —Dio un paso adelante con las manos en alto—. Te prometo que no volveré a despreciarte.

—Demasiado tarde, Marcelo. Ya no deseo tu cuerpo, solo necesito resarcirme de tus continuos desprecios. Voy a causarte más daño del que puedas imaginar porque verás a tu mujercita morir ante ti y con ella, a tu futuro hijo. Voy a destruir tu vida y tus ilusiones. Voy a terminar el trabajo que comenzó Álvaro.

—¿Qué le ocurrió a Andrea, Vanesa? —preguntó con voz calmada Carola para intentar ganar tiempo.

—La eliminé porque me contó que pretendía convertir a Marcelo en su amante. Álvaro le pagaba por ello e incluso le ofreció acompañarlo a París en vez de llevarme a mí como me había prometido. —Su gesto de desprecio asustó a Carola—. Esa puta quería acostarse contigo, Marcelo. —Se dirigió al mencionado y sus palabras sonaron como si le hubiera hecho un favor—. Y no podía consentirlo.

Apretó el cañón del arma contra el cuello de Carola con más fuerza.

—Yo no podía tener a tu marido y no permitiría que esa furcia lo consiguiera.

—¿Por qué mataste a Álvaro? —continuó investigando Carola ya que Vanesa parecía tener la lengua suelta—. Él no quería hacerle daño a Marcelo.

—Sí. A través de ti y de tu sufrimiento. Ya te había asustado bastante y yo sabía que tú huirías de La Abadía y abandonarías a Marcelo. Cuando le confesé que había averiguado que él había atentado contra tu vida y que me lo había contado Andrea, le pedí dinero a cambio de mi silencio y me atacó; no sabía que yo iba armada y le disparé sin pensarlo dos veces. Ningún hombre

va a ponerme la mano encima; jamás lo consentiré —añadió con arrogancia—. Y cuando te marchaste después de que yo matara a ese estúpido potro —continuó con lágrimas en los ojos—, pensé que por fin tendría el camino libre hacia Marcelo. Sin Andrea, sin Álvaro que os asustara continuamente y sin ti. Marcelo sería mío. —Lo miró con los ojos llenos de lágrimas—. Pero tú me rechazaste y me arrástrate por el polvo como si fuera una mujerzuela barata —le espetó con la mirada perdida en unas semanas atrás—. Me despreciaste por última vez, Marcelo. Ahora vas a pagar por todo el daño que me has hecho.

—No vas a salir de aquí impune, Vanesa. —Julián se acercó a ella—. Si le disparas, irás a la cárcel y te pudrirás en ella.

—¡No te acerques más, maricón impertinente! —Pero Julián no se detuvo y continuó provocándola.

—Ahora tendrás que elegir a quién disparar, Vanesa. O a Carola o a mí.

—Si la mato a ella todos sufriréis más que si me decido por ti. La pobre Carola —se burló enloquecida—, embarazada, muerta... Roberta desamparada sin un heredero para esta hacienda maldita...

En ese instante, Julián se arrojó sobre ella y agarró con fuerza la mano armada de Vanesa mientras que con su cuerpo se interponía entre ella y Carola. Blanca permanecía inmóvil y asustada contra la pared, pero con el móvil en la mano y Marcelo se acercó rápidamente a la pareja que forcejeaba por el arma.

Un disparo resonó estruendoso, pero, afortunadamente, la bala se incrustó en el techo de la sala.

—Carola, aléjate de aquí —le ordenó Marcelo a la vez que sujetaba el brazo libre de Vanesa porque el armado estaba agarrado por su hermano—. Llama a la policía, Carola.

La chica reaccionó y se dirigió al teléfono que estaba instalado sobre una pequeña mesa junto a la puerta de entrada y marcó el número de emergencias

sin perder de vista la trifulca que mantenían los dos hermanos contra una Vanesa enloquecida e incontrolable quien, con una fuerte patada en los testículos, logró apartar medio metro a Marcelo y continuó forcejeando con Julián. Este agarró el brazo armado de Vanesa que quedó encerrado entre ambos. La pareja perdió el equilibrio y cayó al suelo a la vez que el arma se disparaba. El fuerte estruendo provocó que todos se quedaran quietos. Julián permanecía inmóvil y aplastaba el cuerpo de Vanesa.

—¿Julián? —susurró Carola; con lágrimas en los ojos observaba a las dos figuras inmóviles—. ¡Julián! —gritó al ver que no le contestaba mientras se acercaba a él.

—Dios mío. —Julián se dejó caer sobre su espalda con el pecho de su camisa manchado de sangre.

—¿Estás herido? —Carola lloraba a la vez que le desabrochaba la camisa. Julián se acercó a su esposa que yacía con los ojos abiertos y la mirada clavada en el techo.

—No —contestó Julián—. Es sangre de Vanesa. Está muerta. —Y aún tenía el arma apretada entre sus dedos—. O al menos, ha dejado de respirar.

Los tres oyeron a Blanca avisar a la policía y diez minutos más tarde, Rizzoli, Pastrana y Roberta entraban en la casa grande. Estos se habían disculpado ya con Roberta y habían esperado con paciencia a que se desencadenaran los acontecimientos de forma natural porque las sospechosas eran las dos mujeres, cuyos físicos parecidos eran imposibles de diferenciar en las imágenes que ofrecían las cámaras de seguridad. Además las dos tenían familiares militares, por lo que habrían podido conseguir el arma con facilidad.

Marcelo casi agradece a Rizzoli por permitir que sus vidas corrieran peligro, sobre todo la de Carola embarazada, y entre Pastrana y Julián pudieron separarlos cuando le echó las manos al cuello.

Blanca había tenido la genial idea de grabar la confesión de Vanesa. Por una vez, su intervención ayudaría a los Mendoza y Julián ni siquiera llegó a ser juzgado por la muerte de su esposa, gracias al acuerdo que llegaron con la fiscalía por el que se disculpaba la intrépida y peligrosa trampa a la que los expuso la pareja policial.



## Epílogo

Para escapar de todas las tragedias sufridas y celebrar su primer aniversario de boda, Marcelo y Carola decidieron regresar a España, al lugar donde todo empezó entre ellos. Visitaron a sus amigos y disfrutaron de los últimos retazos del verano a finales de septiembre. Carola estaba en su sexto mes de embarazo y lucía en bikini una hermosa barriga de embarazada; Marcelo la acariciaba continuamente porque si estaba cerca de su mujer le suponía un gran esfuerzo no ponerle las manos encima. Estaban tumbados en la arena de la playa solitaria aunque hacía un magnífico día.

—Menudo año —exclamó Carola casi suspirando.

—¿Te arrepientes? —preguntó Marcelo preocupado por el tono de voz en que había pronunciado esas palabras—. Dicen que el primer año de la vida en común de una pareja es el más difícil.

—No me arrepiento de nada, Marcelo. Sabes que te quiero y que soy muy feliz viviendo en La Abadía. Pero todo lo que ha sucedido allí desde que llegué... A veces me pregunto si no fue culpa mía; si esas personas no habrían evitado sus muertes si yo no hubiera aparecido por allí o, simplemente, no me hubiera cruzado en tu camino.

—No puedo creer que te culpes por lo ocurrido. Sobre todo cuando esas tres personas eran... ¿Malvadas? ¿Diabólicas? Por dios, Carola. Álvaro intentó asesinarte en tres ocasiones y tú aún piensas que su muerte fue culpa tuya. —La miró asombrado.

—No pienso que fuera culpa mía. Pero mi presencia en tu vida provocó

todo ese alboroto que acabó en tragedia. Desde tu ruptura con Andrea, su muerte, tu familia... Tu familia ha quedado destrozada, Marcelo.

—Ninguno de nosotros piensa de ese modo. Todos creemos que ha quedado liberada. Roberta está más feliz que nunca. Y Julián parece que empieza a vivir por primera vez en su vida. Ben se ha separado de Blanca, aunque todavía no puedan divorciarse, los dos saben que son libres de vivir como quieran. Y yo... —Marcelo no pudo continuar.

—¿Tú qué, Marcelo? —Carola se giró y apoyó la cabeza sobre su mano para observarlo.

—Ya sabes lo que siento por ti. —La besó breve pero intensamente como acostumbraba—. Cada día de mi vida agradezco la decisión que tomé de aceptar la proposición de Chema y venirme a trabajar a Sotogrande porque... Cariño, no sabía lo vacía que estaba mi vida hasta que te conocí y ahora —acarició con suavidad su voluminoso vientre— no deseo más de lo que tengo, de lo que estoy consiguiendo junto a ti día a día. Es imposible que un hombre pueda desear más en su vida de lo que yo he logrado desde que te conocí. Lo tengo todo. Tú lo eres todo para mí.

—¿Aunque haya puesto patas arriba tu vida y la de tu familia de una forma espectacular?

—Sin ponerla patas arriba no serías tú. Y me alegro. Todos los Mendoza estamos muy orgullosos de ti. Ya formas parte de La Abadía como ella forma parte de ti.

—Sí. Me gusta vivir allí rodeada por ese inmenso mar verde, me gusta mi vida junto a ti. Creo que vamos a conseguir mucho más.

—No me asustes, Carola. Ahora todo está bien, todo en calma.

Carola pensó en Ben, en lo perdido que lo veía a veces; y en Juan Antonio, un buen hombre que necesitaba el resguardo de los Mendoza porque era uno de ellos.

—¿Tú crees? —Marcelo la observó un instante preocupado por lo que estaría tramando, luego sonrió y la besó larga y tranquilamente.

FIN

## Nota de autora

Tanto el Club de Polo de Sotogrande como la hacienda La Abadía, son lugares inventados por la autora.

Si te ha gustado

*Mares verdes*

te recomendamos comenzar a leer

*La teoría de nada*

de *Rocío Mulas*

*Selecta*

Rocío Mulas



**La Teoría  
de Nada**

1

Aquella mañana me levanté, contemplé el día gris y me concedí unos segundos para concentrarme en los problemas que tenía por delante: en los que habían surgido el día anterior y los que surgirían a lo largo del día. Las nubes eran de un blanco impoluto, y aquello fue lo que hizo que abriera los ojos sin problemas, aunque hubiese dormido unas insuficientes seis horas. Apagué el

despertador que en el interior ponía «Trevor Hyde», que Claire había encargado personalizar por mi cumpleaños. Era uno de esos relojes despertador clásico, de color negro y el interior blanco, que me encantaba y que conservaba desde hacía cinco años. Me quedé unos minutos en la cama, Claire aún estaba dormida y no había mejor forma de empezar el día que poder verla, mirarla de arriba abajo. Estaba durmiendo mirando hacia mí. Algunos mechones rubios le caían sobre los ojos y con mucho cuidado se los aparté para verla mejor. Me centré en uno de los problemas que podía surgir en cuanto abriera los ojos. La pequeña pelea que habíamos tenido la noche anterior por lo de siempre; el trabajo antes que ella. Pero no era así. Y aunque lo habíamos arreglado antes de ir a dormir, siempre que nos peleábamos me despertaba con esa extraña sensación de saber si todo seguiría bien por la mañana. Podría quedarme todo el día en la cama observándola, sin hacer nada más, pero ante todo era un hombre profesional y responsable. Tenía al señor Wiggin a primera hora de la mañana, como cada jueves. Ese podía convertirse en mi segundo problema del día.

Me metí en la ducha pensando en mi paciente. Llevaba trabajando con él seis meses, y aún no había sido capaz de sacar el problema de su depresión. Como psicoanalista eso siempre me hacía ir más allá, un grado más de compromiso. Me empleaba a fondo con todos mis pacientes porque ellos habían decidido confiar en mí. Muchos colegas míos de la facultad me decían que no deseperase; para algunas personas, medio año no era suficiente tiempo de revelación, para otros, en un par de meses ya lo habían conseguido todo. Simplemente se trataba de la compleja mente humana, cada una diferente. Por eso, a veces, también encontraba cierto placer cuando tenía un caso difícil, porque hacía que leyese y leyese a todas horas, que me informase, que hablase con antiguos profesores y compañeros que ya eran veteranos en el gremio. Con cada caso difícil me acercaba un poco más a la profundidad de la mente humana, todo un privilegio para mí.

Mientras tachaba por decimoquinta vez al tío Alfred de su depresión, noté

unas manos frías en mi pecho. Habría saltado como si tuviese un resorte y habría lanzado un manotazo sin querer a quien quiera que fuera, pero era otro de mis grandes placeres matutinos, poder estar unos minutos tranquilamente con Claire, en silencio, sonriéndonos y escuchando tan solo cómo el agua caía como si fuera una cascada por nuestros cuerpos. Pero ese día estaba tan centrado en el señor Wiggin que ni siquiera había escuchado cómo se metía en la ducha.

—Mírate, ¿lo de ayer fue por Michel, tu paciente? —dijo con voz aún dormida mientras me tocaba el pelo y los párpados. Asentí despacio.

—Una puñetera depresión para él, y un dolor de cabeza para mí.

—Estás empezando a acumular estrés. —Iba a interrumpirla, pero me tapó la boca—. Sí, ya sé que te encanta llegar a casa y abrir todos los libros del despacho a ver qué cosa nueva aprendes, pero empieza a hacer mella en ti. No quiero que lo de ayer se convierta en algo rutinario. No me gusta discutir.

No sabía qué decir. Yo tampoco quería discutir, pero necesitaba seguir investigando, aunque con ello me ganara las ya constantes migrañas.

—Tienes el ceño fruncido casi todo el día. —Instintivamente, hice que mis cejas casi llegasen a tocarse, y ella se echó a reír—. ¿Lo ves? Y te ha salido alguna cana que antes no tenías. —Me dio la vuelta y empezó a masajear mi espalda—. Además, no imaginas toda la tensión que tienes aquí. ¿Esto te duele?

En seguida me aparté del daño que me había hecho y me eché la mano a la espalda para aliviarme yo mismo.

—En cuanto llegues hoy del trabajo te dejaré como nuevo, ya lo verás.

—Está bien, pero no quiero ser tu conejillo de indias —le dije bromeando, con media sonrisa.

—Serás imbécil. —Me pegó en el brazo un puñetazo, aunque se unió a mi



sonrisa—. Eso era cuando estaba en prácticas. Ahora soy una fisioterapeuta hecha y derecha, así que no sé de qué tienes que quejarte. Ya te he dado masajes antes que te han dejado en la gloria.

Me enrollé una toalla a la cintura y a ella le puse otra por las axilas. La miré con seriedad.

—Ya lo sé, cielo No conozco a otro fisio mejor que tú. Esta noche podrás meterme al taller y arreglarme. La verdad es que cuando estoy un rato en el ordenador empiezo a notar pinchazos en la espalda y estaría muy bien.

—Así me gusta. —Me dio un beso suave y delicado en los labios, y tiró con suavidad de mi cabeza hacia abajo para darme otro en el lunar de mi ceja izquierda. Siempre lo hacía así—. Ahora ve a vestirte. Tengo el día libre, así que te puedo preparar el desayuno para que vayas más relajado a la consulta.

—Estupendo. Por cierto, ¿podrías comprar hoy agua? Estamos quedándonos sin ella.

—¿Ya? Creía que habíamos comprado la semana pasada.

—Tenemos que acostumbrarnos. El agua del pozo nos viene bien para ahorrar en la ducha, pero gastamos en beber agua embotellada. Aun así, sigue saliendo más rentable. El pozo estaba en la casa, lo teníamos que aprovechar, ¿no?

—Sí, tienes razón. Luego iré a por ella.

Fui a vestirme. Camisa blanca, vaqueros y chaleco negro con zapatos. No podía ir con camisa hawaiana, pero siempre me encantaba ser lo más cercano posible con todos, así que ir de media etiqueta me parecía lo más apropiado para mí.

Me estaba poniendo los zapatos cuando vi en la mesilla el colgante de la pluma de plata que le regalé a Claire por Navidad. Me encantaba, y a ella también. Y, aunque era plata, nunca le gustaba ducharse con él, ya que temía

que pudiera ir desgastándose con el tiempo.

Mientras terminaba de hacer el zumo le puse el colgante y le besé la nuca. Me encantaba que oliese tan bien. Usábamos el mismo champú y el mismo gel, pero su olor era claramente distinto al mío, tan dulce, tan... suyo.

—Vendré directo del trabajo —le dije mientras la abrazaba.

—¿Hoy no tienes que ver a ningún ex profesor? —No había ningún deje de sarcasmo en su voz, así que intenté tomármelo como una pregunta inocente.

—No, no creo que haga falta. Es tu día libre, no vas a pasarlo sola.

—Me parece bien. Así cuando llegues podremos relajarnos lo que quede de día. Y no me olvido de tu masaje.

—Claro que no te olvidas. —Sonreí mientras le daba un beso de despedida con dificultad. No quería irme, pero había que hacerlo.

Salí de casa con prisas, como era costumbre en mí. No importaba si tenía el desayuno listo, o si me levantaba una hora antes. No sé cómo lo hacía, pero el tiempo se me echaba encima hiciese lo que hiciese.

Vivíamos en una casita en el barrio de Madison Park de Seattle, Washington. No necesitábamos gran cosa, y vivir a veinte minutos de la ciudad era espléndido para poder estar tranquilos y a la vez tener todo a nuestro alcance. Mientras salía de mi urbanización, empecé a darle vueltas a una cosa. Sí, Claire tenía razón. Los nervios, el estrés, todo eso estaba empezando a hacer mella en mí. Y, en realidad, el señor Wiggin no tenía nada que ver con eso. Pero mientras ella había detectado todos aquellos síntomas me callé la boca para que creyera que estaba en lo cierto.

Entré por la puerta de mi despacho. Estaba en un edificio alto donde solo había negocios; un dentista, unos cuantos abogados y demás. Yo estaba en la planta séptima. Toda la pared frontal a la puerta eran ventanales enormes, cuanta más luz, mejor, y con las cortinas podía atenuarla a gusto del paciente.

Pero a mí me encantaba ese despacho por las vistas. Tenía una mesa a la izquierda con unos cuantos libros, los que más solía consultar, y un portátil. A la derecha estaban mis estanterías, toda una pared llena de libros y más libros. Pero no solo de psicoanálisis y psicología. Tenía libros de literatura, de aventuras, de ciencia ficción. A veces los pacientes no se presentaban, o anulaban su cita en el último momento, yo no podía moverme de mi despacho y no tenía nada que hacer. Casi en el centro estaba el diván, de color blanco, y mi silla del mismo color. Las paredes del despacho eran de madera y el suelo de parqué rojizo. Cuando entraba en él sentía cierto aire acogedor, algo que solo me pasaba ahí y en casa.

Me senté en la silla de Skay frente a la ventana de la izquierda. Tan solo tenía un edificio cerca, y debía estar a unos cien o doscientos metros. Pero reconocía al tipo que estaba en la misma planta que yo. Un hombre que también debía ser psicoanalista; tenía el diván, su estantería hasta arriba de libros. Pero estaba tan lejos que solo llegaba a averiguar que se trataba de un hombre; su cara y la de sus pacientes siempre estaban borrosas, demasiado pequeñas para verlas desde donde estaba yo. A veces me entretenía mirando hacia su despacho. No podía considerarse una violación a la intimidad porque apenas llegaba a ver nada nítido, pero a mí me relajaba observar a alguien que parecía estar desempeñando el mismo trabajo que yo.

En cualquier caso, era una tontería, una distracción para estar mucho más calmado, pero no funcionó. Metí la mano en el bolsillo interior del chaleco y lo saqué.

Fue extraño, porque de pronto el corazón dejó de latirme a mil por hora, dejé de estar nervioso. Y sonreí. Me pasaba desde que lo había comprado. Es decir, desde que me había decidido.

La caja ya de por sí era preciosa, de terciopelo negro, pequeña y cuadrada, con los bordes redondeados. Cuando la abrí tuve la sensación de que escaparon rayos de luz de ella, y después pude volver a verlo, como la

noche anterior, como el día que lo compré. Un anillo de diamante blanco solitario de catorce quilates. Era precioso, elegante, fino, dulce. Era todo lo que Claire podía ser. Estaba hecho para ella. Llegaba tarde a casa casi todos los días, siempre tenía que ver a alguien o me quedaba una hora más en el despacho documentándome.

Además, tenía que lidiar con mi tendencia a ser excesivamente reservado. «Para ser psicoanalista, te cierras demasiado», me decía siempre. La muerte de mis padres cuando estaba a punto de dejar la adolescencia fue un duro golpe del que nunca supe reponerme. Y si además coincidía con el día de la peor tragedia de Estados Unidos, el trauma se multiplicaba. Siempre me preguntaban cómo había sido, si estaban en el avión, o en uno de los edificios. Y cuando le decía a la gente que había sido en un accidente de tren a las afueras de Ridgefield, en seguida dejaban de prestarle atención. Su muerte se vio ensombrecida, y yo entré en una espiral de rechazo y violencia de la que creí que no llegaría a salir. Y aunque Claire fue mi salvavidas, no impedía que a veces sacase la rabia que tenía dentro acumulada, aún después de tantos años. Y por ello tenía que compensarla, y debía hacer todo lo posible por tenerla a mi lado. Quería llegar a las seis, puntual. Prepararle un baño de agua caliente con sales, para que se relajase y a mí me diese tiempo a preparar una cena elegante. Tenía todo pensado, mientras se bañaba le dejaría su vestido negro largo de tirante grueso sobre la cama, y el colgante de la pluma sobre él. Aquel vestido era el que había llevado el día que celebramos nuestro primer aniversario, y era especial para ambos. Con eso sabría que algo pasaba. Se peinaría, se vestiría y para entonces la cena estaría lista en la mesa. Pero tendría que esperar hasta el postre para saber qué estaba ocurriendo.

Solo de pensarlo el corazón se me disparaba, así que cerré la cajita y volví a meterla en mi bolsillo. Justo a tiempo. El timbre se encendió, era uno de esos aparatos que, en lugar de sonar cuando llaman, se enciende una luz roja para no molestar. Guardé la caja en mi maletín, para evitar perderla.

—¿Sí? —contesté desde el interfono que tenía en la mesa.

—Soy yo, Michael.

—Te abro. —Apreté el botón y esperé a escuchar cómo se abría la puerta de abajo.

Cuando trataba directamente con los pacientes, siempre les preguntaba si querían que les tratase de tú o de usted, señor, señora, señorita o caballero. Pero si tenía que hablar con alguien sobre su caso, siempre eran el señor X, la señora Y. Y siempre con el consentimiento de ellos, pues sabía que, si comentaba su caso con alguien, sería para intentar encontrar la solución por otros medios. Incluso con Claire, que estudió tres años de psicología y su padre era psiquiatra, entendía lo suficiente y también me venían bien sus consejos. El señor Wiggin estaba totalmente de acuerdo en que hablara sobre él con otros profesionales, con tal de sacarlo del pozo en el que se había metido, o lo habían metido. Además, no solo lo atormentaba esa indescifrable depresión. Michael era capaz de recordar más de tres sueños por noche, sin ningún tipo de entrenamiento, sin ni siquiera proponérselo, y estaba seguro de que querían decir algo. Me involucré tanto que empecé a estudiar el mundo onírico. Pero de una forma realista. Quería llegar a ese nivel que tenía Wiggin, el de recordar perfectamente más de un sueño por noche, y lo conseguí, sí, pero con tres meses de práctica intensiva. El profesor Allen me dijo que era una maravilla poder recordar cada noche tantos sueños sin ni siquiera proponérselo. Pero no le conté más. A Allen le fascinaba ese mundo y, si se interesaba demasiado por Wiggin, acabaría llevándoselo para hacerle estudios del sueño, y todos los meses de trabajo no habrían servido para nada.

—Hola, Michael. —Me acerqué a la puerta a darle la mano.

—¿Qué tal, señor Hyde?

—Por favor, Michael. Llevamos seis meses y sigues tratándome de usted. Como vuelva a suceder me veré obligado a dejar tu caso.

Michael elevó la comisura derecha. Eso no pasaba con otros pacientes. Seis meses podían ser mucho o poco, pero había conseguido involucrarme tanto con él que, si no fuera porque era mi paciente, podríamos haber sido amigos. Era un hombre amable, tenía cuarenta años y una buena vida. Vivía en una casa a las afueras de la ciudad con su mujer y sus tres hijos. Era informático y nunca le había faltado el dinero. Cada verano se iba al lago con su familia una semana, y la siguiente iba a la playa, para equilibrarlo. Por lo que me contaba era una familia muy unida, y amaba a su mujer por encima de todo. Siempre vestía con camisa y vaqueros, y no sabría decir si se teñía el pelo o aún no le habían empezado a aparecer las canas. Teniendo en cuenta por qué venía a mi consulta, apostararía por lo primero. Aun así, parecía joven, aparentaba tener cinco años menos, más cercano a mi edad y no por la apariencia, sino por su forma de ser. Era un hombre con una depresión sin origen, y los hombres de cuarenta se solían deprimir por su edad, por el trabajo, porque la familia ya no es lo que era... Todo un caso.

—Trevor... ya sabes que me cuesta.

—No pasa nada, sabes que te lo recuerdo siempre. Dime, ¿cómo ha ido la semana?

—Pues, no mal del todo. —Mientras hablaba se dirigió al diván sin que yo se lo dijese, ya sabía cuál era el proceso—. El lunes me ascendieron.

—¿De verdad? Eso es una noticia estupenda. —Me alegré de verdad. Michael necesitaba ese tipo de cosas, pulsos positivos muy notables en su vida.

—Sí, pero lo único bueno son las vistas. En realidad, me han ascendido de planta. Que no significa tener un puesto mayor, así que sigo igual, pero ahora tengo a los aviones pululando más cerca de mi cabeza.

—Vaya... Bueno, sé que haces un excelente trabajo para tu empresa, que te cambien de planta indica que se han fijado en ti, puede que no tarde en llegar.

—En realidad, no es algo que me importe. —Se puso las manos tras la cabeza, estaba más que relajado, al contrario que yo.

—Pero algo te preocupa, ¿verdad?

No era porque fuera rutina, algunas veces venía y sencillamente me contaba cómo le habían ido en casa, con sus hijos. Pero aquel día se lo notaba. Tenía la mirada tensa, fija en mí. Sin decir nada parecía estar gritándome a viva voz que lo ayudase. Y ni siquiera me lo afirmó, pasó directamente a contarme qué le rondaba por la cabeza.

—Esta noche he tenido un sueño.

Cuando empezaba con los sueños me desesperaba. Yo intentaba que no se centrara en ellos. Ahí no podía encontrarse el foco de su problema, sobre todo porque ya estaban más que analizados. Todos eran surrealistas, multicolores, eran sueños normales, dentro de lo que cabe, y había recibido ayuda de otros especialistas que no le habían sabido ayudar por esa vía. Me interesó en su momento, más por el hecho de recordar sueños que por ser la solución a sus problemas. Pero mi trabajo era escucharlo, así que intenté concentrarme.

—¿Y de qué trataba esta vez?

—Sé que te cansas cuando te los cuento. —Se rio, y yo con él. Era más observador de lo que imaginaba—. Y hacía mucho que no te contaba uno de mis sueños, pero esta vez creo que es importante. Estaba en mi casa, tranquilo con mi mujer. Y cuando salía al patio trasero, en una esquina, había un hombre igual que yo. No se trataba de un ser parecido, era mi otro yo.

Alcé una ceja. ¿Su otro yo? Ahora tocaban los mundos paralelos. Esto no tenía fin...

—Me miraba, me analizaba de la misma forma que lo estaba haciendo yo. Pero no decía nada. Todo a mí alrededor era normal. No había señales oníricas que me dijeran que era un sueño, aparte de él. Parecía inofensivo, pero tampoco me fiaba del todo. Y al acercarme a él, se abalanzó sobre mí, y

me dio un mordisco en el brazo.

—¿Un mordisco en el brazo? ¿Como un muerto viviente, o algo así?

—No... era una persona normal. Como un hombre que arremete a otro hombre.

—Bueno, quizás quiere decir que no estás de acuerdo con algo en tu vida. Puede que sea ese ascenso de planta, sientes que alguien cercano a ti te está atacando, alguien en quien confías porque...

No me dejó terminar. Se levantó del diván y vino lentamente a mí con un rostro lleno de dolor y de miedo. Mi silla no tenía ruedas, si no, habría ido a parar hasta el otro extremo de la pared.

—En ese caso... —Empezó a remangarse con cuidado la manga derecha—. Explícame cómo es posible que esta mañana haya encontrado un charco de sangre en mi casa, que venía de esto.

Se quitó una gasa puesta con esparadrapo.

No era posible. Los ojos casi se me salían. Empecé a temblar, a pensar si no estaría soñando yo también. En la parte inferior de su antebrazo había una herida, ya curada, pero estaba claro que era reciente.

—He ido esta mañana a que me dieran puntos. Seis, nada menos. Puedo entender que no me creas. Y que no quieras volver a tratarme, pero estoy acojonado, Trevor. —Vi el terror en su cara. No, yo no creía que fuera un loco, pero intentaba mantener la calma y buscarle explicación—. No es por el sueño. Tengo la sensación de que esto es real. Otro yo, un mundo... —Se paró antes de decirlo, como si fuese a decir una barbaridad—. Un mundo paralelo. No te imaginas todo lo que se me ha pasado por la cabeza. Y ni siquiera sabía qué decirle a mi mujer. ¿Qué pasa si hay otro mundo con gente exactamente igual a nosotros?

Me quedé pálido y sin palabras. Aquel hombre me estaba agarrando por



los brazos, y yo no podía dejar de mirar aquel bocado sin explicación, como su depresión. El reloj de mi mesa sonó y dio las diez de la mañana.

—Tengo que irme.

Se volvió a poner de mala forma la gasa y se bajó la manga a toda prisa, con nervios.

—Pero aún queda media hora. ¿Qué es lo que pasa?

—Tengo que ir a ver a alguien. Necesito ayuda, y no sé si la voy a conseguir aquí. Supongo que ya nos veremos...

Y antes de despedirme, ya había salido por la puerta. Aquel momento fue de lo más extraño desde que había entrado por la puerta. Había tenido un comportamiento normal, agradable como siempre, hasta que comenzó a hablar de su sueño, y se puso nervioso, neurótico. Pero sabía que no era para menos.

Anduve toda la mañana ido, distraído. Podría haber cancelado todas mis citas, pero sabía que no debía. Si entraba en crisis con cada cosa rara que escuchaba...

Eso no me impidió terminar de trabajar y seguir pensando en ello. Eran las seis de la tarde, y sabía que tenía que ir a casa pronto. Darle la sorpresa a Claire por la noche era lo que me había hecho levantar de buen ánimo, y no quería estropearlo. Además, era su día libre y llegar a las tantas no era una forma de hacérselo agradable. Eso sin olvidar que aún estaba reciente la disputa de la noche anterior. Aun así, me metí en la Biblioteca Central de Seattle para intentar investigar un poco. Además, allí siempre encontraba a algún viejo amigo, y me vendría bien. La biblioteca no estaba muy lejos de mi casa, sabía que a las siete, o siete y media, estaría de sobra a punto de preparar la cena.

Empecé a sacar libros y más libros sobre el estudio onírico, y, por qué no, sobre la interpretación de los sueños. En casi todos se hablaba de que los sueños eran un proceso que implicaba recuerdos y a la memoria. Todo cuanto

se podía soñar eran recuerdos almacenados en el hipocampo, pero no podían ser vivencias de más de siete días. Los recuerdos con los que se sueña son experiencias que están vagando de un lado del cerebro a otro, hasta ser archivados en la memoria permanentemente. Si estaba en lo cierto y cuadraba con Michael, significaba que su otro yo tenía que ver con alguna vivencia ocurrida hacía poco. Se me vino de nuevo su «ascenso», y seguro que era ese el significado del sueño. También podía ser todo mentira, quizás se lo había hecho él y me estaba mintiendo.

Seguí mirando y mirando. Cogía libros que me llevaban a otros diferentes, y poco a poco me empecé a salir del mundo onírico que quería explorar aquella tarde, y me topé con un libro que me llamó la atención. En una de las estanterías alejadas de la biblioteca, en la parte sur. Era la zona de física y astrología, pero parecía la parte oscura, donde nadie solía recurrir, o donde nadie se atrevía a tocar. Era un libro grande, de tapas gruesas y de un color verde oscuro, casi sucio, no sabía si por el tiempo que debía llevar ahí sin ser consultado o porque ese era el color de serie. No tenía ningún tipo de dibujo, nada que indicara de qué iba, con el título bastaba: *La puerta a otro mundo*.

*A priori* parecía ser un libro lleno de Física Cuántica, la Teoría de la Relatividad, la Teoría de Cuerdas... Pero era muy completo. Estaba separado en dos partes, la parte física, científica, llena de fórmulas y objetos en 3D. La otra parte, la última, eran experiencias, teorías más... cercanas a cualquier persona. Aunque nunca fue mi campo, siempre me interesó mucho la ciencia y la física. Sabía que no iba a encontrar gran cosa ahí que resolviese el caso de Wiggin. O quizás sí, y resultase que su yo de un mundo paralelo había venido a darse un banquete de sí mismo.

De pronto, los ojos empezaron a cerrármese, ya no veía bien las letras, no podía concentrarme en todo lo que leía. Pasaba por las letras, por las palabras y no sabía qué estaban diciendo. Así que cerré el libro de golpe a la vez que mis ojos para intentar despejarme. Cuando miré la hora casi me dio un infarto.

No podía creerlo, eran las ocho y media de la noche y yo en la biblioteca ojeando libros de Física.

Salí corriendo de allí y, para colmo, empezaba a llover. Tampoco podía pedir menos en noviembre, pero era mala suerte que no hubiese hecho ni una pizca de mal tiempo en todo el día y justo en ese momento estallase la tormenta. Me subí al coche empapado, tapándome como podía con el periódico que había cogido de la biblioteca. No quise ni encender la cadena de música, siempre lo hacía, pero iba con tanta prisa, con tantos nervios, que no podía pararme a escuchar la radio. Me había retrasado como no pensé que lo haría. A esa hora ya debía estar sirviendo la cena, mientras ella se daba su baño de espuma, relajada, para poder recibir la noticia con calma, con felicidad. Y en lugar de eso, estaba merodeando las calles mojadas de Seattle a las nueve de la noche, en su día libre. Con pedida de mano o sin ella había fastidiado su día de descanso. Empecé a agobiarme, la respiración me iba cada vez más y más rápido, así que paré el coche antes de tener un accidente. Estaba tan agotado que no podía ni conducir, pero mi cabeza estaba más que despejada para hacerme una única pregunta, bien clara, que siempre había querido eludir, que nunca me había querido hacer a mí mismo, que nadie me había hecho, que Claire me había insinuado, pero nunca me había dicho a la cara: ¿Me importaba más el trabajo que ella? ¿La había abandonado para estar más tiempo atento a mis pacientes? No quería admitirlo, en ese momento solo quería tenerla delante de mí, estar arrodillado, sosteniendo su mano y con la otra entregarle la caja que contenía toda mi felicidad. Pero después vi en lo que había invertido la tarde, y me vine abajo. Había estado tres horas viendo libros sobre fantasía, sobre interpretación de los sueños, solo porque quería ayudar a un paciente en un campo que no era el mío. Nunca he creído en la hipnosis, un psicoanalista que no creía en las teorías de Freud y, sin embargo, ahí estaba, empapado en todo lo que él escribió y la mujer que más amaba sola en casa.

Di un golpe al volante. Mi mentalidad cambió mi forma de ver las cosas.

Nunca fui un hombre que se rendía fácilmente. Nunca me había venido abajo, siempre había sabido qué decir en el momento oportuno, siempre había sabido actuar de la forma que era necesaria. Y ese momento no iba a ser menos. Miré el reloj. Eran las nueve y cuarto. Por supuesto, debía abortar mi plan, posponerlo para el día siguiente. Aún estaba empapado, y las gotas de mi frente caían en el volante. Las miré con detenimiento, estaban rojas, eran de un rojo intenso, parecían cristal de Murano. Venía de una luz de fuera. «La Muralla del Sol». Perfecto. Podía aparecer en casa a las diez con la cena comprada. Demasiado tarde, pero al menos no tendríamos que esperar a hacer la comida, y cenar más tarde aún. Servir y comer tranquilos. Me disculparía mil veces, le prometería que no volvería a pasar. Sabía que estaría decepcionada, enfadada, así que no me quedaría más remedio que contarle que al día siguiente tendría una sorpresa. De esa forma seguro que me perdonaría, y todo estaría bien.

Entré en el restaurante, y respiré tranquilo al ver que no había cola para pedir comida para llevar. Ya suficiente iba a ser esperar a que se hiciera.

—Bienvenido a La Muralla del Sol, ¿qué desea tomar? —Era una mujer asiática, de pelo largo, recogido en dos trenzas, que me sonreía con la misma cara que debía ponerles a todos los clientes.

Sabía lo que quería sin pensarlo. Claire y yo siempre pedíamos lo mismo. Cuando comenzamos a salir queríamos probarlo todo de los restaurantes chinos y, después de probar, habíamos escogido nuestros platos favoritos, que no habíamos cambiado nunca.

—Buenas noches. Quería un plato de pato crujiente estilo Szechuan. —La chica anotaba todo en una máquina a una velocidad de infarto—. Otro de tallarines con salsa de ostras y la sopa de aleta de tiburón.

—Muy bien, ¿será para comer aquí o para llevar?

—Es para llevar. Ah, también póngame dos rollitos de huevo.

—Anotado. Son treinta y cinco con diez.

Le entregué un billete de cincuenta y esperé a que me diera el cambio.

—Puede sentarse en esa mesa y esperar si lo desea, señor.

Me fui a sentar y recé para que no tardaran mucho. No hacía más que mirar el reloj. Como si fuera una norma que me había impuesto desde aquella mañana, solo quería llegar antes de las diez, y no retrasarme más. No quería pensar que, si no hubiese sido tan estúpido de encerrarme en el trabajo, en ese momento podríamos haber estado cenando comida casera, y podría estar notar cómo el corazón me latía a mil por lo que estaría a punto de hacer. Sacudí la cabeza y me quité eso de la mente. En realidad, no era tan malo. Ella no sabía lo que tenía pensado, no podía molestarse porque no le pidiera matrimonio pues no lo sabía. Podía posponerlo un día o un mes, y seguro que todo seguiría igual. Pero me decepcionaba a mí mismo por no cumplir lo que tenía previsto desde hacía mucho tiempo y, en el fondo, seguro que también la decepcionaba a ella por tener que verme un rato por la mañana y otro antes de acostarse.

Perdido en mis pensamientos, la mujer amable que me había atendido me acercó la comida antes de lo que esperaba, y salí disparado hacia el coche. Por suerte ya no llovía, pero los truenos se oían a lo lejos, en el norte de la ciudad. Arranqué el coche y me fui a toda velocidad bajando la calle principal.

De pronto, vi cómo un coche se saltaba un *stop*. Yo estaba agobiado y deseaba llegar a casa, pero di gracias al cielo por tener aún los reflejos necesarios. Si no hubiese frenado el coche, habría dado de lleno en mi puerta. Aquel coche no paró, y me quedé en mi sitio solo unos segundos. Comprobé que la comida estaba bien después del frenazo y continué la marcha, más atento aún que antes, si era posible.

No hacía más que mirar hacia arriba, a la altura justa de los semáforos. Es imposible, pero Murphy tenía razón, cuando piensas que ya nada puede ir

peor, te sorprendes y va cuesta abajo. Todos y cada uno de los semáforos me los encontraba en rojo. Si hubiese sido las dos de la mañana podría habérmela jugado un poco sabiendo que a esas horas el tráfico era mínimo, si no nulo. Pero siendo las diez menos cuarto de la noche, la ciudad estaba atestada de coches. Gente que salía de trabajar de las tiendas, jóvenes, parejas que iban a dar una vuelta o a cenar fuera de casa. Y no solo era imposible saltarse un semáforo, sino también correr a más de cincuenta kilómetros por hora. Iba de una calle a otra mientras intentaba concentrarme en el coche, en ir al límite de velocidad, pero las preguntas iban y venían a mi mente. Una en concreto, que me dejó frío por un momento. Eran casi las diez de la noche, y Claire no me había llamado en todo el día. Ella no era una controladora, no quería saber qué hacía a cada minuto, pero aquel día había prometido llegar a las seis de la tarde y, sin embargo, ya era la hora de la cena y ella sin dar noticias, ni una llamada para ver dónde estaba, ni un mensaje. Nada... Era de lo más extraño. Pero por otro lado pensé que yo tampoco le había avisado de que iba a llegar tarde, así que podía que también estuviese pensando lo mismo de mí.

Estaba a una calle de llegar, la calle de nuestra urbanización, y en ese momento comencé a ponerme más nervioso, el corazón volvía a golpearme el pecho con violencia y estaba sudando sin parar. La tormenta aún se oía sobre el capó del coche, pero no estallaba de nuevo. Lo iba a hacer, pero aún no. Era como si estuviera esperando a mi momento, a ver qué sucedía; Claire me perdonaría, se pondría echa una fiera, me echaría de casa, o ni siquiera le daría importancia... Hasta que no abriera la puerta de casa no lo iba a averiguar.

Aparqué el coche en el garaje, pero entré por la puerta delantera y salí de nuevo a la calle. Notaba que necesitaba el aire frío de ese momento, algo que me reanimara. Entonces miré al cielo y una gota de agua se estrelló en mi nariz. Ahí estaba la tormenta de nuevo, ya había llegado.

Abrí la puerta decidido, como si no hubiera pasado nada.

—Hola, cielo. —Alcé la voz para que me oyera desde donde estuviera—. Perdona el retraso, pero para compensarlo he traído la cena.

Todas las luces estaban apagadas, quizás estuviera en la habitación, arriba. Fui a la cocina y comencé a preparar la comida en la mesa. Tenía un miedo atroz a subir y verla, así que seguí actuando como si nada pasara.

—Creo que a partir de ahora deberíamos ir a La Muralla del Sol, no te imaginas lo rápidos que han sido en prepararlo todo.

Saqué unos cuantos platos para la sopa, los rollitos, los tallarines y el pato. Cogí un par de copas y serví aquel Pinot Noir que nos regalaron sus padres cuando hicimos cinco años. Estaba tardando mucho, así que también me puse detallista —menos de lo que hubiera querido— y puse dos velas rojas, un poco de música y... supuse que, si había alguna ira acumulándose ahí arriba, se le pasaría nada más ver lo que había preparado.

Pero no bajaba. Ya no podía más. Una cosa era estar enfadada y otra no dirigirme la palabra siquiera, encerrarse arriba y no bajar a saludar. Subí al piso de arriba con decisión, con la que no había tenido en toda la tarde.

—Claire, ¿dónde estás? —Mi voz sonaba un poco ruda, así que me aclaré la garganta—. La cena ya está en la mesa, ¿bajas?

Pero no había respuesta. Al llegar arriba, me quedé clavado en el suelo. No había luz en ninguna de las habitaciones. La nuestra estaba cerrada, pero tampoco se veía una rendija de luz por abajo. Empecé a asustarme y llamé a la puerta.

—Cielo, ¿estás bien? ¿Pasa algo? Sé que he tardado más de lo normal en el trabajo, pero me fui a la biblioteca y perdí la noción del tiempo. —No obtenía respuesta—. Lo siento, siento que hayas tenido que pasar tu día libre sola en casa, no quería que fuera así. Pero créeme que te lo compensaré, ¿vas a salir?

Sin respuesta aún, abrí la puerta esperando encontrarla tumbada en la

cama, quizás durmiendo, y por eso estaba todo a oscuras.

Pero nada.

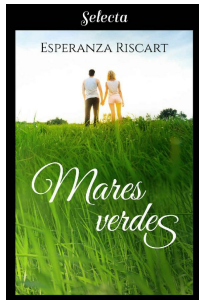
Lo que me encontré fue nada. Fui al baño por si estaba ahí, y tampoco. En cuestión de segundos estaba revolviendo toda la casa mientras buscaba algún detalle, pero su bolso y su abrigo seguían en la percha, y sus llaves también. Entonces, ¿dónde estaba si no había salido de casa? Subí a nuestra habitación de nuevo y me senté en la cama a oscuras. Al apoyar las manos en la colcha noté algo. Su colgante de plata y junto a él una nota.

«Hola, Trevor. Sé que este es un duro golpe. Te has quedado solo, Claire ya no está contigo. Estas son cosas que pasan. El trayecto que deberás hacer hasta ella es más largo que el simple recorrido del trabajo a casa. Pero no te preocupes, si sabes buscar, encontrarás. La pregunta es ¿sabes lo que buscas?».»

¿Qué clase de broma era esa? No entendía nada. Saqué el móvil y marqué el número de Claire. Me vine abajo. Lo que estaba oyendo al otro lado debía ser fruto de una pesadilla. De pronto, su teléfono ya no existía, como si lo hubieran dado de baja. Quise desmayarme, llamar a la policía, pero estaba claro que había algo en esa nota que tenía que descubrir, de una forma u otra tenía que llegar a Claire.



# **“Me prometiste un cuento de hadas y estoy viviendo uno terrorífico. A este nido de maldad me trajiste”.**



Tras acabar su especialización como cirujana equina, la joven veterinaria Carola Domínguez pierde a su madre víctima de un cáncer. Pocos días después se incorpora a su trabajo en el club de polo de Sotogrande bajo las órdenes del eminente veterinario argentino Marcelo Mendoza Abadía, en quien despierta un interés más que profesional, aunque este evite reconocerlo.

Marcelo M. Abadía decide trabajar en España durante el verano huyendo de su hacienda, situada en Saladillo, en plena Pampa húmeda argentina, la que comparte con sus tres hermanos. Presionado por los mayores, Julián y Roberta y por la incomprensible cláusula del testamento de su padre, se ve obligado a comprometerse con Andrea Valenti.

Pronto, el carácter y la belleza de Carola provocan una convulsión en la vida de Marcelo, quien, apoyado por su hermano Benjamín, decide tomar las riendas de su vida y acaba contrayendo matrimonio con Carola, aunque le oculta el motivo real de celebrar una boda tan precipitada. Juntos comienzan una nueva vida en la hacienda argentina de los Mendoza, La Abadía.

Carola es muy feliz y puede trabajar como siempre había soñado, entre caballos y en plena naturaleza. Pero descubre por sí misma que la familia Mendoza no es lo que esperaba, a pesar de las advertencias de Marcelo. En La

Abadía, aparte de algunos buenos amigos, Carola también se encuentra sin pretenderlo a varios enemigos, entre ellos su cuñada Roberta, y arriesgará su vida en varias ocasiones debido al odio y a los rencores que anidan en esa casa.

La inesperada y secreta unión familiar de los Mendoza, la fortaleza que muestra la relación entre Carola y Marcelo, serán las armas adecuadas para descubrir al asesino que acecha en La Abadía y que casi acaba con la vida de Carola.

**Esperanza Riscart** nació en Algeciras, y es el lugar en el que reside. Está casada y es madre de dos hijos. Se dedica a la enseñanza desde hace más de treinta años como maestra de primaria. Aficionada a la lectura desde pequeña gracias a los cómics, “la Literatura me ha divertido, evadido, emocionado, aterrado, indignado y enseñado. Ha sido para mí una compañera fiel y sólida, la que espero me acompañe el resto de mi vida.”

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2018, Esperanza Riscart Franco

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-28-9

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# Índice

Mares verdes

Prefacio

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Esperanza Riscart Franco](#)

[Créditos](#)